

ESTERLINI RINCHI

EL VIENTO
POR LA
ERRADURA

LIBRO, PAPERBACK DE 128 PAGINAS, 1994, 12.000 L.P.

EL VIENTO POR LA CERRADURA

— oOo —

Título Original: *The Wind Through the Keyhole: A Dark Tower Novel*

Traductor: José Óscar Hernández Sendín

©2012, Stephen King

©2012, Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 978-84-01-35344-4

*Dedicado a Robin Furth
y a la pandilla de Marvel Comics*

PREFACIO

Muchos de quienes ahora tienen este libro en las manos habrán seguido durante años las aventuras de Roland y su grupo, su ka-tet, algunos desde el principio de todo. Otros —y espero que sean bastantes, Lectores Constantes y profanos por igual— quizá se pregunten: «¿Puedo leer y disfrutar esta historia si no he leído el resto de los libros de *La Torre Oscura*?». La respuesta es sí, siempre y cuando se tengan presentes una serie de puntos.

Primero, Mundo Medio se halla contiguo a nuestro propio mundo, y entre ambos existen numerosos solapamientos. En algunos sitios hay puertas que los conectan, y a veces se encuentran lugares finos, lugares porosos, donde los dos mundos realmente se funden. Tres miembros del ka-tet de Roland —Eddie, Susannah y Jake—, cada uno por separado, fueron arrancados de una traumática vida en Nueva York y empujados a unirse a la búsqueda de Roland en Mundo Medio. Su cuarto compañero de viaje, un bilibrambo de nombre Acho, es una criatura de ojos dorados nativa de Mundo Medio. Esta es una tierra muy, muy vieja, pasto de las ruinas, plagada de monstruos y magia traicionera.

Segundo, Roland Deschain de Gilead es un pistolero perteneciente a una reducida casta que intenta mantener el orden en un mundo cada vez más anárquico. Si imagináis a los pistoleros de Gilead como una extraña combinación de caballero andante y marshal de territorio del Viejo Oeste, os acercaréis bastante a su descripción. La mayoría, aunque no todos, descienden del linaje del Rey Blanco de antaño llamado Arthur Eld (como ya mencioné, existen solapamientos).

Tercero, Roland ha vivido toda su vida bajo una terrible maldición. Mató a su madre, que vivía un *affaire* —casi contra su voluntad y, sin duda alguna, en contra de su buen criterio— con un individuo que encontraréis en estas páginas. Aunque cometiera el matricidio por accidente, se siente responsable, y la infeliz muerte de Gabrielle Deschain le ha martirizado desde que alcanzó su precoz mayoría de edad. Estos sucesos se narran con detalle en la saga de *La Torre Oscura*, pero para los propósitos de este relato creo que es todo cuanto se necesita saber.

Para los lectores veteranos, este libro debería quedar ubicado en vuestras estanterías entre el cuarto volumen, *Mago y Cristal*, y el quinto, *Lobos del Calla...*, de ahí que podría designarse, supongo, como *La Torre Oscura* 4,5.

En cuanto a mí, me alegró descubrir que mis viejos amigos aún tenían algo que decir. Supuso un regalo enorme volver a encontrarme con ellos, años después de dar sus historias por terminadas.

STEPHEN KING

14 de septiembre de 2011

UNO

Durante los días posteriores a dejar el Palacio Verde que a la postre resultó no ser Oz —pero que ahora era la tumba del indeseable individuo que el ka-tet de Roland había conocido con el nombre de señor Tic-Tac—, el chico, Jake, empezó a distanciarse, abriendo cada vez más hueco por delante de Roland, Eddie y Susannah.

—¿No te preocupa que ande por ahí solo? —preguntó Susannah a Roland.

—Acho va con él —dijo Eddie, aludiendo al bilibrambo que había adoptado a Jake como su amigo especial—. El señor Acho hace buenas migas con la gente simpática, pero tiene una boca llena de dientes afilados reservada para los que se portan mal, como pudo descubrir ese tal Chirlas para su desgracia.

—Jake también lleva la pistola de su padre —les recordó Roland—. Y sabe usarla. Eso lo sabe muy bien. Además, no abandonará el Camino del Haz. —Apuntó hacia arriba con la mano mutilada. El cielo, a baja altura, permanecía esencialmente en calma, pero un solitario corredor de nubes se movía a un ritmo constante hacia el sudeste. Hacia la tierra de Tronido, si no mentía la nota que les había dejado el hombre que firmaba como RF.

Hacia la Torre Oscura.

—Pero ¿por qué...? —empezó a inquirir Susannah, y entonces su silla de ruedas chocó contra un montículo. Se giró hacia Eddie—. Fíjate bien por dónde me llevas, encanto.

—Perdón —se disculpó Eddie—. El Departamento de Obras Públicas ha descuidado últimamente las tareas de mantenimiento en este tramo de autopista. Debe de ser por los recortes presupuestarios.

No se trataba de una autopista, pero era una carretera... o lo fue otrora: dos surcos fantasmales con alguna esporádica cabaña ruinoso que jalonaba el camino. Esa misma mañana habían pasado por delante de un almacén abandonado con un letrero apenas legible: COMPAÑÍA MERCANTIL DE LAS TIERRAS EXTERIORES TOOK. Habían registrado el interior en busca de provisiones —Jake y Acho aún los acompañaban en ese momento— sin encontrar nada salvo polvo, viejas telarañas y el esqueleto de lo que podría haber sido un mapache de gran tamaño, un perro pequeño o un bilibrambo. Acho lo olfateó de forma somera y orinó sobre los huesos antes de salir del almacén y sentarse en el montículo en el centro de la vieja carretera, con el garabato de su cola enroscada a su alrededor. Miraba en la dirección por la que habían venido, olfateando el aire.

Roland había observado al brambo hacer esto varias veces en los últimos días, y aunque nada dijo, ponderaba sobre ello. ¿Acaso alguien les seguía la pista? No lo creía realmente, pero la postura del brambo —la nariz levantada, las orejas aguzadas, la cola enroscada— le traía a la memoria algún viejo recuerdo o asociación que no era capaz de definir del todo.

—¿Por qué querrá Jake estar solo? —preguntó Susannah.

—¿Lo encuentras molesto, Susannah de Nueva York? —preguntó a su vez Roland.

—Sí, Roland de Gilead. Lo encuentro *molesto*. —Sonrió con afabilidad, pero en sus ojos centelleó aquella antigua malevolencia. Era la parte de su interior perteneciente a Detta Walker, imaginaba Roland. Nunca se iría completamente, pero él no lo lamentaba. Si la extraña mujer que había sido en otro tiempo no continuara enterrada en su mente como una esquirla de hielo, ella tan

solo sería una bonita mujer negra sin piernas por debajo de las rodillas. Con Detta a bordo, se convertía en una persona a tomar muy en consideración. Una persona peligrosa. Una pistolera.

—Tiene un montón de cosas en las que pensar —comentó Eddie en voz baja—. Ha pasado por mucho. No todos los niños vuelven de la muerte. Y es como dice Roland: si alguien intenta hacerle frente, ese alguien tiene todas las papeletas para salir escaldado. —Eddie dejó de empujar la silla de ruedas, se enjugó el sudor de la frente con el brazo, y miró al pistolero—. ¿Queda algún *alguien* en este particular suburbio de ninguna parte, Roland? ¿O se han ido todos?

—Oh, pondero yo que quedan unos cuantos.

De hecho, podía atestiguarlo; habían sido acechados en varias ocasiones mientras seguían el curso del Camino del Haz. Una vez por una mujer asustada que rodeaba con los brazos a dos niños y que transportaba un bebé en un cabestrillo alrededor del cuello. En otra ocasión por un granjero, un viejo medio mutaye con un tentáculo tembloroso que le pendía de un ángulo de la boca. Eddie y Susannah no habían advertido a ninguna de estas personas ni sentido a las otras que a Roland le constaba que, desde la seguridad de los bosques y la hierba alta, vigilaban su avance. Eddie y Susannah tenían mucho que aprender.

No obstante, al parecer habían aprendido al menos algunas de las lecciones que necesitarían, porque Eddie preguntó ahora:

—¿Son los que Acho no deja de olisquear detrás de nosotros?

—No lo sé. —Roland pensó en añadir que intuía que a Acho le rondaba algo más por su extraña cabecita de brambo, pero decidió callar. El pistolero había pasado largos años sin un ka-tet, y reservarse para sí su propio consejo se había convertido en un hábito. Uno que debería romper si quería que el tet se mantuviera fuerte. Sin embargo, no era el momento, no esa mañana—. Sigamos adelante —sugirió—. Estoy seguro de que encontraremos a Jake esperándonos.

DOS

Dos horas más tarde, al rayar el mediodía, coronaron una elevación y se detuvieron a contemplar un río ancho que discurría lentamente, gris como peltre bajo el cielo nublado. En la ribera noroeste —donde estaban ellos— se alzaba un edificio similar a un granero pintado de un verde tan brillante que daba la impresión de estar chillando al día mudo. Su boca sobresalía por encima del agua apoyada en pilares teñidos de un color similar. Amarrada a dos de estos pilares con gruesos calabrotes había una balsa enorme que fácilmente mediría más de veinticinco por veinticinco metros. Estaba pintada con rayas alternas de color rojo y amarillo. Un poste alto de madera que recordaba un mástil se elevaba en el centro, pero no se veía rastro alguno de velas. Había varias sillas de mimbre colocadas delante, de cara a la orilla en su lado del río. Jake estaba sentado en una de ellas. A su lado se encontraba un anciano con un gigantesco sombrero de paja, pantalones verdes anchos y botas altas. De cintura para arriba vestía una fina prenda de color blanco, la clase de camisola que Roland identificaba como una *slinkum*. Jake y el anciano parecían estar comiendo popkins bien rellenos. A Roland se le hizo la boca agua solo con verlos.

Detrás de ellos, en el borde de la balsa de los colores circenses, Acho contemplaba embelesado su propio reflejo en el agua. O tal vez le intrigara el reflejo del cable de acero que corría por encima de un lado a otro del río.

—¿Es el río Whye? —preguntó Susannah a Roland.

—Aja.

Eddie sonrió burlonamente.

—Tú dices Whye; yo digo «Guay, ¿no?». —Levantó una mano y la agitó por encima de la cabeza—. ¡Jake! ¡Eh, Jake! ¡Acho!

Jake le devolvió el saludo, y aunque el río y la balsa amarrada aún distaban casi un kilómetro, los ojos de todos ellos poseían una agudeza uniforme, y vislumbraron el blanco de la dentadura del muchacho cuando este sonrió.

Susannah ahuecó las manos alrededor de la boca.

—¡Acho! ¡*Acho*! ¡A mí, precioso! ¡Ven con mamá!

Profiriendo estridentes gañidos que eran lo más cercano a un ladrido que conseguía articular, Acho cruzó volando la balsa, desapareció en la estructura similar a un granero y emergió por el lado más próximo a ellos. Se lanzó por el camino a toda velocidad, con las orejas pegadas al cráneo y brillantes los ojos engastados de oro.

—¡Frena, precioso, o sufrirás un ataque al corazón! —exclamó Susannah entre risas.

Acho pareció interpretar esto como una orden para acelerar. Tardó menos de dos minutos en llegar hasta la silla de Susannah, saltó a su regazo y luego de vuelta al suelo, donde se quedó mirándolos alegremente.

—¡Olan! ¡Ed! ¡Suze!

—Salve, sir Throcken —saludó Roland, empleando el término arcaico para brambo que oyera por primera vez de un libro que le leía su madre: *El throcken y el dragón*.

Acho levantó la pata, desarraigó un trozo de hierba y luego se volvió de cara hacia el camino por el que habían venido, olfateando el aire, los ojos oteando fijamente el horizonte.

—¿Por qué no deja de hacer eso, Roland? —preguntó Eddie.

—No lo sé. —Pero *casi* lo sabía. ¿Se trataba de algún viejo relato del estilo de *El throcken y el dragón* aunque no ese en concreto? Roland así lo creía. Durante un instante visualizó unos ojos verdes, al acecho en la oscuridad, y sintió un leve escalofrío, no exactamente de temor (aunque podría ser en parte), sino de remembranza. Entonces se esfumó.

«Habrà agua si Dios quiere», pensó, y solo notó que lo había pronunciado en voz alta por la expresión de sorpresa de Eddie.

—¿Qué?

—No importa —repuso Roland—. Tengamos parlamento con el nuevo amigo de Jake, ¿os parece? Tal vez le queden uno o dos popkins de sobra.

A Eddie, harto de la correosa comida que llamaban burritos de pistolero, se le iluminó el rostro de inmediato.

—Coño, sí. —Y tras echar un vistazo a un reloj imaginario en su bronceada muñeca, dijo—: Por Dios, veo que ya son las engullir en punto.

—Cállate y empuja, cariño —le ordenó Susannah.

Eddie se calló y empujó.

TRES

El anciano estaba sentado cuando entraron en el cobertizo del embarcadero, de pie cuando salieron por el lado del río. Vio las armas que Roland y Eddie portaban —los grandes hierros con

las culatas de sándalo—, y se le agrandaron los ojos. Cayó sobre una rodilla. El día estaba en calma y Roland verdaderamente oyó cómo le crujían los huesos.

—Salve, pistolero —dijo, y se llevó un puño hinchado por la artritis al centro de la frente—. Yo os saludo.

—Levanta, amigo —respondió Roland, con la esperanza de que el anciano *fuese* un amigo. Jake parecía creerlo así, y Roland había llegado a confiar en el instinto del chico. Sin mencionar al bilibrambo—. Levanta, sea.

El anciano pasó por unos momentos de apuro al intentar ponerse en pie, de modo que Eddie subió a bordo y le tendió un brazo.

—Gracias, hijo, gracias. ¿Y usted qué? ¿Sos un pistolero también, o un aprendiz?

Eddie miró a Roland. Roland no le aportó nada, así que Eddie se volvió de nuevo hacia el anciano, se encogió de hombros, y sonrió.

—Un poco de las dos cosas, supongo. Soy Eddie Dean, de Nueva York. Esta es mi esposa, Susannah. Y este es Roland Deschain. De Gilead.

Los ojos del barquero se abrieron aún más.

—¿Gilead que fue? ¿Lo decís de cierto?

—Gilead que fue —confirmó Roland, y sintió que un desacostumbrado pesar se elevaba desde el fondo de su corazón. El tiempo era un rostro en el agua, y como el gran río ante ellos, no hacía sino fluir.

—Subíos a bordo, pues. Y bienvenidos seáis. Este hombrecito y yo nos hemos hecho amigos muy rápido, sí señor. —Acho saltó a la gran balsa y el anciano se agachó a acariciar la cabeza erguida del brambo—. Igual que nosotros, ¿eh, compañero? ¿Os acordáis de cómo me llamo?

—¡Bix! —respondió Acho con prontitud, y acto seguido se volvió hacia el noroeste y levantó el hocico. Los ojos orlados de oro miraban embelesados la columna móvil de nubes que marcaba el Camino del Haz.

CUATRO

—¿Comeríais algo? —les preguntó Bix—. Lo que tengo es poco y duro, pero sea como fuere, me agradará compartirlo.

—Con nuestra gratitud —dijo Susannah. Miró el cable que cruzaba el río en diagonal—. Esto es un ferry, ¿verdad?

A esto respondió Jake.

—Sí. Bix me ha dicho que hay gente en el otro lado. No están cerca, pero tampoco lejos. Cree que son agricultores de arroz, pero no vienen mucho por aquí.

Bix desembarcó de la enorme balsa y entró en el cobertizo. Eddie esperó hasta que oyó al anciano rebuscar y entonces se inclinó hacia Jake e inquirió en voz baja:

—¿Es un tío legal?

—Sí —afirmó Jake—. Está contento de tener a gente que cruzar. Dice que han pasado años.

—Me lo puedo imaginar —asintió Eddie.

Bix reapareció con una cesta de mimbre, que Roland le quitó de las manos, o de lo contrario el anciano podría haber caído al agua. Pronto todos estuvieron sentados en las sillas de mimbre, masticando popkins rellenos con algún tipo de pescado rosáceo. Estaba sazonado y poseía un sabor

delicioso.

—Comed cuanto gustéis —invitó Bix—. El río está lleno de peces crestudos, y bien encauzados que están la mayoría. Aquí en las Baronías Exteriores, casi todas las cosas nacen ya como debe ser. Los mutayes los devuelvo al río. En otra época nos ordenaron que tirásemos la estirpe mala a la orilla para que no criasen más, y eso hice una temporada, pero ahora... —Se encogió de hombros—. Vive y deja vivir, es lo que yo digo. Y como yo mismo he vivido mucho, me siento con derecho a decirlo.

—¿Cuántos años tiene usted? —le preguntó Jake.

—Cumplí los ciento veinte ya hace algún tiempo, pero desde entonces he perdido la cuenta, así de cierto. El tiempo es corto a este lado de la puerta, ¿no os consta?

«A este lado de la puerta.» El recuerdo de alguna historia antigua volvió a zarandear a Roland y desapareció al instante.

—¿Vais siguiendo... eso? —Señaló con un dedo retorcido a la cinta móvil de nubes en el cielo.

—Así es.

—¿Hacia los Callas? ¿O más allá?

—Más allá.

—¿Hacia la gran oscuridad? —La idea turbó y fascinó a Bix al mismo tiempo.

—Seguimos nuestro camino —dijo Roland—. ¿Qué peaje nos cobrarías por cruzarnos al otro lado, sai barquero?

Bix soltó una risa. Fue un sonido cascado y alegre.

—El dinero no vale nada cuando no hay para gastarlo, no tenéis ganado, y está claro como el agua que no vos sobra la comida. Y siempre pudiereis avasallarme y obligarme a cruzaros.

—Jamás —declaró Susannah, conmocionada.

—Lo sé —repuso Bix, moviendo una mano en su dirección—. Los devastadores, tal vez (y después para colmo me quemarían el ferry en cuanto llegaren al otro lado), pero verdaderos hombres de la pistola, jamás. Y las mujeres tampoco, supongo. No parece que vayáis armada, señora, pero con las mujeres uno nunca puede fiarse.

Susannah sonrió fríamente en respuesta y no dijo nada.

Bix se volvió hacia Roland.

—Venís de Lud, figuróme yo. Me gustaría que me hablaseis de cómo andan las cosas por allá, pues era una ciudad maravillosa, de cierto es. Ya se caía a cachos cuando la visité, y las cosas se fueron poniendo cada vez más raras, pero todavía estaba llena de prodigios.

Los cuatro intercambiaron una mirada que era completamente an-tet, esa telepatía característica que ellos compartían. Era una mirada, además, ensombrecida por el *shume*, el término antiguo de Mundo Medio que puede significar vergüenza, pero que también significa aflicción.

—¿Qué? —se alarmó Bix—. ¿Qué he dicho? Si vos he pedido algo que no pudiereis concederme, imploro vuestro perdón.

—En absoluto —dijo Roland—, pero Lud...

—Lud es polvo en el viento —completó Susannah.

—Bueno —intervino Eddie—, no exactamente polvo.

—Cenizas —dijo Jake—. De la clase que brilla en la oscuridad.

Bix rumió esta información y a continuación asintió lentamente con la cabeza.

—De todas formas, me gustaría escuchar lo que pasó, o tanto como os dé tiempo a contarme en una hora. Es lo que se tarda en cruzar.

CINCO

El barquero se envaró cuando se ofrecieron a ayudarlo con los preparativos. Ese era su trabajo, indicó, y aún podía hacerlo, aunque no tan rápido como en otro tiempo, cuando había granjas y unos cuantos puestos de mercadeo a ambos lados del río.

En cualquier caso, no había mucho que hacer. Entró en el cobertizo y trajo dos objetos: un taburete y un cáncamo grande de fustafarro. Utilizó el primero para subirse a acoplar el tornillo a lo alto del poste, y luego enganchó el perno al cable. Volvió a guardar el taburete en el edificio y regresó con una manivela grande de metal con forma de **Z**. La depositó con cierta ceremonia junto a una cubierta de madera en el extremo más alejado de la balsa.

—Que nadie le dé una patada y la tire por la borda, o jamás podré volver a casa —avisó.

Roland se puso en cuclillas para estudiarlo. Con un gesto indicó a Eddie y a Jake que se acercaran. Señaló las palabras grabadas en el trazo largo de la **Z**.

—¿Dice lo que yo creo que dice?

—Sí —confirmó Eddie—. North Central Positronics. Nuestros viejos camaradas.

—¿Cuándo consiguió eso, Bix? —preguntó Susannah.

—Si tuviera que hacer cábalas... hace noventa años o más. Hay un lugar bajo tierra por allá. —Apuntó vagamente en dirección al Palacio Verde—. Se extiende por kilómetros y está lleno de cosas que pertenecieron al Pueblo Antiguo, todo en un estado de conservación perfecto. Todavía suena una música rara en el techo, una música como jamás habríais oído. Te estruja la mollera, así de rara es. Y no te atrevas a quedarte allí mucho rato, que te saldrán llagas por todas partes y te pondrás a vomitar y se te caerán los dientes. Yo fui una vez. Nunca más. Por un tiempo creí que me iba a morir.

—¿Perdiste también pelo además de los piños? —preguntó Eddie.

Bix puso cara de sorpresa y asintió.

—Aja, una miaja, pero volvió a crecerme. Esa palanca, se hizo de *cero*, ¿sabes?

Eddie meditó esto por unos instantes. Por supuesto que se hizo desde *cero*, era un objeto inanimado, no se reproducía. Entonces comprendió que el anciano estaba diciendo *acero*.

—¿Estamos listos? —les preguntó Bix. Le brillaban los ojos casi tanto como a Acho—. ¿Zarpamos?

Eddie se enderezó bruscamente y ejecutó un seco saludo militar.

—Capitán, sí, mi capitán. Hacia la Isla del Tesoro que nos vamos, arr.

—Ven a ayudarme con estos cabos, Roland de Gilead, si ten a bien.

Roland acudió, y gustosamente.

SEIS

La balsa se movía despacio a lo largo del cable en diagonal, impulsada por la lenta corriente del río. Los peces saltaban en derredor mientras el ka-tet de Roland, por turnos, le narraba al anciano la historia de la ciudad de Lud y lo que allí les aconteció. Acho observó los peces con interés durante un rato, plantadas las zarpas en el borde corriente arriba de la balsa. Después volvió a sentarse de cara al camino por el que habían venido, levantado el hocico.

Bix gruñó cuando le contaron cómo habían huido de la ciudad condenada.

—Blaine el Mono, decís. Me acuerdo. Un tren de primera. Había otro, también, aunque no me acuerdo del nombre...

—Patricia —dijo Susannah.

—Ea, ese era. Bonitas paredes de cristal que tenía ella. ¿Y decís que la ciudad entera ya no existe?

—Muerta del todo —confirmó Jake.

Bix agachó la cabeza.

—Es triste.

—Lo es —asintió Susannah, que le tomó la mano y le dio un ligero y breve apretón—. Mundo Medio es un lugar triste, pero también puede ser muy hermoso.

Callaron durante un rato. Para entonces ya habían llegado al centro del río y una suave brisa, sorprendentemente cálida, les alborotó el cabello. Habían dejado a un lado las pesadas ropas de abrigo y estaban sentados en las sillas de mimbre para los pasajeros, que giraban en un sentido y otro, presumiblemente por las vistas que este vaivén proporcionaba. Un pez de gran tamaño —lo mas probable que del género que les había llenado la barriga a «las engullir en punto»— saltó a la balsa y permaneció allí, aleteando a los pies de Acho. Aunque por lo general mataba a cualquier criatura pequeña que se cruzara en su camino, el brambo no dio muestras de percatarse. Roland lo mandó de vuelta al río de una patada con su desgastada bota.

—Vuestro *throcken* sabe que viene —comentó Bix. Miró a Roland—. Más vale que vos andéis con ojo avizor, ¿ea?

Por un momento Roland no pudo pronunciar palabra. Un nítido recuerdo surgió de las profundidades de su mente, un recuerdo de una docena de ilustraciones grabadas en madera y coloreadas a mano en un antiguo y bien preciado libro. Seis brambs sentados en un árbol caído en el bosque bajo una luna creciente, todos con los hocicos levantados. Aquel volumen, *Los cuentos mágicos del Eld*, había sido su preferido de todos cuando no era sino un infante, escuchando a su madre, que le leía en su dormitorio de la torre del homenaje a la hora de acostarse, mientras que en el exterior, el viento de otoño cantaba su solitaria canción invocando el invierno. «El viento por la cerradura» era el título del relato al que acompañaba la imagen, que lo había aterrado y a la vez maravillado.

—Por todos los dioses del cielo —masculló Roland, y se golpeó la frente con el canto de su mutilada mano derecha—. Debería haberlo sabido de inmediato, aunque solo fuera por lo calurosos que han sido los últimos días.

—¿Quieres decir que no te diste cuenta? —preguntó Bix—. ¿Y tú vienes de Mundo Interior? —Emitió una interjección de reproche.

—¿Roland? ¿Qué pasa? —preguntó Susannah.

Roland la ignoró. Paseó la mirada de Bix a Acho y de vuelta a Bix.

—¿Una boreastada? ¿Se avecina una boreastada?

Bix asintió.

—Ea. El *throcken* así lo dice, y con las boreastadas los *throcken* nunca se equivocan. Aparte de hablar un poquito, es su esplendor.

—¿Qué esplendor? —preguntó Eddie.

—Quiere decir su talento —explicó Roland—. Bix, ¿sabes de algún lugar en el otro lado donde podamos refugiarnos y aguardar a que pase?

—Pues da la casualidad que sí. —El anciano apuntó hacia las colinas arboladas que descendían suavemente hacia la otra orilla del Whye, donde otro embarcadero y otro cobertizo (este sin pintar y

mucho menos grandilocuente) los esperaba—. Encontraréis allende esos montes la forma de llegar, un senderito que antes era una calzada. Sigue el Camino del Haz.

—¡Cómo no! —dijo Jake—. Todas las cosas sirven al Haz.

—Dices bien, hombrecito, dices bien. ¿En qué vos manejáis mejor, en ruedas o kilómetros?

—Nos da lo mismo, aunque la mayoría de nosotros preferimos kilómetros —respondió Eddie.

—De acuerdo, entonces. Si vais por la vieja carretera del Calla unos ocho kilómetros... o a lo mejor son diez..., entonces llegáis a un poblado desierto. Casi todos los edificios son de madera y no vos valdrán, pero el salón de reuniones del pueblo es de buena piedra. Allí estaréis bien. Yo he entrado y tiene un hogar grande precioso. Vos convendrá revisar la chimenea, dende luego, porque querréis que tire bien el día o dos que tengáis que resguardaros allí. El remanente de las casas servirá para usallo como leña.

—¿Qué es esa boreastada? —preguntó Susannah—. ¿Una tormenta?

—Sí —dijo Roland—. Hace muchos, muchísimos años que no he presenciado ninguna. Es una suerte que tengamos a Acho. Aun así, no lo habría sabido de no ser por Bix. —Le dio un apretón en el hombro al anciano—. Gracias, sai. Todos decimos gracias.

SIETE

El embarcadero en la orilla sudeste del río estaba al borde del derrumbe, como tantas otras cosas en Mundo Medio; murciélagos posaban cabeza abajo en las vigas y gordas arañas se escurrían por las paredes. Todos se alegraron de salir a cielo abierto. Bix amarró la balsa y se unió a ellos. Le abrazaron uno a uno, poniendo cuidado en no estrangular y dañar sus viejos huesos.

Cuando todos hubieron completado el turno de abrazos, el anciano se enjugó las lágrimas y se agachó para acariciarle la cabeza a Acho.

—Protégeilos bien, sir Throcken, sea.

—¡Acho! —convino el brambo. Después—: ¡Bix!

Se incorporó y de nuevo oyeron el crujir de sus huesos. Se llevó las manos a la parte baja de la espalda e hizo una mueca de dolor.

—¿Podrás volver a cruzar sin problemas? —preguntó Eddie.

—Ea —asintió Bix—. Si fuera primavera tal vez no, el viejo Whye no es tan dócil cuando se derriten las nieves y llegan las lluvias, pero ¿ahora? Como un charco de pis. La tormenta todavía está lejos. Le doy un poco a la manivela contracorriente, luego aprieto el perno para descansar sin miedo a retroceder, y luego remo un poco más. Tardaré cuatro horas en vez de una, pero llegaré. Bueno, al menos siempre he llegado. Lo único malo es que oxalá tuviese más comida que daros.

—Nos apañaremos —aseguró Roland.

—Bien, pues. Bien. —El anciano parecía reacio a marcharse. Paseó la mirada de rostro en rostro (con seriedad) y a continuación esgrimió una sonrisa que reveló unas encías desdentadas—. Hemos sido bien hallados en el camino, ¿no es cierto?

—Así es —convino Roland.

—Y si volviereis por esta senda, paraos un rato a visitar al viejo Bix y contalle vuestras aventuras.

—Lo haremos —dijo Susannah, aunque sabía que nunca volverían a pisar aquellos parajes. Eso era algo que todos ellos sabían.

—Y ojo con la boreastada. No es ninguna broma. Pero acaso todavía vos quede un día, a lo mejor hasta dos. Todavía no ha empezado él a correr en círculos, ¿estás conmigo, Acho?

—¡Acho! —coincidió el brambo.

Bix lanzó un suspiro.

—Ahora, seguid vuestro camino —dijo el anciano— que yo seguiré el mío. Muy pronto habremos de encerrarnos bajo techo.

Roland y su tet iniciaron la marcha.

—¡Una última cosa, mis muchachos! —gritó Bix detrás de ellos, y se giraron—. ¡Si viereis a ese cabezota de Andy, decille que no quiero canciones, ni tampoco quiero que me lea mi condenado *horráscopo*!

—¿Quién es Andy? —preguntó Jake en respuesta.

—Bah, da igual. Toas formas, lo más probable es que no lo veáis.

Esas fueron las últimas palabras del anciano sobre el tema, palabras que ninguno de ellos recordarían pese a que conocieron a Andy, en la comunidad agrícola de Calla Bryn Sturgis. Pero eso sucedió más tarde, después de que la tormenta hubo pasado.

OCHO

El pueblo abandonado distaba solo ocho kilómetros. Tardaron en llegar menos de una hora después de dejar el ferry. Roland necesitó menos tiempo para hablarles de las boreastadas.

—Solían descender desde los Grandes Bosques al norte de Nuevo Canaán una o dos veces al año, aunque nunca sufrimos ninguna en Gilead; siempre terminaban desvaneciéndose en el aire antes de llegar tan lejos. Pero sí recuerdo una vez que vi carretas cargadas con cadáveres congelados en la Calzada de Gilead. Granjeros y sus familias, supongo. Dónde habían estado sus *throcken* (sus bilibrambos), lo ignoro. Quizá enfermaron y murieron. En cualquier caso, sin brambos que les avisaran, esas gentes no pudieron prepararse. La boreastada llega de repente, si no os consta. Un instante te quema como una tostada (porque el tiempo siempre se torna caluroso antes de estas tormentas) y al siguiente se abate sobre ti, como lobos sobre un rebaño de ovejas. El único aviso es el sonido que producen los árboles cuando el frío de la boreastada los aplasta a su paso. Una especie de estallido seco, como *grenadas* enterradas en el suelo. El sonido que hace la madera viva cuando se contrae bruscamente, supongo. Y para cuando lo oyesen, ya sería demasiado tarde para aquellos en los campos.

—Frío —caviló Eddie—. ¿Cuánto frío?

—La temperatura puede caer hasta cuarenta limbits por debajo del helamiento en menos de una hora —dijo Roland en tono grave—. Los estanques se congelan al instante, con un ruido como de balas al perforar una vidriera. Los pájaros se convierten en estatuas de hielo en el cielo y caen como piedras. La hierba se convierte en cristal.

—Tienes que estar exagerando —dijo Susannah.

—En absoluto. Y el frío solo es una parte. Le acompaña el viento también, que sopla con la fuerza de un vendaval y quiebra las ramas congeladas como si fueran pajitas. Estas tormentas llegan a avanzar trescientas ruedas antes de elevarse y desaparecer en el cielo tan de repente como llegaron.

—¿Cómo lo saben los brambos? —preguntó Jake.

Roland se limitó a sacudir la cabeza. El cómo y el porqué de las cosas nunca le habían

interesado demasiado.

NUEVE

Tropezaron con el trozo roto de una señal tirado en el camino. Eddie lo recogió y leyó los restos descoloridos de una única palabra.

—Resume a la perfección lo que es Mundo Medio —comentó—. Misterioso pero extrañamente gracioso.

Se volvió hacia ellos mostrando el trozo de madera a la altura del pecho. Lo que decía, en grandes letras irregulares, era **GOOK**.

—Sí. Un *gook* es un pozo profundo. Las leyes tradicionales estipulan que cualquier viajero podrá beber de su agua sin que medie consentimiento ni castigo.

—Bienvenido a Gook —dijo Eddie, arrojando el letrero a los arbustos que crecían a la vera del camino—. Me gusta. De hecho, quiero una pegatina para el coche que diga «Me resguardé de la boreastada en Gook».¹

Susannah se rió. Jake no. Se limitó a señalar a Acho, que había empezado a girar sobre sí mismo en círculos cerrados y rápidos, como si se persiguiera su propia cola.

—Será mejor que nos demos un poco de prisa —sugirió el chico.

DIEZ

Los árboles retrocedieron y el camino se ensanchó dando paso a lo que en otro tiempo debió de ser la calle mayor de un pueblo que en sí mismo era un triste cúmulo de abandono que la flanqueaba a ambos lados durante unos cuatrocientos metros. Algunos de los edificios habrían sido casas, otros tiendas, pero ahora resultaba imposible discernir qué había sido qué. No eran más que cascarones vencidos que miraban con fijeza a través de oscuras cuencas vacías que en otro tiempo podrían haber enmarcado cristales. La única excepción se alzaba en el extremo sudeste del pueblo. Aquí la calle cubierta de vegetación se bifurcaba bordeando un edificio achaparrado con aspecto de fortín construido de piedra gris. Se hundía en una profusión de arbustos que alcanzaban la altura de la cadera y se hallaba parcialmente oculto por abetos jóvenes que debían de haber crecido después de que Gook quedara deshabitado; las raíces ya habían empezado a abrirse paso hacia los cimientos del salón de reuniones. Con el transcurso del tiempo terminarían derribándolo, y tiempo era algo que a Mundo Medio le sobraba a espuestas.

—Acertó en cuanto a la leña —comentó Eddie. Recogió un tablón seco y lo colocó sobre los brazos de la silla de ruedas de Susannah a modo de mesa improvisada—. Tendremos más que suficiente. —Lanzó una mirada al colega peludo de Jake, que una vez más giraba en enérgicos círculos—. Es decir, si es que nos da tiempo a recogerla, claro.

—Nos pondremos a acumular leña en cuanto nos cercioremos de que tendremos cobijo para nosotros solos en aquel edificio de piedra —dijo Roland—. Hagámoslo rápido.

El salón de reuniones de Gook era gélido, y los pájaros —que los neoyorquinos reconocieron como golondrinas y que Roland llamaba «herrumbreros de carbón»— habían penetrado en el segundo piso, pero por lo demás disponían efectivamente del lugar para ellos solos. Una vez bajo techo, Acho pareció liberado de su compulsión de mirar hacia el noroeste o girar en círculos, e inmediatamente retornó a su esencial naturaleza curiosa y subió a saltos la destartada escalera hacia los aleteos y arrullos de arriba.

Enseguida se oyeron los agudos ladridos del brambo, y pronto los miembros del tet vieron cómo los herrumbreros escapaban en desbandada hacia regiones de Mundo Medio menos pobladas. Aunque si Roland estaba en lo cierto, caviló Jake, los que volaran en dirección al río Whye pronto quedarían convertidos en polos de pájaro.

La planta baja consistía en una única y espaciosa estancia. Mesas y bancos habían sido apilados contra las paredes. Roland, Eddie y Jake los trasladaron hasta las ventanas sin cristales, que afortunadamente eran pequeñas, y taparon las aberturas. Bloquearon por fuera las que daban al noroeste con el fin de que el viento procedente de esa dirección los presionara firmemente en su sitio más que derribarlos.

Mientras ellos llevaban a cabo esta tarea, Susannah hizo rodar la silla de ruedas hasta la boca de la chimenea, cosa que fue capaz de conseguir sin siquiera agachar la cabeza. Escudriñó hacia arriba, asió un anillo oxidado que colgaba, y tiró de él. Se produjo un chirrido infernal... una pausa... y entonces una espesa nube negra de hollín descendió sobre ella con un pesado ruido sordo. Su reacción fue inmediata, subida de tono y totalmente característica de Detta Walker.

—*¡Ay, cabrona, bésame el culo pa' ir al cielo!* —increpó a voz en grito—. *¡Caguen tu madre, furcia zampapollas, mira toa esta purquiría!*

Retrocedió, tosiendo y agitando las manos delante de la cara. Las ruedas de la silla trazaron surcos en el hollín. Un enorme montón de cenizas se acumulaba en su regazo. Se lo quitó de encima con una serie de fuertes palmadas que se asemejaban más a puñetazos.

—*¡Jodia chimina roñosa! ¡Que tienes to'l coño estrecho lleno de mierda, so guarra! ¡Bruja hijeputa...!*

Dio media vuelta y vio que Jake la miraba de hito en hito, con la boca abierta y los ojos como platos. Detrás de él, en las escaleras, Acho lo imitaba.

—Lo siento, corazón —se disculpó Susannah—. Me he dejado llevar un poco. Más que nada, estoy enfadada conmigo misma. Crecí entre estufas y chimeneas, y debería haberlo previsto.

En un tono que denotaba el más profundo de los respetos, Jake dijo:

—Tus palabrotas son mejores que las de mi padre. Creía que *nadie* sabía mejores palabrotas que mi padre.

Eddie se acercó a Susannah y empezó a limpiarle el rostro y el cuello. Ella le apartó la mano.

—Lo estás esparciendo más. Vamos a ver si encontramos ese *gook*, o lo que sea. A lo mejor todavía tiene agua.

—Habrás si Dios quiere —dijo Roland.

Susannah giró la silla sobre las ruedas y lo miró con los ojos entornados.

—¿Estás haciéndote el listillo, Roland? Porque te advierto que no deberías hacerlo mientras esté yo aquí sentada como lady Tizón.

—No, sai, jamás se me ocurriría —aseguró Roland, pero se vislumbraba una minúscula curvatura en la comisura izquierda de sus labios—. Eddie, ve a ver si encuentras agua para que

Susannah pueda lavarse. Jake y yo empezaremos a reunir madera. Necesitaremos tu ayuda lo antes posible. Espero que nuestro amigo Bix haya logrado alcanzar su orilla del río, porque creo que el tiempo es más escaso de lo que calculó.

DOCE

Hallaron el pozo del pueblo al otro lado del salón de reuniones, en lo que Eddie supuso que en otro tiempo fue el parque comunal del pueblo. La cuerda que colgaba del tambor operado por manivela bajo la tapa podrida llevaba mucho tiempo desaparecida, pero aquello no representaba ningún problema; entre sus pertenencias terrenales (en su artilla) se incluía un buen rollo de sogá.

—El problema —expuso Eddie— está en qué vamos a atar al final de la cuerda. Me figuro que una de las viejas alforjas de Roland podría...

—¿Qué es eso, cariño? —Susannah señalaba una zona de hierba alta y zarzas a la izquierda del pozo.

—No veo... —Pero entonces lo vio. Un destello de metal oxidado. Con cuidado para que las espinas le arañaran lo menos posible, Eddie introdujo la mano en la maraña y, con un gruñido de esfuerzo, sacó de un tirón un oxidado cubo que contenía en su interior una espiral de hiedra muerta. Contaba incluso con asa.

—Déjame ver eso —pidió Susannah.

Eddie volteó el cubo para verter la hiedra y se lo entregó. Ella probó el asa y se rompió de inmediato, no con un chasquido, sino con suspiro flojo e inútil. Susannah lo miró con una expresión de disculpa y se encogió de hombros.

—No pasa nada —dijo Eddie—. Es mejor saberlo ahora que no cuando estuviera en el fondo del pozo. —Arrojó a un lado el asa, cortó un trozo de cuerda, desenredó los hilos externos para hacerla más fina, y enhebró el resto por los orificios que habían sujetado la vieja asa.

—No está mal —aprobó Susannah—. Para ser un muchachito blanco, estás hecho un manitas tremendo. —Se asomó al borde del pozo y escudriñó el fondo—. Veo el agua. No está ni a tres metros. Au, parece *fría*.

—Los deshollinadores no tienen derecho a ser exigentes —dijo Eddie.

El cubo aterrizó en el agua con un chapoteo, se escoró y empezó a llenarse. Cuando se hundió bajo la superficie, Eddie lo subió de un tirón. Tenía varias fugas en los puntos donde el óxido había corroído por completo el metal, pero eran pequeñas. Se quitó la camisa, la sumergió en el agua y empezó a lavarle la cara a Susannah.

—¡Válgame Dios! —exclamó él—. ¡Si veo a una chica!

Ella tomó la malograda camisa y la aclaró, luego la escurrió y empezó a limpiarse los brazos.

—Al menos conseguí despejar el maldito humero. Podrías sacar un poco más de agua cuando haya terminado de quitarme lo peor, así cuando tengamos encendido un fuego podré lavarme con agua caliente...

A lo lejos, hacia el noroeste, se oyó un ruido grave, una explosión seca. Hubo, una pausa, luego una segunda detonación. La siguieron varias más, y a continuación una perfecta descarga de artillería. Avanzando en su dirección con paso militar. Sus ojos sobresaltados se encontraron.

Eddie, desnudo de cintura para arriba, se situó tras la silla de ruedas.

—Creo que será mejor que aceleremos esto.

Desde la distancia —pero claramente acercándose— llegaban sonidos que bien podrían ser producidos por un ejército yendo a la guerra.

—Me parece que tienes razón —concordó Susannah.

TRECE

Cuando regresaron, vieron a Roland y a Jake corriendo hacia el salón de reuniones con brazadas de leños medio podridos y trozos de madera astillada. Aún al otro lado del río, pero definitivamente más cerca, se oían más explosiones ahogadas cuando los árboles en el camino de la bóreastada se tronchaban hacia dentro en busca de sus sensibles núcleos. Acho estaba en el centro de la calle mayor cubierta de vegetación, dando vueltas y más vueltas.

Susannah se impulsó fuera de la silla, aterrizó hábilmente sobre las manos, y empezó a arrastrarse con lentitud hacia el salón de reuniones.

—¿Qué cojones estás haciendo? —preguntó Eddie.

—Podrás cargar más cantidad de madera en la silla. Apila un buen montón. Voy a pedirle a Roland la yesca y el pedernal e iré preparando el fuego.

—Pero...

—Hazme caso, Eddie. Deja que ayude en lo que pueda. Y ponte otra vez la camisa. Ya sé que está mojada, pero evitará que te rasguñes.

Así lo hizo, luego giró la silla, la inclinó sobre las grandes ruedas traseras y la empujó hacia la fuente más cercana y probable de combustible. Cuando se cruzó con Roland, le transmitió el mensaje de Susannah. El pistolero asintió con la cabeza y siguió corriendo, atisbando por encima de la brazada de leña.

Los tres fueron de acá para allá sin hablar, reuniendo madera para protegerse del frío en una tarde extrañamente calurosa. El Camino del Haz había desaparecido temporalmente del cielo, porque ahora todas las nubes estaban en movimiento, alejándose rodando hacia el sudeste. Susannah había conseguido encender un fuego, que rugía salvajemente en la chimenea. En el centro de la espaciosa estancia de la planta baja se amontonaba un amasijo enorme de madera; de algunos trozos sobresalían clavos oxidados. Hasta el momento ninguno de ellos se había cortado o pinchado, pero Eddie creía que solo era cuestión de tiempo. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que le habían puesto la inyección del tétanos y no pudo.

«En cuanto a Roland —pensó—, su sangre probablemente mataría a cualquier germen en el mismo instante en que se atreviera a asomar la cabeza dentro de ese pellejo que él llama piel.»

—¿Por qué sonríes? —preguntó Jake. Las palabras brotaron en pequeños jadeos entrecortados. Tenía las mangas de la camisa sucias y cubiertas de astillas; un largo tiznajo le cruzaba la frente.

—Por nada importante, pequeño héroe. Ten cuidado con los clavos oxidados. Un viaje más cada uno y podremos darlo por bueno. Está cerca.

—Vale.

Las detonaciones sonaban ahora a esta orilla del río, y el aire, aunque todavía caliente, había adquirido una extraña cualidad espesa. Eddie cargó la silla de ruedas de Susannah una última vez y la empujó de vuelta al templo de reuniones. Jake y Roland iban por delante de él. Pudo sentir el ambiente caldeado del interior a través de la puerta abierta. «Será *mejor* que haga frío —pensó—, o nos vamos a asar como jodidos pollos ahí dentro.»

Entonces, mientras esperaba a que los otros entraran, andando de costado para introducir los cargamentos de leños a través de la puerta, un agudo y penetrante aullido se unió a los reventones y petardazos que producía la madera al contraerse. Hizo que a Eddie se le erizara el pelo de la nuca. El viento que se cernía sobre ellos sonaba como un ser vivo, y en una agonía de dolor.

El aire comenzó a moverse de nuevo. Primero era caliente, luego lo bastante frío para secarle el sudor de la cara, y finalmente gélido. Esto ocurrió en cuestión de segundos. Un ruido de aleteo, que a Eddie le hizo pensar en los banderines de plástico que uno veía a veces en los aparcamientos de los concesionarios de coches usados, se unió al escalofriante chillido del viento. Ascendió hasta convertirse en un zumbido, y las hojas empezaron a desprenderse de los árboles, al principio como legajos, después a mares. Las ramas azotaban las nubes que se oscurecían a pasos agigantados incluso mientras las contemplaba, con la boca abierta.

—Oh, *mierda* —masculló, y dirigió la silla de ruedas directamente hacia la puerta. Por primera vez en diez viajes, se quedó atascada. Los tablones que había apilado sobre los apoyabrazos de la silla eran demasiado anchos. Con cualquier otro cargamento, los extremos se habrían partido con el mismo sonido suave, casi compungido, que había producido el asa del cubo, pero no esta vez. Ah no, no ahora que la tormenta estaba casi encima. ¿Por qué las cosas nunca eran fáciles en Mundo Medio? Se inclinó sobre el respaldo de la silla para retirar las tablas más largas, y fue entonces cuando Jake gritó.

—*¡Acho! ¡Acho sigue ahí fuera! ¡Acho! ¡A mí!*

Acho no prestó atención. Había dejado de dar vueltas. Ahora estaba bobamente sentado con el hocico levantado hacia la tormenta que se avecinaba, con la mirada perdida y los ojos orlados de oro ensoñadores.

CATORCE

Jake actuó sin pensar y no se preocupó por los clavos que sobresalían del último cargamento de maderos de Eddie. Simplemente trepó por encima del montón de leños y saltó. Chocó contra Eddie, que se tambaleó hacia atrás. Eddie intentó mantener el equilibrio, pero tropezó con sus propios pies y cayó de culo. Jake hincó una rodilla en el suelo y luego se incorporó con dificultad, los ojos abiertos como platos, el cabello largo echado hacia atrás en un enredo de mechas y rizos.

—¡Jake, no!

Eddie alargó el brazo y solo consiguió cazar el puño de la camisa del muchacho. Desgastada por muchos lavados en muchos riachuelos, la tela se desgarró.

Roland apareció en la puerta. Apartó a derecha e izquierda los tableros demasiado largos, tan despreocupado por los clavos prominentes como lo había estado Jake. El pistolero pasó la silla de un tirón a través de la puerta.

—Entra aquí —gruñó.

—Pero Jake...

—Jake estará bien o no. —Roland asió a Eddie con el brazo y le obligó a ponerse en pie. El viento azotaba las perneras de sus viejos téjanos azules, que sonaban como ráfagas de ametralladora —. Está solo. Entra aquí.

—¡No! ¡Que te follen!

Roland no discutió, se limitó a tirar de Eddie hacia dentro. Eddie cayó despatarrado. Susannah,

arrodillada delante del fuego, lo miraba de hito en hito. El sudor le corría por la cara y la pechera de su camisa de piel de ciervo estaba empapada.

El pistolero se quedó de pie en el umbral, con el rostro adusto, observando a Jake correr hacia su amigo.

QUINCE

Jake sintió que la temperatura del aire a su alrededor caía a plomo. Una rama se rompió con un chasquido seco y el chico se agachó para esquivarla cuando pasó silbando sobre su cabeza. Acho ni se inmutó hasta que Jake lo apresó entre sus brazos. Entonces el brambo se revolvió salvajemente, enseñando los dientes.

—Muerde si quieres —dijo Jake—, pero no te voy a soltar.

Acho no mordió, pero aunque lo hubiera hecho, Jake podría no haberlo sentido. Tenía la cara entumecida. Se volvió en dirección al templo de reuniones y el viento se cuajó en una titánica mano gélida plantada en medio de su espalda. Echó a correr otra vez, consciente de que ahora lo hacía con absurdos saltos, como un astronauta corriendo por la superficie de la luna en una película de ciencia ficción. Un salto... dos... tres...

Pero en el tercero no descendió. Fue impulsado hacia delante con Acho acunado entre sus brazos. Se produjo una explosión gutural, carraspeante, cuando una de las viejas casas cedió ante el viento y salió volando hacia el sudeste entre salvas de metralla. Vio un tramo de escalera, con la tosca barandilla todavía ensamblada, girando y ascendiendo hacia las nubes en carrera. «Somos los siguientes», pensó, y entonces una mano, con dos dedos de menos pero todavía fuerte, lo agarró por encima del codo.

Roland lo atrajo hacia la puerta. Durante un momento la resolución estuvo en duda, pues el viento los zarandeaba aislándolos de la seguridad del refugio. Entonces, con una arremetida final, hundiéndose profundamente los dedos restantes de la mano derecha en la carne de Jake, Roland franqueó el umbral. La presión del viento los soltó bruscamente, y ambos cayeron de espaldas.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Susannah, aliviada.

—¡Agradéceselo más tarde! —Roland gritaba para hacerse oír por encima del bramido penetrante del vendaval—. ¡Empujad! ¡Todos vosotros! ¡Empujad la condenada puerta! ¡Susannah, tú por abajo! ¡Con todas tus fuerzas! ¡Jake, tú atráncala! ¿Me entiendes? ¡Pon la barra en las abrazaderas! ¡No vaciles!

—No te preocupes por mí —espetó Jake. Algo le había acuchillado en la sien y una delgada cinta de sangre le corría por un lado de la cara, pero sus ojos brillaban lucidos y confiados.

—¡Ahora! ¡Empujad! ¡Empujad por vuestras vidas!

La puerta se cerró balanceándose con lentitud. No hubieran sido capaces de aguantar mucho —apenas unos segundos— pero no fue necesario. Jake dejó caer la gruesa barra de madera, y cuando retrocedieron, con cautela, las oxidadas abrazaderas resistieron. Se miraron entre sí, jadeando para recuperar el aliento, y luego bajaron la vista hacia Acho, que soltó un solitario ladrido alegre y fue a tostarse junto al fuego. Cualquiera que fuese el hechizo que la tormenta venidera le echara parecía haberse roto.

Lejos del calor del hogar, la espaciosa sala ya se enfriaba.

—Tendrías que haberme dejado coger al chico, Roland —le reprochó Eddie—. Podría haber

muerto ahí fuera.

—Acho era responsabilidad de Jake. Debería haberlo metido dentro antes y haberlo atado a algo de ser preciso. ¿O acaso no lo crees así, Jake?

—Sí, es verdad. —Jake se sentó al lado de Acho mientras acariciaba el espeso pelaje del brambo con una mano y se frotaba la sangre de la cara con la otra.

—Roland —dijo Susannah—, solo es un niño.

—Nunca más —replicó Roland—. Imploro tu perdón, pero... ya nunca más.

DIECISÉIS

Durante las dos primeras horas de la boreastada, abrigaron la duda de si el edificio aguantaría aun siendo de piedra. El viento gritaba y tronchaba los árboles con un ruido como fuego de mortero. Uno descargó un golpe contra el tejado y lo aplastó. Una corriente de aire gélido sopló a través de las tablas del techo. Susannah y Eddie se rodearon mutuamente con los brazos. Jake escudó a Acho —que ahora descansaba plácidamente tendido de espaldas y con las patas rechonchas estiradas apuntando en las cuatro direcciones cardinales— y alzó la vista hacia el remolino de excremento de pájaro que se había futrado entre las grietas. Roland continuó tranquilamente con la preparación de la cena.

—¿En qué piensas, Roland? —preguntó Eddie.

—Creo que si el edificio resiste una hora más, no tendremos problemas. El frío se intensificará, pero el viento amainará un poco cuando llegue la oscuridad. Con la luz del alba soplará con menos fuerza, y para pasado mañana, el aire estará en calma y será mucho más cálido. No como antes de la venida de la tormenta, pero ese calor no era natural y todos lo sabíamos.

Los miró con una sonrisa medio disimulada. Lucía extraña en su rostro, que por lo general se mostraba tan serio e impasible.

—Entretanto, disponemos de un buen fuego, que aunque no basta para calentar la estancia entera, es suficiente si nos quedamos arrimados. Y tenemos tiempo para descansar. Hemos pasado por mucho, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Jake—. *Demasiado*.

—Y más que nos aguarda, no me cabe duda. Peligro, trabajo duro, aflicción. Muerte, quizá. Pero ahora estamos sentados junto al fuego, como en los días de antaño, y nos confortaremos cuanto podamos. —Los sondeó, aún luciendo aquella sonrisita. El resplandor del fuego proyectaba un extraño perfil del pistolero, rejuveneciendo un lado de su rostro, envejeciendo el otro—. Somos ka-tet. Somos uno de muchos. Mostraos agradecidos por el calor, el refugio y la compañía contra la tormenta. Otros pueden no ser tan afortunados.

—Esperemos que sí —dijo Susannah. Estaba pensando en Bix.

—Venid —reclamó Roland—. Comed.

Acudieron, y se acomodaron alrededor de su dinh, y comieron aquello que él les había preparado.

DIECISIETE

Esa noche temprano, Susannah durmió durante una hora o dos, pero sus sueños (donde por alguna razón se sentía apremiada a comer repugnantes alimentos infestados de gusanos) la despertaron. En el exterior, el viento seguía aullando, aunque su sonido no era ahora tan constante. Daba la impresión a veces de que se desvanecía por completo y seguidamente volvía a arreciar, profiriendo gritos largos y gélidos cuando las frías corrientes se deslizaban bajos los aleros y hacían temblar los viejos huesos del edificio de piedra. La puerta golpeaba rítmicamente contra la barra que la mantenía cerrada, pero al igual que el techo por encima de ellos, tanto la barra como las oxidadas abrazaderas parecían resistir. Se preguntó qué les habría pasado si la barra de madera hubiera estado tan podrida como el asa del cubo que habían encontrado cerca del *gook*.

Roland permanecía despierto y se calentaba sentado junto a la chimenea. Jake le acompañaba. Entre ellos, Acho dormía con una pata sobre el hocico. Susannah se les unió. El fuego había decaído un poco, pero a esa distancia arrojaba un calor reconfortante sobre su rostro y sus brazos. Cogió un tablón, pensó en partirlo en dos, decidió que eso podría despertar a Eddie, y lo echó a las llamas tal como estaba. Un torrente de chispas ascendió por la chimenea, arremolinándose al ser absorbidas desde el exterior.

Bien se podría haber ahorrado la consideración, porque mientras danzaban aún las chispas, una mano le acarició el cuello justo por debajo del nacimiento del pelo. No necesitó mirar; habría reconocido ese toque en cualquier lugar. Sin volverse, asió la mano, se la llevó a la boca y le dio un beso en la palma. La palma *blanca*. Incluso después de todo ese tiempo estando juntos y todas las veces que habían hecho el amor, en ocasiones aún le resultaba difícil de creer. Y, sin embargo, era real.

«Al menos no tendré que llevarle a casa y presentarle a mis padres», pensó.

—¿No puedes dormir, cielo?

—He dormido un poco, pero no mucho. He tenido un sueño raro.

—Los trae el viento —comentó Roland—. Cualquier persona de Gilead te diría lo mismo. Pero yo adoro el sonido del viento. Desde siempre. Me apacigua el corazón y evoca recuerdos de tiempos pasados.

Apartó la mirada, como avergonzado por haber hablado tanto.

—Ninguno de nosotros puede dormir —dijo Jake—. ¿Por qué no nos cuentas una historia?

Roland contempló el fuego durante un rato y luego miró al chico. El pistolero sonreía una vez más, pero sus ojos parecían ausentes. Un nudo reventó en la chimenea. Más allá de los muros de piedra, el viento gritó como si le enfureciera su incapacidad para entrar. Eddie rodeó a Susannah por la cintura y ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Qué historia te agradaría escuchar, Jake, hijo de Elmer?

—Cualquiera. —Hizo una pausa—. Una sobre los viejos tiempos.

Roland miró a Eddie y Susannah.

—¿Y vosotros? ¿Escucharíais?

—Sí, por favor —pidió Susannah.

Eddie asintió con la cabeza.

—Sí. Si quieres, claro.

Roland reflexionó un instante.

—Tal vez os cuente dos, pues el alba aún queda lejos y mañana podremos dormir cuanto nos plazca. Estos cuentos anidan uno dentro del otro, y no obstante, el viento sopla a través de ambos, lo cual es bueno. No hay nada como una historia en una noche ventosa cuando la gente ha encontrado un lugar caliente en un mundo frío.

Cogió un trozo astillado de madera que había formado parte de un revestimiento, atizó los rescoldos resplandecientes y alimentó las llamas.

—Una de las historias sé que es verdadera, pues la viví con Jamie DeCurry, mi viejo ka-mate. La otra, «El viento por la cerradura», me la leía mi madre cuando yo aún era un infante. Los viejos relatos pueden ser útiles, ¿sabéis? Yo debería haber recordado este en cuanto vi a Acho olisquear el aire como lo hacía, pero ha pasado demasiado tiempo. —Lanzó un suspiro—. Días que ya se han ido.

En la oscuridad más allá del resplandor del fuego, el viento se convirtió en un aullido. Roland esperó a que muriera y empezó a hablar. Eddie, Susannah y Jake escucharon, absortos, hasta el final de aquella noche larga y beligerante. Lud, el señor Tic-Tac, Blaine el Mono, el Palacio Verde, todo quedó olvidado. Incluso la misma Torre Oscura quedó relegada a un segundo plano durante un rato. Solo existió la voz de Roland, elevándose y hundiéndose.

Elevándose y hundiéndose como el viento.

—No mucho después de la muerte de mi madre, que como sabéis llegó por mi propia mano...

EL HOMBREPIELES (PRIMERA PARTE)

No mucho después de la muerte de mi madre, que como sabéis llegó por mi propia mano, mi padre —Steven, hijo de Henry el Alto— me convocó a su estudio en el ala norte del palacio. Era una estancia pequeña y fría. Recuerdo el viento que gemía en las troneras. Recuerdo las estanterías altas y amenazantes colmadas de libros; una fortuna valían, pero nunca habían sido leídos. No por él, al menos. Y recuerdo el cuello negro de duelo que lucía. Era igual que el mío. Todos los hombres de Gilead llevaban un cuello similar o un brazalete en las mangas. Las mujeres iban ataviadas con redecillas negras en el pelo. Así sería hasta que Gabrielle Deschain hubiera reposado seis meses en su tumba.

Le saludé, con el puño en la frente. No alzó la vista de los documentos de su escritorio, pero sabía que se había percatado de mi presencia. Mi padre lo veía todo, y lo veía muy bien. Esperé. Estampó su firma varias veces mientras el viento silbaba y los cuervos graznaban en el patio. El hogar era una cuenca vacía. En muy raras ocasiones solicitaba que lo encendieran, ni siquiera en los días más fríos.

Por fin, levantó la mirada.

—¿Cómo se encuentra Cort, Roland? ¿Cómo progresa el que antaño fuera tu instructor? Debes de saberlo, pues tengo entendido que pasas la mayor parte de tu tiempo en su choza y que le alimentas, entre otras cosas.

—Tiene días en que me reconoce —respondí—, pero hay muchos que no. Todavía ve poco por un ojo. El otro... —No me hizo falta terminar la frase. El otro había desaparecido. Mi halcón, David, se lo había arrancado en mi prueba de hombría. Cort, a su vez, había segado la vida de David, pero esa estaba destinada a ser su última muerte.

—Conozco la suerte que corrió el otro. ¿De verdad le das de comer?

—Ea, padre, eso hago.

—¿Lo limpias cuando se ensucia?

Me quedé plantado ante su escritorio como un escolar escarmentado que ha sido llamado ante su maestro, y así es como me sentía. Salvo que ¿cuántos escolares escarmentados han matado a sus propias madres?

—Contéstame, Roland. Soy tu dinh además de tu padre y requiero tu respuesta.

—A veces. —No mentía, realmente. A menudo le cambiaba la ropa sucia tres y cuatro veces al día; en los días buenos, solo una vez o ninguna en absoluto. Era capaz de ir a las letrinas si le ayudaba. Y si se acordaba de que tenía que ir.

—¿Acaso no hay ammes blancas para asistirle?

—Las despaché —fue mi respuesta.

Me miró con verdadera curiosidad. Busqué el desprecio en su rostro —una parte de mí deseaba verlo—, pero no había ninguno que pudiera apreciar.

—¿Acaso te he educado en la senda de la pistola con el fin de convertirte en ammie y enfermero para cuidar de un viejo deshecho?

Sentí que la ira se encendía en mi interior. Cort había educado a un moit de muchachos en la tradición del Eld y la vía de la pistola. A aquellos que no eran dignos los había derrotado en combate y enviado al oeste sin más armas que los despojos de su ingenio. Allí, en Cressia y lugares aún más remotos de aquellos reinos anárquicos, muchos de estos muchachos descarriados se habían unido a

Farson, el Hombre Bueno, quien derrocaría todo por cuanto luchara el linaje de mi padre. Farson les había provisto de revólveres, claro. Tenía armas, y tenía planes.

—¿Lo arrojarías a un montón de estiércol, padre? ¿Sería esa tu recompensa por todos sus años de servicio con la vara de fustafarro que ahora permanece olvidada en un rincón de la chimenea de su cocina? ¿Y quién sería el próximo, entonces? ¿Vannay?

—Jamás en la vida, como bien sabes. Pero lo hecho, hecho está, Roland, como también sabes. Y no lo cuidas por amor. Eso también lo sabes.

—¡Cuido de él por respeto!

—Si solamente fuese una cuestión de respeto, creo que le visitarías y le leerías (pues lees bien, tu madre siempre lo decía, y en eso ella hablaba verdad), pero no le limpiarías su mierda ni cambiarías sus sábanas. Te estás flagelando por la muerte de tu madre, pero no fue culpa tuya.

Una parte de mí sabía que era verdad. Otra parte se negaba a aceptarlo. El anuncio de su muerte fue simple: «Gabrielle Deschain, aquella de Arten, sucumbió víctima de la posesión de un demonio que turbaba su espíritu». Siempre se expresaba de esta manera cuando alguien de alta cuna cometía suicidio. Nadie lo cuestionó, ni siquiera aquellos que, en secreto o no, se sometían a los designios de Farson, porque se hizo público (saben los dioses cómo, no fue por mí ni por mis amigos) que ella había llegado a ser consorte de Marten Broadcloak, el mago de la corte y consejero mayor de mi padre, y que este había huido al oeste. Solo.

—Roland, atiéndeme bien. Me consta que te sentiste traicionado por tu señora madre. Yo también. Me consta que una parte de ti la odiaba, del mismo modo que también la odiaba una parte de mí. Pero los dos la amábamos entonces, y aún la amamos ahora. El juguete que trajiste de Mejis te envenenó, y además, fuiste víctima de las artimañas de la bruja. Cualquiera de estos hechos por separado no habrían provocado este desenlace, pero la combinación del globo rosa y la bruja... ea.

—Rhea. —Notaba que las lágrimas me aguijoneaban los ojos y las reprimí con toda mi fuerza de voluntad. No lloraría delante de mi padre. Nunca más—. Rhea de Cóos.

—Ella, sí, la puta de corazón negro. Fue ella quien mató a tu madre, Roland. Ella te convirtió en una pistola... y luego apretó el gatillo.

No medié palabra.

Debió de advertir mi angustia, porque retornó a sus papeles, revolviéndolos y firmando aquí y allá. Finalmente, volvió a levantar la cabeza.

—Las ammes tendrán que visitar a Cort durante una temporada. Voy a mandarte a ti y a uno de tus ka-mates a Debaria.

—¿Qué? ¿A Serenidad?

Se rió.

—¿El retiro donde se recluyó tu madre?

—Sí.

—No, allí no, desde luego que no. Serenidad, qué disparate. Esas mujeres son ammes *negras*. Te desollarían vivo con solo traspasar sus sagradas puertas. La mayoría de las hermanas que moran allí prefieren la porra larga antes que a un hombre.

No tenía ni idea de a qué se refería, recordad que yo todavía era muy joven y muy inocente en muchos aspectos, a pesar de todo por cuanto había pasado.

—No estoy seguro de estar preparado para otra misión, padre. Y mucho menos para una búsqueda.

Me miró con frialdad.

—Yo seré quien juzgue para qué estás preparado. Además, esto no es nada comparado con el

enredo en que te metiste en Mejis. Puede ser peligroso, puede que incluso haya que emplear las armas, pero en el fondo solo es un trabajo que debe hacerse. En parte para que la gente que ha llegado a dudar vea que el Blanco permanece aún fuerte y fiel, pero sobre todo porque no debe permitirse que aquello que está mal persista. Además, como he dicho, no te enviaré solo.

—¿Quién me acompañará? ¿Cuthbert o Alain?

—Ninguno de los dos. Tengo trabajo aquí para el Ristolero y el Piesplomado. Irás con Jamie DeCurry.

Lo medité un instante; me agradó la perspectiva de cabalgar con Jamie Mano Roja, aunque yo hubiera preferido a Cuthbert o Alain. Y mi padre innegablemente lo sabía.

—¿Irás sin discutir o vas a seguir molestándome todo el día cuando tanto tengo que hacer?

—Iré —accedí. En verdad, sería bueno escapar de palacio y de sus cámaras sombrías, sus susurros de intrigas y la omnipresente sensación de que la oscuridad y la anarquía se avecinaban y nada podría detenerlas. El mundo se movería, pero Gilead no se movería a la par. Esa resplandeciente y hermosa burbuja pronto estallaría.

—Bien. Eres un buen hijo, Roland. Quizá nunca te lo haya dicho, pero es cierto. No te guardo ningún rencor. Ninguno.

Agaché la cabeza. Cuando esta reunión finalmente terminara, iría a algún sitio y desahogaría mi corazón, pero no en ese momento. No mientras estuviera de pie ante él.

—Diez o doce ruedas más allá de la residencia de las mujeres, Serenidad o como quiera que se llame, está la ciudad de Debaria, al borde de los bancos de álcali. No hay nada sereno en Debaria. Es una estación terminal polvorienta y maloliente desde donde se transporta ganado y bloques de sal hacia el sur, este y norte; en todas direcciones excepto hacia donde ese malnacido de Farson urde sus planes. En estos tiempos hay menos rebaños trashumantes, y sospecho que Debaria no tardará en secarse y se la llevará el viento como a tantos otros lugares de Mundo Medio, pero todavía es un lugar bullicioso, lleno de *saloons*, casas de putas, jugadores y estafadores. Por difícil que resulte de creer, incluso hay unas cuantas personas buenas. Una de ellas es el Sheriff Mayor, Hugh Peavy. Es a él a quien tú y DeCurry os presentaréis. Muéstrale tus armas y un *sigul* que yo te entregaré. ¿Has entendido todo lo que te he contado hasta ahora?

—Sí, padre —afirmé—. ¿Qué hay tan malo allí que merezca la atención de pistoleros? —Esbocé una leve sonrisa, un gesto que había exteriorizado muy raramente desde la muerte de mi madre—. Aunque sea de pistoleros novatos como nosotros.

—Según los informes que he recibido... —Levantó un legajo de documentos y los blandió hacia mí—... hay un hombrepieles actuando por la zona. Tengo mis dudas al respecto, pero lo que está claro es que la población está aterrorizada.

—No sé qué es un hombrepieles —hice constar.

—Una especie de metamorfo, o así cuentan las antiguas leyendas. Ve a ver a Vannay cuando salgas. Ha estado recopilando informes.

—De acuerdo.

—Haz el trabajo, encuentra a ese lunático que se pasea por ahí con pieles de animales (probablemente a eso se reduce todo), pero no te demores demasiado. Asuntos más graves que este han empezado a tambalearse. Os quiero de vuelta, a ti y a todos tus compañeros de ka, antes de que se derrumben.

Dos días más tarde, Jamie y yo llevamos nuestros caballos al coche-establo de un tren especial de dos vagones que habían dispuesto para nosotros. En otro tiempo, la Línea Occidental se extendía por mil o más ruedas y recorría todo el trayecto hasta el desierto de Mohaine, pero en los años previos a la caída de Gilead, llegaba a Debaria y ahí se detenía. Más allá, muchas vías de guía habían quedado destruidas por las lluvias y los corrimientos del terreno. Otras habían sido tomadas por devastadores y bandas itinerantes de forajidos que se hacían llamar piratas de tierra, pues una sangrienta confusión se había abatido sobre esa parte del mundo. Designábamos a esas tierras lejanas del oeste con el nombre de Mundo Exterior, y servían bien a los propósitos de John Farson. Después de todo, él mismo era un pirata de tierra. Uno con pretensiones.

El tren era poco más que un juguete impulsado por vapor; la gente de Gilead lo llamaba la Bocinilla y se reía cuando lo veían resoplar sobre el puente al oeste del palacio. Podríamos haber viajado más rápido a caballo, pero el tren salvaba los montes. Y los polvorientos asientos aterciopelados de nuestro vagón se desplegaban y se convertían en cama, lo cual nos parecía magnífico. Hasta que intentamos dormir, claro. Tras una sacudida especialmente fuerte, Jamie fue despedido de su improvisado colchón y cayó al suelo. Cuthbert se habría reído y Alain habría maldecido, pero Jamie Mano Roja se limitó a levantarse, volvió a extender el asiento y se echó otra vez a dormir.

Hablamos poco aquel primer día, solo mirábamos por las traqueteantes ventanas de mica, observando cómo la tierra verde y arbolada de Gilead daba paso a una maleza horrorosa, unos pocos ranchos en situación apurada, y cabañas de pastores. Atravesamos varios pueblos donde los habitantes —mutayes en gran número— nos contemplaban boquiabiertos al pasar la Bocinilla, que circulaba lentamente entre resuellos. Unos pocos se señalaban el centro de la frente, como si exhibieran un ojo invisible. Significaba este gesto que seguían a Farson, el Hombre Bueno. En Gilead, esas gentes habrían sido encarceladas por su deslealtad, pero Gilead quedaba ya detrás de nosotros. Me dejó consternado la rapidez con que la fidelidad de aquellas personas, que en otro tiempo se daba por garantizada, había menguado.

El primer día de nuestro viaje, en las afueras de Bees-ford-on-Arten, donde aún vivían unos cuantos familiares de mi madre, un hombre gordo tiró una piedra al tren. Rebotó en la puerta cerrada del coche-establo y oí que nuestros caballos relinchaban por la sorpresa. El hombre gordo vio que lo mirábamos. Sonrió con burla, se agarró la entrepierna con las dos manos, y se alejó con andares de pato.

—Alguien come bien en esta tierra pobre —comentó Jamie mientras veíamos sus nalgas sacudirse dentro de sus viejos pantalones remendados.

La mañana siguiente, después de que el criado nos hubiera servido un desayuno frío de copos de avena y leche, inquirió sobre nuestra misión.

—Supongo que convendría que me contaras de qué trata todo esto.

—¿Me respondes a una cosa antes? Si la sabes, claro.

—Por supuesto.

—Mi padre dice que las mujeres en el retiro de Debaria prefieren la porra larga a un hombre. ¿Sabes a qué se refiere?

Jamie me miró en silencio durante un momento —como para cerciorarse de que no le tomaba el pelo— y entonces se le curvaron las comisuras de los labios. Para Jamie, suponía esto el equivalente de agarrarse la barriga, rodar por el suelo y aullar de risa. Cuthbert Allgood habría a buen seguro reaccionado de esa forma.

—Debe de ser lo que las prostitutas de la ciudad baja llaman consolador. ¿Te vale?

—¿En serio? Y ellas... ¿qué? ¿Lo usan unas con otras?

—Eso se rumorea, pero casi todo lo que se dice es bla-bla-bla. Tú sabes más de mujeres que yo, Roland; nunca he yacido con una. Pero no importa. Supongo que todo llega a su debido tiempo. Cuéntame qué nos trae a Debaria.

—Al parecer, un hombrepieles está aterrorizando a las buenas gentes de la ciudad. Y probablemente también a las malas.

—¿Un hombre que se transforma en alguna especie de animal?

En realidad, este caso entrañaba alguna complicación más, pero había captado el meollo del asunto. El viento soplaba con fuerza y arrojaba puñados de álcali contra el costado del vagón. Tras una ráfaga particularmente agresiva, el trenecito pegó un bandazo. Nuestros cuencos de avena resbalaron y los atrapamos antes de que se estrellaran en el suelo. Si no fuésemos capaces de tales acciones, y sin pensarlas siquiera, tampoco seríamos aptos para portar las pistolas que cargábamos. De todos modos, lo cierto es que Jamie prefería otras armas. Dado a elegir (y con tiempo suficiente), echaría mano a su arco o su ballesta.

—Mi padre no le da crédito —le dije a continuación—. Pero Vannay sí. Me ha...

En ese momento fuimos lanzados hacia los asientos de delante. El viejo criado, que venía por el pasillo central para retirar nuestros cuencos y tazas, salió despedido de espaldas hacia la puerta entre el vagón y su pequeña cocina. Los dientes delanteros se le saltaron de la boca y cayeron en su regazo, lo cual me hizo dar un respingo.

Jamie corrió por el pasillo, que ahora se inclinaba severamente, y se arrodilló a su lado. Cuando me acerqué y Jamie recogió los dientes, vi que eran de madera pintada y estaban unidos por un ingenioso gancho tan pequeño que resultaba casi invisible.

—¿Se encuentra bien, sai? —preguntó Jamie.

El anciano se puso de pie con lentitud, cogió sus dientes y rellenó con ellos el agujero bajo su labio superior.

—Estoy bien, pero esta zorra asquerosa ha vuelto a descarrilar. Se acabaron los viajes a Debaria para mí, tengo una mujer. Es una vieja bruja, pero me he propuesto sobrevivirla. Jóvenes, convendría que echasen un ojo a sus caballos. Con suerte, ninguno se habrá roto una pata.

Los caballos habían salido ilesos, pero estaban nerviosos y pateaban la puerta, ansiosos por abandonar su confinamiento. Bajamos la rampa y atamos sus ronzales a la barra que conectaba los dos vagones, donde permanecieron con la cabeza gacha y las orejas aplanadas contra el viento caliente y arenoso que soplaba del oeste. Después subimos al coche de pasajeros y recogimos nuestra artilla. El maquinista, un tapón de hombre con piernas arqueadas y hombros anchos, se acercaba por el flanco de su tren escorado con el viejo criado a la zaga. Cuando nos alcanzó, apuntó hacia lo que nosotros podíamos ver muy bien.

—Allá en aquel risco está la carretera mayor de Debaria, ¿ven ustés los postes señaladores? Estarán nel hogar de las mujeres en menos de una hora, pero no se molesten en pedir nada a esas arpías, porque no lo obtendrán. —Bajó la voz—. Devoran allos hombres, así he oído. No es una forma de hablar, muchachos. *Devoran... allos... hombres.*

Encontré más fácil creer en la existencia del hombre-pieles que en esas habladurías, pero no dije nada. El trastorno del maquinista era manifiesto. Tenía una de sus manos tan roja como la de Jamie. Sin embargo, el estigma del trenero solo se debía a una quemadura y desaparecería. La mano

de Jamie aún seguiría roja cuando lo enterraran en su tumba; se veía como si hubiera sido sumergida en sangre.

—Pudiere ser que vos encandilen con promesas. Hasta pudiere ser que vos enseñen las tetas, porque saben que los jóvenes no pueden evitar mirallas. Pero no hagan caso. Aparten ustés los oídos de sus promesas y los ojos de sus tetas. Sigán hasta la ciudad. A caballo tardarán menos d'otra hora. Nosotros vamos a necesitar una cuadrilla de trabajo pa poner derecha esta cabrona puñetera. Los raíles no tien daño, lo he comprobado. Están cubiertos de esa maldita arena de álcali, pero es todo. Me supongo que ustés no podrán pagar a unos hombres para que vengan, pero como figuróme que unos mozos gentiles como ustés seguro que saben escribir, a lo mejor podrían hacelles una nota premisoria, o como quiera que se llame...

—Tenemos dinero en metálico —afirmé yo—. Suficiente para contratar a una cuadrilla pequeña.

Los ojos del trenero se ensancharon. Supongo que habría reaccionado aún con mayor asombro si le hubiera dicho que en un bolsillo especial cosido por dentro del chaleco llevaba veinte nudillos de oro que me había dado mi padre.

—¿Y bueyes? Porque vamos a necesitar bueyes si los tienen. Si no, rocines.

—Iremos a los establos y veremos qué tienen —dije mientras montaba. Jamie ató su arco a un lado de la silla de montar y luego se desplazó al otro, donde deslizó su bah en la funda de cuero que su padre confeccionara especialmente para ello.

—No nos dejen aquí tirados, joven sai —rogó el trenero—, que no tenemos caballos ni armas.

—No os olvidaremos —le aseguré—. Quedaos dentro. Si no podemos encontrar una cuadrilla hoy, enviaremos un biga para trasladaros a la ciudad.

—Gracias. ¡Y no vos acerquéis a esas mujeres! *¡Devoran... allos... hombres!*

El día era caluroso. Cabalgamos a galope durante un rato, porque los caballos ansiaban estirarse después de haber estado confinados, luego redujimos el paso.

—Vannay —espetó de repente Jamie.

—¿Cómo?

—Antes de que el tren descarrilara, dijiste que tu padre no creía que hubiera un hombrepieles, pero Vannay sí.

—Ah, comentó que después de leer los informes que envió el Sheriff Mayor Peavy resultaba difícil no creerlo. Ya sabes lo que nos sermonea por lo menos una vez en todas las clases: «Cuando los hechos hablan, el sabio escucha». Veintitrés muertos suman un moit de hechos. No fueron disparados ni apuñalados, date cuenta, sino despedazados.

Jamie gruñó.

—Familias enteras, en dos casos. Grandes, casi clanes. Las casas patas arriba y embadurnadas de sangre. Miembros arrancados de los cuerpos y esparcidos lejos; algunos se encontraron, aunque parcialmente devorados, otros no. Y en una de las granjas, el sheriff Peavy y su ayudante hallaron la cabeza de un niño pequeño empalada en el poste de una valla con el cráneo machacado y los sesos escurriéndose.

—¿Testigos?

—Unos pocos. Un pastor que había ido a buscar unas ovejas descarriadas presencié cómo atacaba a su compañero. El que sobrevivió estaba en una colina cercana. Los dos perros que llevaba

conigo se lanzaron pendiente abajo para tratar de proteger a su otro amo y también fueron despedazados. La cosa empezó a subir la colina tras el pastor, pero se distrajo con las ovejas; el tipo tuvo suerte y logró escapar. Contó que era un lobo que andaba como un hombre. La siguiente es una mujer, compañera de un tahúr, A él lo pillaron haciendo trampas a Miradme en uno de los antros locales. Les impusieron una multa de circulación y les instaron a abandonar la ciudad antes de la caída de la noche, so pena de ser azotados. Se dirigían a un pueblo cerca de las minas de sal cuando fueron asaltados. El hombre luchó, y eso proporcionó a la mujer el tiempo justo para ponerse a salvo. Se escondió entre unas rocas hasta que la cosa se marchó. La ha descrito como un león.

—¿De pie sobre las patas traseras?

—En tal caso, no esperó a verlo. Por último, dos vaqueros. Estaban acampados en el Arroyo Debaria cerca de una joven pareja manni en retiro matrimonial, aunque los vaqueros desconocían este hecho hasta que empezaron a oír sus gritos. Cuando cabalgaban hacia el lugar de donde procedían los ruidos, vieron al asesino que huía con la pierna descujada de la mujer entre sus fauces. No era un hombre, pero juran sobre su sello que caminaba erguido como tal.

Jamie se inclinó sobre el cuello de su caballo y escupió.

—No puede ser.

—Vannay asegura que sí. Dice que ya han ocurrido sucesos así antes, aunque no desde hace años. Cree que puede ser alguna especie de mutación que ha desarrollado una resistencia al verdadero encauzamiento.

—¿Cada uno de los testigos vio un animal diferente?

—Ea. Los vaqueros lo describieron como un tigre. Tenía rayas.

—Leones y tigres corriendo como bestias entrenadas de un circo ambulante. Y a campo abierto.

¿Estás seguro de que no quieren buscarnos las cosquillas?

No tenía edad suficiente para estar seguro de nada, pero sí sabía que corrían tiempos demasiado desesperados para andar enviando pistoleros jóvenes al oeste, incluso a una distancia tal como Debaria, por una broma pesada. Tampoco es que pudiera calificarse a Steven Deschain como un bromista, ni siquiera en sus mejores momentos.

—Solo transmito lo que me contó Vannay. Jamie, los laceros que entraron en la ciudad transportando los restos de los dos manni en una rastra jamás habían *oído* hablar de nada parecido a un tigre, pero es lo que describieron, con ojos verdes y todo. El testimonio está aquí. —Saqué del bolsillo interior de mi chaleco las dos hojas arrugadas de papel que me había proporcionado Vannay—. ¿Quieres echarle un vistazo?

—No se me da muy bien la lectura —reconoció Jamie—. Como bien sabes.

—Ea, de acuerdo. Pero fíate de mi palabra. Su descripción es idéntica a la imagen que aparece en el viejo relato del niño que se vio atrapado en una boreastada.

—¿Qué relato es ese?

—El de Tim Corazón Tenaz, «El viento por la cerradura». Da igual. No es importante. Sé que quizá los laceros estuvieran borrachos, por lo general beben cuando acampan cerca de una ciudad donde se vende licor, pero si el testimonio es cierto, Vannay induce que la criatura es un metamorfo que no solo cambia *de* forma, sino que además cambia *la* forma.

—Veintitrés muertos, dices. Uf.

Arreció el viento, impulsando el álcali en avanzadilla. Los caballos respingaron, y nosotros nos tapamos la boca y la nariz con los pañuelos.

—Qué aire tan bochornoso —comentó Jamie—. Y este condenado *polvo*.

Entonces, como percatándose de que se había mostrado excesivamente parlanchín, guardó

silencio. Por mí estaba bien, pues tenía mucho en lo que pensar.

Poco menos de una hora más tarde, coronamos una colina y divisamos una *hacienda* de un blanco centelleante por debajo de nosotros. Tenía la extensión de una sede de baronía. Detrás, en pendiente hacia un estrecho arroyo, había un gran jardín y lo que parecía una pérgola con vides. Se me hizo la boca agua solo con verla. La última vez que comiera uvas, aún no me había crecido vello en las axilas.

Los muros de la *haci* eran altos y coronados con intimidantes destellos de cristales rotos, pero las puertas de madera estaban abiertas, como a modo de invitación. Delante, sentada en una especie de trono, había una mujer con un vestido de muselina blanca y una capucha de seda también blanca que aleteaba en torno a su cabeza como una gaviota. Al acercarnos, vi que el trono era de fustaferro. Seguramente ningún otro asiento que no estuviese fabricado de metal habría resistido su peso, pues era la mujer más grande que jamás hubiera visto, una gigante que habría rivalizado con el legendario príncipe forajido David Quick.

En su regazo se acumulaba labor de punto. Quizá estuviera tejiendo una manta, pero sostenido ante aquel barril de cuerpo y pechos tan grandes que cada uno de ellos podría haber dado cobijo del sol a un bebé entero, lo que fuera que fuese no parecía mayor que un pañuelo. Atrajimos su mirada, dejó la labor a un lado y se puso en pie. Allí se erigía todo un metro noventa y cinco de mujer, quizá un poco más. El viento soplaba con menos fuerza en esta hondonada, pero aún era suficiente para hacer ondear su vestido alrededor de sus largos muslos. La tela producía un sonido similar al de una vela impulsada por una brisa de crucero. Recordé al trenero diciendo «devoran allos hombres», pero cuando se llevó un puño enorme a la ancha planicie de su frente y se levantó el borde del vestido para hacer una reverencia con la mano libre, tiré no obstante de las riendas.

—Salve, pistoleros —saludó esta excepcional mujer. Poseía una voz fuerte, casi de barítono—. En nombre de Serenidad y las mujeres que residen aquí, yo os saludo. Que vuestros días sean largos en la tierra.

Nos tocamos la frente con el puño y le deseamos que tuviera el doble.

—¿Venís de Mundo Interior? Creo que sí, pues vuestras prendas no están tan roñosas como corresponde a esta parte del mundo. Aunque lo estarán, si tenéis intención de quedaros más de un día. —Y rió. El sonido fue un trueno de fuerza moderada.

—Así es —respondí yo. Estaba claro que Jamie no pronunciaría palabra. Por lo general callado, ahora el aturdimiento le había enmudecido. La sombra de la mujer se elevó en el muro desvaído a su espalda, alta como lord Perth.

—¿Y habéis venido por el hombrepieles?

—Sí —asentí—. ¿Lo habéis visto? ¿O únicamente habéis oído hablar de él? Pues en tal caso, proseguiremos nuestro camino y diremos graci...

—No es un «él», muchacho. Ni se os ocurra pensar tal cosa.

Me limité a escucharla. De pie, era casi lo bastante alta para mirarme directamente a los ojos, pese a que yo montaba a Joven Joe, un soberbio caballo.

—Es un «eso» —aclaró ella—. Un monstruo de las Grietas Profundas, tan segura como que vos servís al Eld y al Blanco. Puede que en otro tiempo fuese un hombre, pero ya no. Sí, lo he visto, y he visto su obra. Permaneced sentados donde estáis, no os mováis, y también podréis ver su obra.

Sin esperar respuesta, atravesó las verjas abiertas. En su muselina blanca era como un balandro corriendo por delante del viento. Miré a Jamie, que se encogió de hombros e hizo un gesto de asentimiento. Era esto por lo que habíamos venido, después de todo, y si el maquinista tenía que esperar un poco más a que le llegara la ayuda para volver a poner a Bocinilla sobre los raíles, que

así fuere.

—¡ELLEN! —vociferó. A volumen máximo, era como escuchar a una mujer gritando por un megáfono eléctrico—. ¡CLEMMIE! ¡BRIANNA! ¡TRAED COMIDA! ¡TRAED CARNE Y PAN Y CERVEZA, LA LIGERA, NO LA NEGRA! ¡TRAED UNA MESA, Y, POR FAVOR, NO OLVIDÉIS EL MANTEL! ¡ENVIADME A FORTUNA AHORA! ¡A TODA PRISA! ¡EL DOBLE DE RÁPIDO!

Con estas órdenes dispensadas, regresó a nosotros, levantándose delicadamente el dobladillo para apartarlo del álcali que se arremolinaba alrededor de las botas negras que calzaba en sus inmensos pies.

—Lady-sai, agradecemos vuestro gesto de hospitalidad, pero en verdad debemos...

—Debéis comer, es lo que debéis hacer —me interrumpió—. Tomaremos el almuerzo aquí a la vera del camino, para que vuestra digestión no se descomponga, pues conozco la clase de historias que se cuentan sobre nosotras en Gilead, ea, todas lo sabemos. Los hombres dicen lo mismo de cualquier mujer con agallas para vivir sola, pondero yo. Les hace dudar del valor de sus martillos.

—No hemos oído ninguna historia sobre...

Se rió y su busto se encrespó como el mar.

—Muy educado por vuestra parte, joven pistolero, ea, y muy ligero, pero tiempo ha que me destetaron. No os devoraremos. —Sus ojos, tan negros como sus zapatos, relumbraron—. Aunque seríais un bocado sabroso, creo, uno solo o los dos. Soy Everlynne de Serenidad. La priora, por la gracia de Dios y el Hombre Jesús.

—Roland de Gilead —me presenté—. Y este es Jamie de igual.

Jamie inclinó la cabeza desde la silla de montar.

Ella volvió a hacer una reverencia, esta vez dejando caer la cabeza de modo que las alas de su toca de seda se cerraron brevemente alrededor de su rostro como cortinas. Cuando se irguió, una mujer diminuta se deslizó por la verja abierta. O tal vez fuera de un tamaño normal, después de todo. Quizá solo parecía diminuta al lado de Everlynne. Su túnica era de una basta tela de algodón gris en lugar de muselina blanca; cruzaba los brazos sobre su escaso pecho y enterraba las manos profundamente en las mangas. No llevaba capucha, pero aun así solo veíamos la mitad de su rostro. La otra mitad se ocultaba tras una gruesa fronda de vendas. Nos hizo una reverencia y luego se acurrucó a la considerable sombra de su priora.

—Levanta la cabeza, Fortuna, y muestra tus modales a estos jóvenes caballeros.

Cuando por fin alzó la vista, comprendí por qué mantenía la cabeza gacha. El vendaje no disimulaba en su totalidad el destrozo de su nariz; en el lado derecho, una buena parte había desaparecido. En el sitio que ocupara solo quedaba un canal rojo en carne viva.

—Salve —musitó ella—. Que vuestros días sean largos en la tierra.

—Y que tú tengas el doble —respondió Jamie, y por la afligida mirada que le dirigía con su único ojo visible noté que ella abrigaba la esperanza de que ese deseo no se cumpliera.

—Cuéntales lo acaecido —dijo Everlynne—. O lo que recuerdes, de toas formas. Comprendo que no es mucho.

—¿Debo, madre?

—Sí —insistió la priora—, pues han venido para exterminarlo.

Fortuna nos escrutó dubitativamente, una rápida y brusca ojeada, luego se volvió hacia Everlynne.

—¿Serán capaces? Parecen *jovencísimos*.

Se percató de que su observación debía de sonar muy descortés en voz alta, y el rubor coloreó la mejilla que vislumbrábamos. Se tambaleó ligeramente sobre sus pies y Everlynne la apresó

pasando un brazo alrededor de ella. Estaba claro que la habían herido de gravedad, y su cuerpo aún se hallaba lejos de una completa recuperación. La sangre que se había acumulado en su rostro tenía trabajo más importante que hacer en otras zonas de su cuerpo. Principalmente bajo el vendaje, supuse, pero dada la voluminosa túnica que llevaba, era imposible distinguir qué otras partes podrían haber resultado dañadas.

—Puede que aún les resten un año o dos de tener que afeitarse nada más que una vez por semana, pero son pistoleros, Fortie. Si ellos no pueden erradicar la maldición de esta ciudad, entonces nadie podrá. Además, te hará bien. El horror es un gusano que necesita ser expulsado antes de que pueda poner sus huevos. Así que cuéntaselo.

Ella lo contó. Entretanto, salieron otras hermanas de Serenidad, dos transportando una mesa, las demás trayendo comida y bebida para poblarla. Mejores viandas que cualquiera que hubiésemos disfrutado en la Bocinilla, por el aspecto y el olor, pero para cuando Fortuna hubo terminado su breve y terrible relato, ya no tenía hambre. Y Jamie, a juzgar por su semblante, tampoco.

Caía la noche, una quincena y un día atrás. Ella y otra hermana, Dolores, habían salido a echar el cerrojo a las verjas y sacar agua para las tareas vespertinas. Fortuna era la que transportaba el cubo, y por tal motivo fue ella quien sobrevivió. Mientras Dolores empezaba a cerrar la puerta, una criatura la abrió de golpe, la apresó y le arrancó de cuajo la cabeza de los hombros con unas largas mandíbulas. Fortuna aseguró que lo vio bien, pues la Luna del Buhonero acababa de asomar llena en el cielo. Más alto que un hombre era, con escamas en vez de piel y una larga cola que arrastraba tras de sí por el suelo. Ojos amarillos con pupilas oscuras como hendiduras relucían en su cabeza aplanada. Su boca era una trampa llena de dientes, cada uno tan grande como la mano de un hombre. Goteaba de sus fauces la sangre de Dolores, cuando dejó caer en los adoquines del patio el cuerpo de la hermana aún retorciéndose y corrió sobre sus rechonchas patas hacia el pozo donde estaba Fortuna.

—Di media vuelta para echar a correr... y me atrapó... y ya no recuerdo más.

—Yo sí —dijo Everlynne gravemente—. Oí los gritos y vine corriendo con nuestra pistola. Es un trasto largo con el extremo del cañón acampanado. Está cargada desde tiempos inmemoriales, pero ninguna de nosotras la ha utilizado nunca. Por cuanto sé, podría haberme estallado en las manos. Pero entonces vi a la cosa desgarrando la cara de la pobre Fortie, y luego también algo más. En ese momento no evalué los riesgos. Jamás llegué a pensar que podría matarla a ella, pobrecilla, además de a eso, en caso de que la pistola disparase.

—Ojalá me hubieras matado —dijo Fortuna—. Ay, ojalá lo hubieras hecho. —Se sentó en una de las sillas que habían traído junto a la mesa, se tapó el rostro con las manos y empezó a sollozar. Su ojo restante, al menos, derramaba lágrimas.

—Jamás hables así —la reprendió Everlynne, y le acarició el cabello del costado de la cabeza que no estaba cubierto por el vendaje—, pues es blasfemia.

—¿Lo alcanzasteis? —pregunté.

—De refilón. Nuestra vieja pistola disparó un tiro, y uno de los perdigones, o tal vez más de uno, le desgajó algunos bultos y escamas de la cabeza. Una sustancia alquitranada salió volando. La descubrimos más tarde en los adoquines y la cubrimos con arena sin tocarla, por miedo a que pudiera envenenarnos al contacto con la piel. La cosa, cautelosa, la soltó, y creo que casi había decidido venir a por mí. Así que apunté la pistola, aunque con un arma de esa clase solo se puede abrir fuego

una vez, luego hay que recargarla echando por el cañón la pólvora y el cartucho. Le dije que viniera. Le dije que esperaría a que estuviera bien cerca para que los perdigones no se dispersaran. — Carraspeó y escupió al suelo—. Debe de tener un cerebro de algún tipo incluso cuando no adopta su forma humana, porque me oyó y salió corriendo. Pero antes de que se perdiera de vista al otro lado del muro, giró la cabeza y me miró. Como si me estuviera marcando. Bueno, pues que venga. No me queda munición para el trabuco, y no conseguiré más a menos que algún comerciante ambulante tenga por casualidad, pero me guardo esto.

Se levantó los faldones hasta la rodilla y nos enseñó un cuchillo de carnicero en una vaina de cuero sin curtir atada a la pantorrilla.

—Así que ya puede venir a por Everlynne, hija de Roseanna.

—Habéis dicho que visteis algo más —señalé.

Me contempló con sus brillantes ojos negros y a continuación se volvió hacia las mujeres.

—Clemmie, Brianna, servid la comida. Fortuna, tú bendecirás la mesa, y asegúrate de pedir perdón a Dios por tu blasfemia y agradecerle que tu corazón siga latiendo.

Everlynne me asió por encima del codo y me arrastró al otro lado de las verjas hasta donde la bestia había atacado a la desafortunada Fortuna. Allí estábamos a solas.

—Le vi la polla —dijo en voz baja—. Larga y curvada como una cimitarra, retorcida y llena de la sustancia negra que le sirve de sangre... o bueno, que le sirve de sangre en esa forma. Pretendía matarla como hizo con Dolores, ea, eso es correcto, pero también quería follársela. Pensaba follársela mientras le segaba la vida.

Jamie y yo almorzamos con ellas —incluso Fortuna comió un poco— y después montamos para salir hacia la ciudad. Pero antes de partir, Everlynne se plantó junto a mi caballo y volvió a hablarme.

—Cuando vuestros asuntos aquí hayan terminado, venid a verme otra vez. Guardo una cosa para ti.

—¿Qué podría ser, sai?

Negó con la cabeza.

—Ahora no es el momento. Pero cuando ese monstruo asqueroso y sin dios esté muerto, vuelve aquí. —Me agarró la mano, se la llevó a los labios, y la besó—. Sé quién eres, pues ¿acaso tu madre no pervive en tu rostro? Ven a mí, Roland, hijo de Gabrielle. No me falles.

Seguidamente, se alejó sin darme tiempo a pronunciar palabra y se escurrió por la verja.

La calle mayor de Debaria era ancha y adoquinada, aunque la capa inferior de tierra afloraba en muchos puntos, allí donde el pavimento estaba desintegrándose; este habría desaparecido por completo antes de que transcurrieran no demasiados años. Había una buena cantidad de comercios, y a juzgar por el sonido procedente de los *saloons*, estos eran negocios prósperos. Vimos pocos caballos y mulos atados a los amarraderos, sin embargo; en aquella parte del mundo, el ganado se utilizaba para mercadear y comer, no para montar.

Una mujer que salía del almacén mercantil con un cesto en el brazo reparó en nosotros y nos miró con cara de asombro. Volvió a entrar corriendo y pronto aparecieron varias personas más. Para cuando alcanzamos la oficina del Sheriff Mayor —un edificio pequeño de madera adosado a la cárcel de la ciudad, mucho más grande y construida en piedra—, los espectadores se apelotonaban a

ambos lados de las calles.

—¿Habéis venido a matar al hombrepieles? —inquirió la señora del cesto.

—Esos dos no tienen edad ni para matar una botella de centeno —le replicó un hombre de pie delante del Saloon & Café Cheery Fellows. Hubo risas generales y murmullos de aprobación en respuesta a esta ocurrencia.

—La ciudad parece ahora bastante concurrida —comentó Jamie, desmontando y mirando a los cuarenta o cincuenta hombres y mujeres que desatendían sus negocios (y sus placeres) para echarnos un vistazo.

—Será diferente cuando se ponga el sol —dije yo—. Es cuando merodean tales criaturas como este hombrepieles. O así lo dice Vannay.

Entramos en la oficina. Hugh Peavy era un hombre de barriga generosa, con una larga cabellera cana y un bigote colgón. Su rostro, surcado de profundas arrugas, exteriorizaba su ansiedad. Vio nuestras pistolas y pareció relajarse. Advirtió nuestros rostros imberbes y ya no lo pareció tanto. Limpió la punta de la pluma con la que había estado escribiendo, se levantó y nos tendió la mano. Nada de golpes en la frente.

Tras los saludos y las presentaciones, se sinceró:

—No pretendo menospreciaros, muchachos, pero esperaba ver a Steven Deschain en persona. Y tal vez a Peter McVries.

—McVries murió hace tres años —le hice saber.

Peavy puso cara de sorpresa.

—¿De cierto lo decís? Porque tenía una mano cicalada para el revólver. Muy cicalada.

—Murió a causa de una fiebre. —Muy posiblemente inducida por un veneno, pero era ese un dato que el Sheriff Mayor de la Debaria Exterior no necesitaba conocer—. Y en cuanto a Steven Deschain, le ocupan otros asuntos, de ahí que me haya enviado a mí. Soy su hijo.

—Ya, ya, conozco su nombre y una miaja de sus proezas en Mejis, hijo, pues todavía aquí recibimos algunas noticias. Tenemos un telégrafo, incluso un tin-talán. —Con el dedo señaló un artilugio en la pared. Debajo, escrito en el ladrillo, un rótulo rezaba NO TOCAR SIN AUTORIZACIÓN—. Antes comunicaba todo el área de aquí hasta Gilead, pero en estos tiempos solo llega a Sallywood en el sur, la extensión Jefferson al norte, y la aldea en la estribación de las montañas, la Debaria Chica, la llaman. Hasta tenemos unos pocos faros de calle que todavía funcionan, y no de gas o queroseno, sino verdaderas luces de chispa, ¿sabéis? La gente del pueblo cree que tales ahuyentan a la criatura. —Lanzó un suspiro—. Yo no estoy tan seguro. Este es un asunto feo, muchachos. A veces siento que el mundo se ha soltado de su amarradero.

—Así ha sido —afirmé yo—. Pero lo que se ha soltado puede volver a atarse, sheriff.

—Si así lo decís. —Se aclaró la garganta—. Bueno, no os toméis esto como una falta de respeto, me consta que sois quienes afirmáis que sois, pero me prometieron un sigul. Si lo habéis traído, me lo quedará, pues significa algo especial para mí.

Abrí las alforjas y saqué lo que me habían entregado: una cajita de madera con el sello de mi padre —una **S** inscrita en el interior de una **D**— estampado en la tapa engoznada. Peavy la cogió, esbozando una ligerísima sonrisa que le rizaba las comisuras de la boca bajo el mostacho. Tuve la impresión de que era una sonrisa de remembranza, una sonrisa que llevaba años sin asomar por su rostro.

—¿Sabéis qué hay dentro?

—No. —Yo no había recibido instrucciones de mirar.

Peavy abrió la caja, inspeccionó el interior y luego retornó su atención a Jamie y a mí.

—Una vez, cuando yo solo era un simple ayudante, Steven Deschain nos comandó a mí, al Sheriff Mayor de entonces y a una partida de siete hombres contra la Banda del Cuervo. ¿Vos ha hablado alguna vez vuestro padre de los Cuervos?

Negué con la cabeza.

—No eran hombrepieles, no, pero igualmente nos daban un montón de guerra. Robaban todo lo que se podía robar, no solo en Debaria sino en todos los ranchos de camino hacia aquí. También asaltaban trenes, si se enteraban de alguno que valiere la pena asaltar. Pero su actividad principal era el secuestro por un rescate. Un delito de cobardes, claro (me han contado que Farson es partidario), pero muy rentable.

«Vuestro padre, sai, se presentó en la ciudad solo un día después de que secuestraran a la mujer de un ranchero, Belinda Doolin. Su marido llamó por el tin-talán en cuanto se marcharon, porque se las apañó para desatarse él solo. Los Cuervos no sabían nada de este aparato, y eso fue su perdición. Por supuesto, ayudó que hubiese un pistolero de reconocimiento por esta parte del mundo; en aquellos días, poseían una habilidad especial para aparecer cuando y donde se los necesitaba.

Nos observó fijamente.

—Quizá todavía la conserven. Como sea. Partimos del rancho cuando el crimen todavía estaba fresco. Había sitios donde cualquiera de nosotros habría perdido el rastro, al norte de aquí el terreno es duro, ¿saben?, pero el Deschain tenía unos ojos imposibles de creer. Un halcón no los igualaría, ni un ciervo, ni un águila.

Yo sabía de la vista aguda de mi padre y de su don para el rastreo. También sabía que este suceso probablemente no guardaba relación alguna con nuestra misión, y debería haberle dicho que no se entretuviera. Sin embargo, como mi padre nunca hablaba de sus días de juventud, deseaba oír la historia del sheriff. Estaba *hambriento* por oírla. Y resultó tener mayor relación con nuestra misión en Debaria de lo que en un principio sospeché.

—El rastro nos condujo en la dirección de las minas, lo que las gentes de Debaria llaman «las casas de sal». En aquellos días los trabajos se habían abandonado; fue antes de que se encontrara el nuevo domo de sal, veinte años hace.

—¿Domo? —preguntó Jamie.

—Un yacimiento —expliqué—. Se refiere a un depósito fresco.

—Ea, bien decís. Pero en aquel entonces todo estaba abandonado, y eso lo hacía un escondite perfecto para estos cuervos salvajes. Después de dejar atrás los llanos, el rastro cruzaba una zona de rocas altas antes de salir en el Bajo Puro, es decir, los prados de las estribaciones por debajo de las casas de sal. El Bajo es donde hace poco un pastor de ovejas fue asesinado por algo que se parecía a...

—Que se parecía a un lobo —le corté—. Eso lo sabemos. Continúe.

—Estáis bien informados, ¿eh? Todo sea para bien. Bueno, ¿dónde estaba? Ah, ya sé, las rocas que ahora se conocen por estas regiones como el *Arroyo* de la Emboscada. No es un *arroyo*, pero supongo que a la gente le gusta cómo suena. Ahí es a donde conducía el rastro, pero Deschain quería dar un rodeo y entrar desde el este. Desde el Alto Puro. Eso no gustó nada al sheriff, Pea Anderson era en aquel entonces. Ansioso como un pájaro que ha echado el ojo a un gusano, estaba como loco por seguir adelante aprisa. Dijo que tardarían tres días y que para entonces la mujer podría estar ya muerta y los Cuervos en cualquier parte. Dijo que iba a tomar el camino directo y que iría solo si nadie quería acompañarle. «O a menos que me ordenéis en el nombre de Gilead que haga diferente», le dice a vuestro padre.

»"Jamás se me ocurriría —dice Deschain—, pues Debaria es tu dominio; yo tengo el mío

propio."

»El grupo se fue. Yo me quedé con vuestro padre, muchacho. El sheriff Anderson se giró en su silla y me dijo: "Espero que estén contratando vaqueros en algún rancho, Hughie, porque tus días de llevar la placa en el pecho han tocado fin. He acabado contigo".

»Esas fueron las últimas palabras que me dijo jamás. Partieron a galope. Steven de Gilead se puso en cuclillas y yo me agaché a su lado. Tras media hora de silencio (puede que más), le digo: "Creí que íbamos a dar un rodeo... a no ser que usted también me haya despedido".

»"No —dice él—. Tu contratación no es asunto mío, alguacil."

»"Entonces, ¿qué estamos esperando?"

»"Disparos", dice él, y en menos de cinco minutos los oímos. Disparos y gritos. No duró mucho. Los Cuervos nos habían visto llegar (probablemente bastó namás que un destello de sol en una espuela o en alguna pieza metálica de una silla para atraer su atención, pues Papá Cuervo era más cicalado que el diablo) y volvieron sobre sus pasos. Treparon a las rocas altas y vertieron plomo sobre Anderson y sus hombres. En aquellos días circulaban más armas de fuego, y los Cuervos tenían un buen arsenal, incluyendo uno o dos hierros de tiro rápido.

»Así que dimos un rodeo, ¿vale? Solo nos llevó dos días, porque Steven Deschain espoleó a su caballo a base de bien. El tercero acampamos en la ladera y nos levantamos antes del amanecer. Ahora, por si no vos consta, y no hay razón por la que debiera, las casas de sal tan solo son cuevas en las paredes de los riscos. Allí arriba vivían familias enteras, no solo los mineros. Los túneles se internan en la tierra desde la parte de atrás. Pero como digo, en aquellos días todo estaba desierto. Aun así, vimos que salía humo del conducto de ventilación en lo alto de una, y eso fue casi como ver a un hombre haciendo piruetas delante de la carpa de un circo y llamando la atención sobre el espectáculo de dentro, ¿vos dais cuenta?

»"Este es el momento —dice Steven—, porque desde que se aseguraron de estar a salvo, se habrán pasado las últimas noches ahogados en alcohol. Aún estarán durmiendo la borrachera. ¿Te alzarás conmigo?"

»"Ea, pistolero, así haré", le respondo.

Peavy se enderezó inconscientemente al pronunciar estas palabras. Pareció rejuvenecer.

—Nos movimos a hurtadillas los últimos cincuenta o sesenta metros, vuestro padre con el revólver desenfundado por si hubiesen apostado un vigía. Y sí, había uno, pero era un chaval y estaba profundamente dormido. Deschain enfundó su pistola, le atizó con una piedra y lo dejó fuera de combate. Más adelante volví a verlo, solo que esa vez estaba de pie sobre una trampilla, con lágrimas en los ojos, los pantalones llenos de mierda y una soga en el cuello. No tenía ni catorce años, pero también, igual que el resto, había tomado su ración de sai Doolin (la mujer secuestrada, ¿vos acordáis?, que tenía edad para ser su abuela), así que no derramé ni una sola lágrima cuando la soga calló sus berridos de clemencia. La sal que tomas es la sal que has de pagar, como cualquiera por estos lares vos dirá.

»El pistolero entró sigilosamente, y yo justo detrás de él. Los encontramos tirados en cualquier sitio, roncando como perros. Diablos, chicos, *eran* perros. Belinda Doolin estaba atada a un poste. Ella nos vio y se le agrandaron los ojos. Steven Deschain apuntó un dedo primero hacia la mujer, luego hacia sí mismo, después se estrechó las manos ahuecadas y volvió a apuntalla. "Estás a salvo", quería decir. Jamás olvidaré el gesto de gratitud en su cara cuando le indicó con un asentimiento de cabeza que lo había entendido. "Estás a salvo", así era el mundo en que crecimos, jovencitos, el mismo que ahora ya casi ha esfumádose.

»Luego dice Deschain: "Despierta, Allan Crow, a menos que prefieras entrar en el claro al final

del camino con los ojos cerrados. Despertad, todos".

Nunca tuvo intención de capturar a la banda entera con vida, habría sido una locura, estoy seguro de que lo debéis comprender, pero tampoco iba a ajusticiarles mientras dormían. Se despertaron en mayor o menor grado, pero no por mucho tiempo. Steven desenfundó sus pistolas tan rápido que nunca le vi mover las manos. Veloces que ni un rayo, queridos. Hubo un momento en que aquellos revólveres con culatas de sándalo colgaban de sus caderas, y al instante siguiente ya estaban escupiendo fuego, resonando como truenos en aquel espacio cerrado, pero eso no excusó que yo mismo desenfundara mi arma. Era un hierro de tambor viejo que heredé de mi abuelo, pero abatí a dos de ellos. Los dos primeros hombres que maté en mi vida. Me apena decir que desde entonces ha habido muchos más.

»El único que sobrevivió a esta primera descarga fue el propio Papá Cuervo, Alian Crow, que era un anciano todo encorvado y que tenía un lado de la cara paralizado por una lesión en el cerebro o alguna cosa de esas, pero igualmente se movió tan rápido como el mismo diablo. Solo llevaba puestos unos calzones largos, y tenía la pistola metida en una de las botas a los pies de su petate. La empuñó y se giró hacia nosotros. Steven le disparó, pero el viejo cabrón logró descerrajar un tiro. Salió desviado, pero...

Peavy, que en aquellos días no habría sido mayor que los dos muchachos plantados ante él, abrió la caja, girando la tapa sobre las ingeniosas bisagras, por un momento caviló sobre lo que vio dentro y luego me miró. Aquella sonrisita de remembranza aún le rozaba las comisuras de los labios.

—¿Habéis visto alguna vez una cicatriz en el brazo de vuestro padre, Roland? ¿Aquí? —Se tocó justo por encima del pliegue del codo, en el lugar donde empiezan las molas de un hombre.

El cuerpo de mi padre era un mapa de cicatrices, pero era un mapa que yo conocía bien. La cicatriz encima de la parte interior del codo era un hoyuelo profundo, casi como esos que el mostacho del sheriff Peavy no lograba ocultar completamente cuando sonreía.

—La última bala que Papá Cuervo disparó dio en la pared por encima del poste donde estaba atada la mujer y rebotó. —Giró la caja y me la tendió. Dentro había un casquillo aplastado, uno grande, de calibre pesado—. Lo extraje del brazo de vuestro padre con mi cuchillo de despellejar y se lo entregué. Me dio las gracias y prometió que algún día yo lo recuperaría. Y aquí está. Ka es una rueda, sai Deschain.

—¿Ha contado alguna vez antes esta historia, sheriff? —pregunté—. Pues nunca la había oído.

—¿Que extraje una bala de la carne de un verdadero descendiente de Arthur? ¿Del Eld? No, no hasta ahora. Pues ¿quién me habría creído?

—Yo le creo —aseguré—, y digo gracias. Podría haberlo envenenado.

—No, a él no —replicó Peavy con una risita sofocada—. La sangre de Eld es demasiado fuerte. Y si me hubiesen derribado... o hubiera sido demasiado escrupuloso... se la habría sacado él mismo. Aparte, permitió que se me atribuyera casi todo el mérito por la caza de la Banda del Cuervo. He sido sheriff desde entonces. Pero ya está, no seguiré mucho más tiempo. Este asunto del hombrepieles ha acabado conmigo. Ya he presenciado suficiente sangre, y no tengo gusto por los misterios.

—¿Quién ocupará su puesto? —inquirí.

La expresión que mostró ante la pregunta fue de sorpresa.

—Lo más probable es que nadie. Las minas volverán a agotarse en pocos años, esta vez definitivamente, y tales líneas de ferrocarril como las que tenemos no sobrevivirán demasiado tiempo. Las dos cosas juntas destruirán Debaria, que en la época de vuestros abuelos fue una población próspera. Ese gallinero sagrado por el que seguro que pasaron de camino aquí pudiere ser que persista; nada más.

—¿Y entretanto? —preguntó Jamie, exteriorizando cierta preocupación.

—Que los rancheros, los vagos, los amos de putas y los jugadores se vayan todos al infierno de la mejor forma que quieran. No es cosa mía, al menos no por mucho más tiempo. Pero no abandonaré hasta que este asunto esté solucionado, de un modo u otro.

Intervine yo:

—El hombrepieles atacó a una de las mujeres de Serenidad. Está terriblemente desfigurada.

—Pasasteis por allí, ¿no?

—Las mujeres están aterrorizadas. —Reflexioné un instante y recordé cierto cuchillo atado a una pantorrilla tan gruesa como el tronco de un abedul joven—. Excepto la priora, sea dicho.

El sheriff cloqueó.

—Everlyne. Esa le escupiría en la cara al diablo. Y si la condenase a pasar la eternidad en Nis, esa mujerona estaría dirigiendo el cotarro en el plazo de un mes.

Dije yo:

—¿Se le ocurre alguna idea de quién podría ser este hombrepieles estando en forma humana? En tal caso, cuéntenosla, se lo ruego, pues, como mi padre le dijo al sheriff Anderson de antaño, este no es nuestro dominio.

—No vos puedo dar un nombre, si es lo que queréis saber, pero a lo mejor vos puedo dar otra cosa. Seguidme.

Nos guió por la arcada detrás de su escritorio hacia la cárcel, que presentaba forma de T. Conté ocho celdas grandes en el pasillo central y una docena más pequeñas en el corredor transversal. Todas se hallaban vacías menos una de las pequeñas, donde un borracho dormitaba en un camastro de paja. La puerta de la celda permanecía abierta.

—En otro momento todas estas celdas habrían estado llenas los días efrideis y ethordeis —dijo Peavy—. Abarrotadas de vaqueros y mozos de labranza borrachos, pero ya ven ahora, ¿verdad? Casi nadie sale por la noche, ni siquiera en efrideis y ethordeis. Los vaqueros se quedan en sus barracones, los labradores en los suyos. Nadie quiere volver a casa dando tumbos y toparse con el hombrepieles.

—¿Y los mineros de sal? —preguntó Jamie—. ¿También los confina?

—No muy a menudo, pues tienen sus propios *saloons* en la Debaria Chica. Hay dos, unos antros asquerosos. Cuando las putas del Cheery Fellows o del Busted Luck o del Bider-Wee son demasiado viejas o están demasiado enfermadas para atraer clientes, terminan en la Debaria Chica. Estando borrachos, a los salineros les da igual que a las putas se les haya caído o no la nariz con tal de que todavía tengan un agujero donde meterla.

—Qué agradable —musitó Jamie.

Peavy abrió una de las celdas grandes.

—Venid aquí dentro, muchachos. No tengo papel, pero sí un poco de tiza, y aquí hay una pared bien lisa. También tendremos intimidad, por lo menos mientras ahí Sam el Salado no se despierte. Y eso raras veces pasa antes de la puesta de sol.

Del bolsillo de sus pantalones de sarga, el sheriff sacó un buen trozo de tiza y en la pared dibujó una especie de caja alargada con púas en la parte superior, semejantes a una fila de uves invertidas.

—Esto sería Debaria entera —dijo Peavy—. Por aquí están las vías del ferrocarril que les trajo a la ciudad. —Fue mientras trazaba una línea con una serie de rayas en paralelo que me acordé del

trenero y del anciano que tuvimos a nuestro servicio como mayordomo.

—La Bocinilla descarriló —apunté yo—. ¿Sería posible reunir a un grupo de hombres para enderezarla sobre las vías? Disponemos de dinero para recompensarlos por su trabajo. Además, Jamie y yo gustosamente ofreceremos nuestra ayuda.

—Hoy no —respondió Peavy con aire ausente. Estaba estudiando su mapa—. El trenero seguirá allí, ¿no?

—Sí. Con otro hombre.

—Mandaré a Kellin y Vikka Frye con una biga. Kellin es mi mejor ayudante, los otros dos no valen para mucho, y Vikka es su hijo. Los recogerán y los traerán antes de que oscurezca. Hay tiempo, porque los días son largos en esta época del año. Por ahora, prestad atención, muchachos. Aquí están las vías y aquí está Serenidad, donde fue atacada esa pobre chiquilla de la cual hablasteis. En la Calzada Mayor, ¿lo ven? —Dibujó un cuadradito para representar Serenidad y trazó una X dentro. Al norte del retiro de mujeres, hacia las púas en la parte superior del mapa, situó otra X—. Aquí es donde Yon Curry, el ovejero, fue asesinado.

A la izquierda de esta X, pero aproximadamente a la misma altura, es decir, bajo las púas, situó otra.

—La granja Alora. Siete muertos.

Más a la izquierda y un poco más arriba, trazó otra X.

—Aquí está la granja Timbersmith, en el Alto Puro. Nueve muertos. Es donde encontramos la cabeza del chiquillo en un poste y todo lleno de huellas alrededor.

—¿De lobo? —pregunté.

El sheriff sacudió la cabeza.

—Na, alguna especie de gato grande. Al principio. Antes de perder el rastro, cambiaron a lo que parecían pezuñas. Después... —Nos miró con seriedad—. Huellas de pies. Grandes al principio, casi como de un gigante, pero luego cada vez más pequeñas hasta que al final tuvieron el tamaño de las pisadas de un hombre cualquiera. De toas formas, las perdimos en la piedra caliza. Quizá vuestro padre hubiere sido capaz de seguillas, sai.

Continuó agregando marcas en el mapa, y cuando acabó, se echó a un lado para que pudiésemos apreciarlo con claridad.

—A aquellos de vuestra estirpe se les supone buena materia gris además de manos veloces, eso me contaron siempre. Así pues, ¿qué deducís de esto?

Jamie se adelantó sorteando las hileras de camastros (pues esta celda debía de acoger a muchos huéspedes, probablemente borrachos y perturbadores de la paz) y recorrió con la punta del dedo los dientes de sierra en la parte superior del mapa, con lo que las emborronó un poco.

—¿Las casas de sal se extienden por aquí? ¿Por las estribaciones de las montañas?

—Aja. Las Rocas de Sal, así se llaman esos cerros.

—La Debaria Chica está... ¿dónde?

Peavy dibujó otro cuadrado para representar el pueblo de los mineros de sal. No estaba mucho de la X que marcaba el lugar donde la mujer y el tahúr habían muerto... pues era la Debaria Chica hacia donde se dirigían.

Jamie estudió el mapa unos instantes más y finalmente hizo un gesto de asentimiento.

—Me da la impresión de que el hombrepíeles podría ser un minero. ¿Es lo que usted piensa?

—Ea, un salinero, aunque ha despedazado a un par de ellos. Tiene sentido, al menos en la medida que un asunto tan descabellado como *este pueda* tener sentido. El nuevo domo es mucho más profundo que los anteriores, y todo el mundo sabe que hay demonios en la tierra. Acaso uno de los

mineros topase con uno. Pudo habello despertado y desencadenado toda esta maldad.

—También quedan restos enterrados de los Grandes Antiguos —añadí yo—. No todos son peligrosos, pero algunos sí. Tal vez alguna de esas cosas viejas... esos... ¿cómo los llamas, Jamie?

—*Artifaxtos* —dijo él.

—Sí, exactamente. Tal vez la causa fuese uno de estos artifaxtos. Quizá el tipo sea capaz de contárnoslo, si lo atrapamos con vida.

—Mínima es la probabilidad de eso —gruñó Peavy.

Sin embargo, yo calculaba que existía una buena probabilidad. Dándose el caso, por supuesto, de que pudiéramos identificarlo y acorralarlo durante las horas diurnas.

—¿Cuántos de estos salineros trabajan en las minas? —pregunté.

—No tantos com'en los viejos tiempos, porque ahora solo funciona un pozo, ¿verdad? Diría que no más de... doscientos.

Tanteé los ojos de Jamie y vislumbré un destello de humor en ellos.

—No te apures, Roland —dijo mi compañero—. Estoy seguro de que para la Feria de la Siega ya los habremos interrogado a todos. Si nos damos prisa.

Estaba exagerando, pero aun así visualizaba varias semanas por delante en Debaria. Pudiera ocurrir que interrogáramos al hombrepieles y aun así no ser capaces de detectarlo, bien porque fuese un maestro de la mentira, bien porque no tuviera ninguna culpa que encubrir; su yo diurno podría realmente no saber lo que hacía su yo nocturno. Deseé que estuviera Cuthbert, que tenía la capacidad de reparar en cosas sin relación aparente y percibir las conexiones, y deseé que estuviera Alain, con su poder para tocar las mentes. No obstante, Jamie tampoco era malo. Al fin y al cabo, vio lo que yo mismo debería haber visto, lo que tenía justo delante de las narices. En una cuestión me mostraba en completa armonía con el sheriff Hugh Peavy: yo odiaba los misterios. Es algo que nunca ha cambiado en esta larga vida mía. No soy bueno resolviéndolos; mi mente jamás ha funcionado de ese modo.

Regresamos atropelladamente a la oficina, y fue entonces cuando declaré:

—Hay varias preguntas que debo formularle, sheriff. La primera es: ¿se abrirá a nosotros si nosotros nos abrimos a usted? La segunda...

—La segunda, ¿os reconozco por lo que sois y acepto lo que hacéis? La tercera, ¿busco ayuda y auxilio? El sheriff Peavy contesta sí, sí y sí. Ahora, por todos los dioses, poned vuestros cerebros a trabajar, muchachos, pues han pasado más de dos semanas desde que esta cosa irrumpió en Serenidad, y en este período no ha comido ni un solo bocado. Muy pronto volverá a salir.

—Solo merodea de noche —dijo Jamie—. ¿Está seguro de eso?

—Lo estoy.

—¿Le afecta la luna de algún modo? —pregunté yo—. Porque el consejero de mi padre, y nuestro tutor de antaño, afirma que en algunas de las viejas leyendas...

—He oído las leyendas, sai, pero se equivocan en eso, por lo menos con esta criatura en concreto. A veces ataca con la luna llena (era la Luna del Buhonero cuando irrumpió en Serenidad, toda cubierta de escamas y bultos como un caimán de las Ciénagas de Sal), pero también actuó en la granja Timbersmith cuando la luna era negra. Me gustaría deciros algo distinto, pero no puedo. También me gustaría dalle fin antes de volver a tener que recoger las entrañas de alguien de entre los arbustos o que desclavar la cabeza de algún otro chiquillo de un poste. Vos han mandado aquí para ayudar, y espero con toda mi alma que seáis capaces de hacer algo... aunque tengo mis dudas.

Peavy cloqueó con aquella risita suya cuando le pregunté si había alguna casa de huéspedes u hotel en Debaria.

—La última pensión fue la que regentaba la Viuda Brailley. Hace dos años, un vaquero borracho intentó violarla en su propio retrete mientras hacía sus cosas. Pero ella siempre fue muy espabilá. Se había fijado en cómo la miraba y se llevó un cuchillo bajo el delantal. Le rajó la garganta, eso hizo. Stringy Bodean, que solía ser nuestro juez de paz hasta que decidió probar suerte como criador de caballos en la Media Luna, en cinco minutos la declaró no culpable alegando defensa propia, pero la señora decidió que ya había tenido suficiente de Debaria y cogió el tren de vuelta a Gilead, donde aún habita, no me cabe duda. Dos días después de su marcha, algún bufón borracho quemó el lugar hasta los cimientos. El hotel todavía subsiste. Se llama Delightful View. Las vistas son cualquier cosa menos preciosas, muchachos, y las camas están infestadas de bichos grandes como ojos de sapo. Yo no dormiría en una sin antes enfundarme la armadura completa de Arthur Eld.

Y de ese modo terminamos pasando nuestra primera noche en Debaria en la celda para borrachos y alborotadores, bajo el mapa a tiza de Peavy. Sam el Salado ya había sido puesto en libertad, y disponíamos de la cárcel para nosotros solos. En el exterior, un fuerte viento había empezado a azotar las llanuras de álcali al oeste de la ciudad. El sonido plañidero que profería a través de las hojas de los árboles me indujo a pensar nuevamente en el cuento que mi madre solía leerme cuando yo no era más que infante, el cuento de Tim Corazón Tenaz y la boreastada que hubo de afrontar en los Grandes Bosques al norte de Nuevo Canáan. Pensar en el chico solo en aquellos bosques siempre me ha helado el corazón, igual que la valentía de Tim siempre lo ha calentado. Las historias que oímos en nuestra infancia son las que recordamos el resto de nuestras vidas.

Después de que una ráfaga particularmente fuerte —el viento en Debaria era cálido, no frío como la boreastada— golpeará el muro de la cárcel y aventara un hálito de polvo de álcali a través de la ventana enrejada, Jamie habló. Era raro en él comenzar una conversación.

—Odio ese ruido, Roland. Me va a tener despierto toda la noche.

Yo, por el contrario, lo adoraba; el sonido del viento siempre me ha hecho recordar buenos tiempos y lugares remotos. Confieso, empero, que podría haber prescindido de la arenilla.

—¿Cómo se supone que vamos a encontrar a esa cosa, Jamie? Confío en que tengas alguna idea, porque yo no.

—Tendremos que hablar con los mineros de sal. Ese es el punto de partida. A lo mejor alguien ha visto a un sujeto cubierto de sangre volviendo a hurtadillas a donde viven los salineros. Y desnudo, pues no podrá andar vestido, a menos que se quite la ropa de antemano.

Abrigué una ligera esperanza. No obstante, si la presa que queríamos cazar sabía lo que era, podría despojarse de sus ropas cuando presintiera la inminencia de un ataque, esconderlas y regresar a por ellas más tarde. Pero si no lo sabía...

Se trataba de un hilo muy fino, pero a veces, si uno se cuida de no romperlo, puede tirar de un hilo fino y destejer una prenda de vestir entera.

—Buenas noches, Roland.

—Buenas noches, Jamie.

Cerré los ojos y pensé en mi madre. Aquel año lo hice a menudo, pero por una vez mis pensamientos no se centraban en el aspecto que presentaba muerta, sino en lo hermosa que había sido en mi primera infancia, cuando estando yo acostado, se sentaba a mi vera en el dormitorio de las vidrieras de colores y me leía.

—Mira, Roland —me decía—, aquí están los bilibrambos sentados en fila olfateando el aire.

Lo saben, ¿verdad?

—Sí —decía yo—, los brampos lo saben.

—¿Y qué es eso que saben? —preguntaba la mujer a la que yo mataría—. ¿Qué es eso que saben, amor de mi vida?

—Saben que viene la boreastada —respondía yo. Para entonces ya sentiría los párpados cada vez más pesados, y minutos después me dejaría llevar por la melodía de su voz.

Igual que me dejaba llevar ahora en Debaria, con el viento en el exterior arreciando con la fuerza de un vendaval.

Un áspero sonido me despertó cuando tenuemente despuntaba el alba: ¡BRANG! ¡BRANG! ¡BRANNNG!

Jamie seguía tendido de espaldas, extendidas las piernas, roncando. Saqué uno de mis revólveres de su funda, salí por la puerta abierta de la celda y caminé arrastrando los pies hacia el imperioso sonido. Era el tin-talán por el que tanto orgullo manifestara el sheriff Peavy. No estaba él allí para contestar; se había ido a casa a dormir, y la oficina se encontraba vacía.

Allí de pie semidesnudo, con la pistola en la mano y vistiendo nada más que los calzones y la slinkum con la que había dormido (pues hacía calor en la celda), descolgué el cono de escuchar de la pared, me coloqué el extremo estrecho en la oreja y me incliné hacia el tubo de hablar.

—¿Sí? ¿Hola?

—¿*Quién cojones es?* —gritó una voz, tan fuerte que un clavo de dolor me perforó el costado de la cabeza. En Gilead todavía quedaban tin-talanes en funcionamiento, quizá un centenar, pero ninguno se oía con tanta claridad como este. Haciendo una mueca aparté el cono, y aun así seguí escuchando la voz que brotaba de él.

—¿*Hola? ¿Hola? ¡Que los dioses maldigan a este puto trasto! ¿HOLA?*

—Le oigo —contesté—. Baje la voz, por la gloria de su padre.

—¿Quién es? —Su tono de voz había descendido lo suficiente para poder acercarme el cono a la oreja, pero sin pegármelo; no cometería el mismo error dos veces.

—Un ayudante del sheriff. —Nada existía en el mundo más diferente a un ayudante de sheriff que Jamie DeCurry y yo, pero la respuesta más sencilla suele ser la mejor. Y *siempre* es la mejor, pondero yo, cuando hablas con un hombre nervioso a través de un tin-talán.

—¿Ande está el sheriff Peavy?

—En casa con su esposa. Calculo que no son todavía las cinco de la mañana. Ahora cuénteme quién es, desde dónde habla y qué ha sucedido.

—Soy Canfield del Jefferson. Yo...

—¿*Qué* Jefferson? —Oí pasos a mi espalda y viré en redondo, levantando a medias el revólver. Pero solo era Jamie, con el cabello revuelto de dormir, una maraña erizada en todas direcciones. Empuñaba su propia pistola. Se había puesto los pantalones, aunque caminaba descalzo.

—¡El Rancho Jefferson, pedazo de idiota miserable! Tiene que hacer venir al sheriff, y rapidito. Están todos muertos. Jefferson, su familia, el cocinero, todos los proddies. Hay sangre d'una punta 'otra.

—¿Cuántos? —pregunté.

—Tal vez quince, tal vez veinte. ¿Quién puede decirlo? —Canfield del Jefferson empezó a gimotear—. Están todos descuartízaos. Lo que fuere que acabó con ellos dejó vivos a los dos perros,

Rosie y Mozie. Estaban dentro. Tuvimos que pegalles un tiro. Estaban lamiendo la sangre y comiéndose los sesos.

Era un trayecto de diez ruedas a caballo en dirección norte, hacia las Colinas de Sal. Fuimos con el sheriff Peavy, Kellin Frye —el ayudante bueno— y el hijo de Frye, Vikka. El trenero, cuyo nombre resultó ser Travis, también nos acompañaba, pues había pasado la noche en casa de los Frye. Espoleamos fuerte a nuestras monturas, pero aun así ya era pleno día cuando llegamos a la extensión Jefferson. Por lo menos el viento, que seguía intensificándose, soplabla de espaldas.

Perry creía que Canfield era un pokie, que es similar a decir un vaquero errante que no está contratado por ningún rancho en particular. Algunos así terminaban siendo forajidos, pero la mayoría eran bastante honestos, simplemente hombres incapaces de establecerse en un sitio. Cuando pasamos bajo el arco sobre la amplia cancela para el ganado donde se leía el nombre JEFFERSON inscrito con blancas letras en madera de abedul, le acompañaban otros dos vaqueros, sus compadres. Los tres se apiñaban junto a la valla del corral, que se encontraba próxima a la casona. A unos ochocientos metros al norte, en lo alto de una elevación, estaba el barracón. Desde esta distancia solo dos cosas parecían fuera de lugar: la puerta en el extremo sur del barracón, con el pestillo alzado, que oscilaba de uno a otro lado empujada por el viento alcalino, y los cadáveres de dos grandes perros negros que yacían cuan largos eran en la tierra.

Desmontamos y el sheriff Peavy saludó con un apretón de manos a los hombres, que parecían sumamente contentos de vernos.

—Ea, Bill Canfield, te veo muy bien, amigo pokie.

El vaquero más alto se quitó el sombrero y lo sostuvo contra la camisa.

—Ya no soy más un pokie, señor. O pueda ser que sí, no sé. Mientras he estado aquí he sido Canfield del Jefferson, como dije a quienquiera que contestó a ese maldito parlador, porque me ficharon el mes pasado. El viejo Jefferson en persona supervisó mi marca en la pared, pero ahora está muerto, igual que todos los demás.

Tragó saliva con dificultad. Su nuez de Adán cabeceó como un corcho en el agua. Su barba incipiente parecía muy negra, porque tenía la tez muy blanca. En la pechera de la camisa resaltaba una mancha de vómito seco.

—Su mujer y sus hijas también han entrado en el claro. Se las reconoce por el pelo largo y sus... sus... ay, ay, Hombre Jesús, uno ve una cosa así y piensa que oxalá hubiese nacido ciego. —Se tapó el rostro con el sombrero y empezó a llorar.

Uno de los compadres de Canfield dijo:

—¿Esos son pistoleros, sheriff? Muy jovencitos son pa' cargar hierros, ¿no?

—No os preocupéis por ellos —replicó Peavy—. Contadme lo que os trajo aquí.

Canfield bajó su sombrero. Tenía los ojos rojos y húmedos.

—Nosotros tres estábamos acampados en el Puro. Reuníamos reses descarrías, eso hacíamos, y acampamos pa' pasar la noche. Entonces empezamos a oír los gritos procedentes del este. Nos despertaron de un sueño profundo, de tan cansaos que estábamos. Después los disparos, dos o tres. Pararon y luego hubo más gritos. Y algo... algo grande... que rugía y gruñía.

Uno de los otros añadió:

—Sonaba como un oso.

—No, no, mentira —replicó el tercero—. Para nada.

Canfield prosiguió:

—Lo que fuera, supimos que venía del rancho. Debía estar a cuatro ruedas de donde estábamos nosotros, o puede que seis, pero el sonido se transmite claro en el Puro, como sabe. Los tres montamos, pero yo llegué muy por delante de estos dos, porque yo estaba fichado y ellos son todavía pokies.

—No lo entiendo —dije.

Canfield se volvió a mirarme.

—Pues que yo tengo un caballo del rancho, ¿vale? Uno bueno. Aquí Snip y Arn solo van en mula. Están allí metidas, con las demás. —Señaló hacia el corral. Una fuerte ráfaga de viento sopló entonces, impulsando una avanzadilla de polvo, y todo el ganado se alejó al galope como una ola.

—Siguen asustados —comentó Kellin Frye. Mirando hacia el barracón, el maquinista, Travis, apostilló:

—No son los únicos.

Para cuando Canfield, el nuevo proddie del Rancho Jefferson —que es similar a decir «jornalero»— llegó a la casa principal, los gritos habían cesado. También el rugido de la bestia, aunque todavía se oían una buena cantidad de gruñidos. Eran los dos perros peleándose por las sobras. Conocedor del lado de la tostada en la que debía untar la miel, Canfield evitó el barracón —y los perros que gruñían dentro— y se dirigió a la casa. La puerta delantera estaba abierta de par en par y había luces encendidas en el recibidor y en la cocina, pero nadie contestó a su llamada.

Encontró a lady-sai Jefferson en la cocina, con el cuerpo debajo de la mesa y la cabeza medio devorada que había rodado hasta la puerta de la despensa. Se veían huellas que salían por la puerta de la veranda, que traqueteaba por el viento. Algunas eran humanas; algunas eran huellas de un monstruoso oso gigante. El rastro de la criatura era de sangre.

—Agarré el quinqué de kerseno que habían dejao al lado de la pila y seguí las huellas afuera. Las dos niñas estaban tiras en la tierra entre la casa y el granero. Una había corrido tres o cuatro docenas de pasos más que su hermana, pero las dos estaban igual de muertas; tenían los camisones desgarrados y las espaldas trinchas, abiertas de arriba abajo. —Canfield movió la cabeza de un lado a otro con lentitud, sus grandes ojos (anegados en lágrimas estaban) sin abandonar nunca el rostro del Sheriff Mayor Peavy—. No quiero ver nunca las garras que pueden hacer tal cosa. Nunca, nunca, nunca en toda mi vida. He visto lo que hacen y me basta y sobra.

—¿El barracón? —preguntó Peavy.

—Ea, es ande fui después. Puede ver lo que hay dentro usted mismo. También las mujeres, porque siguen donde las encontré. No pienso llevalles. Puede que Snip y Arn...

—Yo no —se apresuró a decir Snip.

—Ni yo —replicó Arn—. Voy a vello todo en sueños, y con eso me vale.

—No creo que necesitemos un guía —dijo Peavy—. Quedaos los tres aquí mismo, muchachos.

El sheriff Peavy, seguido de cerca por los Frye y Travis el maquinista, echaron a andar hacia la casona. Jamie puso una mano en el hombro de Peavy y habló en un tono de disculpa cuando el Sheriff Mayor se giró para mirarle.

—Cuidado con no borrar las huellas. Son importantes.

Peavy asintió.

—Ya. Nos cuidaremos muy bien de no borrallas. Sobre todo las que se alejen hacia doquiera

que se fuere la bestia.

Las mujeres se encontraban donde había dicho sai Canfield. Yo había presenciado baños de sangre anteriormente —ea, en abundancia, tanto en Mejis como en Gilead—, pero jamás ninguno como este, y Jamie tampoco. Se puso tan pálido como Canfield, y yo solo pude esperar que no avergonzara a su padre desmayándose. No hubo necesidad de preocuparme; pronto se arrodilló en la cocina a examinar varias huellas enormes de animal ribeteadas de sangre.

—Son huellas de oso de verdad —confirmó—, pero jamás ha existido uno tan grande, Roland, ni siquiera en el Bosque Interminable.

—Pues hubo uno aquí la noche pasada, amigo —dijo Travis. Miró el cadáver de la mujer del rancho y se estremeció, a pesar de que, al igual que sus desafortunadas hijas, había sido tapada con una manta de las habitaciones de arriba—. Me alegrará volver a Gilead, donde estas cosas son meras leyendas.

—¿Qué dicen las huellas aparte de eso? —pregunté a Jamie—. ¿Algo?

—Sí. Fue primero al barracón, donde había más... más comida. El jaleo habría despertado a los cuatro habitantes de la casa... ¿solo eran cuatro, sheriff?

—Ea —dijo Peavy—. Hay dos hijos, pero Jefferson los habrá enviado a las subastas de Gilead, espero. Encontrarán un saco de aflicción cuando regresen.

—El rancho dejó a sus mujeres y salió corriendo hacia el barracón. El arma que Canfield y sus compañeros oyeron debió de ser la suya.

—Anda que le sirvió de mucho —comentó Vikka Frye.

Su padre le pegó en el hombro y le ordenó que se callara.

—Después, la cosa vino aquí—prosiguió Jamie—. Lady-sai Jefferson y las dos niñas estaban entonces en la cocina, creo. Intuyo que la sai debió de ordenar a sus hijas que corrieran.

—Ea —asintió Peavy—. Y seguro que intentó darles tiempo para que huyeran. Eso es lo que se lee, solo que no funcionó. Si hubiesen estado en la parte delantera, si hubieran visto lo grande que era la criatura, se lo habría pensado mejor, pero las habríamos encontrado a las tres ahí fuera. —Lanzó un profundo suspiro—. Vamos, muchachos, veamos qué hay en el barracón. Esperar no lo hará más agradable.

—Creo que prefiero quedarme donde el corral con esos vaqueros —dijo Travis—. Ya he visto suficiente.

Vikka Frye espetó:

—¿Puedo yo también, padre?

Kellin observó el rostro atormentado de su hijo y accedió. Antes de dejar que el chico se marchara, le dio un beso en la mejilla.

Unos tres metros delante del barracón, la tierra desnuda estaba removida, un revoltijo sanguinolento de huellas de botas y garras de animal. Cerca, en una mata de hierba de leche, había una vieja pistola de cuatro disparos con el cañón doblado hacia un lado. Jamie apuntó con el dedo la confusión de huellas, luego señaló la pistola y finalmente la puerta abierta del barracón. Después enarcó las cejas, inquiriendo en silencio si yo lo veía. Lo veía muy bien.

—Aquí es donde la cosa, el hombrepieles adoptando la forma de un oso, encontró al rancho

—expliqué yo—. Este disparó varias veces, luego soltó la pistola...

—No —me interrumpió Jamie—. La cosa se la arrebató. Esa es la razón de que el cañón esté doblado. Quizá Jefferson intentó huir, o quizá no cedió terreno. Como fuere, no sirvió de nada. Su rastro se detiene aquí, de modo que la cosa lo levantó y lo arrojó al interior del barracón. Y después fue hacia la casona.

—Así que estamos desandando sus pasos —dijo Peavy.

Jamie asintió con la cabeza.

—Pronto seguiremos su rastro hacia delante —aseguró.

La cosa había convertido el barracón en un matadero. Al final, el saldo de la carnicería ascendió a dieciocho cadáveres: dieciséis proddies, el cocinero —que había muerto bajo su horno con el mandil, rasgado y manchado de sangre, echado sobre el rostro como un sudario— y el propio Jefferson, a quien habían desmembrado. La cabeza cercenada del ranchero miraba fijamente las vigas del techo con una horrible mueca que solo enseñaba los dientes superiores. El hombrepieles le había arrancado la mandíbula inferior. Kellin Frye la encontró bajo un camastro. Uno de los hombres había intentado defenderse con una silla de montar, usándola a modo de escudo, pero no le había servido de nada; la cosa la había partido en dos con sus garras. El desafortunado vaquero aún se aferraba al pomo con una mano. No tenía cara; la cosa la había devorado hasta el cráneo.

—Roland —graznó Jamie. Su voz sonaba estrangulada, como si algo le constriñera la garganta hasta reducirla al tamaño de una pajita—. Tenemos que encontrar a esta cosa. Tenemos la *obligación*.

—Veamos lo que dicen las huellas de huida antes de que el viento las borre —repliqué.

Dejamos a Peavy y a los otros en el exterior del barracón y rodeamos la casa principal hasta donde yacían los cadáveres cubiertos de las dos niñas. Las huellas más allá habían empezado a emborronarse en los bordes y alrededor de las puntas de las garras, pero habría resultado difícil no verlas incluso para alguien que no hubiera gozado de la fortuna de tener a Cort de Gilead como instructor. La cosa que estampara esas huellas debía de pesar como mínimo cuatrocientos kilos.

—Fíjate aquí—dijo Jamie, arrodillándose a mi lado—. ¿Ves cómo son más hondas por delante? Iba corriendo.

—Y sobre las patas traseras —apunté yo—. Como un hombre.

Las huellas continuaban más allá de la caseta del pozo, que estaba destrozada, como si al pasar la cosa le hubiera asestado un golpe por pura maldad. El rastro nos condujo hasta un camino ascendente en dirección norte, hacia un cobertizo alargado sin pintar que podría ser tanto una caballeriza como una herrería. A lo lejos, tal vez a unas veinte ruedas al norte, se divisaban los yermos rocosos a los pies de las colinas de sal. Distinguíamos los agujeros que daban acceso a las minas agotadas; miraban como cuencas vacías.

—Bien pudiéramos desistir ya —sugerí—. Sabemos adonde nos llevará el rastro: donde viven los salineros.

—Todavía no —replicó Jamie—. Mira aquí, Roland. Jamás has visto nada semejante.

Las huellas empezaban a cambiar, las garras contrayéndose en las formas curvadas de unas grandes pezuñas desherradas.

—Perdió su forma de oso —observé—, y se convirtió en... ¿qué? ¿Un toro?

—Creo que sí —dijo Jamie—. Sigamos un poco más. Tengo una idea.

A medida que nos aproximábamos a la alargada construcción, las pezuñas se convirtieron en zarpas. El toro se había transformado en una especie de monstruoso felino. Las huellas eran grandes al principio, pero luego empezaron a hacerse cada vez más pequeñas, como si la cosa estuviera encogiéndose según corría, pasando del tamaño de un león al de un puma. Cuando cambiaron de rumbo y salieron del camino hacia el sendero de tierra que conducía a la caballeriza, hallamos una extensión de hierba aplastada. Los tallos rotos aparecían manchados de sangre.

—Se cayó —dijo Jamie—. Creo que se cayó... y luego se revolvió. —Alzó la vista del lecho de hierba enmarañado y apelmazado. Su rostro mostraba una expresión pensativa—. Creo que sufría de dolor.

—Bien. Miremos allí ahora. —Apunté hacia el sendero, donde numerosos caballos habían dejado la impronta de sus cascos. No eran las únicas marcas, empero.

Pies desnudos, en dirección a las puertas del edificio, que habían abierto haciéndolas rodar sobre oxidados rieles de metal.

Jamie se giró hacia mí, con los ojos abiertos como platos. Me llevé un dedo a los labios y desenfundé uno de mis revólveres. Jamie siguió mi ejemplo y avanzamos hacia el cobertizo. Le indiqué mediante señas que lo rodeara por la parte de atrás. Hizo un gesto de asentimiento y se separó hacia la izquierda.

Me quedé quieto junto a las puertas abiertas, con la pistola levantada, dando tiempo a Jamie para que alcanzara el otro extremo del edificio. No oía nada. Cuando juzgué que mi camarada debía hallarse ya en posición, me agaché, recogí una piedra de buen tamaño con la mano libre, y la arrojé dentro. Golpeó algo con un seco estruendo y luego rodó por el suelo de madera. No hubo nada más que oír. Entré, agazapado, en guardia para abrir fuego.

El lugar parecía vacío, pero tantas eran las sombras que lo invadían que al principio resultaba difícil asegurarlo con certeza. Dentro ya hacía calor y a mediodía sería un horno. Vi un par de establos vacíos a cada lado, una pequeña forja próxima a varios cajones llenos de herraduras oxidadas y clavos igualmente oxidados, tarros de linimento y otras sustancias apestosas cubiertos de polvo, hierros de marcar en un recipiente de hojalata y un enorme montón de arreos y guarniciones que necesitaban ser reparados o desechados. Sobre un par de bancos, un considerable surtido de herramientas colgaba de escarpías. La mayoría estaban tan oxidadas como las herraduras y los clavos. Había unos cuantos ganchos de madera y una bomba de pie sobre una pileta de cemento. El agua no se había renovado desde hacía tiempo; cuando mis ojos se adaptaron a la penumbra, pude ver que había paja flotando en la superficie. Comprendí que en otro tiempo aquel lugar fue algo más que una caballeriza. Había sido también una especie de hospedería donde se ocupaban del ganado de faena del rancho. Posiblemente contaría también con un veterinario aficionado. Los caballos entraban por un lado, se les trataba, y salían por el otro. Sin embargo, ahora todo parecía abandonado, al borde del derrumbe.

Las huellas de la cosa que para entonces ya eran humanas apuntaban a lo largo del pasillo central hacia las puertas, también abiertas, en el otro extremo. Las seguí.

—¿Jamie? Soy yo. No me dispaes, por la gloria de tu padre.

Salí fuera. Jamie había enfundado su arma y ahora señalaba una enorme pila de bostas de caballo.

—Sabe lo que es, Roland.

—¿Lo deduces a partir de un montón de mierda de caballo?

—Pues sucede que sí.

No me contó cómo, pero al cabo de unos segundos fui capaz de verlo por mí mismo. Aquella

suerte de hospedería equina había sido abandonada, probablemente a favor de una construcción más cercana a la casa principal, pero las bostas eran frescas.

—Si vino a caballo, vino como hombre.

—Ea. Y se marchó como tal.

Me puse en cuclillas y reflexioné sobre todo aquello. Jamie se lió un cigarro y no me interrumpió. Cuando levanté la mirada, lo descubrí esbozando una leve sonrisa.

—¿Entiendes lo que significa, Roland?

—Doscientos salineros, más o menos —dije yo. Siempre he sido lento, pero al final suelo llegar a la solución.

—Ea.

—*Salineros* es la palabra clave. Ni pokies ni proddies. Y son cavadores, no jinetes. Por regla general.

—Tal como dices.

—¿Cuántos de ellos supones que poseen caballos? ¿Cuántos sabrán siquiera montar?

Su sonrisa se ensanchó.

—Supongo que podría haber veinte o treinta.

—Es mejor que doscientos —dije—. Con diferencia. Iremos tan pronto como...

Nunca concluí lo que iba a decir porque fue entonces cuando empezaron los gemidos. Procedían del cobertizo que había dado por vacío. Cómo me alegré en ese momento de que Cort no estuviera allí. Me habría arreado tal sopapo en la oreja que me hubiera derribado al suelo. Al menos en sus mejores días, así habría sido.

Jamie y yo nos miramos con ojos alarmados y volvimos corriendo al interior. El gemido continuaba, pero el lugar parecía igual de vacío que antes. Entonces aquel enorme montón de guarniciones viejas —ronzales estropeados, bridas, correas, riendas— comenzó a latir, a moverse arriba y abajo, como si respirara. Los enmarañados manojos de cuero empezaron a desmoronarse a uno y otro lado, y de ellos surgió un chiquillo. Tenía el pelo rubio encrespado en todas direcciones. Llevaba puesto unos téjanos y una vieja camisa que le colgaba abierta y desabotonada. No parecía herido, pero en las sombras era difícil atestiguarlo.

—¿Ya se ha ido? —preguntó con voz trémula—. Por favor, saís, decidme que sí. Decidme que se ha ido.

—Se ha ido —le aseguré.

Empezó a bracear para salir de la pila, pero una correa de cuero se le había enroscado en una pierna y cayó hacia delante. Lo agarré y vi que un par de ojos de un brillante color azul, absolutamente aterrorizados, se alzaban a mi rostro.

Entonces se desmayó.

Lo trasladé hasta la pileta. Jamie se quitó el pañuelo, lo sumergió en el agua, y empezó a lavar el rostro veteado de suciedad del muchacho. Puede que quizá tuviera once años; puede que quizá fuera uno o dos años menor. Estaba tan flaco que resultaba difícil asegurarlo. Al cabo de un rato abrió los ojos. Me miró, luego a Jamie, y finalmente volvió a posar su mirada en mí.

—¿Quiénes sois? —preguntó—. No trabajáis en el rancho, ¿verdad?

—Somos amigos del rancho —dije yo—. ¿Quién eres tú?

—Bill Streeter —dijo el chico—. Los proddies me llaman Bill el Joven.

—Ah, ¿sí? ¿Y tu padre es Bill el Viejo?

Se sentó, tomó el pañuelo de Jamie, lo sumergió en la pileta y lo exprimió de modo que el agua le cayera sobre el escuálido pecho.

—No, Bill el Viejo es mi abuelo, que entró nel claro hace dos años. Mi pa es Bill a secas. — Algo al pronunciar el nombre de su padre hizo que sus ojos se agrandaran. Me asió del brazo—. No está muerto, ¿no? ¡Dime que no está muerto, sai!

Jamie y yo intercambiamos otra mirada, ante la cual se asustó más que nunca.

—¡Dime que no! ¡Por favor, dime que papá no está muerto! —Rompió a llorar.

—Tranquilo. Cálmate —dije yo—. ¿Quién es tu padre? ¿Un proddie?

—Na, no, es el cocinero. *¡Dime que no está muerto!*

Pero el chico sabía que lo estaba. Se lo noté en los ojos tan claramente como había visto al cocinero del barracón con el mandil manchado de sangre echado sobre su rostro.

Había un árbol sáliz a un lado de la casona, y fue allí donde interrogamos a Bill Streeter el Joven, solo Jamie, el sheriff Peavy y yo. Enviamos a los demás a esperar a la sombra del barracón, pensando que tener a demasiada gente alrededor solo conseguiría alterar más al chico. En cualquier caso, no pudo decirnos mucho de lo que necesitábamos saber.

—Mi pa me dijo que iba a hacer calor por la noche y que debería subirme a los pastos del otro lado del corral y dormir bajo las estrellas —nos contó Bill el Joven—. Dijo que estaría más fresco y dormiría mejor. Pero yo sabía por qué. Elrod tenía una botella en algún sitio, otra vez, y estaba bebido.

—¿Ese Elrod es Elrod Nutter? —preguntó el sheriff Peavy.

—Ea, ese. El capataz de los muchachos es él.

—Lo conozco bien —nos dijo Peavy—. ¿Acaso no lo he encerrado media docena de veces o más? Jefferson lo mantiene porque es un jinete de mil demonios y maneja el lazo como nadie, pero cuando está ebrio es un cabrón de cuidado. ¿Verdad, Joven Bill?

Bill el Joven asintió afanosamente y se peinó el largo cabello, aún sucio de los arreos en los que se había escondido, apartándolo de los ojos.

—Sí, señor. Tenía la manía de tomalla conmigo, y mi padre lo sabía.

—Eras aprendiz de cocina, ¿verdad? —preguntó Peavy. Sabía que intentaba mostrarse amable, pero quería que cerrara la boca y dejara de hablar de ese modo que expresa «*antes sí, pero eso ya pasó*».

No obstante, el chico no daba la impresión de notarlo.

—Soy mozo de barracón, no de cocina. —Nos miró a Jamie y a mí—. Hago las camas, enrolló las cuerdas, ato los petates, saco brillo a las sillas, cierro las cancelas al final del día cuando los caballos han sido entregados. Tiny Braddock me enseñó a hacer un lazo, y lo echo bastante bien. Roscoe me está entrenando con el arco. Freddy Dos Pasos dice que me enseñará a marcar reses, pero cuando llegue el otoño.

—Próspera fortuna —le deseé, y me di un toquecito en la garganta. Eso le provocó una sonrisa.

—Son buenos tipos, la mayoría. —La sonrisa se diluyó tan rápido como había aparecido, como el sol ocultándose tras una nube—. Menos Elrod, que si ya es un cascarrabias cuando está sobrio, cuando bebe le gusta burlarse. Y a mala fe, si os consta.

—Me consta muy bien —dije yo.

—Ea, y si no te ríes y no actúas como si todo fuera una broma, aunque te esté retorciendo la mano o te agarre del pelo y te arrastre por el suelo del barracón, se pone todavía más violento. Así que cuando pa me dijo que me fuera a dormir al campo, cogí mi manta y mi shaddie y me fui. A buen entendedor, pocas palabras bastan, dice mi pa.

—¿Qué es un «shaddie»? —preguntó Jamie al sheriff.

—Una pieza de lona —explicó Peavy—. No te protegerá de la lluvia, pero evita que cojas la

humedad del rocío.

—¿Dónde acampaste? —pregunté al chico.

Señaló más allá del corral, donde los caballos seguían nerviosos por el creciente viento. Sobre nosotros y alrededor, el sáliz suspiraba y danzaba. Era agradable oírlo, y más aún observarlo.

—Me figuro que mi manta y mi shaddie seguirán allí.

Desplacé la mirada desde el lugar que señalaba hasta el hospedaje-cuadra donde le habíamos encontrado, y luego hasta el barracón. Los tres lugares formaban los vértices de un triángulo de unos cuatrocientos metros cada lado, con el corral en el centro.

—¿Cómo llegaste desde donde dormiste a esconderte bajo ese montón de arcos, Bill? —preguntó el sheriff Peavy.

El chico le miró sin hablar durante un rato largo. Entonces las lágrimas empezaron a caer de nuevo. Se las cubrió con los dedos para que no pudiéramos verlas.

—No me acuerdo —respondió finalmente—. No me acuerdo de'na. —No bajó las manos, exactamente; parecieron desplomarse en su regazo, como si se hubieran vuelto demasiado pesadas para sostenerlas en alto—. Quiero a mi padre.

Jamie se levantó y se alejó caminando con las manos embutidas en los bolsillos traseros del pantalón. Intenté decir lo que necesitaba decirse, y no pude. Debéis recordar que, aunque Jamie y yo portábamos pistolas, estas no eran los grandes revólveres de nuestros padres. Yo jamás volvería a ser tan joven como antes de conocer a Susan Delgado, y amarla, y perderla, pero aún era demasiado joven para decirle a este chico que su padre había sido despedazado por un monstruo. De modo que miré al sheriff Peavy. Miré al adulto.

Peavy se quitó el sombrero y lo depositó en la hierba. A continuación tomó las manos del chico.

—Hijo, tengo que darte una noticia muy dura —anunció—. Quiero que respires hondo y te comportes al respecto como un hombre.

Pero Bill Streeter el Joven solo tenía nueve o diez veranos a sus espaldas, once a lo sumo, y no podía comportarse como un hombre respecto a nada. Rompió a llorar amargamente. En ese momento vi el rostro pálido y muerto de mi madre tan claro como si ella yaciera a mi lado bajo aquel sáliz y no pude resistirlo. Me sentí como un cobarde, pero eso no impidió que me levantara y me alejara caminando.

El chaval lloró hasta quedarse dormido o caer inconsciente. Jamie lo llevó a la casona y lo metió en una de las camas del piso de arriba. No era más que el hijo de un cocinero de barracón, pero no había nadie más para dormir en ellas, ya no. El sheriff Peavy usó el tin-talán para comunicarse con su oficina, donde uno de sus ayudantes menos capaces cumplía órdenes de esperar su llamada. A no mucho tardar, el enterrador de Debaria —si es que había alguno— organizaría una caravana para venir a recoger los cadáveres.

El sheriff Peavy entró en el despacho de sai Jefferson y se dejó caer en una butaca con ruedas.

—¿Y ahora qué, muchachos? —preguntó—. Los salineros, imagino... y supongo que querrán subir allí antes de que este viento se convierta en un simún. Que es precisamente lo que va a hacer. —Lanzó un suspiro—. El chico no les ha sido de ayuda, eso es cierto. Viera lo que viese, fue lo bastante malo como para borrarle la mente.

—Roland sabe una manera de... —empezó a decir Jamie.

—No estoy seguro de cuál será el siguiente paso —le interrumpí—. Me gustaría discutirlo con

mi compañero. Quizá podríamos dar un pequeño paseo hasta aquella caballeriza.

—El viento ya habrá borrado el rastro —comentó Peavy—, pero puede que vos sea de provecho. —Sacudió la cabeza—. Contárselo al chico ha sido duro. Muy duro.

—Lo hizo usted como es debido —dije yo.

—¿Lo creéis en serio? ¿Ea? Bueno, pues gracias. Pobre chico. Imagino que podrá quedarse una temporada conmigo y con mi esposa hasta que resolvamos qué hacer con él. Muchachos, id y tened vuestro parlamento, si vos satisface. Creo que yo me quedaré aquí sentado y trataré de recomponerme. Por ahora no hace falta apresurarse; esa maldita cosa comió bien anoche y pasará una buena temporada antes de que necesite volver a salir de caza.

Jamie y yo dimos dos vueltas alrededor del cobertizo y el corral mientras hablábamos, con el viento progresivamente más fuerte que hacía ondear las perneras de nuestros pantalones y nos revolvía el cabello.

—Roland, ¿de verdad se le ha borrado todo de la mente?

—¿Tú qué crees? —pregunté a mi vez.

—Que no —dedujo él—. Porque lo primero que dijo fue «¿Ya se ha ido?».

—Y sabía que su padre había muerto, aun cuando nos preguntó. Se le veía en los ojos.

Jamie caminó un rato sin responder, la cabeza gacha. Nos habíamos atado los pañuelos sobre la boca y la nariz a causa del polvo. Jamie seguía mojado del agua de la pileta. Por fin habló.

—Cuando empecé a decirle al sheriff que sabías una manera de alcanzar cosas que están enterradas... enterradas en la mente de las personas, me cortaste.

—No hace falta que lo sepa, porque no siempre funciona.

Lo había hecho con Susan Delgado en Mejis, pero una parte de Susan quería desesperadamente contarme lo que la bruja, Rhea, había tratado de esconder de la mente superior, donde oímos claramente nuestros propios pensamientos. Ella había querido contármelo porque estábamos enamorados.

—Pero ¿lo intentarás? Sí, ¿verdad?

No le respondí hasta que iniciamos nuestra segunda vuelta alrededor del corral. Yo seguía poniendo mis pensamientos en orden. Como puede que ya haya mentado, eso siempre ha sido un proceso lento para mí.

—Los salineros ya no viven en las minas; tienen su propio campamento a pocas ruedas al oeste de la Debaria Chica. Kellin Frye me lo contó de camino aquí. Quiero que vayas allí con Peavy y los Frye. Y que os acompañe Canfield también, si quiere. Creo que lo hará. Los otros dos pokies, los compadres de Canfield, pueden quedarse aquí y esperar al enterrador.

—¿Pretendes llevar al chico a la ciudad?

—Sí. Solo. Pero no te envío allí simplemente para alejarte a ti y a los demás. Si viajáis lo suficientemente raudos, y disponen de una remuda, es posible que aún seas capaz de detectar un caballo que haya sido hostigado.

Bajo el pañuelo, puede que Jamie esbozara una sonrisa.

—Lo dudo.

Yo también. Habría sido más probable si no fuera por el viento, que Peavy había denominado simún. Secaría el sudor de un caballo, incluso de uno que hubiera sido hostigado, de inmediato. Jamie podría detectar uno que tuviera más manchas de polvo que el resto, uno con bardanas y hierba

de leche en la cola, pero si acertábamos en lo referente a que el hombrepieles sabía lo que era, le habría almohazado y dado a su montura una friega completa, desde los cascos hasta las crines, nada más llegar.

—Puede que alguien le viera volver.

—Sí... a menos que fuera primero a la Debaria Chica, se limpiara, y volviera al campamento salinero desde allí. Un hombre inteligente así lo habría hecho.

—Pese a todo, el sheriff y tú deberíais ser capaces de averiguar cuántos de ellos poseen caballos.

—Y cuántos saben montar, aunque no posean —añadió Jamie—. Ea, podemos hacerlo.

—Juntad a tal grupo —le dije—, o a tantos como podáis, y traedlos a la ciudad. A quienesquiera que protesten recordadles que estarán ayudando a apresar al monstruo que ha estado aterrorizando Debaria... la Debaria Chica... la Baronía entera. No hará falta que les digáis que cualquiera que siga negándose será observado con mayor suspicacia; hasta el más inepto lo comprenderá.

Jamie asintió con la cabeza y seguidamente tuvo que agarrarse a la cerca cuando una ráfaga de viento particularmente fuerte nos azotó. Me volví a mirarle de frente.

—Y una cosa más. Vas a tirar un anzuelo, y el hijo de Kellin, Vikka, será tu caña. Creerán que existe la posibilidad de que un niño se vaya de la lengua, aunque se le haya ordenado que no. *Especialmente* si se le ha ordenado que no.

Jamie aguardó, pero yo tenía la certeza de que él sabía lo que yo iba a decir, pues sus ojos lucían preocupados. Era algo que él nunca antes había hecho, aun cuando lo hubiera pensado, razón por la que mi padre me había puesto al mando. No porque lo hubiera hecho bien en Mejis —aunque en realidad no fue así— ni tampoco porque fuera su hijo. Aunque, en cierto sentido, supongo que algo de ello influyó. Mi mente era como la suya: fría.

—Les contarás a los salineros que sepan de caballos que hubo un testigo de los asesinatos en el rancho. Les dirás que no puedes confiarles quién era, naturalmente, pero que vio al hombrepieles en su forma humana.

—No sabes si Bill el Joven lo vio realmente, Roland. Y aunque así fuera, podría no haberle visto la cara. Estaba escondido bajo un montón de arreos, por la gloria de tu padre.

—Es cierto, pero el hombrepieles no lo sabrá. Todo cuanto sabrá el hombrepieles es *que podría* ser cierto, porque era humano cuando abandonó el rancho.

Reemprendí la marcha, con Jamie caminando a mi lado.

—Aquí es donde Vikka entra en juego. Se separará de ti y los otros un poco y le susurrará a alguien, a otro chico de su misma edad sería lo apropiado, que el superviviente fue el hijo del cocinero. Bill Streeter de nombre.

—El muchacho acaba de perder a su padre y tú quieres usarlo como cebo.

—Es posible que no se llegue a tal extremo. Si la historia termina en los oídos adecuados, el que buscamos podría escabullirse de camino a la ciudad. Entonces lo sabrás. Y nada de esto importa si nos equivocamos en lo de que el hombrepieles es un salinero. Podría suceder, lo sabes.

—¿Y si tenemos razón y el tipo decide afrontarlo directamente?

—Traedlos a todos a la prisión. Tendré al chico en una celda con el cerrojo echado, que conste, y puedes hacer que los jinetes pasen uno por uno. Le diré a Bill el Joven que no hable, ya sea en un sentido u otro, hasta que se hayan ido. Tienes razón, aunque le ayude a recordar parte de lo sucedido la noche pasada, puede que no sea capaz de identificar a nuestro hombre. Pero este tampoco lo sabrá.

—Es arriesgado —dijo Jamie—. Peligroso para el chico.

—Es un riesgo pequeño —repliqué—. Será a la luz del día, con el hombre pieles en forma humana. Y Jamie... —Le así del brazo—. Yo también estaré en la celda. El hijo de perra tendrá que pasar por encima de mí si quiere coger al muchacho.

A Peavy le gustó mi plan más que a Jamie. No me extrañó ni un ápice. Después de todo, se trataba de su ciudad. ¿Y qué era Bill el Joven para él? Solo el hijo de un cocinero muerto, una minucia insignificante en el gran esquema de las cosas.

En cuanto la pequeña expedición a la Aldea de la Sal se puso en marcha, desperté al chico y le conté que nos íbamos a Debaria. Accedió sin hacer preguntas. Parecía distante y aturdido. De vez en cuando se frotaba los ojos con los nudillos. Cuando salimos al corral, volvió a preguntarme si estaba seguro de que su padre había muerto. Le dije que sí. Dejó escapar un fuerte suspiro, bajó la cabeza y apoyó las manos en las rodillas. Le concedí un momento y luego le pregunté si le gustaría que le ensillara un caballo.

—Si no hay problema en que monte a Millie, puedo ensillarla yo mismo. Le doy de comer, y es mi amiga especial. La gente dice que las mulas no son inteligentes, pero Millie lo es.

—Veamos si puedes hacerlo sin que te suelte una cox —le reté.

Resultó que pudo, y además con mucha destreza. Montó y dijo:

—Supongo que ya estoy listo. —Intentó incluso brindarme una sonrisa. Era horrible mirarla. Lamentaba el plan que había puesto en marcha, pero todo cuanto debía hacer era pensar en la carnicería que dejábamos detrás y el rostro desfigurado de la hermana Fortuna para recordarme a mí mismo lo mucho que estaba en juego.

—¿La alterará el viento? —pregunté, haciendo un gesto con la cabeza a la bien cuidada mula. Sentado en su lomo, los pies de Bill el Joven casi tocaban el suelo. Dentro de un año sería demasiado grande para ella, aunque, por supuesto, dentro de un año el chico se encontraría lejos de Debaria, tan solo un nómada más sobre la faz de un mundo en decadencia. Millie no sería más que un recuerdo.

—No, Millie no —aseguró—. Es resistente como un dromedario.

—Ea, ¿y qué es un dromedario?

—Bueno, no lo sé. Es algo que mi pa dice. Una vez se lo pregunté, pero tampoco lo sabía.

—Vamos, entonces —dije yo—. Cuanto antes lleguemos a la ciudad, antes nos libraremos de este polvo.

Sin embargo, tenía intención de hacer una parada antes de entrar en la ciudad. Quería enseñarle algo al muchacho mientras aún estuviéramos solos.

A mitad de camino entre el rancho y Debaria divisé el cobertizo desierto de un pastor de ovejas y sugerí que nos refugiáramos allí un rato y tomáramos un bocado. Bill Streeter accedió de buena gana. Había perdido a su padre y todas las personas que conocía, pero aún estaba en edad de crecimiento y no había comido nada desde la cena del día anterior.

Atamos nuestras monturas a cubierto del viento y nos sentamos en el suelo dentro del cobertizo, con las espaldas apoyadas contra la pared. Tenía ternera seca envuelta en hojas en mis alforjas. La carne estaba salada, pero el pellejo de agua estaba lleno. El chico se comió media docena de trozos de carne, devorándola con grandes bocados y tragándola con agua.

Una fuerte ráfaga de viento sacudió el cobertizo. Millie profirió un relinche de protesta y guardó silencio.

—Esta noche va a ser un simún total —dijo Bill el Joven—. Esperad y veréis si no.

—Me gusta el sonido del viento —comenté—. Me hace recordar una historia que mi madre me leía cuando era un infante. «El viento por la cerradura», se titulaba. ¿La conoces?

Bill el Joven negó con la cabeza.

—Señor, ¿de verdad sois un pistolero? ¿Decís verdad?

—Lo soy.

—¿Puedo coger una de las pistolas un minuto?

—Jamás en la vida —dije—, pero puedes mirar uno de estos, si quieres. —Saqué un cartucho del cinto y se lo tendí.

Lo examinó detenidamente, desde la base de latón hasta la punta de plomo.

—¡Por todos los dioses! ¡Cómo pesa! ¡Y qué largo! Seguro que si le pegas un tiro a alguien con una bala de estas, ya no se levanta.

—Sí. Una bala es algo peligroso. Pero también puede ser bonita. ¿Te gustaría ver un truco que puedo hacer con esto?

—¡Claro!

Recuperé el cartucho y empecé a hacerlo danzar de nudillo en nudillo, los dedos elevándose y cayendo cual oleaje. Bill el Joven observaba, con los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo lo hacéis?

—Del mismo modo que la gente hace cualquier otra cosa —dije yo—. Práctica.

—¿Me enseñaréis el truco?

—Si miras con atención, podrás descubrirlo tú mismo —dije yo—. Ahora está... ahora no está. —Oculté el cartucho en la palma con tal rapidez que fue como si desapareciera de repente, pensando en Susan Delgado, como supuse que haría siempre que ejecutara este truco—. Aquí está de nuevo.

El cartucho danzaba ahora rápido... ahora despacio... y rápido otra vez.

—Síguelo con la mirada, Bill, y trata de averiguar cómo lo hago desaparecer. No apartes los ojos de él. —Bajé la voz a un arrullador susurro—. Observa... y observa... y observa. ¿Tienes sueño?

—Un poco —dijo. Cerró lentamente los ojos, y entonces abrió los párpados—. Anoche no dormí mucho.

—¿No? Observa su avance. Obsérvalo con detenimiento. Mira cómo desaparece y luego... mira cómo vuelve a acelerar.

De un lado a otro se movía el cartucho. El viento soplaba, tan arrullador para mí como era mi voz para él.

—Duerme si quieres, Bill. Escucha el viento y duerme. Pero escucha también mi voz.

—Os oigo, pistolero. —Volvió a cerrar los ojos y esta vez no los reabrió. Sus manos entrelazadas cayeron flácidamente sobre el regazo—. Os oigo muy bien.

—Aún ves el cartucho, ¿no es cierto? Incluso con los ojos cerrados.

—Sí... pero ahora es más grande. Brilla como el oro.

—¿De cierto lo dices?

—Sí...

—Sumérgete más, Bill, pero oye mi voz.

—La oigo.

—Quiero que envíes tu mente de vuelta a la noche de ayer. Tu mente y tus ojos y tus oídos. ¿Lo

harás?

Frunció el ceño.

—No quiero.

—Es seguro. Ya ha pasado todo. Además, yo estoy contigo.

—Estáis conmigo. Y tenéis pistolas.

—Así es. Nada te ocurrirá mientras puedas oír mi voz, porque estamos juntos. Te mantendré a salvo. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Tu padre te mandó a dormir bajo las estrellas, ¿verdad?

—Ea. Iba a ser una noche calurosa.

—Pero esa no era la verdadera razón, ¿cierto?

—No. Fue por Elrod. Una vez revoleó la gata del barracón por la cola y ella se fue y no volvió.

A veces me coge del pelo y me arrastra de un lado a otro y canta «El chico que quería a Jenny». Mi pa no puede pararle, porque Elrod es más grande. Además, guarda un cuchillo en la bota. Puede rajarte con él, pero no pudo rajar a la bestia, claro que no. —Sus manos entrelazadas se retorcieron—. Elrod está muerto y yo me alegro. Lo siento por los demás... y por mi pa, no sé qué voy a hacer sin mi pa... pero me alegro de que Elrod esté muerto. Ya no más volverá a burlarse de mí. Ya no más volverá a asustarme. Lo vi, ea.

De modo que *sabía* más de lo que su mente superior le permitía recordar.

—Ahora estás en el pasto.

—En el pasto.

—Envuelto en tu manta y tu shinnie.

—*Shaddie*.

—Tu manta y tu shaddie. Estás despierto, puede que mirando el firmamento, la Vieja Estrella y la Vieja Madre...

—No, no. Estoy dormido, pero los gritos me despiertan —dijo Bill—. Vienen gritos del barracón, y ruidos de pelea. Las cosas se rompen. Y algo está *rugiendo*.

—¿Qué haces, Bill?

—Bajo. Tengo miedo, pero mi pa... mi pa está ahí dentro. Miro por la ventana del otro lado. Es de papel de cera, pero puedo ver a través bastante bien. Más de lo que quiero ver. Porque veo... veo... señor, ¿puedo despertarme?

—Todavía no. Recuerda que estoy contigo.

—¿Habéis desenfundado las pistolas, señor? —Temblaba.

—Sí. Para protegerte. ¿Qué ves?

—Sangre. Y una bestia.

—¿De qué clase? ¿La distingues?

—Un oso. Un oso tan alto que pega con la cabeza en el techo. Está de pie... sobre las patas traseras, en el centro del barracón... entre los catres, si te consta... y coge a los hombres... coge a los hombres y los despedaza con unas garras enormes de largas. —Las lágrimas escaparon por debajo de los párpados cerrados y se deslizaron por sus mejillas—. El último fue Elrod. Corrió hacia la puerta de atrás... donde está la leñera fuera, si te consta... y cuando comprendió que le atraparía antes de abrir la puerta y escapar, se dio media vuelta para luchar. Tenía el cuchillo. Fue a apuñalallo...

Lentamente, como emergiendo del agua, el chico levantó la mano derecha del regazo. Se curvaba en un puño. Ejecutó un movimiento de apuñalamiento.

—El oso le agarró el brazo y se lo arrancó del hombro. Elrod chilló. Parecía un caballo que vi

una vez, cuando pisó un agujero y se rompió una pata. La cosa... le pegó a Elrod en la cara con su propio brazo. La sangre salió volando. Había cartílagos que se agitaban y ondeaban alrededor de la piel como si fueran cuerdas. Elrod cayó contra la puerta y empezó a resbalar. El oso lo agarró y lo levantó y le mordió en el cuello y hubo un *ruido*... señor, le arrancó la cabeza del cuello de un mordisco. Quiero despertarme ya. *Por favor*.

—Pronto. ¿Qué hiciste entonces?

—Salí corriendo. Quería ir a la casona, pero sai Jefferson... me... me...

—¿Qué?

—*¡Me pegó un tiro!* No creo que lo hiciera adrede. Creo que me vio por el rabillo del ojo y pensó... oí la bala. *¡Wishhh!* Así de cerca pasó. Así que corrí hacia el corral. Pasé entre los postes. Mientras lo cruzaba, oí dos tiros más. Luego hubo más gritos. No miré a ver, pero sabía que esta vez el que gritaba era sai Jefferson.

Esta parte la conocíamos por las huellas y los restos: cómo la cosa había salido del barracón y embestido, cómo le había arrebatado la pistola de cuatro disparos y doblado el cañón, cómo había destripado al ranchero y le había lanzado al interior del barracón con sus proddies. El tiro que Jefferson disparó a Bill el Joven había salvado la vida al muchacho. De no ser por eso, habría corrido directamente a la casona y habría sido descuartizado junto con las mujeres Jefferson.

—Te metes en la caballeriza donde te encontramos.

—Ea, eso hago. Y me escondo bajo los arreos. Pero entonces oigo que... viene.

Había retornado a ese modo de recordar *en presente*, y sus palabras brotaban con mayor lentitud, quebradas por ataques de llanto. Sabía que le dolía, recordar sucesos terribles siempre duele, pero continué presionándole. No tenía otro remedio, pues lo que ocurrió en aquella caballeriza abandonada era lo más importante, y Bill el Joven era la única persona que estuvo allí. Por dos veces intentó regresar al modo de recordar *en pasado*, el modo del *ayer*. Esto era una señal de que estaba luchando por liberarse de su trance, así que le hundí a mayor profundidad. Al final, lo saqué todo.

El terror que había experimentado a medida que la cosa se aproximaba gruñendo y sorbiendo. La manera en que los ruidos habían cambiado, difuminados en los bufidos de un felino. En una ocasión la cosa rugió, dijo Bill el Joven, y al oírlo, dejó escapar el pis en los pantalones. No fue capaz de dominarse. Esperó a que el felino entrara en el cobertizo, consciente de que olería su escondite —por la orina—, solo que no ocurrió eso. Hubo silencio... silencio... y luego más gritos.

—Al principio son maullidos de gato, pero entonces cambian a gritos humanos. Agudos de entrada, como de una mujer, pero luego empiezan a hacerse más bajos hasta que suena como un hombre. Grita y grita. Hace que *yo* también quiera gritar. Creí...

—*Creo* —le corregí—. Crees, Bill, porque está sucediendo ahora. La diferencia es que estoy aquí para protegerte. He desenfundado mis armas.

—Creo que la cabeza se me partirá en dos. Entonces para... y entra.

—Va andando por el pasillo central hasta la otra puerta, ¿no es cierto?

Sacudió la cabeza.

—No anda. Arrastra los pies. *Se tambalea*. Como si estuviera herido. La cosa pasa a mi lado. Un *hombre*. Ahora es un *hombre*. Casi se cae, pero se agarra a la puerta de un establo y se queda de pie. Después sigue. Ahora va un poco mejor.

—¿Más fuerte?

—Ea.

—¿Le ves la cara? —Creí que ya sabía la respuesta.

—No, solo los pies, por entre los arreos. La luna está alta, y los veo muy bien.

Tal vez, pero no identificaríamos al hombrepieles por sus pies, estaba bastante seguro. Abrí la boca, preparado para sacarle de su trance, cuando volvió a hablar.

—Lleva un anillo alrededor de un tobillo.

Me incliné hacia delante, como si pudiera verme... y si se encontraba a suficiente profundidad, tal vez pudiera, aun con los ojos cerrados.

—¿Qué clase de anillo? ¿De metal, como la argolla de unas esposas?

—No sé qué es eso.

—¿Como el aro de una brida? Ya sabes, donde se sujetan las riendas.

—No, no. Como en el brazo de Elrod, pero ese es un dibujo de una mujer desnuda, y ya casi no puede distinguirse.

—Bill, ¿estás hablando de un tatuaje?

En su trance, el muchacho sonrió.

—Ea, esa es la palabra. Pero este no era un dibujo, solo un anillo azul alrededor del tobillo. Un anillo azul en su piel.

«Ya te tenemos —pensé—. Todavía no lo sabes, sai hombrepieles, pero ya te tenemos.»

—Señor, ¿puedo despertarme ya? Quiero despertarme.

—¿Hay algo más?

—¿La marca blanca? —Daba la impresión de hacerse la pregunta a sí mismo.

—¿Qué marca blanca?

Movió la cabeza de lado a lado, lentamente, y decidí dejarlo estar. El chico ya había tenido bastante.

—Ven al sonido de mi voz. Cuando vengas, dejarás atrás todo lo que sucedió la noche pasada, porque ya ha acabado. Ven, Bill. Ven ahora.

—Ya voy. —Sus ojos giraban tras los párpados cerrados.

—Estás a salvo. Todo lo que sucedió en el rancho es el ayer. ¿No es cierto?

—Sí...

—¿Dónde estamos?

—En la carretera principal a Debaria. Vamos a la ciudad. Solo he estado allí una vez. Papá me compró golosinas.

—Yo también te compraré algunas —le prometí—, pues lo has hecho bien, Joven Bill del Jefferson. Ahora, abre los ojos.

Lo hizo, pero al principio su mirada parecía atravesarme. Después sus ojos se aclararon y me dirigió una sonrisa insegura.

—Me quedé dormido.

—Sí. Y ahora será mejor que apuremos la marcha a la ciudad antes de que el viento sea más fuerte. ¿Serás capaz, Bill?

—Ea —dijo, y mientras se levantaba, añadió—: He soñado con golosinas.

Cuando llegamos a la oficina del sheriff, los dos ayudantes que no valían para mucho estaban allí, uno de ellos —un tipo gordo que llevaba un sombrero negro con una llamativa cinta de piel de serpiente— descansando holgazanamente tras el escritorio de Peavy. Posó los ojos en las pistolas que portaba y se levantó a toda prisa.

—Sois el pistolero, ¿eh? —dijo—. Bien hallado, bien hallado, nosotros dos os saludamos.

¿Dónde está el otro?

Escolté a Bill el Joven por la arcada hasta la cárcel sin responder. El chico miró las celdas con interés pero sin temor. El borracho, Sam el Salado, ya no estaba, pero su aroma persistía.

Detrás de mí, el otro ayudante preguntó:

—¿Qué creéis que estáis haciendo, joven sai?

—Mi trabajo —le contesté—. Vuelve a la oficina y tráeme las llaves de estas celdas. Y rápido, si a bien tienes.

Ninguna de las celdas pequeñas tenía colchones en los catres, de modo que llevé a Bill el Joven a la celda para borrachos y alborotadores donde Jamie y yo habíamos dormido la noche anterior. Mientras juntaba los dos camastros de paja para dar al chico un poco más de comodidad —después de todo por lo que había pasado, concluí que se merecía toda la comodidad que pudiera conseguir—, Bill miró el mapa de tiza en la pared.

—¿Qué es eso, sai?

—Nada que deba preocuparte —dije yo—. Ahora escúchame. Voy a encerrarte, pero no has de tener miedo, pues no has hecho nada malo. Es por tu propia seguridad. Hay una diligencia que debo hacer, pero cuando termine, volveré aquí contigo.

—Y os encerraréis conmigo —propuso él—. Mejor que nos encerremos los dos. Por si vuelve.

—¿Ya lo recuerdas?

—Un poco —admitió, mirando al suelo—. No era un hombre... pero luego sí. Mató a mi padre. —Se presionó los ojos con los cantos de las manos—. Pobre papá.

El ayudante del sombrero negro regresó con las llaves. El otro estaba justo detrás de él. Los dos miraban embobados al muchacho como si fuera una cabra de dos cabezas de un circo ambulante.

Cogí las llaves.

—Bien. Volved a la oficina, los dos.

—Parece que te gusta mandonear un poco, jovencito —dijo Sombrero Negro, y el otro, un hombrecillo de mandíbula prominente, asintió vigorosamente.

—He dicho que os vayáis —espeté—. Este chico necesita descanso.

Me miraron de arriba abajo y a continuación se marcharon. Que fue la opción correcta. La única opción, de hecho. Yo no estaba de humor.

El chico permaneció con los ojos tapados hasta que el sonido de sus botas se perdió por la arcada y luego bajó las manos.

—¿Lo atraparéis, sai?

—Sí.

—¿Y vais a matallo?

—¿Quieres que lo mate?

Lo meditó un momento y por fin asintió.

—Ea. Por lo que le hizo a mi pa, y a sai Jefferson, y a todos los demás. Incluso Elrod.

Cerré la puerta de la celda, encontré la llave correspondiente y la giré. El llavero me lo colgué de la muñeca, pues era demasiado grande para mi bolsillo.

—Te haré una promesa, Joven Bill —dije—. Una que juro por el nombre de mi padre. No lo mataré, pero tú estarás allí cuando se balancee de la soga, y con mi propia mano te daré el pan para que lo esparzas bajo sus pies muertos.

En la oficina, aquellos dos ayudantes mediocres me observaron con cautela y antipatía. Me era indiferente. Colgué el llavero en la alcayata junto al tin-talán y les dije:

—Volveré dentro de una hora, quizá menos. Entretanto, nadie entra en la cárcel, y eso os incluye a los dos.

—Qué prepotencia para un mancebo —comentó el de la mandíbula prominente.

—No me falléis —advertí—. No sería prudente. ¿Me habéis entendido?

Sombrero Negro asintió con la cabeza.

—Pero al sheriff le gustará oír cómo nos has tratado.

—Entonces querréis tener una boca capaz de hablar cuando vuelva —repliqué, y salí de la oficina.

El viento continuaba arreciando, lanzando nubes granulosas, polvo con sabor salado entre los edificios de falsa fachada. Tenía la calle mayor de Debaria enteramente para mí solo, a excepción de varios caballos amarrados que permanecían quietos con los cuartos traseros vueltos hacia el viento y la cabeza infelizmente gacha. No dejaría así a mi corcel —ni a Millie, la mula que el chico había montado—, así que los conduje al establo al final de la calle. Allí el mozo de cuadra se alegró de acogerlos, especialmente cuando le entregué medio nudillo de oro de las reservas que llevaba en el chaleco.

No, dijo en respuesta a mi primera pregunta, no había ningún joyero en Debaria, ni recordaba que hubiera habido uno alguna vez. Sin embargo, la respuesta a mi segunda pregunta fue afirmativa, y señaló la herrería al otro lado de la calle. El propio herrero estaba de pie en la entrada, el dobladillo de su mandil de cuero cargado de herramientas aleteando con el viento. Crucé la calle y se llevó el puño a la frente.

—*Hile.*

Le devolví el saludo y le conté lo que buscaba, lo que Vannay había dicho que podría necesitar. Escuchó atentamente y luego cogió el cartucho que le tendía. Era el mismo que había usado para hipnotizar a Bill el Joven. El herrero lo levantó hacia la luz.

—¿Cuántos granos de pólvora carga? ¿Sabríais decirlo?

Por supuesto.

—Cincuenta y siete.

—¿Tantos? ¡Dioses! ¡Es un milagro que no os explote el cañón del revólver al apretar el gatillo!

Los cartuchos de las pistolas de mi padre —las que yo algún día portaría— cargaban setenta y seis, pero no lo mencioné. Posiblemente no lo habría creído.

—¿Puedes hacer lo que te he pedido, sai?

—Creo que sí. —Reflexionó un instante y asintió—. Ea, pero no hoy. No me gusta encender la forja con viento. Una brasa perdida y podría arder la ciudad entera. No hemos tenido departamento de bomberos desde que mi padre era niño.

Saqué mi bolsa de piezas de oro y me puse dos en la palma de la mano. Lo consideré y añadí una tercera. El herrero las miró con asombro. Estaba contemplando ante sus ojos las ganancias de dos años.

—Tiene que ser hoy —demandé.

Sonrió abiertamente, exhibiendo unos dientes de increíble blancura entre el bosque de su barba pelirroja.

—Diablo tentador, ¡no te vayas lejos! Por eso que me enseñáis, me arriesgaría a reducir a cenizas la mismísima Gilead. Lo tendréis para la puesta de sol.

—Lo tendré a las tres.

—Ea, las tres es lo que quería decir. Ni un minuto más.

—Bien. Ahora, dime, ¿en qué restaurante de la ciudad se come mejor?

—Solo hay dos, y ninguno os hará recordar el pastel de pájaro de vuestra madre, pero tampoco os envenenará. El Café de Racey es probablemente el mejor.

Con eso me bastaba; pensé que un chico en edad de crecimiento como Bill Streeter apreciaría más la cantidad que la calidad. Me dirigí hacia el café, ahora luchando contra el viento. «*Esta noche va a ser un simún total*», había observado el chico, y creí que tenía razón. Había pasado por mucho, y necesitaba tiempo para descansar. Ahora que sabía lo del tatuaje en el tobillo, podría no necesitarle para nada... pero el hombrepieles no lo sabría. Y en la prisión, Bill el Joven se encontraba a salvo. Al menos, eso esperaba.

Llevé un estofado, y habría jurado que lo habían sazonado con polvos de álcali en vez de sal, pero el chico se lo comió todo y también terminó el mío cuando lo dejé a un lado. Uno de los ayudantes mediocres había preparado café, y bebimos de vasos de latón. Comimos allí mismo, en la celda, sentados en el suelo con las piernas cruzadas. Esperaba que sonara el tin-talán, pero permaneció en silencio. No me sorprendió. Aun cuando Jamie y el Sheriff Mayor tuvieran uno al alcance, el viento probablemente habría derribado los cables.

—Supongo que lo sabes todo sobre estas tormentas que llamas simún —le dije a Bill el Joven.

—Ah, sí —dijo él—. Es temporada. Los proddies las odian, y los pokies todavía más, porque si están en los llanos tienen que dormir a la intemperie. Y no pueden encender fuego de noche, claro, por las...

—Por las brasas —concluí, recordando al herrero.

—Justo. No queda nada de estofado, ¿no?

—No, pero hay una cosa más.

Le entregué una bolsita. Miró dentro y se le iluminó el rostro.

—¡Caramelos y regalices y chokolatinas! —Me alargó la bolsa—. Tenga, sírvase primero.

Cogí uno de los pastelitos de chocolate más pequeños y retiré la bolsa.

—Para ti el resto, siempre y cuando no te enferme el estómago, claro.

—¡No lo hará! —Y se zambulló en la bolsa. Me hizo bien verle así. Después de engullir dos regalices, el tercero lo mordisqueó pasándoselo de una mejilla a otra, como una ardilla con una nuez, y dijo—: Sai, ¿qué me va a pasar ahora que mi padre ha muerto?

—No lo sé, pero habrá agua si Dios quiere. —Yo ya tenía cierta idea de dónde podría hallarse esa agua. Si conseguíamos acabar con el hombrepieles, cierta dama de nombre Everlyne nos debería un gran favor, y dudaba que Bill Streeter fuera el primer niño sin hogar que acogía.

Retorné al asunto del simún.

—¿Cuánta intensidad alcanzará?

—Esta noche será un vendaval. Seguramente después de medianoche. Pero mañana a mediodía ya habrá pasado.

—¿Conoces el sitio donde viven los salineros?

—Ea, hasta subí una vez con papá, para ver las carreras que hacen a veces, y otra vez fui con

varios proddies a buscar reses extraviadas. Los salineros las recogen y pagamos con tortas de pan las que tienen la marca de Jefferson.

—Mi compañero ha ido allí con el sheriff Peavy y un par de hombres más. ¿Crees que tienen alguna posibilidad de regresar antes de que caiga la noche?

Estaba seguro de que diría que no, pero me sorprendió.

—Siendo como es todo cuesta abajo desde la Aldea de la Sal, que está a este lado de la Debaria Chica, diría que sí. Pero tendrán que cabalgar rápido.

Eso hizo que me alegrara de haber presionado al herrero para que se apresurara, aunque yo tenía la sensatez suficiente para no confiar en los cálculos de un simple muchacho.

—Escúchame, Joven Bill. Cuando vuelvan, espero que traigan con ellos a varios de los salineros. Quizá una docena, quizá veinte o más. Puede que Jamie y yo les hagamos pasar a la prisión para que los veas, pero no tienes de qué asustarte, porque la puerta de esta celda estará candada. Y tampoco tienes que decir nada, solo mirar.

—Si creéis que puedo identificar al que mató a mi pa, no puedo. Ni siquiera me acuerdo de si lo vi.

—Probablemente no necesitarás verlos —dije. Esto lo creía verdaderamente. Los haríamos pasar a la oficina del sheriff de tres en tres y les ordenaríamos que se quitaran los pantalones. Cuando encontráramos al minero con el anillo azul tatuado alrededor del tobillo, tendríamos a nuestro hombre. Aunque tampoco es que *fuera* un hombre. Ya no. En realidad no.

—¿Le apetece otro pastelito, sai? Quedan tres, pero ya no puedo más.

—Guárdalos para más tarde —dije, y me levanté.

Se le ensombreció el rostro.

—¿Volverá? No quiero quedarme aquí yo solo.

—Ea, volveré. —Salí de la celda, cerré la puerta y le arrojé las llaves por entre los barrotes—. Déjame entrar a mi regreso.

El ayudante gordo del sombrero negro se llamaba Strother. El de mandíbula prominente era Pickens. Me miraron con precaución y desconfianza, cosa que consideré una buena combinación viniendo de los de su calaña. Sabía manejar la precaución y la desconfianza.

—Si os preguntara sobre un hombre con un anillo azul tatuado en el tobillo, ¿significaría algo para vosotros?

Intercambiaron una mirada y entonces Sombrero Negro, Strother, dijo:

—La empalizada.

—¿De qué empalizada hablas? —No me gustó cómo sonaba.

—La Empalizada de Beelie —dijo Pickens, mirándome como si yo fuera el más completo idiota de todos los idiotas—. ¿No sabéis de ella? ¿Y sois un pistolero?

—El pueblo de Beelie está al oeste de aquí, ¿no es cierto? —pregunté.

—Estaba —corrigió Strother—. Ahora es el pueblo fantasma de Beelie. Los devastadores lo arrasaron hace cinco años. Algunos dicen que fueron hombres de Farson, pero yo no me lo creo. Imposible. Fueron forajidos de los de toda la vida. Antes había una avanzada de la milicia, en aquellos días cuando *había* una milicia, y la Empalizada de Beelie era su base de operaciones. Era donde el juez del distrito enviaba a los ladrones y a los asesinos y a los tramposos.

—También a las brujas y a los hechiceros —se ofreció Pickens a añadir. Lucía el rostro de un

hombre que está recordando los viejos tiempos, cuando los trenes circulaban puntualmente y el tinalán sin duda sonaba más a menudo y las llamadas procedían de muchos más lugares—. Practicantes de las artes oscuras.

—Una vez cogieron a un caníbal —dijo Strother—. Se comió a la parienta. —Esto provocó que soltara una risita tonta, aunque no sabría decir cuál fue la causa, si la relación con la víctima o el acto en sí.

—Lo colgaron, al tipo ese —dijo Pickens. Mordió un trozo de estofado y puso a trabajar su peculiar mandíbula. Aún tenía el aspecto de un hombre recordando un pasado mejor, más halagüeño—. Había un montón de ahorcamientos en la Empalizada de Beelie por aquel entonces. Yo fui con mis padres a ver unos cuantos. Mi madre siempre metía el almuerzo en una cesta. —Asintió con la cabeza, lenta y reflexivamente—. Ea, los había a carretadas. Las gentes venían de todas partes. Había puestos y tipos listos haciendo cosas de listos como juegos malabares. A veces había peleas de perros en un foso, pero está claro que el espectáculo principal era el ahorcamiento. —Rió entre dientes—. Recuerdo a un tipo que se puso a bailar el commala cuando la soga no le rompió el...

—¿Qué relación tiene eso con los tatuajes azules en el tobillo?

—Ah, sí —dijo Strother, atraída de nuevo su atención al tema inicial—. Cualquiera que haya pasado tiempo en Beelie lleva uno, ¿vale? Aunque me he desacordado de si era como castigo o solo para identificar a los que se escaparan de las cuadrillas de trabajo. Todo eso terminó hace diez años, cuando cerraron la empalizada. Por eso los devastadores fueron capaces de abrirse paso hasta el pueblo, ¿sabéis? Porque la milicia se marchó y cerraron la empalizada. Ahora nos toca lidiar a nosotros solos con las manzanas podridas y toda la chusma. —Me estudió detenidamente con suma insolencia—. En estos tiempos no recibimos mucha ayuda de Gilead. Na. Hay más probabilidades de que la recibamos de John Farson, y algunos serían partidarios de enviar un comité de garla para pedírsela. —Tal vez percibió algo en mis ojos, porque se sentó más erguido en su silla y añadió—: Yo no, por supuesto. Jamás. Creo en la ley y en el Linaje del Eld.

—Igual que todos —dijo Pickens, asintiendo con la cabeza vigorosamente.

—¿Te atreverías a aventurar si alguno de los mineros de sal pasó tiempo en la Empalizada de Beelie antes de que la desmantelaran? —pregunté.

Strother pareció meditarlo un instante y al final respondió:

—Bueno, seguramente serán unos cuantos. Diría que cuatro de cada diez, como mucho.

En años venideros aprendí a controlar mi semblante, pero estos eran tiempos tempranos. El ayudante debió de percibir mi consternación, y eso ocasionó que sonriera. Dudo que él llegara a saber lo cerca que estuvo aquella sonrisa de acarrearle sufrimiento. Yo había pasado dos días complicados, y el chico pesaba enormemente sobre mi conciencia.

—¿Quién pensabais que aceptaría un trabajo para extraer bloques de sal de un miserable agujero en la tierra por unos peniques de paga? —preguntó Strother—. ¿Ciudadanos modelo?

Parecía que Bill el Joven tendría que echar una ojeada a los salineros, después de todo. No había más remedio que confiar en que el tipo que buscábamos no supiera que el tatuaje era la única parte de su cuerpo que el chico había visto.

Cuando regresé a la celda, encontré a Bill el Joven tumbado en los camastros y pensé que se había echado a dormir, pero se irguió al oír el ruido de mis pasos. Tenía los ojos rojos, las mejillas mojadas. No dormía, pues, sino que exteriorizaba su duelo. Entré, me senté a su lado y le pasé un

brazo alrededor de los hombros. En mí, tales muestras de empatía no surgían de forma natural; sé lo que es el consuelo, también la compasión, pero nunca he sido demasiado bueno cuando se trata de otorgarlo. Sin embargo, sí sabía lo que era perder a un progenitor. El joven Bill y el joven Roland tenían eso en común.

—¿Te has acabado las golosinas? —pregunté.

—No quiero más —respondió él, y lanzó un suspiro.

En el exterior, el viento tronó con fuerza suficiente para sacudir el edificio; seguidamente, amainó.

—Odio ese ruido —declaró el chico, justo lo mismo que había dicho Jamie DeCurry. Me hizo esbozar una sonrisita—. Y odio estar aquí. Es como si *yo* hubiera hecho algo malo.

—No es así —dije yo.

—Puede que no, pero ya me parece como si llevara aquí toda la vida. Encerrado. Y si no vuelven antes del anochecer, tendré que quedarme más tiempo, ¿no?

—Yo te haré compañía —le dije—. Si esos ayudantes tienen una baraja de cartas, podremos jugar a Salta la Jota.

—Eso es para bebés —replicó él, malhumorado.

—Entonces a Miradme o al póquer. ¿Sabes jugar?

Negó con la cabeza y se restregó las mejillas. Las lágrimas volvían a fluir.

—Te enseñaré. Jugaremos con cerillas.

—Preferiría oír la historia que dijisteis cuando paramos en el cobertizo del pastor. No me acuerdo del título.

—«El viento por la cerradura» —le recordé—. Pero es larga, Bill.

—Tenemos tiempo, ¿no?

No pude discutirlo.

—Algunas partes dan un poco de miedo. Eso está bien para niños cual yo mismo de pequeño, que las escuchaba sentado en la cama con mi madre al lado, pero después de todo lo que has sufrido...

—Da igual —repuso él—. Las historias tienen la habilidad de llevarse a uno lejos. O sea, si son buenas. ¿Esta es buena?

—Sí. Al menos, así la he considerado siempre.

—Entonces cuéntemela. —Esbozó una sonrisita—. Hasta vos dejaré dos de las tres últimas chocos.

—Esas son para ti, pero podría liarme un cigarro. —Medité cómo empezar—. ¿Conoces aquellos cuentos que comienzan con «Erase una vez, mucho antes de que el abuelo de tu abuelo naciera»?

—Todos empiezan de esa forma. Por lo menos los que me contaba papá antes de decirme que ya era muy mayor para cuentos.

—Una persona nunca es demasiado vieja para nutrirse de historias, Bill. Hombre y niño, niña y mujer, nunca somos demasiado viejos. Por ellas vivimos.

—¿De veras?

—Sí, así lo creo.

Saqué el tabaco y el papel. Lié un cigarro lentamente, pues en aquellos días era una habilidad todavía nueva para mí. Cuando estuvo a mi gusto —con la punta reducida al ancho de un alfiler— encendí una cerilla en la pared. Bill se sentó con las piernas cruzadas en los camastros de paja. Sacó una de las chocos, la enrolló entre los dedos de modo muy similar a como yo había liado el cigarro, y

luego se la embutió entera en la boca.

Empecé a hablar lenta y torpemente, pues la narración era otra cualidad que no me surgía de forma natural en aquellos días... aunque fue algo que aprendí a dominar con el tiempo. Era mi obligación. Es obligación de todo pistolero. Y a medida que avanzaba, adquirí mayor soltura y naturalidad. Porque oía la voz de mi madre. Comenzó a hablar a través de mi propia boca: cada entonación, cada acento, cada pausa.

Advertí que el chico se sumergía en la historia, lo cual me complació; era como volver a hipnotizarle, pero de una mejor manera. Una manera más honesta. Lo mejor, sin embargo, fue oír la voz de mi madre. Era como tenerla de nuevo a mi lado, emergiendo desde lo más hondo de mí. Dolía, por supuesto, pero por lo general las mejores cosas lo hacen, según he descubierto. Uno no creería que fuera así, pero, como se solía decir antaño, el mundo está inclinado y hay un final para él.

—Érase una vez, mucho antes de que el abuelo de tu abuelo naciera, en los lindes de una selva inexplorada que se conocía como el Bosque Interminable, vivía un niño llamado Tim con su madre, Nell, y su padre, Ross el Grande. Por un tiempo vivieron felices, aunque poseían muy poco...

EL VIENTO POR LA CERRADURA

Érase una vez, mucho antes de que el abuelo de tu abuelo naciera, en los lindes de una selva inexplorada que se conocía con el nombre de Bosque Interminable, vivía un niño llamado Tim con su madre, Nell, y su padre, Ross el Grande. Por un tiempo vivieron felices, aunque poseían muy poco.

—Solo tengo cuatro cosas que legarte —le decía Ross el Grande a su hijo—, pero cuatro son suficientes. ¿Sabes cuáles son, muchachito?

Tim se las había dicho muchas, muchas veces, pero nunca se cansaba.

—Vuestro hacha, vuestra moneda de la suerte, vuestro terruño y vuestra casa, que es tan buena como el palacio de cualquier rey o pistolero de Mundo Medio. —Hacía entonces una pausa, y a continuación añadía—: Y mamá. Son cinco.

Ross el Grande se reía y besaba en la frente a su hijo, que ya estaría acostado en la cama, pues este catequismo generalmente tenía lugar al final del día. A sus espaldas, en el vano de la puerta, Nell aguardaba su turno para plantar un beso sobre el de su marido.

—Ea —replicaba Ross el Grande—. Jamás debemos olvidarnos de mamá, pues sin ella, nada tiene valor.

Así era como Tim se iba a dormir, sabedor de que era amado, y sabedor de que tenía un lugar en el mundo, y escuchando al viento nocturno deslizar su extraño aliento sobre la cabaña: dulce por el aroma de la fustaflores al borde del Bosque Interminable, y vagamente agrio —pero aun así agradable— por el olor de los árboles de fustafierro en lo más hondo, donde solo los hombres más valientes osaban adentrarse.

Aquellos fueron años felices, pero como sabemos —por los relatos y por la vida—, los años felices nunca duran mucho.

Un día, cuando Tim tenía once años, Ross el Grande y su compañero, Kells el Grande, condujeron sus carretas por la Calzada Mayor hasta donde la Ruta del Fustafierro se internaba en el bosque, igual que hacían todas las mañanas salvo la séptima, cuando todos en Arbolvilla descansaban. En aquel día, sin embargo, solo Kells el Grande regresó. Tenía la piel hollinada y chamuscado el chaleco. Había un agujero en la pernera izquierda de sus pantalones tejidos a mano. Burbujas de carne roja asomaban a través. Venía medio desplomado en el pescante, como si careciera de fuerza suficiente para sentarse derecho.

Nell Ross salió a la puerta de su casa y gritó:

—¿Dónde está Ross el Grande? ¿Dónde está mi esposo?

Kells el Grande movió la cabeza de lado a lado con lentitud. El tamiz de su cabello filtró nubes de ceniza sobre sus hombros. Pronunció una única palabra, pero una fue suficiente para licuar las rodillas de Tim. Su madre empezó a chillar.

La palabra era «dragón».

Ninguna persona viva hoy en día ha visto jamás nada igual al Bosque Interminable, pues el mundo se ha movido. Era un lugar oscuro y lleno de peligros. Los leñadores de Arbolvilla, aun cuando lo

sabían mejor que nadie en Mundo Medio, nada conocían de lo que vivía o crecía diez ruedas más allá del punto donde la arboleda de fustaflores terminaba y el bosque de fustafellos —aquellos altos y siniestros centinelas— empezaba. Las grandes profundidades constituían un misterio plagado de plantas extrañas, animales aún más extraños, ciénagas pestilentes y —así se decía— restos del Pueblo Antiguo que a menudo eran mortíferos.

Las gentes de Arbolvilla temían al Bosque Interminable, y con razón; Ross el Grande no era el primer leñador que recorría la Ruta del Fustafello y no regresaba. Así y todo, también lo amaban, pues era el fustafello lo que daba de comer y vestía a sus familias. Comprendían (aunque nadie lo habría expresado en voz alta) que el bosque estaba vivo. Y, como todos los seres vivientes, necesitaba alimentarse.

Imagina que eres un ave que sobrevuela aquella extensión de tierra virgen. Desde el cielo podría asemejarse a un vestido gigante de un verde tan oscuro que prácticamente se confundiría con el negro. Recorriendo los bajos del vestido había un dobladillo de verde más claro, que correspondía a los brotes de fustaflores. Inmediatamente debajo, en la frontera más remota de la Baronía del Norte, se ubicaba Arbolvilla, la última población en lo que era entonces un país civilizado. En cierta ocasión, Tim le preguntó a su padre sobre el significado de *civilizado*.

—Tributos —respondió Ross el Grande, y rió—, pero no en el sentido divertido.

La mayoría de los leñadores no iban más allá del bosque de fustaflores. Incluso allí existía la posibilidad de que surgieran peligros repentinos. Las serpientes eran el peor de ellos, pero también había roedores venenosos llamados wervels que tenían el tamaño de perros. Muchos hombres habíanse extraviado en la floresta a lo largo de los años, pero en conjunto, la fustaflores valía el riesgo. Era una preciosa madera de grano fino, dorada en color y casi lo bastante ligera para flotar en el aire. Con ella se fabricaban buenas embarcaciones para ríos y lagos, pero no servía para viajar por mar; hasta una tempestad de fuerza moderada destrozaría un bote construido con fustaflores.

Para las travesías marinas se prefería el fustafello, madera por la que pagaba un alto precio Hodiak, el comprador de la baronía que visitaba dos veces al año el aserradero de Arbolvilla. Era el fustafello lo que confería al Bosque Interminable aquel matiz verde oscuro, mas solo los leñadores más valientes se atrevían a ir en su busca, pues existían peligros por toda la Ruta del Fustafello —que apenas perforaba la piel del Bosque Interminable, recuerda— que en comparación hacían que las serpientes, los wervels y las abejas mutadas de la arboleda de fustaflores parecieran benévolas.

Dragones, por ejemplo.

Así aconteció que, en su undécimo año, Tim Ross perdió a su padre. Adiós al hacha y a la moneda de la suerte en la cadena de plata fina que colgara del robusto cuello de Ross el Grande. Pronto podría también despedirse del terruño en el pueblo y de tener un lugar en el mundo, pues aquellos días, cuando se aproximaba la estación de la Tierra Ancha, traían consigo al Covenante de la Baronía. Siempre venía con un pergamino donde estaba escrito el nombre de todas las familias de Arbolvilla junto a un número, que indicaba la cantidad del tributo. Si podías pagarla —cuatro o seis u ocho piezas de plata, o hasta una de oro para las propiedades más grandes—, todo iba bien. Si no, la Baronía confiscaba tu terruño y eras expulsado de tus tierras. Inapelablemente.

Tim asistía media jornada a la cabaña de la Viuda Smack, que llevaba la escuela y recibía comida como pago, generalmente verduras, a veces un poco de carne. Tiempo atrás, antes de que las pústulas sanguinolentas la hubieran infectado y devorado media cara (así cuchicheaban los niños,

aunque en realidad ninguno lo había visto), fue una dama importante en lejanas haciendas de la baronía (o así declaraban los padres de los niños, aunque en realidad ninguno lo sabía con certeza). Ahora llevaba un velo y enseñaba a los chicos más idóneos, e incluso a algunas chicas, a leer y a practicar el ligeramente cuestionable arte conocido como *matimática*.

Era una mujer tremendamente inteligente que no toleraba las necesidades, y la mayor parte del tiempo mostrábase infatigable. Sus alumnos casi siempre llegaban a quererla a pesar de los horrores que imaginaban que podría esconder el velo. Sin embargo, en ocasiones se ponía a temblar de arriba abajo, y gritaba que le iba a estallar la cabeza y que debía tumbarse. En esos días enviaba a los niños a casa, a veces ordenándoles que contaran a sus padres que de nada se arrepentía, y mucho menos de su hermoso príncipe.

Sai Smack sufrió una de sus fugas aproximadamente un mes después de que el dragón redujera a cenizas a Ross el Grande, y cuando Tim regresó a su cabaña, que se llamaba Buenavista, miró por la ventana de la cocina y vio a su madre sollozando con la cabeza apoyada en la mesa.

Soltó la pizarra donde había anotado sus problemas de *matimática* (divisiones largas, que al principio había temido pero que resultaron ser meras multiplicaciones hacia atrás) y corrió a su lado. Ella alzó la vista y trató de sonreír. El contraste entre sus labios curvados hacia arriba y los ojos llorosos provocaron en Tim deseos de llorar. Tenía el aspecto de una mujer al límite de su aguante.

—¿Qué ocurre, madre? ¿Algo va mal?

—Estaba pensando en tu padre. A veces le echo mucho de menos. ¿Por qué has llegado a casa tan temprano?

El niño empezó a contárselo, pero se detuvo cuando vio la bolsita de cuero fruncida con cordel. Ella había puesto los brazos encima, como para ocultársela, y cuando le vio mirando, la trasladó de la mesa a su regazo.

Ahora bien, Tim no era ni mucho menos un niño estúpido, de modo que preparó café antes de decir nada más. Cuando su madre hubo bebido un poco —él insistió en que lo tomara con azúcar, pese a que apenas quedaba suficiente en el tarro— y se hubo calmado, le preguntó qué más iba mal.

—No sé a qué te refieres.

—¿Por qué estaba contando nuestro dinero?

—Lo poco que hay para contar —dijo ella—. El Señor del Pacto estará aquí en cuanto haya pasado la Feria de la Siega, ea, y mientras los rescoldos de la hoguera sigan humeando, como si no conociera su forma de actuar, y entonces, ¿qué? Este año querrá seis piezas de oro, tal vez ocho, pues los tributos han subido, eso dicen, seguramente por otra de sus estúpidas guerras en algún sitio lejos de aquí, para mantener a los soldados y sus banderas ondeando, ea, muy bonito.

—¿Cuánto tenemos?

—Cuatro nudillos y una raspa de otro. No tenemos ganado para vender, ni un mísero leño de fustafarro desde que tu padre murió. ¿Qué vamos a hacer? —Empezó a llorar de nuevo—. ¿Qué vamos a *hacer*?

Tim estaba tan asustado como ella, pero como no había hombre alguno para consolarla, reprimió sus propias lágrimas y la rodeó con los brazos y la tranquilizó lo mejor que pudo.

—Si tuviéramos su hacha y su moneda, se las vendería a Destry —dijo ella por fin.

Tim se horrorizó incluso a pesar de que el hacha y la moneda de la suerte habían desaparecido, quemadas en la misma fiera explosión que habíase llevado a su alegre y bondadoso dueño.

—¡Jamás se le ocurriría, madre!

—Ea, lo haría. Para mantener el terruño y la casa, lo haría. Esas eran las cosas que verdaderamente le importaban, y tú, y yo. De poder hablar, diría: «Hazlo, Nell, y de buen ánimo»,

pues Destry tiene su buen dinero. —Suspiró—. Pero después el viejo Covenant de la Baronía volvería el año que viene... y luego el año siguiente... —Se cubrió el rostro con las manos—. Oh, Tim, nos echarán de nuestra tierra y no se me ocurre ni una sola idea para evitarlo. ¿Y a ti?

Tim habría dado todo lo que poseía (que no era mucho) por ser capaz de darle una respuesta, pero no pudo. Solo pudo preguntar cuándo tiempo faltaba hasta que el recaudador apareciera en Arbolvilla a lomos de su alto caballo negro, sentado a horcajadas en una silla que valía más de lo que Ross el Grande había ganado en veinticinco años arriesgando la vida en aquella estrecha vereda conocida como la Ruta del Fustafarro.

Ella levantó cuatro dedos.

—Tantas semanas como estas si el tiempo acompaña. —Levantó otros cuatro—. Estas si hace un tiempo de perros y queda retenido en los pueblos agrícolas de las Centrales. Ocho es lo máximo que podemos esperar, creo. Y después...

—Sucederá algo antes de que llegue —dijo Tim—. Papá siempre decía que el bosque provee a aquellos que lo aman.

—Lo único que le he visto hacer desde siempre ha sido llevarse —dijo Nell, y volvió a cubrirse el rostro. Cuando el chico intentó rodearla con el brazo, ella lo rechazó con la cabeza.

Tim salió penosamente a recoger su pizarra. Jamás había sentido tan triste y asustado. «Sucederá algo para cambiar esta situación —pensó—. Por favor, que suceda algo para cambiar la situación.»

Lo peor de los deseos es que a veces se hacen realidad.

La Tierra Llena en Arbolvilla fue generosa aquel año; hasta Nell lo sabía, aunque los campos maduros eran amargos a sus ojos. El próximo año ella y Tim podrían estar siguiendo los cultivos con morrales de arpillera a la espalda, cada vez más y más lejos del Bosque Interminable, y así la belleza del verano le resultaba difícil de admirar. El bosque era un lugar terrible, y había llevado a su hombre, pero era el único lugar que había conocido. De noche, cuando el viento soplaba desde el norte, se colaba a hurtadillas en su cama por la ventana abierta, como un amante, y traía su particular aroma, amargo y al mismo tiempo dulce, como sangre y bayas. A veces, cuando dormía, soñaba con sus profundas laderas y sus secretos corredores, y con un sol tan difuso que brillaba cual metal verde.

«El olor del bosque trae visiones con el viento del norte», decían las yentes mayores. Nell no sabía si era cierto o simplemente tratábase de un cuento de chimenea, pero sabía que el Bosque Interminable olía a vida además de a muerte. Y sabía que Tim lo amaba del mismo modo que había hecho su padre. Igual que ella misma (aunque a menudo contra su voluntad).

Había temido en secreto el día en que el niño creciera y adquiriera la fuerza suficiente para transitar por esa peligrosa senda con su padre, pero ahora se descubrió lamentando que tal día nunca llegaría. La *matimática* de Sai Smack estaba muy bien, pero Nell conocía el verdadero anhelo de su hijo y odiaba al dragón que le robó su sueño. Probablemente hubiera sido una hembra que se limitó a proteger sus huevos, pero Nell la odiaba de todos modos. Esperaba que esa perra de ojos amarillos se tragara su propio fuego, como las antiguas historias aseguraban que a veces hacían, y explotara.

Un día, no mucho después de que Tim llegara a casa temprano y la encontrara hundida en lágrimas,

Kells el Grande vino buscando a Nell. Tim había conseguido un trabajo de dos semanas ayudando al granjero Destry a segar el heno y, por tanto, ella se encontraba a solas, escardando el huerto de rodillas. Al divisar al amigo y compañero de su difunto marido, se puso en pie y se limpió las manos sucias en el delantal de arpillera que ella llamaba su *yugoken*.

Un único vistazo a las manos limpias y la barba cuidadosamente arreglada del hombre bastó para revelar el motivo de su visita. Mucho tiempo atrás, de niños, Nell Robertson, Jack Ross y Bern Kells habían sido grandes amigos. «Retoños de diferentes carnadas», decían a veces las gentes del pueblo cuando los veían a los tres juntos; en aquellos días eran inseparables.

Cuando crecieron y dejaron atrás la adolescencia, los dos muchachos se prendaron de ella, y mientras que Nell los quería a ambos, era Ross el Grande por quien su corazón ardía, fue Ross el Grande con quien se casó y compartió cama (aunque si en ese orden, nadie lo sabía, ni importaba realmente). Kells el Grande lo había aceptado como el mejor de los hombres. Estuvo al lado de Ross en la boda, y los rodeó con la seda en su marcha una vez que el predicador terminó. Cuando Kells se la quitó en la puerta (aunque nunca llegó *realmente* a desprenderse, o eso dicen), los besó a ambos y les deseó una vida de largos días y placenteras noches.

La tarde en que Kells se le aproximó en el huerto era calurosa, pero Kells iba vestido con una chaqueta de velarte. Del bolsillo sacó un trozo flojamente anudado de cinta de seda, tal y como ella sabía que haría. Una mujer siempre lo sabe. Aunque esté casada desde hace tiempo, una mujer siempre lo sabe, y el corazón de Kells nunca había cambiado.

—¿Me aceptarás? —preguntó él—. Si así fuere, venderé mi casa a Destry el Viejo; la quiere, pues colinda con su campo del este, y conservaremos esta. Viene el Señor del Pacto, Nellie, y viene alargando la mano. Sin un hombre, ¿cómo lo satisfacerás?

—No puedo, como bien sabes —dijo ella.

—Entonces, dime: ¿compartirás la cinta?

Nell se limpió las manos nerviosamente en el *yugoken*, aunque ya estaban tan limpias como lo estarían sin el agua del arroyo.

—Yo... necesito tiempo para pensarlo.

—¿Qué hay que pensar? —Sacó su pañuelo, pulcramente doblado en el bolsillo en lugar de llevarlo atado con soltura alrededor del cuello, según el estilo de los leñadores, y se enjugó la frente—. O es sí y continuamos en Arbolvilla como siempre hemos hecho (le buscaré al chico faena en la que trabajar para que pueda ganar un poco de dinero, puesto que es demasiado pequeño para los bosques), o es no y los dos abandonaréis el territorio. Yo puedo compartir, pero no puedo dar, por mucho que me gustaría. Solo tengo una casa para vender, ¿o no te consta?

«Está intentando comprarme para llenar el lado de la cama que Millicent dejó vacío», pensó. Sin embargo, parecía un pensamiento indigno para un hombre que conocía desde mucho antes de que fuera un hombre y que había trabajado durante años al lado de su amado esposo en las oscuras y peligrosas arboledas cercanas al final de la Ruta del Fustafarro. «Uno para vigilar y otro para trabajar —decían los ancianos—. Siempre juntos, nunca alejados.» Ahora que Jack Ross habíase ido, Bern Kells le pedía que se uniera a él. Era natural.

Aun así, dudaba.

—Ven mañana a la misma hora si no cambias de idea —le dijo Nell—. Te daré una respuesta entonces.

No le gustó; ella notó que no le había gustado; notó algo en sus ojos que en ocasiones había vislumbrado cuando era una niña inocente iluminada por dos apuestos muchachos y la envidia de todas sus amigas. Esa mirada era la causa de su vacilación, aun cuando habíase presentado como un

ángel, ofreciéndole a ella —y a Tim, por supuesto—, una salida al terrible dilema ocasionado por la muerte de Ross el Grande.

Tal vez el hombre percatóse de ello, pues bajó la vista. Se estudió los pies un instante, y cuando volvió a alzar la mirada, sonreía. Eso le hizo parecer casi tan guapo como había sido de joven... pero no tanto como Jack Ross.

—Mañana, entonces. Pero no más. Tienen un dicho en el Oeste, querida: «No mires demasiado aquello que se te ofrece, pues todos los tesoros poseen alas y quizá alcen el vuelo».

Se lavó a la orilla del arroyo y permaneció allí un tiempo oliendo el agridulce aroma del bosque. Finalmente, entró en la cabaña y se acostó en la cama. Era algo insólito que Nell Ross se tumbara mientras el sol seguía en el cielo, pero tenía mucho en lo que pensar y mucho que recordar de aquellos días cuando dos jóvenes leñadores se habían disputado sus besos.

Aunque su corazón hubiera elegido a Bern Kells (que en aquellos días aún no era Kells el Grande, a pesar de que su padre había muerto en los bosques a manos de un vurt o alguna otra pesadilla similar) en lugar de a Jack Ross, no estaba segura de si se habría enlazado a él. Kells era jovial y risueño cuando estaba sobrio, y tan templado como arena en un cristal, pero se enfurecía y soltaba los puños con facilidad cuando estaba ebrio. Y, en aquellos días, bebía a menudo. Sus borracheras crecieron en duración y frecuencia tras la boda de Ross y Nell, y en numerosas ocasiones despertó en el calabozo.

Jack lo soportó por una temporada, pero tras una borrachera durante la cual Kells había destrozado la mayor parte del mobiliario del *saloon* antes de caer inconsciente, Nell le dijo a su esposo que algo debía hacerse. Ross el Grande accedió con renuencia. Sacó a su viejo amigo y socio de la cárcel —como hiciera muchas otras veces—, y decidió hablarle con franqueza en lugar de decirle que se metiera en el arroyo y se quedara allí hasta que se le despejara la cabeza.

—Escúchame, Bern, y aguza las orejas. Has sido mi amigo desde que empecé a gatear, y mi socio desde que tuvimos edad suficiente para ir más allá de la floresta a buscar fustafarro nosotros solos. Tú me has guardado la espalda y yo he guardado la tuya. No existe hombre en quien más confíe cuando estás sobrio, pero en cuanto viertes whisky barato por el gaznate, no eres más fiable que el lodo movedizo. No puedo entrar yo solo en el bosque, y todo lo que poseo, todo lo que *poseemos*, corre peligro si no puedo contar contigo. Detestaría tener que buscarme un nuevo compañero, pero quedas avisado: tengo una esposa y un crío en camino, y haré lo que tenga que hacer.

Kells continuó bebiendo, peleándose y alcahueteando durante unos meses, como si pretendiera mortificar a su viejo amigo (y a la nueva esposa de su viejo amigo). Ross el Grande estaba a punto de romper su sociedad cuando sucedió el milagro. Fue un milagro pequeño, poco más de metro y medio desde los pies hasta la coronilla, y se llamaba Millicent Redhouse. Lo que Bern Kells no hizo por Ross el Grande, lo hizo por Milly. Cuando al cabo de seis estaciones murió al dar a luz (y el bebé poco después, antes incluso de que el sofoco del parto hubiérase desvanecido de las mejillas inertes de la pobre mujer, le confió la comadrona a Nell), la negrura se abatió sobre Ross.

—Ahora regresará a la bebida. Saben los dioses qué será de él.

Pero Kells el Grande se mantuvo sobrio, y si los negocios le llevaban casualmente a las cercanías del Saloon de Gitty, cruzaba la calle. Dijo que esa había sido la última petición de Milly, y no cumplirla significaría un insulto a su memoria.

—Moriría antes que tomar un trago —decía.

Había mantenido su promesa... pero, a veces, Nell sentía sus ojos posados en ella. A menudo, incluso. Jamás la había tocado de un modo que pudiera calificarse de íntimo, ni atrevido jamás a robarle siquiera un beso en la Feria de la Siega, pero sentía sus ojos. La miraba no como un hombre mira a un amigo, o a la esposa de un amigo, sino como un hombre mira a una mujer.

Tim llegó a casa una hora antes de la puesta de sol. El heno revestía cada partícula visible de su piel sudorosa, pero veíasele contento. Destry el granjero le había pagado en vales para el almacén del pueblo, una suma generosa, y su señora había añadido un saco de pimientos dulces y tomates híbridos. Nell cogió el vale y el saco, se lo agradeció y le dio un beso. Le recompensó con un popkin bien repleto y lo mandó a bañarse al manantial.

Delante de él, mientras se hallaba sumergido en la fría agua, veía extenderse ensoñadores campos arropados por bancos de niebla hacia las Baronías Interiores y la misma Gilead. A su izquierda descollaba el bosque, que empezaba a menos de una rueda de distancia. En su interior todo era penumbra incluso a mediodía, le había contado su padre. Al pensar en él, su felicidad por haber recibido la paga de un hombre (o casi) por una jornada de trabajo se escurrió como el grano de un saco que tuviera un agujero. Tal aflicción le invadía a menudo, pero siempre le cogía por sorpresa. Se sentó un momento en una roca grande, con las rodillas dobladas contra el pecho y la cabeza acunada en los brazos. Que un dragón se lo hubiera llevado tan cerca de la linde del bosque era inusual y terriblemente injusto, pero ya había sucedido antes. Su padre no era el primero ni sería el último.

La voz de su madre le llegó flotando sobre los campos, llamándole para que regresara y tomara una cena de verdad. Tim contestó jovialmente a su llamada y se arrodilló en la roca para rociarse los ojos con agua. Los sentía hinchados, pese a no haber derramado lágrimas. Se vistió con celeridad y subió la ladera al trote. Su madre había encendido las lámparas, pues el crepúsculo ya se cernía, y proyectaban largos rectángulos de luz sobre el bien cuidado huerto. Cansado pero recobrada su alegría (pues los niños viran como veletas, cierto es), Tim entró corriendo en el acogedor resplandor del hogar.

Cuando terminaron de cenar, y después de recoger los escasos platos entre los dos, Nell anunció:

—Me gustaría hablarte de madre a hijo, Tim... y un poco más. Ya tienes edad para hacer algunos trabajos, pronto dejarás atrás tu infancia, antes de lo que yo quisiera, y mereces tener voz en esta situación.

—¿Es por el Covenante, mamá?

—En cierto sentido, pero... creo que es un poco más complicado. —Estuvo cerca de decir «me temo» en lugar de «creo», pero ¿por qué? Había una decisión difícil que debía tomarse, una decisión importante, pero ¿qué había que temer?

Abrió el camino hasta la salita —tan acogedora que Ross el Grande casi había sido capaz de tocar las paredes opuestas cuando se plantaba en el centro con los brazos extendidos— y allí, sentados ante el frío lar (pues se trataba de una calurosa noche de Tierra Llena), le contó todo cuanto había pasado entre Kells el Grande y ella. Tim escuchó con asombro y creciente inquietud.

—Y bien —dijo Nell para concluir—, ¿qué opinas? —Sin embargo, antes de que el chico pudiera contestar (tal vez percibiera en su rostro la preocupación que ella misma sentía en su propio

corazón), se apresuró a añadir—: Es un hombre bueno, y para tu padre era más un hermano que un compañero. Creo que se preocupa por mí, y también por ti.

«No —pensó Tim—. Lo que pasa es que vengo en las mismas alforjas. Nunca me ha mirado a no ser que estuviera por casualidad con papá. O contigo.»

—Madre, no lo sé. —La idea de Kells el Grande en la casa, acostado al lado de su madre, ocupando el lugar de su padre, le revolvió un poco el estómago, como si no hubiera digerido bien la cena. En verdad, ya nunca le sentaba bien.

—Ha dejado la bebida —dijo ella. Ahora daba la impresión de que hablaba más consigo misma—. Ya hace años. Puede que de joven fuera un poco alocado, pero tu padre lo amansó. Y Millicent, por supuesto.

—Quizá, pero ninguno de los dos está aquí ya —apuntó Tim—. Y, madre, todavía no ha encontrado un nuevo compañero. Va a cortar fustafarro él solo, y eso es correr un riesgo de muerte.

—Aún es pronto —replicó ella—. Encontrará a alguien con quien asociarse, pues es un hombre fuerte y sabe dónde hallar los mejores árboles. Tu padre le enseñó a hacerlo cuando ambos eran principiantes, y tienen buenas estacadas cerca del sitio donde acaba la senda.

Tim lo sabía de cierto, pero no estaba tan seguro de que Kells encontrara un nuevo socio. Creía que los demás leñadores se mantenían alejados de él. Parecían hacerlo sin ser conscientes de ello, del mismo modo en que un leñador avezado rodearía un arbusto de espinas venenosas, aun cuando lo hubiera visto solo por el rabillo del ojo.

«Quizá solo sean invenciones mías», pensó.

—No lo sé —repitió—. Una cinta que ha sido enlazada en la iglesia no puede ser desenlazada. Nell rió nerviosamente.

—¿Y puede saberse de qué parte de la Tierra Llena has sacado tú eso?

—De usted, madre —dijo Tim.

Ella esbozó una sonrisa.

—Aja, acaso sí, pues por la boca muere el pez. Vayámonos a dormir y por la mañana lo veremos con más claridad.

Sin embargo, ninguno de los dos durmió demasiado. Tim yacía preguntándose cómo sería tener de padrastro a Kells el Grande. ¿Sería bueno con ellos? ¿Llevaría a Tim al bosque para iniciarle en las artes de un leñador? Eso estaría bien, pensó, pero ¿querría su madre que él continuara la línea de trabajo que había matado a su marido? ¿O preferiría que se quedara al sur del Bosque Interminable y se hiciera granjero?

«Destroy me cae muy bien —pensó—, pero jamás en la vida sería granjero. ¿Con el Bosque Interminable tan cerca y tanto mundo por ver? Ni hablar.»

Separada de su hijo por una pared, Nell yacía rumiando sus propios pensamientos. Primordialmente, se preguntaba cómo serían sus vidas si rechazaba la proposición de Kells y eran expulsados de sus tierras, lejos del único lugar que había conocido. Cómo serían sus vidas si el Covenante de la Baronía llegaba a lomos de su alto caballo negro y no tenían nada que darle.

Al día siguiente hacía aún más calor, pero Kells el Grande vino con la misma chaqueta de velarte. Tenía el rostro rojo y brillante. Nell se dijo para sí que no olía a graf en su aliento, y aunque así fuera, ¿qué importaba? Solo se trataba de sidra fuerte, y cualquier hombre necesitaría uno o dos tragos antes de afrontar la decisión de una mujer. Aparte, ya había tomado una determinación. O casi.

Sin darle tiempo a que formulara su pregunta, habló con audacia. Al menos, con la mayor audacia de la que fue capaz.

—Mi chico me ha recordado que una cinta enlazada en la iglesia no puede desenlazarse.

Kells el Grande frunció el ceño, si bien ella no supo precisar si fue la mención del muchacho o el lazo del matrimonio lo que le turbó.

—Ea, ¿y cuál es el problema?

—Solo si serás bueno con Tim y conmigo.

—Ea, tanto como séame posible. —El fruncimiento de cejas se acentuó. Ella no supo precisar si se trataba de furia o perplejidad. Esperaba que fuese lo segundo. Los hombres que talan y cortan y desafían a las bestias en la profundidad del bosque a menudo se hallan perdidos en situaciones como esta, ella lo sabía, y ante la idea de un Kells el Grande perdido, su corazón se abrió a él.

—¿Das tu palabra? —preguntó.

Relajó el ceño. Un destello blanco relució a través de su negra barba pulcramente recortada cuando sonrió.

—Ea, con mi fe y mi sello.

—Entonces mi respuesta es sí.

Y así aconteció que se casaron. Aquí es donde muchas historias terminan; es donde esta, lamento decir, realmente empieza.

Se sirvió graf en la recepción de la boda, y para ser un hombre que había renunciado a la bebida, Kells el Grande se vertió una cantidad considerable en el gaznate. Tim vio esto con inquietud, pero su madre no pareció darse cuenta. Otro detalle que inquietó a Tim fue los pocos leñadores que asistieron, a pesar de ser ethordeis. Si en lugar de un chico hubiera sido una chica, quizá habríase percatado de algo más. Varias de las mujeres que Nell consideraba amigas la miraban con expresiones de reservada compasión.

Esa noche, bien entrada la madrugada, se despertó a causa de un golpe y un grito que podrían haber formado parte de un sueño, pero que parecían haber atravesado la pared de la habitación que su madre ahora compartía (cierto, pero aún imposible de creer) con Kells el Grande. Tim permaneció tumbado, escuchando, y ya casi se había vuelto a entregar al sueño cuando oyó un llanto quedo, seguido por la voz de su nuevo padrastro, baja y ronca.

—Cállate, ¿quieres? No tienes ni una herida, no hay sangre, y yo me levanto con los pájaros.

Los sonidos de llanto cesaron. Tim escuchó, pero la charla había terminado. Poco después de que Kells el Grande empezara a roncar, cayó dormido. A la mañana siguiente, mientras su madre freía unos huevos en la cocina, Tim le vio un cardenal en el brazo, por encima del interior del codo.

—No es nada —dijo Nell cuando vio que la miraba—. Tuve que levantarme durante la noche para hacer mis necesidades y me di un golpe con el poste de la cama. Tendré que volver a acostumbrarme a encontrar el camino en la oscuridad, ahora que no estoy sola.

Tim pensó: *Ya, eso es lo que me da miedo.*

El segundo ethordeis de su vida de casado, Kells el Grande se llevó a Tim a la casa que ahora pertenecía a Anderson el Pelón, el otro gran terrateniente de Arbolvilla. Fueron en la carreta para leña de Kells. Las mulas avanzaban ligeras sin tocones ni leños de fustafarro de los que tirar; ese día

la caja de la carreta únicamente contenía varios montones de serrín. Y aquel persistente olor agri dulce, por supuesto, el olor a bosque profundo. La vieja casa de Kells presentaba un aspecto triste y abandonado con los postigos cerrados y las yerbas, altas y sin guadañar, creciendo entre los astillados escalones del porche.

—En cuanto saque mi artilla de ahí, por mí el Pelón puede utilizarla para hacer lumbre, si tal cosa le complace —gruñó Kells—. Me da igual.

Resultó que solo le interesaban dos objetos de la casa: un viejo reposapiés sucio y un gran baúl de cuero con correas y una cerradura de bronce. Estaba en el dormitorio, y Kells lo acarició como si se tratara de una mascota.

—No podía dejarlo —dijo—. Jamás. Era de mi padre.

Tim le ayudó a sacarlo fuera, pero Kells tuvo que hacer la mayor parte del trabajo. El baúl era muy pesado. Cuando estuvo situado en la batea, Kells el Grande se inclinó, apoyando las manos en las rodillas de sus pantalones recientemente (y esmeradamente) remendados. Por fin, cuando los afloramientos púrpura de sus mejillas empezaron a diluirse, volvió a acariciar el baúl, y con una ternura que Tim aún no había visto aplicada a su madre.

—Todo cuanto poseo está guardado en un baúl. En cuanto a la casa, ¿pagó el Pelón el precio que debería haber recibido? —Miró a Tim provocativamente, como esperando una discusión sobre este asunto.

—No lo sé —respondió Tim con cautela—. La gente dice que sai Anderson es un tacaño.

Kells rió con aspereza.

—¿Tacaño? ¿*Tacaño*? Prieto como el chocho de una virgen, eso es lo que es. Na, na, solo recibí migajas en vez de la tajada que merecía, pues sabía que no podía permitirme esperar. Ayúdame a atar la portezuela de atrás, muchacho, y no te hagas el haragán.

Tim no ganduleó. Tuvo su lado de la portezuela bien asegurado antes de que Kells terminara de atar el suyo con un descuidado nudo que hubiera provocado las carcajadas de su padre. Cuando finalmente acabó, Kells el Grande obsequió a su baúl con otra de aquellas caricias extrañamente afectuosas.

—Lo que hay aquí dentro es todo lo que tengo ahora. El Pelón sabía que necesitaba plata antes de la Tierra Ancha, ¿verdad que sí? El viejo Ya-Sabes-Quién va a venir pronto y va a alargar la mano. —Escupió entre sus viejas botas rozadas—. Todo esto es culpa de tu madre.

—¿Culpa de *madre*? ¿Por qué? ¿Es que tú no querías casarte con ella?

—Cuida tu lengua, muchacho. —Kells bajó la mirada, pareció sorprenderse al ver un puño en el lugar donde había estado su mano, y abrió los dedos—. Eres demasiado joven para entenderlo. Cuando seas mayor, descubrirás que las mujeres saben sacar lo mejor de un hombre. Volvamos a casa.

A medio camino del pescante se detuvo y miró al chico por encima del baúl cargado.

—Amo a tu madre, y eso debería bastarte por el momento.

Y cuando las mulas trotaban por la calle mayor del pueblo, Kells el Grande lanzó un suspiro y añadió:

—También quería a tu padre, y no sabes cuánto lo echo de menos. No es lo mismo sin él a mi lado en los bosques, ni ver a Misty y Bitsy tirando por la senda delante de mí.

Al oír estas palabras, y muy a su pesar, el corazón de Tim se abrió un poco al hombre fornido y de hombros caídos que manejaba las riendas. Sin embargo, antes de que el sentimiento tuviera oportunidad de crecer, Kells el Grande habló de nuevo.

—Ya has pasado tiempo más que de sobra entre libros y números y con esa mujer rarita, la

Smack, con sus velos y sus tembleques. Cómo se las apañará para limpiarse el culo después de cagar es más de lo que jamás querré saber.

El corazón de Tim pareció cerrársele de golpe en el pecho. Le gustaba aprender y le gustaba la Viuda Smack, con velos, tembleques y todo. Le consternó oír hablar de ella con tal despiadada crueldad.

—¿Qué voy a hacer, entonces? ¿Ir a los bosques contigo?

Se vio a sí mismo en la carreta de su padre, detrás de Misty y Bitsy. Eso no sería tan malo. No, no sería malo en absoluto.

Kells ladró una carcajada.

—¿Tú? ¿En los bosques? ¿Con once años?

—Cumpliré doce el mes que vi...

—No llegarás a ser lo bastante grande para partir leña en la Ruta del Fustafarro ni con el doble de esa edad, pues has salido a tu madre, así que serás Ross el Pequeñajo toda tu vida. —Otro ladrido a modo de carcajada. Tim sintió que se le acaloraba el rostro en respuesta—. No, chaval, he apalabrado un puesto para ti en el aserradero. No eres demasiado pequeño para apilar tablones. Empezarás después de que termine la cosecha y antes de las primeras nieves.

—¿Qué dice madre? —Tim intentó que la consternación no se filtrara en su voz y fracasó.

—Ella no tiene ni voz ni voto en este asunto. Yo soy su marido y eso me convierte en el único que decide. —Hizo restallar las riendas sobre los lomos de las mulas, que avanzaban con paso lento—. ¡Arre!

Tim acudió al aserradero de Arbolvilla tres días más tarde con uno de los chicos de Destry, Willem el Pajizo, así apodado por su cabello casi incoloro. Los dos habían sido contratados como apiladores, pero su presencia no sería requerida hasta dentro de un tiempo, y trabajarían solo media jornada, al menos en un principio. Tim había llevado las mulas de su padre, que necesitaban ejercicio, y los muchachos montaron de vuelta, hombro con hombro.

—Creía que dijiste que tu nuevo padrastro no bebía —comentó Willem al pasar por delante de la taberna de Gitty, que a mediodía estaba cerrada a cal y canto, silencioso su piano de bar.

—No lo hace —dijo Tim, pero recordó la recepción de la boda.

—¿De verdad dices? Entonces me imagino que el tipo que mi hermano mayor vio anoche trasegándose todo el matarratas de allá debía ser el padrastro de otro huérfano, porque Randy dijo que iba más ajumado que un piojo y que echó la papilla doblao sobre el amarradero.

Dicho esto, Willem hizo chasquear sus tirantes, como era su costumbre cuando notaba que había enjarretado un buen golpe.

«Debería haberte dejado que vinieras andando, so cretino», pensó Tim.

Esa noche, su madre volvió a despertarle. Tim se incorporó como un resorte en la cama y sacó los pies; entonces se quedó inmóvil. Kells habló con voz suave, pero la pared entre las dos habitaciones era fina.

—Cállate, mujer. Si despiertas al chico y le haces venir, te daré el doble.

Su llanto cesó.

—Fue un desliz, eso es todo, un error. Entré con Mellon solo para tomar una cerveza de jengibre y oír lo de su nueva estacada, y alguien me puso un vaso de whisky delante. Me lo bebí antes de darme cuenta de lo que hacía, y entonces me perdí. No volverá a pasar. Tienes mi palabra.

Tim volvió a tumbarse, con la esperanza de que fuera cierto.

Contempló un techo que no podía ver y escuchó el ulular de una lechuza y aguardó la llegada del sueño o, en su defecto, la primera luz de la mañana. Se le ocurrió que si el hombre equivocado ingresaba en el lazo del matrimonio con una mujer, la cinta simbolizaría el nudo de una soga en vez de una alianza. Rezó para que no fuera así en este caso. Ya sabía que nunca podría sentir apego hacia el nuevo marido de su madre, y mucho menos amarlo, pero tal vez su madre sí pudiera. Las mujeres eran diferentes. Tenían un corazón más grande.

Tim aún se hallaba inmerso en tan profundos pensamientos cuando el alba tiñó el cielo y finalmente cayó dormido. Aquel día su madre mostraba cardenales en ambos brazos. El poste de la cama en la habitación que ahora compartía con Kells el Grande había crecido vivamente, por lo visto.

La Tierra Llena cedió paso a la Tierra Ancha, como debía ser. Tim y Willem el Pajizo empezaron a trabajar en el aserradero, pero solo tres días a la semana. El capataz, un hombre decente llamado Rupert Venn, les prometió más tiempo si las nevadas estacionales no eran copiosas y los botines de invierno eran buenos (refiriéndose a las rodajas de fustafarro que leñadores como Kells traían del bosque).

Los cardenales de Nell se difuminaron y su madre volvió a sonreír. Tim tenía la impresión de que se trataba de una sonrisa más cautelosa que antes, pero era mejor que nada. Kells enganchaba las mulas y recorría la Ruta del Fustafarro, y aunque las estacadas que él y Ross el Grande habían reclamado eran buenas, aún no había encontrado un compañero. Como consecuencia, traía menos botines, pero el fustafarro era el fustafarro, y siempre se vendía por un buen precio y se pagaba en cascos de plata y no en vales.

A veces Tim se preguntaba —generalmente mientras empujaba plataformas cargadas de tablones al interior de alguno de los largos cobertizos del aserradero— si la vida mejoraría si su nuevo padrastro tropezara con una serpiente o un wervel. Tal vez incluso un vurt, esos repugnantes seres voladores a veces conocidos como pájaros-bala. Una de estas criaturas había acabado con el padre de Bern Kells, perforándole de lado a lado con su pétreo pico.

Tim apartó estos pensamientos con horror, asombrado al descubrir que algún rincón de su corazón —algún rincón de *negrura*— pudiera albergar tales sentimientos. Su padre, Tim estaba seguro, se habría avergonzado. Tal vez *estuviera* avergonzado, pues algunos afirmaban que aquellos en el claro al final del camino conocían todos los secretos que los vivos ocultábanse entre sí.

Al menos, el aliento de su padrastro ya no apestaba a graf, y no oyó contar más historias —ni a Willem el Pajizo ni a ningún otro— de Kells el Grande dando tumbos de whisky barato cuando la taberna de Gitty cerraba y candaba sus puertas.

«Lo prometió y está manteniendo su promesa —pensó Tim—. Y el poste de la cama ha dejado de moverse por la habitación de mamá, porque ya no tiene esos moratones. La vida empieza a enderezarse. Eso es lo que has de recordar.»

Cuando llegaba a casa tras salir del aserradero los días que trabajaba, su madre ya tenía la cena en el horno. Kells el Grande aparecía más tarde; primero se lavaba en el manantial entre la casa y el granero para quitarse el serrín de las manos, los brazos y el cuello, y luego engullía su propia cena. Comía en cantidades copiosas, repitiendo una y hasta dos veces platos que Nell le servía con prontitud. Ella no mentaba palabra; si hablaba, su nuevo marido limitábase a refunfuñar cualquier

respuesta. Al acabar, se iba a la salita de atrás a fumar sentado en su baúl.

A veces Tim levantaba la vista de su pizarra, donde resolvía los problemas de *matimática* que la Viuda Smack todavía le mandaba, y veía a Kells observándole fijamente a través del humo de su pipa. Había algo desconcertante en aquella mirada, y Tim empezó a llevarse la pizarra afuera, a pesar de que el tiempo en Arbolvilla era cada vez más frío y cada día oscurecía antes.

En cierta ocasión salió su madre, se sentó a su lado en el escalón del porche y le pasó un brazo por los hombros.

—Volverás a la escuela con sai Smack el año que viene, Tim. Te lo prometo. Le convenceré.

Tim sonrió y le dio las gracias, pero no se engañaba. El próximo año seguiría en el aserradero, solo que para entonces sería lo bastante corpulento para cargar tablones además de apilarlos, y tendría menos tiempo para resolver problemas, porque trabajaría cinco días por semana en lugar de tres. Tal vez seis. Al año siguiente, además de cargar, empezaría a lijar y luego a utilizar la sierra como un hombre. En pocos años *sería* un hombre, volviendo a casa sin fuerzas para leer los libros de la Viuda Smack aunque ella aún quisiera prestárselos, el metódico arte de la *matimática* marchitándose en su mente. Ese Tim Ross adulto no desearía más que tirarse en la cama después de tomar la carne y el pan. Empezaría a fumar en pipa y quizá adquiriera el gusto por el graf o la cerveza. Vería palidecer la sonrisa de su madre; vería apagarse la chispa de sus ojos. Y todo ello debería agradecérselo a Bern Kells.

La Siega pasó; la Luna Cazadora palideció, volvió a crecer y estiró su arco; los primeros vendavales de la Tierra Ancha llegaron aullando desde el oeste. Y justo cuando se pensaba que, después de todo, no vendría, el Covenante de la Baronía se manifestó con uno de aquellos fríos vientos en Arbolvilla, a lomos de su enorme caballo negro y tan escuálido como la Muerte de Tom el Flaco. Su pesada capa se agitaba a su alrededor con un aleteo de murciélago. Bajo su amplio sombrero (tan negro como su capa), el pálido fanal de su rostro giraba incesantemente de uno a otro lado, marcando una cerca nueva aquí, una vaca o tres sumadas a un rebaño allá. Los aldeanos protestarían pero pagarían, y si no podían, sus tierras les serían arrebatadas en nombre de Gilead. Tal vez ya entonces, en aquellos días de antaño, algunos mascullarían que no era justo, que los impuestos eran excesivos, que Arthur Eld había muerto tiempo ha (si acaso existió alguna vez), y que el Pacto ya había sido pagado con creces, en sangre así como en plata. Quizá algunos ya esperaban el advenimiento de un Hombre Bueno que les proporcionara la fuerza necesaria para proclamar: «Se acabó, basta ya, el mundo se ha movido».

Quizá, pero no aquel año, ni en los muchos, muchos años por venir.

A última hora de la tarde, mientras hinchidas nubes caían a plomo del cielo y los tallos de maíz amarillos repicaban en el huerto de Nell como dientes en una mandíbula floja, sai Covenante espoleó su alto caballo negro entre los postes de la entrada que Ross el Grande había colocado él mismo (mientras Tim miraba, solo prestando ayuda cuando se le pedía). El caballo avanzó despacio y con solemnidad hasta los escalones delanteros. Allí se detuvo, cabeceando y resoplando. Kells el Grande, aun estando de pie en el porche, tuvo que alzar la vista para poder ver el pálido rostro del visitante. Kells aplastaba el sombrero contra el pecho. Su ralo pelo negro (que ya mostraba las primeras hebras de gris, pues se acercaba a los cuarenta y pronto sería un anciano) ondeaba al viento. Tras él, en el vano de la puerta, se encontraban Nell y Tim. Ella pasaba un brazo por los hombros del chico y lo sujetaba con fuerza, como si temiera (quizá por instinto materno) que el Señor

del Pacto pudiera arrebatárselo.

Por un momento reinó el silencio, roto únicamente por el aleteo de la capa del indeseado visitante y el viento, que entonaba una misteriosa melodía bajo los aleros. Entonces, el Covenante de la Baronía se inclinó hacia delante, escrutando a Kells con unos grandes ojos oscuros que no parecían parpadear. Sus labios, observó Tim, eran tan rojos como los de una mujer cuando se los pinta con rubia fresca. De algún recoveco de su capa extrajo no un libro de pizarras, sino un verdadero pergamino, que desenrolló cuan largo era. Lo estudió, volvió a plegarlo, y lo devolvió a cualquiera que fuese el bolsillo interior del que procedía. Entonces su mirada regresó a Kells el Grande, que se estremeció y se miró los pies.

—Kells, ¿verdad? —Poseía una voz áspera, ronca, que a Tim le puso la carne de gallina. Había visto al Señor del Pacto con anterioridad, pero solo a distancia; su padre se las había apañado para mantener a Tim lejos de la casa cuando el Covenante de la Baronía venía a reclamar su canon anual. Tim comprendía ahora el motivo. Pensó que esa noche tendría pesadillas.

—Kells, ea. —La voz de su padrastro sonaba inestablemente alegre. Logró levantar los ojos del suelo—. Bienvenido, sai. Largos días y placenteras...

—Ya, ya, todo eso —le interrumpió el Señor del Pacto con un desdeñoso movimiento de la mano. Sus ojos oscuros ahora miraban por encima del hombro de Kells—. Y... Ross, ¿verdad? Ahora solo dos y no tres, me cuentan, habiendo caído Ross el Grande en un desafortunado suceso. —Su voz era grave, apenas poseía más de un solo tono. «Como escuchar a un sordo intentando cantar una nana», pensó Tim.

—Justo —dijo Kells el Grande. Tragó saliva con tanta fuerza que Tim pudo oír el gutural sonido, y luego empezó a balbucear—. Yo y él estábamos en el bosque, como seguro que os consta, en una de nuestras estacadas fuera del Rastro del Fustafarro... tenemos cuatro o cinco y todas debidamente marcadas con los nombres nuestros, vaya que sí, y no las he cambiado porque en mi mente sigue siendo mi compañero y siempre lo será, y... bueno, nos separamos un poco y entonces oí un siseo. Ese sonido lo reconoces en cuanto lo oyes, no hay un sonido en la tierra como el siseo de un dragón hembra cuando toma aliento para...

—Silencio —espetó el Señor del Pacto—. Cuando quiero oír un cuento, me gusta que empiece con «Erase una vez».

Kells se disponía a decir algo más —quizá solo a implorar perdón— y se lo pensó mejor. El Señor del Pacto apoyó un brazo en el cuerno de la silla y lo miró fijamente.

—Sai Kells, tengo entendido que vendió su casa a Rupert Anderson.

—Ea, y me estafó, pero...

El visitante le ignoró.

—El tributo es de nueve nudillos de plata, o uno de rodita, que sé que no tienen en esta región, pero estoy obligado a decírselo, pues así se recoge en el Pacto original. Un nudillo por la transacción y ocho por la casa donde ahora asientas tus posaderas cuando se pone el sol y pelas sin duda tu colita cuando sale la luna.

—¿Nueve? —jadeó Kells el Grande—. ¿Nueve? ¡Eso es...!

—Es ¿qué? —dijo el Señor del Pacto con su voz áspera y cantarína—. Cuida tu respuesta, Bern Kells, hijo de Mathias, nieto de Peter el Cojo. Ten mucho cuidado, porque, aunque tu cuello es grueso, creo que un buen estiramiento lo adelgazaría. Ea, así lo creo.

Kells el Grande palideció... aunque no alcanzó el extremo del Covenante de la Baronía.

—Es muy justo. Es lo que quería decir. Iré a buscarlo.

Entró en la casa y regresó con una cartera de piel de ciervo. Era el saquito monedero de Ross el

Grande, aquel sobre el cual la madre de Tim había derramado sus lágrimas un día a principios de la Tierra Llena. Un día cuando la vida parecía más justa, aun a pesar de la muerte de Ross el Grande. Kells le entregó el saquito a Nell y dejó que contara los preciosos nudillos de plata y los fuera poniendo en su mano ahuecada.

Durante todo este proceso, el visitante permaneció sentado en silencio en su alto caballo negro, pero cuando Kells el Grande hizo ademán de bajar los escalones y entregarle el tributo —casi todo lo que tenían, incluso aunque la escasa paga de Tim se sumaba a los ahorros comunes— el Señor del Pacto negó con la cabeza.

—Aguarda en tu sitio. Que me lo traiga el chico, pues es leal, y en su semblante veo el rostro de su padre. Ea, lo veo muy bien.

Tim tomó el puñado doble de nudillos —¡cuánto pesaban!— de las manos de Kells el Grande, sin atender apenas a lo que este le susurró al oído:

—Ten cuidado y no los caigas, lerdo.

Tim descendió los escalones del porche como un niño en un sueño. Levantó las manos ahuecadas y, antes de saber lo que sucedía, el Señor del Pacto le había apresado por las muñecas y subido a su caballo. Tim notó que arco y pomo estaban decorados con una cascada de runas plateadas: lunas y estrellas y cometas y cálices que vertían fuego frío. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que el puñado doble de nudillos había desaparecido. El Señor del Pacto los había cogido, aunque Tim no pudo recordar con exactitud cuándo había pasado.

Nell gritó y echó a correr.

—¡Sujétala y retenla ahí! —bramó el Señor del Pacto, tan cerca del oído de Tim que a punto estuvo de ensordecerle.

Kells agarró a su mujer por los hombros y tiró de ella bruscamente hacia atrás. Tropezó y cayó en los tablones del porche, las largas faldas revoloteando en torno a sus tobillos.

—¡Madre! —llamó Tim a voz en cuello. Intentó saltar de la silla, pero el Señor del Pacto lo retuvo con facilidad. Olió a carne de fogata y sudor añejo.

—Tranquilo, joven Tim Ross, no se ha hecho ni una pizca de daño. Mira con qué agilidad se levanta. —Entonces, dirigiéndose a Nell (que, efectivamente, se había puesto en pie), dijo—: No os apuréis, sai. Tan solo me gustaría tener unas palabras con él. ¿Lastimaría yo a un futuro feudatario del reino?

—Si le haces daño, te mataré, demonio —dijo ella.

Kells levantó un puño.

—¡Calla tu estúpida boca, mujer! —Nell no se encogió ante la amenaza del puño. Solo tenía ojos para Tim, sentado en el imponente caballo negro delante del Señor del Pacto, cuyos brazos ceñían el pecho de su hijo.

El Covenante sonrió a los dos en el porche, uno con el brazo aún levantado para asestar un puñetazo, la otra con lágrimas surcándole las mejillas.

—¡Nell y Kells! —proclamó—. ¡La feliz pareja!

Espoleó con la rodilla a su montura, que volvió grupas y avanzó con paso lento hasta la puerta; mantenía firmemente los brazos en torno al pecho de Tim, echando su rancio aliento en la mejilla del muchacho. En la entrada picó de nuevo a su montura con las rodillas y el caballo se detuvo. Al oído de Tim —que aún retumbaba— susurró:

—¿Qué opináis de vuestro nuevo padraastro, joven Tim? Habla verdad, pero habla en voz baja. Este es nuestro parlamento, y ellos no tienen aquí cabida.

Tim no quería volverse, no quería tener el pálido rostro del Señor del Pacto más cerca de lo

que ya estaba, pero guardaba un secreto que lo carcomía por dentro. De modo que se giró, y al oído del recaudador de impuestos musitó:

—Cuando le da a la bebida, pega a mamá.

—Sí, ¿eh? Bueno, ¿acaso me sorprende? ¿Acaso su padre no pegaba a su propia madre? Y lo que se aprende de niño se convierte en hábito, así es.

Una mano enguantada los arropó con un ala de la pesada capa negra como si de una manta se tratase, y Tim sintió que la otra mano deslizaba algo pequeño y duro en el bolsillo de su pantalón.

—Un obsequio, joven Tim. Es una llave. ¿Sabéis lo que la hace especial?

Tim negó con la cabeza.

—Es una llave mágica. Abrirá cualquier cosa, pero solo una única vez. Después, será tan inútil como el polvo, así que úsala con cuidado. —Rió como si fuera el chiste más divertido que hubiera oído jamás. Su aliento le revolvió el estómago a Tim.

—Yo... —Tragó saliva—. No tengo nada que abrir. No hay cerraduras en Arbolvilla, excepto en la cantina y la prisión.

—Oh, creo que sabéis de otra. ¿Verdad?

Tim evaluó los oscuramente alegres ojos del Señor del Pacto y nada dijo. El ilustre personaje asintió, sin embargo, como si lo hubiera hecho.

—*¿Qué le estás diciendo a mi hijo?* —gritó Nell desde el porche—. *¡Deja de verter veneno en sus oídos, demonio!*

—No prestes atención, joven Tim, muy pronto se enterará. Sabrá mucho pero ve poco. —Rió con disimulo. Poseía dientes muy grandes y muy blancos—. ¡Una adivinanza! ¿Puedes resolverla? ¿No? No importa, la solución se revelará con el tiempo.

—A veces lo abre —dijo Tim, con la voz pausada de quien habla en sueños—. Saca su piedra de afilar. Para la hoja del hacha. Pero luego vuelve a cerrarlo. Por la noche se sienta encima a fumar, como si fuera una silla.

El Señor del Pacto no preguntó qué era.

—¿Y lo toca cada vez que pasa a su lado, joven Tim? ¿De la misma manera que un hombre acariciaría a su perro favorito?

Sí, por supuesto, pero Tim no lo dijo. No necesitaba decirlo. Tenía la impresión de que no existía secreto alguno que pudiera ocultar de la mente maquinadora que residía tras aquel alargado rostro blanco. Ni uno solo.

«Está jugando conmigo —pensó Tim—. Solo soy un pasatiempo para un día aburrido en un pueblo aburrido que pronto dejará atrás. Pero rompe sus juguetes. Basta con ver esa sonrisa suya para darse cuenta.»

—Acamparé las próximas dos noches en la Ruta del Fustafarro, a una o dos ruedas de aquí —dijo el Covenant con voz oxidada y carente de armonía—. Ha sido un largo viaje, y me cansan todos los graznidos que he de escuchar. En el bosque hay vurtis y wervels y serpientes, pero ellos no graznan.

«Tú nunca te cansas —pensó Tim—. No, tú no.»

—Ven a verme si te apetece. —Ninguna risa disimulada esta vez; esta vez se rió tontamente, como una muchacha traviesa—. Y si te atreves, por supuesto. Pero ven por la noche, pues este hijo *de yuila* gusta de dormir durante el día si se presenta la ocasión. O quédate aquí si eres tímido. Me es indiferente. ¡Arre!

La exclamación iba dirigida al caballo, que andaba con paso lento de vuelta al porche, donde Nell aguardaba retorciéndose las manos y Kells el Grande observaba con el ceño fruncido a su lado.

Los dedos, delgados y fuertes, del Señor del Pacto se cerraron de nuevo en torno a las muñecas de Tim —como grilletes— y lo levantaron. Un momento después el chico estaba posado en el suelo, alzando la vista al rostro blanco y los sonrientes labios rojos. La llave ardía en las profundidades de su bolsillo. Por encima de la casa retumbó un trueno, y empezó a llover.

—La Baronía os da las gracias —dijo el Señor del Pacto, tocándose con un dedo enguantado el borde de su sombrero de ala ancha. A continuación, hizo girar a su caballo y desapareció en la lluvia. Lo último que vio Tim fue de una pasajera rareza: cuando la pesada capa negra se abrió como una campana, divisó un objeto metálico atado en la parte superior de la artilla del Señor del Pacto. Semejaba una especie de vasija con forma de palangana.

Kells el Grande descendió a trancos los escalones, agarró a Tim por los hombros y empezó a zarandearle. La lluvia apelmazaba el ralo cabello de Kells a ambos lados de la cara y corríale por la barba. Negra cuando se ató el lazo de seda con Nell, aquella barba estaba ahora densamente veteada de gris.

—¿Qué te ha dicho? ¿Algo sobre mí? ¿Qué mentiras te ha contado? *¡Habla!*

Tim se hallaba mudo. Su cabeza se movía adelante y atrás con tal violencia que le entrechocaron los dientes.

Nell se precipitó escalones abajo.

—¡Basta! ¡Déjale en paz! ¡Prometiste que nunca...!

—No te metas donde no te llaman, mujer —dijo, y la golpeó con el canto del puño. La madre de Tim se cayó en el barro, donde la torrencial lluvia ya anegaba las huellas dejadas por el caballo del Señor del Pacto.

—*¡Hijo de perra!* —gritó Tim—. ¡No pegues a mi madre, no la pegues *jamás!*

No sintió un dolor inmediato cuando Kells le propinó un puñetazo similar, pero un relámpago blanco rasgó su visión. Cuando se disipó, se encontró tirado en el barro junto a su madre. Estaba aturdido, le retumbaban los oídos, y la llave seguía quemándole en el bolsillo como carbón vivo.

—Que Nis os lleve a los dos —dijo Kells, y se alejó a grandes zancadas bajo la lluvia. Al traspasar la cancela, giró a la derecha, en dirección a la corta calle mayor de Arbolvilla. Directo a la taberna de Gitty, Tim no tenía duda. Su padrastro se había mantenido apartado de la bebida durante toda la Tierra Ancha —por lo que él sabía, al menos—, pero eso cambiaría esta noche. Tim dedujo por el rostro pesaroso de su madre —mojado por la lluvia, el cabello lacio pegado a la enrojecida mejilla salpicada de barro— que ella también lo sabía.

Tim le rodeó la cintura con el brazo, ella le pasó el suyo por los hombros. Subieron despacio los escalones del porche y entraron en la casa.

Al alcanzar la mesa de la cocina, la mujer no hizo tanto como sentarse en su silla, sino que se derrumbó en ella. Tim vertió agua de la jarra en una palangana, mojó un trapo y se lo puso con delicadeza en la mejilla, que había empezado a hincharse. Ella lo mantuvo presionado un instante y luego se lo tendió sin mediar palabra. Para complacerla, lo tomó y se lo puso en su propia cara. Estaba fresco y le alivió el calor palpitante.

—Bonito panorama, ¿no crees? —preguntó ella, en un intento de alegrar el ánimo—. La mujer maltratada, el chico aporreado, el nuevo marido bebiendo en la taberna.

A Tim no se le ocurrió qué decir, así que no dijo nada.

Nell apoyó la cabeza en la parte carnosa de la mano y se quedó mirando la mesa.

—Vaya lío que he causado. Estaba asustada y hecha cisco, pero no es excusa. Creo que nos habría ido mejor en otro lugar.

¿Desterrados del hogar? ¿Lejos del terruño? ¿No era suficiente con que el hacha de papá y su moneda de la suerte hubieran desaparecido? Tenía, sin embargo, razón en una cosa; todo aquello era un lío.

«Pero tengo una llave», pensó Tim, y deslizó los dedos a hurtadillas en el bolsillo para palpar la forma del objeto.

—¿Dónde ha ido? —preguntó Nell, y Tim supo que no era de Bern Kells de quien hablaba.

«A una rueda o dos por el camino del Fustafarro. Va a estar esperándome.»

—No lo sé, madre. —Hasta donde podía recordar, era la primera vez en su vida que le mentía.

—Pero sí que sabemos adonde ha ido Bern, ¿verdad?—Se echó a reír, pero entonces hizo una mueca de dolor—. Le prometió a Milly Redhouse que había acabado con la bebida, y me lo prometió a mí, pero es débil. O... ¿es por mí? ¿Soy yo la que le empuja a hacerlo? ¿Tú qué crees?

—No, madre. —Sin embargo, Tim se cuestionó si no podría ser cierto. No en el sentido que ella pensaba (por ser una gruñona, o por tener la casa sucia, o por negarle lo que los hombres y las mujeres hacían en la cama por la noche), sino de algún otro modo. Aquí había un misterio, y se preguntó si la llave de su bolsillo podría resolverlo. Para resistir el impulso de volver a tocarla, se levantó y fue a la despensa—. ¿Quiere comer algo, madre? ¿Huevos? Los haré revueltos, si quiere.

Ella sonrió lánguidamente.

—Gracias, hijo, pero no tengo hambre. Creo que voy a acostarme. —Se puso en pie de forma un poco vacilante.

Tim la ayudó a llegar al dormitorio. Allí fingió mirar por la ventana cosas que eran la mar de interesantes mientras ella se quitaba su vestido de diario embadurnado de barro y se ponía su camisón de noche. Cuando Tim se dio la vuelta, ya estaba tapada con las mantas. Dio varias palmaditas en el espacio libre a su lado, como había hecho a menudo cuando él era chico. En aquella época su padre podría haber estado acostado junto a ella, con sus largos calzones de leñador, fumando uno de sus pitillos.

—No puedo echarlo —dijo ella—. Lo haría si pudiera, pero ahora que hemos enlazado la cinta, la casa es más suya que mía. La ley puede ser cruel para una mujer. Nunca he tenido motivos para pensar en ello antes, pero ahora... ahora... —Sus ojos habían adquirido un aspecto vitreo y distante. Se dormiría enseguida, lo cual era algo bueno, probablemente.

Tim le dio un beso en la mejilla no magullada e hizo ademán de levantarse, pero ella le retuvo.

—¿Qué te dijo el Señor del Pacto?

—Me preguntó si me gustaba mi nuevo padrastro. No me acuerdo de lo que contesté. Estaba asustado.

—Yo también me asusté cuando te cubrió con la capa. Creí que quería llevarte consigo en su caballo, como el Rey Rojo de aquella vieja historia. —Cerró los ojos; al cabo de un momento volvió a abrirlos, muy despacio. Ahora se vislumbraba en ellos algo que podría haber sido terror—. Me acuerdo de cuando vino a casa de mi padre siendo yo nada más que una niña que no hacía mucho que había dejado los pañales; el caballo negro, la capa y los guantes negros, la silla de montar con los *siguls* plateados. Su cara blanca me daba pesadillas... es tan *alargada*. ¿Y sabes una cosa, Tim?

El muchacho movió lentamente la cabeza de lado a lado.

—Hasta lleva la misma palangana de plata detrás, pues también la vi entonces. Veinte años hace de eso, ea, veinte y un par de dobles más, pero él tiene el mismo aspecto. *No ha envejecido ni un día*.

Cerró los ojos de nuevo. Esta vez no los volvió a abrir, y Tim se escabulló de la habitación.

Cuando estuvo seguro de que su madre dormía, Tim fue al corto pasillo de atrás, donde estaba el baúl de Kells el Grande, un contorno cuadrado bajo un viejo retazo de manta, situado junto a la puerta del ropero. Cuando le había dicho al Señor del Pacto que solo sabía de dos cerraduras en Arbolvilla, el recaudador había replicado: «Oh, creo que sabéis de otra».

Retiró la manta y se quedó mirando el baúl de su padraastro. El baúl que a veces acariciaba como a una mascota muy querida y sobre el que a menudo se sentaba por la noche a chupar su pipa, abriendo apenas una rendija la puerta de atrás para dejar salir el humo.

Tim corrió a la parte delantera de la casa —con los pies descalzos, para no arriesgarse a despertar a su madre— y se asomó a la ventana. El patio hallábase vacío, y no vio señal alguna de Kells el Grande en el camino lluvioso. Tim no había esperado nada diferente. Kells ya estaría en el *saloon* de Gitty, gastándose tanto como pudiera gastarse del dinero que le quedara antes de caer inconsciente.

«Espero que alguien le dé una paliza para que pruebe de su propia medicina. Lo haría yo mismo si fuera lo bastante corpulento.»

Regresó al baúl, caminando silenciosamente en calcetines, se arrodilló delante y sacó la llave del bolsillo. Era un objeto de plata diminuto, del tamaño de medio nudillo, y extrañamente caliente al tacto de sus dedos, como si estuviera vivo. El ojo de la cerradura en el latón frontal del baúl era mucho más grande. «Es imposible que la llave que me dio funcione aquí», pensó Tim. Entonces se acordó de lo que dijo el Señor del Pacto.

«Es una llave mágica. Abrirá cualquier cosa, pero solo una única vez.»

Tim insertó la llave en la cerradura, donde entró suavemente con un clic, como si hubiera estado destinada para ese orificio desde un principio. Cuando aplicó presión, giró sin dificultad, pero el calor la abandonó en el mismo instante. Ahora no había nada entre sus dedos salvo un frío metal muerto.

—Después, será tan inútil como el polvo —musitó Tim, y miró en derredor, medio convencido de que vería a Kells el Grande allí de pie con el ceño fruncido y las manos curvadas en puños. No había nadie. Así pues, deshebilló las correas y levantó la tapa. Se encogió al oír el chirrido de los goznes y volvió a mirar por encima del hombro. El corazón le latía con fuerza, y aunque aquella lluviosa noche era fría, notó un rocío de sudor en la frente.

Había camisas y pantalones encima, puestos de cualquier manera, la mayoría de las prendas deshilachadas. Tim pensó (con un resentimiento amargo que le era completamente nuevo): «Será mi madre quien las lavará y las remendará y las doblará bien cuando él se lo pida. ¿Y se lo agradecerá con un puñetazo en el brazo? ¿O en el cuello? ¿O en la cara?».

Sacó la ropa, y debajo halló lo que hacía pesado el baúl. El padre de Kells había sido carpintero, y aquí estaban sus herramientas. Tim no necesitaba a ningún adulto para decirle que poseían un gran valor, pues eran de metal trabajado. «Podría haberlas vendido para pagar el tributo, nunca las utiliza y seguro que ni siquiera sabe cómo manejarlas, daría fe con mi sello. Podría habérselas vendido a alguien que les sacara provecho —a Haggerty el Clavo, por ejemplo— y haber pagado el tributo, y todavía le habría sobrado una buena suma.»

Existía una palabra para calificar aquella clase de comportamiento, una palabra que, gracias a las enseñanzas de la Viuda Smack, Tim conocía: «avaro».

Intentó levantar la caja de herramientas, y al principio no pudo. Pesaba demasiado para él. Tim puso a un lado los martillos y los destornilladores y el afilador, depositándolos encima de la ropa. Entonces pudo manejarse mejor. Debajo había cinco cabezas de hacha que habrían hecho que Ross el Grande se diera una palmada de indignado asombro en la frente. El precioso acero estaba moteado de herrumbre, y Tim no tuvo que pasar el pulgar por las hojas para ver que estaban embotadas. El nuevo marido de Nell afilaba de vez en cuando su actual hacha, pero no se había preocupado de esas cabezas de repuesto desde hacía mucho tiempo. Para cuando las necesitara, probablemente resultarían inútiles.

Embutido en un rincón del baúl había un saquito de piel de ciervo y un objeto envuelto en una fina tela de gamuza. Tim cogió este último, lo desenvolvió y contempló el retrato de una mujer de rostro dulcemente risueño. Matas de cabello oscuro le caían sobre los hombros. Tim no se acordaba de Millicent Kells —no tendría más que tres o cuatro años cuando la mujer se internó en el claro donde tarde o temprano todos nos reuniríamos— pero sabía que era ella.

Lo envolvió de nuevo, lo dejó en su sitio, y cogió el saquito. Por el tacto daba la sensación de que solo contenía un objeto, pequeño, pero bastante pesado. Tim tiró del cordón y volteó la bolsita. Más truenos retumbaron, Tim pegó un salto por la sorpresa, y el objeto que había estado escondido en el fondo del baúl de Kells cayó en la mano de Tim.

Era la moneda de la suerte de su padre.

Tim volvió a guardar todo salvo la posesión de su padre en el baúl, devolviendo a la caja de herramientas los utensilios que había sacado para aligerarla, y luego amontonando encima la ropa. Abrochó de nuevo las correas. Todo fue bastante bien, pero cuando probó la llave de plata, esta giró sin encajar el pestillo. Inútil como polvo.

Tim desistió y cubrió el baúl con el viejo trozo de manta, tirando de un lado y otro hasta que quedó más o menos como antes. Así valdría de momento. Había visto frecuentemente a su nuevo padrastro acariciar el baúl y sentarse en él, pero solo en raras ocasiones lo *abría*, y entonces solo lo hacía para coger la piedra de afilar. El registro de Tim podría pasar inadvertido durante un tiempo, pero no era tan ingenuo como para creer que nunca se descubriría. Llegaría un día, quizá no antes del próximo mes, pero muy posiblemente la próxima semana (¡o incluso el día siguiente!), en que Kells el Grande decidiría echar mano a su afilador, o recordaría que tenía más ropa que la que había traído en su macuto. Descubriría que el baúl no estaba candado, escarbaría en busca del saquito de piel y encontraría que la moneda que contuviera había desaparecido. ¿Y entonces? Entonces su nueva esposa y su nuevo hijastro recibirían castigo. Probablemente una aterradora paliza.

Le entró miedo, pero al contemplar la familiar moneda de oro rojizo enganchada en su cadena de plata, por primera vez en su vida Tim sintió auténtico enfado. No se trataba de la rabia impotente propia de un muchacho, sino de la ira de un hombre.

Había preguntado a Destry el Viejo cosas sobre dragones y lo que podrían hacerle a una persona. ¿Dolía? ¿Habría... bueno... quedarían *restos*? El granjero había percibido la angustia de Tim y le había pasado un brazo amable alrededor de los hombros.

—No a las dos cosas, hijo. El fuego del dragón es el fuego más abrasador que existe, es tan caliente como la roca líquida que a veces borbotea de las grietas en las tierras lejanas del sur. Así lo cuentan las historias. Un hombre alcanzado por el aliento de dragón queda reducido a cenizas finísimas en una miaja de segundo: ropa, botas, hebillas y todo. Conque si me preguntas si tu padre

sufrió, quédate tranquilo. Para él, todo acabó en un instante.

«Ropa, botas, hebillas y todo.»

Pero la moneda de la suerte de papá ni siquiera estaba chamuscada, y todos los eslabones de la cadena de plata estaban intactos. Sin embargo, no se desprendía de ella ni para dormir. Así pues, ¿qué le había sucedido a Jack Ross el Grande? ¿Y por qué estaba la moneda en el baúl de Kells? A Tim se le ocurrió una terrible idea, aunque creía conocer a alguien que podría confirmarle si tal espantosa suposición era correcta. Siempre y cuando Tim tuviera las agallas suficientes, desde luego.

«Ven por la noche, pues este hijo *de yuila* gusta de dormir durante el día si se presenta la ocasión.»

Ya era de noche, o casi.

Su madre aún dormía. Tim dejó su pizarra junto a su mano. En ella había escrito: VOLVERÉ. NO TE PREOCUPES POR MÍ.

Por supuesto, ningún muchacho que alguna vez viviera puede comprender lo inútil que resulta tal mandato cuando va dirigido a una madre.

Tim no deseaba vérselas con ninguna de las mulas de Kells, puesto que tenían mal genio. Las dos que su padre había criado eran todo lo contrario. Misty y Bitsy eran *nolis*, hembras fértiles, capaces en teoría de engendrar descendencia, pero Ross no las había apareado para conservar la dulzura de su carácter.

—Dios me libre —le había dicho a Tim cuando el niño tuvo edad suficiente para plantearle esa cuestión—. Los animales como Misty y Bitsy no se hicieron para procrear, y de todas formas, casi nunca alumbran crías bien encauzadas.

Tim eligió a Bitsy, que siempre había sido su favorita, la condujo de la brida por el sendero y luego la montó a pelo. Sus pies, que colgaban a la altura de las costillas de la mula la primera vez que su padre lo había subido a lomos del animal, ahora casi tocaban el suelo.

Al principio Bitsy avanzó con paso cansino, las orejas desmochadas por el desaliento, pero cuando los truenos se debilitaron y la lluvia amainó al punto de una ligera llovizna, el animal se animó. No estaba acostumbrada a salir de noche, pero ella y Misty habían permanecido encerradas demasiado tiempo desde la muerte de Ross el Grande, y parecía bastante impaciente por...

«A lo mejor no está muerto.»

Esta idea irrumpió en la mente de Tim como un cohete y por un instante la esperanza lo deslumbró. Quizá Ross el Grande siguiera vivo y anduviera vagando por el Bosque Interminable...

«Ya, y a lo mejor la luna está hecha de queso verde, como solía decirme mamá cuando era un pequeñajo.»

Muerto. En el fondo de su corazón lo sabía, tan seguro como habría sabido si Ross el Grande siguiera con vida.

«Madre también lo habría sabido en su corazón. Lo habría sabido y jamás se habría casado con ese... ese...»

—Ese hijo de perra.

Bitsy aguzó las orejas. Acababan de pasar por la casa de la Viuda Smack, que marcaba el final de la calle mayor, y la fragancia del bosque se intensificó: el suave aroma a especias de la fustaflores y, solapándolo, el olor más fuerte y áspero del fustafarro. Para un muchacho de su edad, recorrer la senda solo, sin siquiera un hacha con la que defenderse, era una locura. Tim lo sabía y continuó

exactamente igual.

—Ese *hijo de perra* maltratador.

Esta vez habló en voz tan baja que casi sonó como un gruñido.

Bitsy conocía el camino y no vaciló cuando la Calzada de Arbolvilla se estrechó al alcanzar la linde de la floresta.

Tampoco lo hizo cuando volvió a estrecharse al internarse entre el fustafarro. Sin embargo, cuando Tim comprendió que se hallaba verdaderamente en el Bosque Interminable, la detuvo el tiempo suficiente para rebuscar en su mochila y sacar una lámpara de gas que había sisado del granero. El pequeño recipiente en forma de bulbo en la base estaba cargado de combustible, y calculó que le proporcionaría al menos una hora de luz. Dos, si la usaba con moderación.

Encendió una cerilla de azufre con la uña del pulgar (un truco que su padre le enseñara), giró la espita donde el depósito se unía al cuello largo y constreñido del quinqué, y metió la cerilla por la pequeña ranura conocida como puertamaría. La lámpara floreció en un resplandor blanco azulado. Tim la levantó y se le cortó la respiración.

No era la primera vez que se adentraba tanto en el Fustafarro, ya había ido varias veces con su padre, pero nunca de noche, y lo que vio era lo bastante imponente como para hacerle considerar dar media vuelta. A esa distancia de la civilización los mejores hierros habían sido talados y reducidos a tocones, pero los que aún se conservaban descollaban sobre el muchacho y su mula. Altos y rectos y tan solemnes como ancianos manni en un funeral (Tim había visto un dibujo en uno de los libros de la Viuda), se elevaban fuera del alcance de la luz proyectada por su enclenque lámpara. El tronco era completamente liso hasta unos diez o doce metros de altura. Por encima, las ramas se alzaban hacia el cielo como brazos y enmarañaban el angosto sendero con una telaraña de sombras. Como a nivel del suelo eran poco más que negras estacas gruesas, ofrecían la posibilidad de caminar entre ellos. Por supuesto, también era posible que uno acabara degollado por una roca afilada. Cualquiera que fuese lo bastante estúpido como para deambular fuera de la Ruta del Fustafarro —o ir más allá— se perdería rápidamente en un laberinto, donde bien podría morir de hambre. Es decir, si no era devorado antes. Como para recalcar este juicio, en la oscuridad una criatura que parecía de gran tamaño profirió un grito que sonó como un cacareo ronco.

Tim se preguntó qué estaba haciendo ahí cuando en la cabaña donde había crecido le esperaba una cama caliente con sábanas limpias. Entonces tocó la moneda de la suerte de su padre (que ahora colgaba de su propio cuello), y su resolución se afianzó. Bitsy miraba en derredor como inquiriendo: «¿Y bien? ¿En qué dirección? ¿Hacia delante o hacia atrás? Tú eres el jefe, ¿sabes?».

Tim no estuvo seguro de si podría reunir el coraje suficiente para apagar la lámpara hasta que lo hizo y se halló de nuevo en la oscuridad. Aunque ya no veía los fustafarros, podía sentir cómo se apiñaban a su alrededor.

Aun así: hacia delante.

Presionó los flancos de Bitsy con las rodillas, hizo chasquear la lengua contra el paladar y Bitsy reanudó la marcha. La fluidez de su paso le indicó que se mantenía en la rodada de la derecha. Su placidez le indicó que no presentía peligro alguno. Todavía, al menos. Aunque, honestamente, ¿qué sabía una mula de peligros? Se suponía que él debería protegerla a ella. Al fin y al cabo, Tim era el jefe.

«Ah, Bitsy —pensó—. Si tú supieras.»

¿Qué distancia había recorrido? ¿Qué distancia le quedaría aún por recorrer? ¿Hasta dónde llegaría antes de renunciar a esta locura? Él era lo único que le quedaba a su madre en el mundo, el único a quien amar y en quien apoyarse, así que, ¿hasta dónde?

Se sintió como si hubiera cabalgado diez ruedas o más desde que dejó atrás el fragante aroma de la fustaflores, pero sabía que no era así, igual que sabía que los crujidos que oía los producía el viento de la Tierra Ancha en las ramas altas de los árboles y no una bestia innumerable que le siguiera sigilosamente abriendo y cerrando sus fauces en previsión de un aperitivo vespertino. Lo sabía muy bien, pero entonces, ¿por qué el sonido del viento semejándose tanto a una respiración?

«Contaré hasta cien y luego nos daremos media vuelta», se dijo, pero cuando terminó, y como en la oscuridad cual boca de lobo solo estaban él y su valiente mula («además de cualquiera que sea la bestia que nos sigue los pasos, y cada vez más cerca», su mente insistía en añadir), decidió continuar hasta doscientos. Cuando llegó a ciento ochenta y siete oyó quebrarse una rama. Encendió el quinqué y se giró en derredor con rapidez, blandiéndolo en alto. Las lúgubres sombras parecieron encabritarse primero y luego abalanzarse sobre la presa que era él. ¿Y no hubo algo que retrocedió ante la luz? ¿No vio el centelleo de un ojo rojo?

No, seguramente no, pero...

Tim siseó entre dientes, giró la espita para cerrar el gas y chasqueó la lengua. Tuvo que hacerlo dos veces. Bitsy, anteriormente tranquila, ahora se mostró inquieta ante la orden de avanzar. Sin embargo, buena y obediente como era, cedió y echó a andar una vez más. Tim reanudó la cuenta y no tardó mucho en llegar a doscientos.

«Contaré hacia atrás hasta cero, y si no veo ninguna señal de él, me vuelvo, esta vez de verdad.»

Había alcanzado el diecinueve en su cuenta regresiva cuando vislumbró un parpadeo rojo anaranjado más adelante y a su izquierda. Era una fogata, y Tim no tuvo duda de quién la había construido.

«La bestia que me acechaba nunca estuvo detrás —pensó—. Está delante. Ese parpadeo de allá puede ser una fogata, pero también es el ojo que vi. El ojo rojo. Debería volverme mientras esté a tiempo.»

Entonces tocó la moneda de la suerte que descansaba contra su pecho y siguió adelante.

Volvió a encender la lámpara y la levantó. Había muchos ramales cortos, llamados toconeras, que arrancaban a uno y otro lado del camino principal. Justo delante, clavado a un humilde abedul, había un tablón de madera que marcaba uno de ellos. Embadurnado con pintura negra, se leía *COSINGTON-MARCHLY*. Tim conocía a estos hombres. Peter Cosington (quien había sufrido su propio golpe de mala suerte ese mismo año) y Ernest Marchly eran leñadores que habían cenado en la cabaña de los Ross en numerosas ocasiones, del mismo modo que la familia Ross había comido muchas veces en casa de uno u otro.

—Buenos tipos, pero no llegarán lejos —le confesó Ross el Grande a su hijo un día, después de una de aquellas comidas—. Hay buen fustaflores cerca de la fustaflores, pero el verdadero tesoro, la madera más densa y más pura, se encuentra en lo más profundo, cerca del borde del Fagonard, donde termina la vereda.

«Así que, bueno, tal vez sí que haya recorrido solo una rueda o dos, pero la oscuridad lo cambia todo.»

Dirigió a Bitsy hacia la toconera Cosington-Marchly, y menos de un minuto más tarde penetró en

un claro donde el Señor del Pacto esperaba sentado en un tronco ante una alegre fogata.

—Vaya, he aquí al joven Tim —dijo—. No te faltan pelotas, aunque todavía pasarán dos o tres años hasta que te salga pelo. Ven, siéntate y toma un poco de este guiso.

Tim no estaba muy seguro de querer compartir lo que fuese que comiera ese extraño personaje, pero no había cenado, y el olor que en el aire flotaba procedente de la cazuela colgada sobre el fuego era delicioso.

Leyendo los pensamientos proyectados por su joven invitado con una precisión inquietante, el Señor del Pacto dijo:

—No os va a envenenar, joven Tim.

—Estoy seguro —dijo Tim..., pero ahora que había oído mentar la palabra «veneno», ya no estaba en absoluto seguro. Sin embargo, dejó que el Señor del Pacto le sirviera una generosa ración en un plato de hojalata y cogió la cuchara de estaño que le ofrecía, que se veía abollada pero limpia.

No había nada mágico en la comida; el guiso consistía en carne de vaca, papas, zanahorias y cebollas, que nadaban en una sabrosa salsa. Mientras comía en cuclillas, Tim observó que Bitsy se acercaba con cautela al caballo negro de su anfitrión. El potro tocó brevemente el hocico de la humilde mula y a continuación se alejó (con apreciable desdén, ajuicio de Tim) hacia donde el Señor del Pacto había esparcido semillas de avena en el suelo, el cual antes había sido cuidadosamente limpiado de astillas (las sobras de sai Cosington y sai Marchly).

El recaudador no intentó entablar conversación mientras Tim comía; se limitó a martillear con insistencia la tierra con el tacón de la bota, cavando un pequeño agujero. Al lado estaba la vasija que viera atada encima de la artilla del forastero. Tim encontraba difícil de creer que su madre acertara en cuanto al material —una vasija de plata valdría una fortuna— pero parecía innegablemente de plata. ¿Cuántos nudillos habrían de ser fundidos y forjados para fabricar un objeto así?

La bota del Señor del Pacto tropezó con una raíz. De debajo de la capa desenvainó un cuchillo que casi medía lo mismo que el antebrazo de Tim y la cortó de un tajo. Después reanudó su tarea: pum y pum y pum.

—¿Por qué caváis? —preguntó Tim.

El Señor del Pacto alzó la vista el tiempo justo para brindarle una sonrisa al muchacho.

—Tal vez lo averigües por ti mismo. Tal vez no. Yo intuyo que sí. ¿Te has acabado la comida?

—Ea, y digo gracias. —Tim se palmeó la garganta tres veces—. Estaba rica.

—Bien. Los besos no duran, la cocina sí. Así dicen las yentes manni. Veo que estás admirando mi vasija. Es bonita, ¿verdad? Una reliquia de la Garlan de antaño. En Garlan realmente había dragones, y piras de ellos todavía viven en lo más profundo del Bosque Interminable, estoy seguro. Ahí, joven Tim, acabas de aprender algo. Muchos leones forman una manada; muchos cuervos forman una bandada; muchos brampos forman una throckenada; muchos dragones forman una pira.

—Una pira de dragones —dijo Tim, degustando las palabras. De pronto, captó de lleno el significado de lo que acababa de contarle el Señor del Pacto—. Si los dragones del Bosque Interminable viven en lo más profundo de...

Pero el Señor del Pacto lo interrumpió antes de que pudiera concluir su deducción.

—Tararira tarará, corta el rollo y ahórrate tus fantasías. Por ahora, coge la vasija y ve a buscarme agua. La encontrarás al borde del claro. Puede que quieras llevarte tu lamparita, porque el brillo de la hoguera no llega tan lejos, y hay una pukia en uno de los árboles. Está bastante hinchada, lo cual significa que ha comido no hace mucho, pero aun así yo no extraería agua debajo de ella. —Le dirigió otra sonrisa. Tim pensó que era una sonrisa cruel, pero no le sorprendió—. Aunque un muchacho tan valiente que se atreve a entrar en el Bosque Interminable con la mula de su padre como

única compañía debería hacer lo que le plazca.

La vasija sí que era de plata; pesaba demasiado para ser de cualquier otro material. Tim la sujetó torpemente bajo un brazo. En la mano libre sostenía en alto el quinqué. A medida que se acercaba al lado opuesto del claro, empezó a oler algo salobre y desagradable y oyó un sonido bajo, como el de muchas bocas relamiéndose. Se detuvo.

—No querréis esta agua, sai. Está estancada.

—No me digas lo que quiero o dejo de querer, joven Tim. Tú límitate a llenar la vasija. Y cuídate de la pukia, si a bien tienes, te lo ruego.

El muchacho se arrodilló, colocó la vasija delante de él y observó el perezoso riachuelo. El agua estaba infestada de bichos, gordos y blancos. Sus desproporcionadas cabezas eran negras, los ojos en pedúnculos. Parecían gusanos de río y daban la impresión de estar en guerra. Tras un momento de estudio, Tim comprendió que se estaban devorando unos a otros. El guiso se le revolvió en el estómago.

Desde arriba le llegó un ruido similar al de una mano deslizándose por un largo segmento de papel de lija. Levantó el quinqué. A su izquierda, en la rama más baja de un árbol de fustafarro, una enorme serpiente rojiza colgaba enroscada. Su cabeza en forma de pica, de mayor tamaño que la cazuela más grande de su madre, apuntaba a Tim. Ojos de color ámbar con pupilas negras como rendijas le observaban adormilados. La cinta de su lengua, bífida como una horquilla, brotó de su boca, danzó, y desapareció emitiendo un sonido acuoso similar a un latigazo.

Tim llenó la vasija de agua fétida tan rápido como le fue posible, pero teniendo concentrada casi toda su atención en la criatura que le miraba desde el árbol, varios bichos le treparon a las manos, donde comenzaron a morderle de inmediato. Se los quitó de encima con un grito quedo de dolor y asco, y enseguida regresó a la fogata con la vasija. Fue despacio y con cuidado, con la firme intención de no derramarse ni una gota encima, porque el líquido infecto bullía de vida.

—Si esto es para beber o para lavarse...

El Señor del Pacto lo miró con la cabeza ladeada, esperando a que concluyese la frase, pero Tim no pudo. Tan solo dejó la palangana al lado del recaudador, que parecía haber terminado con su agujero inútil.

—No es para beber, no es para lavarse, aunque podríamos hacer cualquiera de las dos cosas si quisiéramos.

—¡No podéis hablar en serio, sai! ¡Está asquerosa!

—El mundo es asqueroso, joven Tim, pero desarrollamos resistencia, ¿verdad? Respiramos su aire, comemos su comida, hacemos sus cosas. Sí. Sí, así es. Pero da igual. Agáchate.

El Señor del Pacto señaló a un punto y luego se puso a hurgar en su artilla. Tim observó a los bichos devorándose entre ellos, con repulsión y fascinación a la vez. ¿Continuarían así hasta que solo quedara uno, el más fuerte?

—¡Ah, aquí está! —Su anfitrión sacó una barra de acero con una punta blanca que parecía marfil y se agachó frente a él, con el animado brebaje de la palangana en medio de los dos.

Tim contempló la barra de acero en la mano enguantada.

—¿Es una varita mágica?

El Señor del Pacto pareció meditar la pregunta.

—Supongo que sí, aunque vino a la vida siendo la palanca de cambios de un Dodge Dart. El coche económico de América, joven Tim.

—¿Qué es América?

—Un reino repleto de idiotas que adoran los juguetes. No guarda relación con nuestra garla.

Pero entérate de esto, y transmíteselo a tus hijos, en caso de que alguna vez seas tan desventurado como para tenerlos: en las manos adecuadas, cualquier objeto puede ser mágico. Ahora, ¡observa!

El Señor del Pacto se echó la capa hacia atrás para dejar completamente libre el brazo y pasó la varita sobre la vasija llena de agua turbia e infestada. Ante los incrédulos ojos de Tim, los bichos cayeron inmóviles... flotaron sobre la superficie... desaparecieron. El Señor del Pacto efectuó un segundo pase y la turbidez también se desvaneció. Y, en efecto, el agua parecía ahora potable. En ella, Tim se encontró mirando su propio rostro asombrado.

—¡Dioses! ¿Cómo ha...?

—¡Silencio, estúpido! ¡Como perturbes el agua siquiera un ápice no verás nada!

El Señor del Pacto aún pasó su improvisada varita sobre la vasija una tercera vez, y el reflejo de Tim se disipó igual que hicieran los bichos y la turbidez. Lo reemplazó una visión temblorosa de la propia cabaña de Tim. Vio a su madre, y vio a Bern Kells. El hombre entró con andar inestable en la cocina desde el pasillo de atrás donde guardaba su baúl. Nell estaba de pie entre el horno y la mesa, con el camisón de noche que llevara puesto la última vez que Tim la vio. Kells tenía los ojos enrojecidos y se le salían de las cuencas. El pelo se le aplastaba contra la frente. Tim supo que, de haberse hallado presente en aquella habitación, habría oído la neblina de whisky barato que le rodeaba. El hombre movió la boca y Tim pudo leer las palabras que le brotaron de los labios: «¿Cómo me has abierto el baúl?».

«¡No! —quiso gritar Tim—. ¡Ella no, fui yo!»

Pero tenía la garganta candada.

—¿Te gusta? —susurró el Señor del Pacto—. Disfrutando del espectáculo, ¿eh?

Al principio Nell retrocedió encogida contra la puerta de la despensa, pero entonces se dio la vuelta con intención de salir corriendo. Kells la detuvo antes de que pudiera lograrlo, una mano asiéndola por el hombro, la otra envuelta en su pelo. La zarandeo como a una muñeca de trapo y luego la lanzó contra la pared. El hombre se tambaleó de un lado a otro delante de ella, como si estuviera a punto de desplomarse. Pero no cayó, y cuando Nell trató una vez más de escapar, él agarró la pesada jarra de cerámica situada junto al fregadero —la misma que antes había usado Tim para servirle agua a su madre y aliviar su dolor— y se la estrelló en el centro de la frente. La jarra se hizo añicos, y Kells se encontró empuñando únicamente el asa. La soltó, inmovilizó a su nueva esposa y empezó a propinarle una lluvia de puñetazos.

—¡NO! —chilló Tim.

Su aliento agitó el agua y la visión se desvaneció.

Tim se puso en pie de un salto y se abalanzó hacia Bitsy, que lo miraba sorprendida. En su mente, el hijo de Jack Ross ya cabalgaba de vuelta por la Ruta del Fustafarro, espoleando a Bitsy con los tacones para que corriera a galope tendido. En la realidad, el Señor del Pacto lo detuvo antes de que pudiera dar tres pasos, y lo arrastró hasta la fogata.

—Nanay, joven Tim, ¡no tan rápido! Nuestro parlamento no ha hecho más que comenzar.

—¡Soltadme! ¡Se está muriendo, si es que no la ha matado ya! A no ser que... ¿ha sido un *glam*? ¿Alguna especie de broma? —En tal caso, pensó Tim, era la broma más mezquina que jamás se le hubiera hecho a un niño amante de su madre. Y sin embargo, esperaba que lo fuera. Esperaba que el Señor del Pacto se riera y dijese: «Esta vez sí que te he tirado bien del hocico, ¿eh, joven Tim?».

El Covenante de la Baronía estaba negando con la cabeza.

—Ni bromas ni *glammers*, pues la vasija nunca miente. Ya ha ocurrido, me temo. Es terrible lo que un hombre ebrio puede hacerle a una mujer, ¿verdad? Pero vuelve a mirar. Esta vez puede que halles un poco de consuelo.

Tim cayó de rodillas delante de la palangana. El Señor del Pacto blandió con presteza su vara de acero sobre el agua. Una borrosa niebla pareció surcar su superficie... o quizá no fue más que un truco de sus ojos, que estaban anegados de lágrimas. Comoquiera que fuese, la oscuridad se aclaró. Ahora, en el cuenco llano, vio el porche de su cabaña, y a una mujer en apariencia sin rostro inclinándose sobre Nell. Despacio, muy despacio, y con la ayuda de la recién llegada, Nell consiguió ponerse en pie. La mujer sin rostro la dirigió hacia la puerta principal, y su madre empezó a andar en esa dirección, con pasos dolorosos, arrastrando los pies.

—¡Ella está viva! —gritó Tim—. ¡Mi madre está viva!

—Así es, joven Tim. Maltrecha pero con la cabeza erguida. Bueno... tal vez un *poquito* encorvada. —Rió entre dientes.

Esta vez Tim no había gritado directamente a la vasija, y la visión persistió. Se dio cuenta de que la mujer que ayudaba a su madre parecía no tener rostro porque llevaba un velo, y el burro pequeño que veía en el mismo borde de la vacilante imagen era Rayo de Sol. Tim había dado de comer, de beber, y paseado al animal muchas veces, igual que los demás alumnos de la pequeña escuela de Arbolvilla; formaba parte de lo que la directora llamaba «matrícula», pero lo cierto era que Tim nunca la había visto montándolo. De haberle preguntado, habría respondido que probablemente no podía. A causa de sus convulsiones.

—¡Es la Viuda Smack! ¿Qué hace ella en nuestra casa?

—Quizá podrás preguntárselo tú, joven Tim.

—¿La habéis enviado vos, de algún modo?

Con una sonrisa, el Señor del Pacto sacudió la cabeza.

—Tengo muchas aficiones, pero rescatar a damiselas en apuros no se cuenta entre ellas. —Se inclinó sobre la vasija, el ala del sombrero oscureciéndole el rostro—. Ay, querido mío. Creo que ella todavía está en peligro, lo cual no es de extrañar; ha recibido una tremenda paliza. La gente dice que la verdad puede leerse en los ojos de una persona, pero mírale las manos, siempre digo yo. ¡Mira a tu madre, joven Tim!

Tim se inclinó un poco más sobre el agua. Con la ayuda de la Viuda, Nell cruzó el porche con las manos extendidas por delante; caminaba hacia la pared, pese a que el porche no era amplio y la puerta quedaba directamente delante de ella. La Viuda corrigió su curso con suavidad, y las dos mujeres entraron juntas en la casa.

El Señor del Pacto chasqueó la lengua contra el paladar en señal de reprobación: *tch-tch*.

—No pinta nada bien, joven Tim. Los golpes en la cabeza pueden ser muy feos. Aun cuando no te maten, pueden causar un daño terrible. Un daño *permanente*. —Sus palabras eran graves, pero sus ojos centelleaban con una alegría indecible.

Tim apenas lo notó.

—Tengo que irme. Mi madre me necesita.

Otra vez echó a andar hacia Bitsy. En esta ocasión logró dar casi media docena de pasos antes de que el Señor del Pacto hiciera presa en él. Sus dedos eran como barras de acero.

—Antes de irte, Tim, y siempre con mi bendición, por supuesto, tienes que hacer una cosa más.

Tim sintió como si él mismo pudiera volverse loco.

«A lo mejor estoy en la cama con una fiebre por garrapatas —pensó—. A lo mejor todo esto es un sueño.»

—Lleva mi vasija al riachuelo y vacíala. Pero no donde la llenaste, porque aquella pukia de allá ha empezado a interesarse demasiado por lo que le rodea.

El Señor del Pacto recogió el quinqué de Tim, giró del todo la espita del gas y lo sostuvo en alto. La serpiente se había descolgado ahora en casi toda su extensión. El último metro, sin embargo —la parte que terminaba en la cabeza en forma de pica— estaba suspendido en el aire y zigzagueaba de lado a lado. Los ojos ámbar se clavaron absortos en los azules de Tim. Su lengua soltó un latigazo —*sloooooop*— y por un instante Tim vislumbró dos largos colmillos curvados. Centellearon bajo el resplandor proyectado por el quinqué.

—Ve hacia su izquierda —aconsejó el Señor del Pacto—. Te acompañaré y montaré guardia.

—¿No podéis vaciarlo vos mismo? Quiero ir con mi madre. Necesito...

—Tu madre no es la razón por la que te he traído aquí, joven Tim. —El Señor del Pacto pareció crecer en estatura—. *Haz lo que se te ha ordenado. Ahora.*

Tim recogió la vasija y atravesó el claro a su izquierda. El Recaudador, todavía sosteniendo el quinqué, se mantenía entre él y la serpiente. La pukia se había girado para seguir su curso, pero no mostró intención alguna de seguirlos, pese a que con los fustafierros tan cerca unos de otros y sus ramas inferiores tan entrelazadas podría haberlo hecho con facilidad.

—Esta toconera es parte de la estacada Cosington-Marchly —dijo el Señor del Pacto en una suerte de garla casual—. Quizá leyeras el letrero.

—Sí.

—Un muchacho que sabe leer un tesoro es para la Baronía. —El Señor del Pacto habíase arrimado ahora tanto a Tim que el chico sintió un escozor en la piel—. Algún día pagarás una buena suma en tributos... es decir, suponiendo que no mueras en el Bosque Interminable esta noche... o la siguiente... o la de después. Pero ¿por qué buscar tormentas que aún están más allá del horizonte, eh?

»Sabes de quién es esta estacada, pero yo sé un poco más. Lo descubrí cuando hacía mis rondas, además de enterarme de las noticias sobre la pierna rota de Frankie Simons, la enfermedad de la leche del bebé Wyland, las vacas muertas de los Riverly (y, si conozco bien mi negocio, cosa que hago, esos viejos desdentados mienten acerca de ello) y toda suerte de interesantes chismorreos. ¡Cómo habla la gente! Pero he aquí la cuestión, joven Tim. Descubrí que, a principios de la Tierra Llena, Peter Cosington quedó atrapado bajo un árbol que cayó del lado equivocado. Suele pasar de vez en cuando, sobre todo con los árboles de fustafierro. Creo que realmente *piensan*, y de ahí nace la tradición de implorar su perdón antes de la tala diaria.

—Sé lo del accidente de sai Cosington —dijo Tim. A pesar de su ansiedad, sentía curiosidad por este vuelco en la conversación—. Mi madre les envió una sopa, aunque por esos días guardaba luto por mi padre. El árbol le cayó en la espalda, pero no lo pilló *recto*. Eso lo habría matado. Pero ¿qué pasa? Ya se ha recuperado.

Estaban cerca del agua, pero el olor aquí era menos intenso y Tim no oyó a ningún bicho zurrándose. Eso estaba bien, pero la pukia seguía observándolos con hambriento interés. Malo.

—Cierto, el colega Cosie «Espalda Recta» ha vuelto a trabajar y todos decimos gracias. Pero mientras guardaba cama, durante las dos semanas antes del encuentro de tu padre con su dragón y las seis semanas posteriores, esta toconera y todas las demás de la estacada Cosington-Marchly quedaron desiertas, porque Ernie Marchly no es como tu padrastro. Es decir, no vendría a cortar al Bosque Interminable sin un socio. Aunque, por supuesto, y *también* a diferencia de tu padrastro, Ernie el Lento sí que tiene realmente un compañero.

Tim se acordó de la moneda que reposaba sobre su piel y del motivo que le había impulsado a emprender esta alocada misión en un principio.

—¡No hubo ningún dragón! ¡Porque la moneda de la suerte de mi padre también se habría calcinado! Entonces, ¿por qué estaba en el baúl de Kells?

—Vacía la vasija, joven Tim. Creo que encontrarás que no hay bichos en el agua que te molesten. No, aquí no.

—Pero quiero saber...

—Cierra el pico y vierte el agua de mi vasija, pues no te irás de este claro mientras esté llena.

Tim se arrodilló para hacer lo que le pedía, con el único deseo de completar la tarea y marcharse. No le interesaba nada Peter «Espalda Recta» Cosington, y creía que al hombre de la capa negra tampoco le importaba. «Se mofa de mí. O está torturándome. Tal vez ni siquiera conozca la diferencia. Pero en cuanto esta maldita vasija esté vacía, montaré en Bitsy y me iré lo más rápido que pueda. Y que intente detenerme. Que intente...»

Los pensamientos de Tim se quebraron tan limpiamente como una rama seca bajo una bota. Perdió el agarre de la vasija y esta cayó boca abajo en la enmarañada maleza. Allí no había bichos en el agua, el Señor del Pacto tenía razón en eso; la corriente era cristalina como el agua que fluía del manantial cerca de su cabaña. A quince o veinte centímetros por debajo de la superficie yacía un cuerpo humano. Las ropas eran meros harapos que flotaban en la corriente. Los párpados habían desaparecido, igual que la mayor parte del pelo. La cara y los brazos, en otro tiempo profusamente bronceados, mostraban ahora la palidez del alabastro. Por lo demás, el cadáver de Jack Ross el Grande se conservaba en perfecto estado. De no ser por la vacuidad de aquellos ojos sin párpados ni pestañas, Tim habría creído que su padre podría levantarse, empapado, y estrecharle en un abrazo.

La pukia soltó su hambriento restallido: *sloooop*.

En respuesta, algo se rompió dentro de Tim, y empezó a gritar.

El Señor del Pacto le estaba forzando a tragar algo. Tim intentó repelerlo, pero no logró nada. El hombre simplemente le agarró por el pelo de la parte de atrás de la cabeza, y cuando Tim gritó, le encajó la boca de un frasco entre los dientes. Un líquido ardiente chorreó por su garganta. No era whisky barato, pues en lugar de embriagarle, le calmó. Más que eso: le hizo sentir como un invitado glacial en su propia cabeza.

—El efecto se desvanecerá en diez minutos, y después te dejaré seguir tu camino —dijo el Señor del Pacto. La jocosidad había desaparecido de su voz. Ya no llamaba al muchacho joven Tim; ya no le llamaba de ninguna forma—. Ahora, despega las orejas y escucha. Empecé a oír algunas historias en Tavares, a cuarenta ruedas al este de aquí, un leñador que había sido abrasado por un dragón. Estaba en boca de todo el mundo. Una hembra grande como una casa, decían. Yo sabía que eran memeces. Creo que en alguna parte del bosque podría haber aún un tigre...

Al decir esto, los labios del Recaudador se retorcieron en un rictus de burla, visto y no visto, demasiado rápido para percibirlo.

—... pero ¿un dragón? Jamás. No ha habido uno tan cerca de la civilización en años, tantos como diez veces diez, y menos aún uno grande como una casa. Despertó mi curiosidad. No porque Ross el Grande sea un tributario, o lo *fuera*, aunque es lo que habría contado a la plebe desdentada, dado el caso de que algún individuo fuese lo bastante cicalado, y lo bastante valiente, para preguntar. No, solo quería saciar mi curiosidad per se, porque el ansia de desvelar secretos siempre ha sido mi mayor vicio. Algún día me traerá la muerte, no me cabe duda.

«Acampé en la Ruta del Fustafarro anoche, antes de empezar mis rondas, solo que fui hasta el

final de la senda. Los letreros en las pocas toconeras antes del Pantano de Fagonard indicaban Ross y Kells. Allí llené mi vasija en la última corriente de agua clara antes del inicio de los cenagales, ¿y qué vi? Vaya, un letrado que decía Cosington-Marchly. Recogí mi artilla, monté en Blackie y vine aquí, solo por la perspectiva de lo que pudiese ver. No tuve necesidad de volver a consultar la vasija; descubrí un lugar donde la pukia de allá no se aventuraría y donde los bichos no habían contaminado el arroyo. Esos gusanos son voraces devoradores de carne, pero las viejas cuentan que no se comerán la carne de un hombre virtuoso. Las viejas a menudo se equivocan, pero no en este caso, por lo visto. El agua fría ha conservado el cuerpo, y parece estar en perfecto estado, porque el hombre que lo mató le golpeó por detrás. Vi el cráneo hendido al darle la vuelta, y lo volví a colocar en la posición en que lo has encontrado para ahorrarte la visión. —El Señor del Pacto hizo una pausa. A continuación, añadió—: Y así te vería él a ti, supongo, si su esencia pervive cerca de su cadáver. En esto, las viejas no han alcanzado un consenso. ¿Sigues bien, o quieres otra pequeña dosis de nen?

—Estoy bien. —Jamás había dicho una mentira semejante.

—Estaba totalmente seguro de quién era el culpable (igual que tú, imagino), pero cualquier duda residual que pudiera albergar quedó disipada en el Saloon de Gitty, mi primera parada en Arbolvilla. El borracho del pueblo bien vale siempre una docena de nudillos en época de recaudación, si no más. Allí averigüé que Bern Kells se había enlazado con la viuda de su socio muerto.

—Por *vuestra* culpa —dijo Tim con una voz monocorde que no sonaba nada como la suya propia—. Por culpa de vuestros condenados *tributos*.

El Señor del Pacto se puso una mano en el pecho y habló con un tono de voz dolido.

—¡Me juzgas mal! No eran los *tributos* lo que encendía a Kells en la cama todos estos años, ea, ni cuando tenía una mujer a su lado que le apagaba la antorcha.

Prosiguió, pero el efecto de la sustancia que el Covenante de la Baronía había llamado nen empezó a mermar, y Tim perdió el sentido de las palabras. De repente ya no sintió frío, sino calor, una fiebre que le quemaba por dentro, y se le revolvieron las entrañas. Fue tambaleándose hasta los restos de la fogata, cayó de rodillas y vomitó la cena en el agujero que el Señor del Pacto había estado cavando con el tacón de su bota.

—¡Ahí está! —exclamó el hombre de la capa negra con un tono de efusiva autocongratulación—. Ya me *imaginaba* yo que podía servir para algo.

—**Querrás irte ya** para ver a tu madre —dijo el Señor del Pacto cuando Tim hubo terminado de vomitar y se sentó junto a la fogata moribunda, con la cabeza gacha y el cabello cayéndole sobre los ojos—. Buen hijo eres. Pero tengo algo que tal vez quieras. Un minuto más. No supondría ninguna diferencia para Nell Kells; está como está.

—¡No la llaméis así! —le espetó Tim.

—¿Cómo no voy a hacerlo? ¿Acaso no está casada? Matrimonio con prisas, lamento a la vista, dicen las yentes ancianas. —El Señor del Pacto se acuclilló una vez más delante de su artilla amontonada, la capa ondeando a su alrededor como las alas de una imponente ave—. También dicen que lo que se enlaza no puede ser desenlazado, y dicen verdad. Existe un divertido concepto llamado *divorcio* en algunos niveles de la Torre, pero no en nuestro encantador rincón de Mundo Medio. Ahora déjame ver... está aquí en algún sitio...

—No entiendo por qué Peter el Recto y Ernie el Lento no lo encontraron —dijo Tim con voz

apagada. Se sentía desinflado, vacío. Cierta emoción aún palpitaba en el fondo de su corazón, pero no sabía qué era—. Este es su terreno... su estacada... y han estado talando desde que Cosington se recobró lo suficiente para volver a trabajar.

—Ea, han cortado hierro, pero no aquí. Poseen muchas otras toconeras. Han dejado esta en barbecho durante una temporada. ¿No adivinas por qué?

Tim creía saber la respuesta. Peter el Recto y Ernie el Lento eran gente buena y amable, pero no los hombres más valientes que alguna vez hayan talado hierro, razón por la cual no se adentraban más en el bosque.

—Están esperando a que la pukia se marche, pienso yo.

—Es un chico cicalado, ea —dijo el Señor del Pacto con aprobación—. Sabe discurrir bien. ¿Y cómo crees que sintióse tu padrastro al saber que aquel gusano arbóreo de allá podría mudarse en cualquier momento? ¿Que esos dos podrían volver y descubrir su crimen a menos que reuniera las agallas suficientes para venir antes y trasladar el cadáver a lo más profundo del bosque?

La nueva emoción en el corazón de Tim palpitaba con más fuerza ahora. Se alegraba. Cualquier cosa era mejor que el impotente terror que sintió por su madre.

—Espero que se sienta mal. Espero que no pueda dormir. —Y entonces, con naciente comprensión—: Por eso ha vuelto a la bebida.

—¡Un chico listo, en efecto, sabio por encima de...! ¡Ah! ¡Aquí está!

El Señor del Pacto se volvió hacia Tim, que en ese momento desataba a Bitsy y se disponía a montar. Se acercó al muchacho, ocultando algo bajo su capa.

—Lo hizo en un arrebato, seguro, y después le debió entrar el pánico. ¿Por qué si no se inventaría una historia tan ridícula? Los demás leñadores la ponen en duda, de eso puedes estar seguro. Hizo un fuego y se arrimó todo lo más que se atrevió y pudo aguantar, así se le chamuscó la ropa y le salieron ampollas en la piel. Lo sé porque hice mi propio fuego sobre los restos del suyo. Antes lanzó la artilla de su socio muerto al bosque del otro lado del arroyo, tan lejos como le permitieron las fuerzas. La sangre de tu padre aún no se le había secado en las manos, te lo garantizo. Vadeé la corriente y la recuperé. La mayor parte es una maraja inútil, pero guardé una cosa para ti. Estaba oxidada, pero mi piedra pómez y el afilador la han limpiado muy bien.

De debajo de la capa sacó el hacha de Ross el Grande. La hoja recientemente afilada resplandecía. Tim, ahora a horcajadas sobre Bitsy, la cogió, se la llevó a los labios y besó el frío acero. Entonces insertó el mango en el cinturón, con el filo de la hoja apartado del cuerpo, como le enseñara Ross el Grande en una época pasada.

—Veo que llevas una moneda de rodita alrededor del cuello. ¿Pertenece a tu padre?

A lomos de la mula, Tim quedaba a la misma altura que el Señor del Pacto.

—Estaba en el baúl de ese cabrón asesino.

—Tienes su moneda; ahora, además, tienes su hacha. ¿Dónde la clavarás, me pregunto, si el ka te ofrece la oportunidad?

—En su cabeza. —La emoción, ira en estado puro, había escapado de su corazón como un ave con las alas en llamas—. En la nuca o en la frente, me da igual.

—¡Admirable! ¡Me gustan los chicos que tienen un plan! Ve con todos los dioses que conozcas, y que el Hombre Jesús te acompañe, por si acaso. —Entonces, habiendo llevado al muchacho hasta su límite, se volvió a avivar su fogata—. Puede que aguarde otra noche o dos más en la Fusta. Encuentro Arbolvilla extrañamente interesante esta Tierra Ancha. ¡Estate atento a la *sighe* verde, muchacho! ¡Ella brilla, cierto es!

Tim no respondió, pero el Señor del Pacto estaba seguro de que le había oído.

Una vez que los llevaba al límite, siempre lo hacían.

La Viuda Smack debía de haber estado mirando por la ventana, pues Tim acababa de guiar hasta el porche a una Bitsy cansada y con las patas doloridas (a pesar de su creciente ansiedad, había venido caminando el último kilómetro para ahorrarle el esfuerzo) cuando salió corriendo.

—Gracias a los dioses, gracias a los dioses. Tu madre está a tres cuartas de creer que has muerto. Entra. Apresúrate. Deja que te oiga y te toque.

La trascendencia de sus palabras no alcanzó a Tim completamente hasta más tarde. Ató a Bitsy al lado de Rayo de Sol y apretó el paso.

—¿Cómo supo que tenía que venir a ella, sai?

La Viuda volvió el rostro hacia él (aunque, considerando el velo, apenas era un rostro).

—¿Se te han ablandado los sesos, Timothy? Pasaste por delante de mi casa espoleando a esa mula a más no poder. No me imaginaba por qué motivo estabas fuera tan tarde camino del bosque, así que vine a preguntarle a tu madre. Pero entra, entra. Y, si la amas, alegra la voz.

La Viuda le guió por la salita, donde dos lámparas de kerseno ardían con la llama baja. En la habitación de su madre, a la luz de otro quemador sobre la mesilla de noche, vio a Nell tendida en la cama con la mayor parte del rostro envuelto en vendas; tenía otra, esta horriblemente manchada de sangre, puesta alrededor de la garganta como un collarín.

Se incorporó al oír sus pasos, con una mirada salvaje en la cara.

—¡Si eres Kells, no te acerques! ¡Ya has hecho bastante!

—Soy Tim, madre.

Ella giró la cabeza hacia la voz y extendió los brazos.

—¡Tim! ¡A mí, a mí!

El muchacho se arrodilló al lado de la cama, y la parte de la cara que no estaba cubierta de vendas él cubrióla de besos, llorando al mismo tiempo. Ella todavía llevaba su camisón de noche, pero ahora el cuello y la pechera estaban duros con manchas herrumbrosas de sangre. Tim había visto a su padrastro asestarle un terrible golpe con la jarra de cerámica, y luego había comenzado con los puños. ¿Cuántos puñetazos había visto? Lo ignoraba. ¿Y cuántos habían caído sobre su desventurada madre después de que la visión en la vasija de plata hubiera desaparecido? Bastantes para saber que tenía suerte de seguir con vida, pero uno de los golpes —posiblemente el propinado con la jarra de cerámica— había dejado a su madre ciega.

—Ha sufrido una fuerte contusión —explicó la Viuda Smack. Se sentó en la mecedora del dormitorio de Nell; Tim se sentó en la cama, sujetando la mano izquierda de su madre. Tenía rotos dos dedos de la derecha. La Viuda, que debía haber estado muy ocupada desde su fortuita llegada, los había entablillado con trozos de leña y tiras de franela que había rasgado de otro de los camisones de Nell—. Lo he visto antes. Hay una inflamación en el cerebro. Cuando disminuya, puede que recupere la vista.

—Puede —repitió Tim con desaliento

—Habrà agua si Dios quiere, Timothy.

«Nuestra agua ahora está envenenada —pensó Tim—, y no por obra de ningún dios.» Abrió la boca para decir eso justamente, pero la Viuda sacudió la cabeza.

—Está dormida. Le di una infusión de yerbas, aunque muy potente; no me atreví a darle nada fuerte después de todos los golpes que le pegó en la cabeza, pero ha prendido. No estaba segura de si haría efecto.

Tim miró el rostro de su madre —terriblemente pálido, con pecas de sangre todavía secándose en la escasa piel que los vendajes de la Viuda dejaban expuesta— y luego a su maestra.

—Se despertará, ¿verdad?

La Viuda repitió:

—Habrà agua si Dios quiere. —Entonces la boca fantasma bajo el velo se curvó en lo que podría haber sido una sonrisa—. En este caso, creo que habrá. Es fuerte tu madre.

—¿Puedo hablar con vos, sai? Porque si no hablo con nadie, creo que voy a explotar.

—Faltaría más. Vamos al porche. Me quedaré aquí esta noche, con tu permiso. ¿Me darás cobijo? Y en tal caso, ¿guardarás a Rayo de Sol en la cuadra?

—Ea —asintió Tim. En su alivio, logró esbozar una verdadera sonrisa—. Y digo gracias.

El aire estaba aún más caliente. Sentada en la mecedora que fuese el lugar de reposo favorito de Ross el Grande en las noches estivales, la Viuda dijo:

—Este tiempo parece de boreastada. Llámame loca (no serías el primero), pero es cierto.

—¿Qué es eso, sai?

—No importa, probablemente no sea nada... es decir, a no ser que veas a sir Throcken bailando a la luz de las estrellas o mirando al norte con el hocico levantado. No ha habido una boreastada por estos lares desde que yo era una cría, muchos, muchos años ha. Tenemos otros temas de los que hablar. ¿Es lo que ese bestia le hizo a tu madre lo único que te turba, o hay algo más?

Tim lanzó un suspiro, no muy seguro de por dónde empezar.

—Veo que llevas al cuello una moneda que creo que ya había visto al cuello de tu padre. Tal vez debieras empezar por ahí. Pero antes hay que hablar de otro asunto, que es la protección de tu madre. Te mandaré al alguacil Howard, no importa la hora que sea, pero su casa está a oscuras y cerrada a cal y canto. Yo misma lo comprobé de camino aquí. Tampoco me extraña. Todo el mundo sabe que cuando el Señor del Pacto visita Arbolvilla, Howard Tasley encuentra alguna razón para esfumarse. Yo soy una anciana y tú no eres sino un niño. ¿Qué haremos si Bern Kells vuelve para terminar lo que empezó?

Tim, que ya no se sentía como un niño, bajó la mano a su cinturón.

—La moneda de mi padre no es lo único que encontré esta noche. —Sacó el hacha de Ross el Grande y se la enseñó—. También era de mi padre, y si se atreve a volver, se la hundiré en la cabeza, que es el sitio que le corresponde.

La Viuda Smack se disponía a reprobarle, pero percibió una expresión en los ojos del muchacho que la hizo cambiar de dirección.

—Cuéntame tu historia —pidió—. No excluyas ni una palabra.

Cuando Tim hubo terminado —procurando cumplir la orden de la Viuda de no excluir nada, se aseguró de contarle lo que su madre había dicho sobre la peculiar inmutabilidad del hombre de la vasija de plata—, su anciana maestra permaneció en silencio durante unos instantes... aunque la brisa nocturna hacía revolotear su velo de manera extraña e inquietante, y daba así la impresión de que

asentía con la cabeza.

—Tiene razón, ¿sabes? —dijo por fin—. Ese cauto hombre no ha envejecido ni un día. Y la recaudación de impuestos no es su trabajo. Creo que es su afición. Es un hombre con *aficiones*, ea. Tiene sus pequeños *pasatiempos*. —Levantó los dedos a la altura del velo, pareció estudiarlos, y luego volvió a posarlos en el regazo.

—No tembláis —aventuró Tim.

—No, esta noche no, y es bueno que así sea si he de guardar vigilia a la cabecera de tu madre, cosa que pienso hacer. Tú, Tim, prepárate un camastro detrás de la puerta. Vas a estar un poco incómodo, pero si vuelve tu padrastro, y si quieres tener una oportunidad contra él, tendrás que atacarlo por la espalda. Es distinto a los cuentos de Bill el Valiente, ¿verdad?

Tim apretó los puños, las uñas clavándose en las palmas.

—Eso es lo que el malnacido le hizo a mi padre, y no se merece otra cosa.

Ella le tomó una mano entre las suyas propias y la relajó.

—De todas formas, lo más seguro es que no vuelva, máxime si cree que ha acabado con ella, y pudiera ser. Había muchísima sangre.

—*Hijo de perra* —susurró Tim con voz ahogada.

—Estará borracho, tirado en algún sitio. Mañana irás a ver a Peter el Recto Cosington y Ernie el Lento Marchly, pues suya es la parcela donde tu padre yace. Enséñales la moneda que llevas y cuéntales cómo la hallaste en el baúl de Kells. Pueden reunir una partida de búsqueda y captura. No tardarán en encontrarle y encerrarle en el calabozo, te lo garantizo, y cuando recupere la sobriedad, afirmará que no sabe lo que ha hecho. Podría incluso ser verdad, ya que en algunos hombres, cuando se les mete dentro, el licor corre un telón sobre sus mentes.

—Iré con ellos.

—No, no es tarea para un niño. Ya es bastante malo que tengas que hacer guardia esta noche con el hacha de tu padre. Esta noche es necesario que seas un hombre. Mañana podrás volver a ser un niño, y el deber de un niño cuando su madre ha sido herida de gravedad es estar a su lado.

—El Señor del Pacto dijo que a lo mejor se quedaba en la Ruta del Fustafarro una o dos noches más. Tal vez debería...

La mano que momentos antes relajara asió la muñeca de Tim allí donde la carne era blanda, y con fuerza suficiente para que doliera.

—¡No se te ocurra jamás! ¿Acaso no ha causado ya suficiente daño?

—¿Qué estáis diciendo? ¿Que él hizo que todo esto pasara? ¡Fue Kells el que mató a mi padre, y fue Kells el que pegó a madre!

—Pero fue el Señor del Pacto quien te dio la llave, y no hay testimonio de lo que pudo haber hecho antes. Ni sabemos lo que *hará*, si se le presenta la ocasión, pues deja una estela de ruina y desolación a su paso, y así ha sido desde tiempos inmemoriales. ¿Te crees que la gente le teme solo porque tiene la potestad de expulsar de sus tierras a aquellos que no puedan pagar el tributo de la baronía? No, Tim, no.

—¿Sabéis cuál es su nombre?

—No, ni necesito saberlo, pues sé lo que realmente *es*: la peste en carne y hueso. Hace mucho tiempo, después de un asunto bastante sucio que él hizo aquí y del que no hablaré con un niño, tomé la determinación de averiguar cuanto pudiera. Escribí una carta a una gran dama que conocí antaño en Gilead, una mujer de discreción además de belleza, una rara combinación, y pagué buena plata a un mensajero para que la llevara y me trajera una respuesta... que mi corresponsal en la gran ciudad me rogó que quemara. Me contó que cuando el Covenante de Gilead no se dedica a su *afición* de

recaudar impuestos, un trabajo que se reduce a lamer las lágrimas de los rostros de la pobre yente trabajadora, es consultor de los lores de palacio que se llaman a sí mismos el Consejo de Eld. Son ellos mismos los que afirman tener conexiones de sangre con el Eld. Se dice que es un gran mago, y es posible que exista algo de verdad en ello, pues tú has presenciado su magia en acción.

—En verdad la he visto —dijo Tim, pensando en la vasija. Y en la forma en que sai Covenant pareció aumentar de estatura al exteriorizar su furor.

—Mi corresponsal escribía que hay algunos que incluso afirman que es Maerlyn, aquel que fuera el mago de la corte del mismísimo Arthur Eld, pues se dice que Maerlyn es eterno, una criatura que vive hacia atrás en el tiempo. —Detrás del velo resonó un bufido—. Solo pensar en ello me da dolor de cabeza, pues semejante idea no tiene sentido terrenal.

—Pero Maerlyn era un mago blanco, o así cuentan las leyendas.

—Aquellos que afirman que el Señor del Pacto es Maerlyn disfrazado dicen que fue corrompido por el *glam* del Arco Iris del Mago, pues le fue confiado en custodia en aquellos días anteriores a la destrucción del Reino Eldano. Otros dicen que, en uno de sus periplos tras la caída, descubrió cierto *artifaxto* del Pueblo Antiguo, fue cautivado por él y le oscureció en lo más profundo de su espíritu. Esto sucedió en el Bosque Interminable, dicen, donde aún vive en una casa mágica donde no pasa el tiempo.

—No parece demasiado probable —dijo Tim... aunque quedó fascinado por la idea de una casa mágica donde las manillas del reloj nunca se movían y la arena del cristal nunca caía.

—¡Una bosta es lo que es! —Y, al notar su expresión sobresaltada, añadió—: Imploro tu perdón, pero a veces solo sirven las vulgaridades. Ni siquiera Maerlyn podría estar en dos sitios al mismo tiempo, mirando las musarañas en el Bosque Interminable en un extremo de la Baronía del Norte y sirviendo a los lores y pistoleros de Gilead en el otro. Na, el recaudador no es Maerlyn, pero sí es un hechicero, un mago negro. Así decía la dama a quien enseñé en otro tiempo, y así lo creo yo. Por eso jamás debes volver a acercarte a él. Cualquier bien que se ofrezca a hacerte será un engaño.

Tim se quedó cavilando sobre esto un momento, y finalmente preguntó:

—¿Sabéis qué es una *sighe*, sai?

—Por supuesto. Las *sighes* son las yentes hadas, que supuestamente viven en lo más hondo del bosque. ¿Te habló el hombre oscuro de ellas?

—No, es solo una historia que me contó Willem el Pajizo un día en el aserradero.

«¿Y ahora por qué miento?»

Pero en el fondo de su corazón, Tim lo sabía.

Bern Kells no volvió esa noche, lo cual fue para mejor. Tim tenía intención de montar guardia, pero solo era un niño y estaba exhausto. «Voy a cerrar los ojos un momentito, para reposar la vista», fue lo que se dijo cuando se tumbó en el camastro de paja que preparó detrás de la puerta, y realmente le dio la *impresión* de que no habían transcurrido más que unos segundos, pero cuando los volvió a abrir la cabaña estaba inundada por la luz de la mañana. El hacha de su padre descansaba en el suelo a su lado, donde su mano la había dejado caer al relajarse. La recogió, se la colocó de nuevo en el cinturón y se dirigió corriendo al dormitorio para ver a su madre.

La Viuda Smack dormía profundamente en la mecedora de Tavares, que había arrimado a la cama, el velo aleteando con sus ronquidos. Los ojos de Nell estaban abiertos de par en par, y se volvieron hacia el sonido de los pasos de Tim.

—¿Quién viene?

—Soy Tim, madre. —Se sentó en la cama a su vera—. ¿Ha recuperado ya la vista? ¿Aunque sea un poco?

Ella intentó sonreír, pero su boca hinchada poco más pudo hacer que retorcerse.

—Sigo a oscuras, me temo.

—Está bien. —Le levantó la mano no entablillada y la besó en el dorso—. Seguramente todavía es muy pronto.

Sus voces habían despertado a la Viuda.

—Dice verdad, Nell.

—Ciega o no, el año que viene nos echarán con toda certeza, y luego ¿qué?

Nell volvió el rostro hacia la pared y empezó a llorar. Tim miró a la Viuda, no muy seguro de cómo actuar. Ella le indicó con un gesto que se marchara.

—Le daré algo para calmarla a ella, lo tengo en mi bolso. Tú tienes hombres que visitar, Tim. Ve de inmediato, o ya habrán salido para los bosques.

Pese a todo, quizá no hubiera llegado a tiempo de encontrar a Peter Cosington y Ernie Marchly si Anderson el Pelón, uno de los granjeros importantes de Arbolvilla, no se hubiera detenido a charlar en el cobertizo de la pareja mientras ellos enganchaban las mulas y se preparaban para una nueva jornada. Los tres hombres escucharon su relato en adusto silencio, y cuando al fin Tim concluyó atropelladamente diciéndoles que su madre aún seguía ciega esa mañana, Peter el Recto agarró a Tim por los brazos superiores y dijo:

—Cuenta con nosotros, muchacho. Despertaremos a cada hachero del pueblo, tanto a los que trabajan en la floresta como a los que suben el Fustafarro. Hoy no habrá tala en el bosque.

Intervino Anderson:

—Enviaré a mis chicos a avisar a los granjeros. Y también a Destry y al aserradero.

—¿Y el alguacil? —preguntó Ernie el Lento con una pizca de nerviosismo.

Anderson bajó la cabeza, escupió entre sus botas y se limpió la barbilla con el canto de la mano.

—En el camino de Tavares, por lo que he oído, no sé si buscando a cazadores furtivos o visitando a la mujer que mantiene allí. No hay diferencia. Howard Tasley sirve para menos que un pedo en un vendaval. Haremos el trabajo nosotros mismos, y para cuando vuelva ya tendremos a Kells entre rejas.

—Y si se pone violento, con un par de brazos rotos —añadió Cosington—. Jamás ha sido capaz de aguantar ni la bebida ni su mal genio. No había problema cuando estaba Jack Ross para refrenarlo, pero ¡mira a lo que hemos llegado! ¡Nell Ross ciega por una paliza! Kells el Grande se la ha comido con los ojos desde siempre, y el único que no se daba cuenta era...

Anderson hízole callar de un codazo y seguidamente se dirigió a Tim, doblándose hacia delante con las manos en las rodillas, pues era larguirucho.

—¿Fue el Señor del Pacto quien encontró el cadáver?

—Ea.

—Y viste el cuerpo con tus propios ojos.

Los ojos de Tim se anegaron, pero la voz se mantuvo estable.

—Ea, así de cierto.

—En nuestra estacada —dijo Ernie el Lento—. Atrás de una toconera nuestra, ese donde la pukia ha montado su cubil.

—Sí.

—Solo por eso le mataría —dijo Cosington—, pero lo cogeremos vivo si podemos. Ernie, mejor que tú y yo vayamos allá y traigamos los... ya sabes, los restos... antes de ponernos a buscar. Pelón, ¿podrás correr la voz tú solo?

—Ea. Nos reuniremos en la tienda de abastos. Abrid bien los ojos en la Ruta, muchachos, aunque si tuviera que adivinar, diría que encontraremos a ese granuja en el pueblo, tirado en algún sitio. —Y, más para sí mismo que para los demás—: Nunca me creí ese cuento del dragón.

—Empieza detrás de la taberna de Gitty —sugirió Ernie el Lento—. No sería la primera vez que duerme la mona ahí.

—Eso haremos. —Anderson el Pelón alzó la vista al cielo—. No me gusta este tiempo, si os digo la verdad. Demasiado calor para la Tierra Ancha. Espero que no traiga una tormenta, y ruego a los dioses que no traiga una boreastada. Ya sería el colmo. No habría nadie que pudiera pagar al Señor del Pacto el año que viene. De todas formas, si lo que nos ha contado este mozo es verdad, nos ha hecho un favor al librarnos de una manzana podrida.

«A mi madre no —pensó Tim—. Si no me hubiera dado aquella llave, y si yo no la hubiera usado, aún conservaría la vista.»

—Ahora vete a casa —le dijo Marchly a Tim. Habló con ternura, pero en un tono de voz que no admitía discusión—. Pasa por mi casa de camino, ¿quieres?, y dile a mi señora que hacen falta mujeres en la tuya. La Viuda Smack debería irse a descansar, ya que no tiene edad ni salud para estos trotes. Además... —Lanzó un suspiro—. Dile que se las necesitará en el salón de entierros de Stokes más tarde.

Tim montaba a Misty esta vez, y la mula se empeñó en ir deteniéndose a mordisquear cada arbusto. Antes de llegar a casa le adelantaron dos carretas y una biga tirada por un poni, cada una transportando a un par de mujeres deseosas de ayudar a su madre en aquel momento de dolor y tribulación.

Apenas terminó de estabular a Misty al lado de Bitsy cuando Ada Cosington, que aguardaba en el porche, le requirió para llevar a casa a la Viuda Smack.

—Puedes usar mi biga. Ve despacio por donde haya surcos, pues la pobre mujer está bastante fatigada.

—¿Ha tenido convulsiones, sai?

—Na, creo que la pobrecita está demasiado cansada para temblar. Estuvo aquí cuando más se la necesitaba, y puede que le haya salvado la vida a tu madre. Jamás lo olvides.

—¿Puedo ver a mi madre otra vez? ¿Un poquito?

Tim supo la respuesta por el rostro de sai Cosington antes de que ella abriera la boca.

—Todavía no, hijo. Tu obligación ahora es rezar.

Tim pensó en contestarle lo que su padre decía a veces: «Reza por la lluvia cuanto gustes, pero cava un pozo mientras lo haces». Al final, guardó silencio.

Lento fue el viaje hasta la casa de la Viuda con el pequeño burro de la anciana atado a la parte

trasera de la biga de Ada Cosington. El extemporáneo calor persistía, y las brisas agridulces que habitualmente soplaban procedentes del Bosque Interminable habían decaído encalmadas. La Viuda intentó decir cosas alegres de Nell, pero pronto se rindió; Tim supuso que a oídos de la mujer sonaban tan falsas como lo hacían a los suyos propios. A mitad de la calle mayor oyó un espeso gorjeo a su derecha. Miró en derredor, alarmado, y acto seguido se relajó. La Viuda se había dormido con la barbilla apoyada en su pecho de pajarito. El dobladillo del velo se arrellanaba en su regazo.

Cuando alcanzaron la casa en las afueras del pueblo, el muchacho se prestó a acompañarla dentro.

—Na, tan solo ayúdame a subir los escalones, luego ya me arreglaré a-bien. Quiero un té con miel y mi cama, porque me caigo de cansancio. Tú ahora has de estar con tu madre, Tim. Sé que cuando vuelvas te encontrarás allí a la mitad de las señoras del pueblo, pero es a ti a quien ella necesita.

Entonces, por primera vez en los cinco años que la había tenido como maestra, dio un abrazo a Tim. Fue seco y feroz. Pudo sentir cómo le vibraba el cuerpo bajo el vestido. Parecía que no estaba demasiado cansada para temblar, después de todo, ni demasiado cansada para proporcionar consuelo a un muchacho —un muchacho cansado, enfadado, confuso— que lo necesitaba desesperadamente.

—Ve con ella. Y no te acerques a ese hombre oscuro, en caso de que se te vuelva a aparecer. Está hecho de engaños de los pies a la cabeza, y sus evangelios no traen sino lágrimas.

De regreso por la calle mayor se topó con Willem el Pajizo y su hermano Hunter (apodado el Lunares por sus pecas), a caballo con intención de unirse a la partida, que había ya tomado la Calzada de Arbolvilla.

—Piensan rastrear cada estacada y cada palmo del Fustafarro —dijo Hunter el Lunares con excitación—. Lo cogeremos.

La partida no había encontrado a Kells en el pueblo, por lo visto. Tim tuvo el presentimiento de que tampoco lo encontrarían en la Fusta. No se basaba en nada concreto, pero le asaltó con fuerza, igual que la sensación de que el Señor del Pacto aún no había terminado con él. El hombre de la capa negra había disfrutado de un poco de diversión... pero no de toda.

Su madre dormía, pero despertó cuando Ada Cosington le hizo pasar. Encontró a las demás señoras sentadas en la estancia principal, pero no habían permanecido ociosas mientras Tim estuvo fuera. La despensa había sido misteriosamente abastecida —los anaqueles gemían bajo el peso de botellas y sacos— y aunque Nell era ama de casa de buenas costumbres, Tim nunca había visto el lugar con un aspecto tan atildado. Incluso las vigas del techo habían sido restregadas para eliminar las manchas de humo.

Cualquier rastro de Bern Kells había desaparecido. El terrible baúl habíase desterrado bajo el porche trasero, a hacer compañía a las arañas, los ratones silvestres y los sapos de páramo.

—¿Tim? —Y cuando el muchacho tomó las manos que Nell le extendía, esta suspiró con alivio—. ¿Estás bien?

—Ea, madre, lo llevo mejor. —Era mentira, y ambos lo sabían.

—Sabíamos que estaba muerto, ¿verdad? Pero eso no sirve de mucho consuelo. Es como si él lo

hubiera vuelto a matar otra vez. —Las lágrimas empezaron a derramarse de sus ojos ciegos. Tim lloró para sí mismo, apañándose las lágrimas para hacerlo en silencio. Oírle sollozar no proporcionaría ningún bien a su madre—. Le traerán al salón de entierros que Stokes mantiene detrás de su herrería. Casi todas estas buenas señoras irán a velarle y hacer las cosas que sean pertinentes, pero ¿irías tú primero, Timmy? ¿Le honrarás con tu amor y todo el mío? Pues yo no puedo. El hombre con el que fui tan tonta de casarme me ha lisiado tanto que apenas me es posible andar... y no veo nada. ¡Qué *ka-mai* he resultado ser, y mira qué precio hemos pagado!

—Calle. Os quiero, madre, y claro que iré.

Sin embargo, puesto que disponía de tiempo, fue primero al granero (había demasiadas mujeres en la cabaña para su gusto) y preparó una cama improvisada con heno y una vieja manta de mula. Cayó dormido casi al instante. Aproximadamente a las tres, por hora de reloj, le despertó Peter el Recto, que estrechaba su sombrero contra el pecho y lucía una expresión de triste solemnidad.

Tim se incorporó, frotándose los ojos.

—¿Han encontrado a Kells?

—Na, chaval, pero hemos encontrado a tu padre y lo hemos traído al pueblo. Tu madre dice que presentarás tus respetos por los dos. ¿Dice ella verdad?

—Ea, sí. —Tim se levantó al tiempo que se sacudía el heno de los pantalones y la camisa. Se sentía avergonzado de que lo hubieran sorprendido durmiendo, pero su descanso de la noche anterior había sido escaso y poblado de malos sueños.

—Vamos, entonces. Iremos en mi carreta.

El salón de entierros detrás de la herrería era lo más cercano a un mortuorio que el pueblo tenía en un tiempo cuando la mayoría de la gente de campo prefería velar a sus muertos en privado y sepultarlos en sus propios terruños con una cruz de madera o una losa de piedra toscamente esculpida para señalar la tumba. Dustin Stokes —inevitablemente apodado Stokes el Caliente— aguardaba en la entrada, llevando unos pantalones de algodón blanco en lugar de sus habituales cueros. Sobre ellos ondeaba una amplia camisa blanca que le caía hasta las rodillas de tal forma que casi parecía un vestido.

Mirándole, Tim recordó que era tradición vestir de blanco para los muertos. En ese momento lo comprendió todo, percibiendo la verdad de un modo que ni siquiera el cadáver de ojos abiertos de su padre en la corriente de agua había sido capaz de hacerle entender, y le flaquearon las rodillas.

Peter el Recto le sostuvo con una mano vigorosa.

—¿Podrás hacerlo, chaval? Si no te ves con fuerzas, no hay nada de que avergonzarse. Era tu pa, y sé que lo querías. Todos lo queríamos.

—Estaré bien —dijo Tim. Parecía incapaz de insuflar aire suficiente a sus pulmones, y las palabras surgieron en un susurro.

Stokes el Caliente se tocó la frente con el puño y se inclinó en una reverencia. Era la primera vez en la vida de Tim que le saludaban como a un hombre.

—Salve, Tim, hijo de Jack. Su *ka* ha entrado en el claro, pero sus restos reposan aquí. ¿Quieres entrar a verlo?

—Sí, por favor.

Peter el Recto permaneció detrás, y fue ahora Stokes quien le tomó por el brazo; Stokes, quien solía blasfemar mientras accionaba el fuelle en el horno abierto, despojado de sus bombachos de cuero y vestido de blanco ceremonioso; Stokes, quien le condujo a la pequeña cámara con paisajes forestales pintados en las paredes; Stokes, quien le guió hasta las andas de fustafarro en el centro, aquel espacio abierto que simbolizara desde siempre el claro al final del camino.

Jack Ross el Grande también vestía de blanco, aunque en su caso tratábase de un fino sudario de lino. Los ojos desprovistos de párpados contemplaban absortos el techo. Contra una pared pintada se apoyaba el ataúd, y la estancia se hallaba impregnada de su acre aunque en cierto modo agradable olor, pues el ataúd también era de fustafarro, y preservaría bien sus pobres restos durante mil años y más.

Stokes le soltó el brazo, y Tim se adelantó en solitario. Se arrodilló. Deslizó una mano por el sudario de lino y encontró la de su padre. Estaba fría, pero Tim no dudó en entrelazar sus dedos calientes y vivos con los muertos. Así era como ellos dos se cogían de la mano cuando Tim solo era un infante y apenas capaz de dar sus primeros pasos. En aquellos días, el hombre que caminaba a su lado se le antojaba un gigante de cuatro metros de altura, e inmortal.

Tim, arrodillado junto al féretro, contempló el rostro de su padre.

Cuando salió, Tim quedó asustado por el declinante ángulo del sol, que le indicaba que había transcurrido más de una hora. Cosington y Stokes esperaban de pie cerca del montón de ceniza, alto como un hombre, en la parte de atrás de la herrería, fumando cigarrillos de liar. No había noticias de Kells el Grande.

—A lo mejor tiróse al río y ha ahogádose —especuló Stokes.

—Sube a la carreta, hijo —dijo Cosington—. Te llevaré de vuelta con tu madre.

Pero Tim negó con la cabeza.

—Gracias, prefiero andar, si no les importa.

—Necesitas tiempo para pensar, ¿no? Bueno, eso está bien. Yo también me iré a casa. Me toca cena fría, pero me la comeré de buena gana. Nadie envidia a tu madre en un momento así, Tim. Jamás en la vida.

Tim sonrió lánguidamente.

Cosington plantó los pies en el guardabarros de la carreta y asió las riendas, pero entonces se le ocurrió un pensamiento y se inclinó hacia Tim.

—Echa un ojo por si te topas con Kells en el camino, es todo. Y esta noche habrá dos o tres tipos fuertes apostados alrededor de tu casa.

—Gracias, sai.

—Nanay, de eso nada. Llámame Peter, chaval. Ya tienes edad suficiente, y a mí no me molesta.

—Alargó el brazo y le dio a Tim un breve apretón en la mano—. Siento mucho lo de tu padre. Lo siento en el alma.

Tim emprendió la marcha por Arbolvilla con el rojo declinante del sol a su derecha. Se sentía hueco, vaciado, y quizá fuera mejor así, al menos por el momento. Con su madre ciega y sin ningún hombre en casa que trajera el sustento, ¿qué futuro les esperaba? Los leñadores prójimos de Ross el Grande ayudarían en la medida de lo posible y mientras pudieran, pero tenían sus propias cargas. Su

padre siempre calificó su hogar como una propiedad de pleno derecho, pero Tim ahora veía que ninguna cabaña, granja o terruño de Arbolvilla era realmente libre. No cuando el Señor del Pacto volvería al año siguiente, y todos los años posteriores, con su pergamino de nombres. De repente Tim odió la remota Gilead, que él siempre había imaginado (cuando pensaba en ella, que era rara vez) como un lugar de prodigios y fantasía. Si no hubiera ninguna Gilead, no habría tributos que pagar. Y entonces ellos serían realmente libres.

Avistó una nube de polvo elevándose hacia el sur. El sol descendente la convirtió en una niebla sangrienta. Supo que se trataba de las mujeres que habían estado en su cabaña. Venían en sus carretas y bigas con destino al salón de entierros que Tim acababa de dejar. Allí lavarían el cuerpo que ya lavara la corriente de agua a la cual había sido arrojado. Lo untarían con aceites. Pondrían la corteza de abedul inscrita con los nombres de su esposa e hijo en la mano derecha del difunto. Le pondrían el punto azul en la frente y acomodarían el cadáver en su ataúd. Stokes el Caliente clavaría la tapa de este con golpes secos de su martillo, terrible cada golpe en su irreversibilidad.

Las mujeres ofrecerían a Tim sus condolencias con la mejor voluntad del mundo, pero él no las quería. No sabía si podría soportarlo sin derrumbarse de nuevo. Estaba *harto* de llorar. Con tal pensamiento en mente, abandonó la carretera y anduvo campo a través hasta el gorjeante riachuelo conocido como Arroyo Stape, que de un plumazo le llevaría hasta su punto de origen: el cristalino manantial entre la cabaña de Ross y el granero.

Caminó dificultosamente sumido en un entresueño, pensando primero en el Señor del Pacto, luego en la llave que solo funcionaba una vez, luego en la pukia, luego en las manos de su madre alzándose hacia el sonido de su voz...

Tim se hallaba tan ensimismado que casi pasó por alto el objeto que asomaba en el sendero que seguía el curso del arroyo. Era una barra de acero con una punta blanca que parecía marfil. Se acuclilló, mirándola con los ojos desmesuradamente abiertos. Recordó haber preguntado al Señor del Pacto si era una varita mágica, y oyó su enigmática respuesta: «Vino a la vida siendo la palanca de cambios de un Dodge Dart».

La habían clavado hasta la mitad de su longitud en la tierra compactada, algo que debió de haber requerido una gran fuerza. Tim alargó la mano, vaciló, y finalmente se dijo que no fuera idiota, que no era ninguna pukia que le paralizaría con su mordedura antes de comérselo vivo. La liberó de un tirón y la examinó detenidamente. De acero era, un acero finamente forjado de la clase que solo los Antiguos habían sabido fabricar. Muy valioso, sin duda, pero ¿era realmente mágico? Para él no se diferenciaba mucho de cualquier otro cacharro metálico, lo cual equivalía a frío y muerto.

«En las manos adecuadas —susurró el Señor del Pacto—, cualquier objeto puede ser mágico.»

Tim divisó a una rana dando saltos por un abedul podrido al otro lado del arroyo. La apuntó con la punta de marfil y pronunció la única palabra mágica que conocía: *aba-ka-draba*. Medio esperó que la rana cayera muerta o transformada en... bueno, *cualquier cosa*. El animal no murió y no se transformó. Lo que hizo fue saltar del tronco y desaparecer en la alta yerba verde en la orilla del arroyo. Aun así, aquello había sido dejado para él, estaba seguro. El Señor del Pacto había sabido de algún modo que vendría por ese camino. Y cuándo.

Tim se volvió de nuevo hacia el sur y vio un destello de luz roja. Procedía de algún punto intermedio entre la cabaña y el granero. Por un momento permaneció inmóvil, incapaz de hacer otra cosa que mirar aquel reflejo de brillo escarlata. Entonces se lanzó a la carrera. El Señor del Pacto le había dejado la llave; el Señor del Pacto le había dejado su varita; y al lado del manantial del que extraían su agua, había dejado la vasija de plata. La que utilizaba para ver.

Salvo que no era la vasija, tan solo un maltrecho cubo de estaño. Tim hundió los hombros y echó a andar hacia el granero, con la idea de dar una buena comida a las mulas antes de entrar. Entonces se detuvo y giró sobre sus talones.

Un cubo, pero no su cubo. El suyo era más pequeño, hecho de fustaferro, y equipado con un asa de fustaflores. Tim regresó al manantial y lo recogió. Golpeó suavemente un lado con la punta ebúnea de la varita del Señor del Pacto. El cubo le devolvió una nota profunda y tintineante que hizo retroceder a Tim de un salto. Ningún trozo de hojalata había producido jamás un sonido tan resonante. Ahora que pensaba en ello, ningún cubo viejo de estaño podría reflejar el sol declinante con la perfección de este.

¿Creías que entregaría mi vasija de plata a un mequetrefe como tú, Tim, hijo de Jack? ¿Por qué habría, cuando cualquier objeto puede ser mágico? Y, hablando de magia, ¿acaso no te he regalado ya mi propia varita?

Tim comprendía que solo se trataba de su imaginación imitando la voz del Señor del Pacto, pero creía que el hombre de la capa negra habría dicho algo muy similar de haberse encontrado allí.

Entonces otra voz habló en su cabeza. «Está hecho de engaños de los pies a la cabeza, y sus evangelios no traen sino lágrimas.»

Esta voz la arrinconó y se agachó para llenar el cubo que le había sido dejado. Cuando terminó, la duda le invadió de nuevo. Intentó recordar si el Señor del Pacto había efectuado alguna serie concreta de pases sobre el agua —¿no eran los pases místicos parte de la magia?— y no pudo. Lo único que Tim pudo recordar fue al hombre de negro diciéndole que si perturbaba el agua, no vería nada.

Dudando no tanto de la varita mágica como de su capacidad para usarla, Tim movió la barra de forma errática por encima del agua. Por un momento nada acaeció. Estaba a punto de rendirse cuando una niebla enturbió la superficie y borró su reflejo. Cuando se aclaró, distinguió al Señor del Pacto, que alzaba la vista hacia él. Imperaba la oscuridad dondequiera que estuviese el Señor del Pacto, pero una extraña luz verde, no más grande que la uña de un pulgar, sobrevolaba su cabeza. Ascendió un poco más, y bajo su luz Tim vio un tablón clavado al tronco de un árbol de fustaferro. Leyó los nombres ROSS-KELLS pintados en él.

El punto de luz verde ascendió en espiral hasta la superficie del agua en el cubo, y Tim soltó un grito ahogado. Había una *persona* alojada en el interior de aquella luz verde, una diminuta mujer verde con alas transparentes en la espalda.

«¡Es una *sighe*, una de las yentes hadas!»

Aparentemente satisfecha por haber captado su atención, la *sighe* se alejó dando vueltas, iluminó brevemente el hombro del Señor del Pacto, y luego pareció lanzarse en picado. Planeó entonces entre dos postes que sostenían un travesaño. De este colgaba otro letrero, y, como fuera el caso con la inscripción en el tablón que delimitaba la estacada de Ross-Kells, Tim reconoció la esmerada caligrafía de su padre. AQUÍ TERMINA LA RUTA DEL FUSTAFERRO, rezaba el letrero. MÁS ALLÁ SE EXTIENDE FAGONARD. Y debajo, en letras más grandes, más oscuras: **¡CUIDADO, VIAJERO!**

La *sighe* retornó como una flecha junto al Señor del Pacto, trazó dos círculos etéreos a su alrededor que parecieron dejar una estela espectral de un difuso resplandor verdoso, y a continuación se elevó y permaneció suspendida en el aire, con coqueta timidez, junto a su mejilla. El Señor del Pacto miró directamente a Tim; una figura que rielaba (como hiciera el propio padre de

Tim cuando este vio su cadáver en el agua) y aun así perfectamente real, perfectamente *presente*. Levantó una mano en un semicírculo por encima de la cabeza, mientras que el índice y el dedo medio tijereteaban el aire. Era un lenguaje de signos que Tim conocía bien, pues todos en Arbolvilla lo utilizaban de tanto en cuanto: *Date prisa, date prisa*.

El Señor del Pacto y su hada consorte se fundieron en la nada, y así solo quedó Tim contemplando su propio rostro de ojos perplejos. Volvió a pasar la varita por encima del cubo, apenas notando que la barra de acero vibraba ahora en su puño. La fina cofia de niebla reapareció, elevándose aparentemente de ninguna parte. Se arremolinó y desapareció. Ahora Tim vio una casa alta con muchos aguilonos y muchas chimeneas. Se erguía en un claro rodeado de fustasferros de contorno y altura tales que empequeñecían aquellos de la vereda.

«Sus copas deben de perforar las mismas nubes, seguro», pensó Tim. Comprendió que ese lugar se encontraba en las mismas entrañas del Bosque Interminable, donde ni el hachero más valiente de Arbolvilla se había aventurado jamás. Las muchas ventanas de la casa estaban decoradas con diseños cabalísticos, y por estos Tim supo que estaba contemplando la casa de Maerlyn Eld, donde el tiempo permanecía inmóvil o tal vez incluso corría hacia atrás.

Un Tim pequeño y vacilante apareció en el cubo. Se aproximó a la puerta y llamó. Se abrió. Afuera salió un anciano sonriente cuya larga barba blanca le caía hasta la cintura centelleando en una cascada de gemas. Se cubría la cabeza con un gorro cónico tan amarillo como el sol de la Tierra Llena. El Tim del Agua se dirigió con seriedad al Maerlyn del Agua. Este se inclinó y volvió a entrar en la casa... que daba la impresión de cambiar constantemente de forma (aunque podría haber sido un efecto del líquido elemento). El mago regresó, ahora con una tela negra en las manos que parecía seda. La levantó a la altura de los ojos, demostrando su uso: una venda. Se la entregó al Tim del Agua, pero antes de que este otro muchacho tuviera la ocasión de cogerla, reapareció la niebla. Cuando se disipó, Tim no vio más que su propio rostro y un pájaro volando en el cielo, sin duda deseoso de alcanzar su nido antes de la puesta de sol.

Tim pasó la varita por encima del cubo una tercera vez, ahora consciente, pese a su fascinación, del rasgueo de la barra de acero. Cuando la niebla se disipó, vio al Tim del Agua sentado a la cabecera de la Nell del Agua. Su madre tenía los ojos tapados con la venda. El Tim del Agua se la quitó, y una expresión de incrédula alegría iluminó el rostro de la Nell del Agua. Estrechó a su hijo contra su pecho, riéndose. El Tim del Agua también reía.

La niebla se extendió sobre esta visión igual que hiciera con las dos anteriores, pero la vibración de la barra de acero cesó. «Inútil como polvo», pensó Tim, y era cierto. Cuando la niebla se evaporó, el agua en el cubo de estaño no le mostró nada más milagroso que la luz agonizante en el cielo. Pasó la varita del Señor del Pacto sobre el agua varias veces más, pero nada sucedió. No le preocupó. Sabía lo que debía hacer.

Tim se puso en pie, miró hacia la casa y no vio a nadie. Los hombres que se habían ofrecido voluntarios para montar guardia pronto estarían allí, no obstante. Tendría que moverse rápido.

En el granero, le preguntó a Bitsy si le gustaría dar otro paseo nocturno.

La Viuda Smack se encontraba extenuada por las desacostumbradas tareas acometidas en favor de Nell Ross, pero también era vieja, y estaba enferma y más alterada por el tiempo extrañamente extemporáneo de lo que su mente consciente admitiría. Así fue que, aunque Tim no se atrevió a aporrear la puerta con fuerza (para lo cual, una vez puesto el sol, necesitó de casi toda su

resolución), ella despertó de inmediato.

Tomó una lámpara, y cuando a su luz vio quién estaba plantado en su puerta, se le hundió el corazón. Si la enfermedad degenerativa que la afligía no le hubiera arrebatado la capacidad de su ojo restante para producir lágrimas, habría llorado ante la visión de aquel rostro joven tan lleno de necio arrojo y letal determinación.

—Piensas regresar al bosque —dijo ella.

—Ea. —Tim habló en voz baja, pero firme.

—A pesar de todo lo que te conté.

—Ea.

—Te ha fascinado. ¿Y por qué motivo? ¿Por dinero? Na, él no. Vio una luz brillante en la oscuridad de este remanso olvidado, eso es todo, y únicamente conseguirá satisfacción apagándola.

—Sai Smack, me enseñó...

—Algo que salvará a tu madre, sospecho. Conoce las palancas que hacen mover a la gente; sí, nadie mejor que él. Tiene llaves mágicas para abrir los corazones. Sé que no puedo detenerte con palabras, pues un solo ojo basta para leerte la cara. Y sé que no puedo retenerte por la fuerza, y tú también. ¿Por qué si no acudirías a mí para lo que sea que quieras?

Tim se mostró avergonzado, pero no flaqueó su resolución, y por esto ella comprendió que había perdido definitivamente al muchacho. Peor, probablemente estaba perdido para sí mismo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Solo enviarle un mensaje a mi madre, si a bien tenéis. Decidle que he ido al bosque y que volveré con algo para curarle la vista.

Sai Smack tardó en responder, tan solo lo observó a través del velo. A la luz de la lámpara en alto, Tim pudo ver la geografía arruinada de su rostro mucho mejor de lo que hubiera deseado. Finalmente, la maestra habló.

—Espera aquí. No te escabullas antes de despedirnos, no sea que quieras que te considere un cobarde. No te impacientes tampoco, pues ya sabes que soy lenta.

Aun febril por ponerse en marcha, Tim esperó como ella le pedía. Los segundos parecieron minutos, y los minutos, horas, pero por fin regresó.

—Estaba convencida de que ya te habrías ido —dijo ella, y la anciana no podría haber causado mayor dolor a Tim aunque le hubiera azotado en la cara con una fusta.

Le entregó la lámpara que había traído a la puerta.

—Para iluminar tu camino, porque veo que no tienes.

Era cierto. En su fiebre por partir, habíase olvidado.

—Gracias, sai.

En la otra mano sostenía un morral de algodón.

—Aquí dentro hay un trozo de pan. No es mucho, y es de hace dos días, pero estas son todas las viandas que puedo ofrecerte.

Tim solo pudo darse tres golpecitos en la garganta, que temporalmente se encontraba demasiado abotargada para hablar, y luego alargó la mano hacia el morral. Sin embargo, ella lo sostuvo un momento más.

—Hay algo más, Tim. Perteneció a mi hermano, que murió en el Bosque Interminable hace casi veinte años ya. Se la compró a un buhonero errante, y cuando se lo recriminé y le dije que le habían estafado como a un idiota, me llevó a los campos al oeste del pueblo y me enseñó cómo funcionaba. ¡Ay, por todos los dioses, menudo escándalo! ¡Me pitaron los oídos durante horas!

Del morral sacó un arma de fuego.

Tim la miró fijamente con los ojos abiertos como platos. Había visto imágenes en los libros de la Viuda, y el Viejo Destry exhibía en la pared de su salón un dibujo enmarcado de una clase que llamaba «rifle», pero jamás imaginó que vería una auténtica. Tenía aproximadamente treinta centímetros de largo, la empuñadura de madera, el gatillo y los cañones de metal apagado, numerados del uno al cuatro y unidos por tiras de lo que parecía latón. Los agujeros en el extremo, por donde lo que fuera que disparase salía, eran cuadrados.

—Dio dos tiros antes de enseñarme, y nunca se ha disparado desde aquel día, porque murió poco después. Desconozco si todavía funcionará, pero la he conservado seca, y una vez al año, el día de su cumpleaños, la aceito como me enseñó. Todas las cámaras están cargadas, y hay cinco proyectiles más. Los llaman «balas».

—¿Palas? —preguntó Tim con el ceño fruncido.

—Na, na. Balas. Mira.

Ella le entregó el morral para dejar libres sus dos manos nudosas y luego se volvió de lado en la entrada.

—Joshua decía que una pistola nunca se debe apuntar a una persona a menos que quieras herirla o matarla, pues las pistolas poseen un corazón impaciente. ¿O fue quizá corazón traicionero? Después de todos estos años, ya no me acuerdo. Hay una palanquita en un lado...justo aquí...

Hubo un chasquido, y el arma se abrió entre la empuñadura y los cañones. La anciana le enseñó cuatro placas de latón cuadradas, y cuando extrajo una del agujero donde descansaba, Tim vio que se trataba en realidad de la base de un proyectil, una bala.

—El casquillo de latón permanece dentro después de disparar —explicó ella—. Tienes que sacarlo antes de recargar. ¿Lo ves?

—Ea. —Estaba deseando manejar las balas él mismo. Más que eso; anhelaba empuñar la pistola, apretar el gatillo y oír la explosión.

La Viuda cerró el arma (de nuevo emitió aquel chasquido perfecto) y luego le enseñó el extremo de la empuñadura. Vio cuatro pequeños martillos diseñados para accionarse con el pulgar.

—Estos son los percutores. Cada uno detona un proyectil distinto... si es que este maldito trasto todavía dispara. ¿Lo ves?

—Ea.

—Se llama de cuatro cañones. Joshua decía que era segura mientras ninguno de los percutores estuviese amartillado. —Se tambaleó ligeramente sobre sus pies, como si le hubiera sobrevenido un mareo—. ¡Dándole una pistola a un niño! ¡Y que tiene la intención de entrar en el Bosque Interminable de noche para encontrarse con un diablo! Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? —Y a continuación, sin dirigirse a Tim—: Aunque él no esperará que un niño cargue una pistola, ¿verdad? Quizá todavía haya Blanco en el mundo, y una de estas viejas balas termine en su negro corazón. Métela en la bolsa, ¿quieres?

La anciana le ofreció el arma, la empuñadura por delante. Tim casi la dejó caer. Que una cosa tan pequeña pudiera pesar tanto le parecía asombroso. Y, como la varita mágica del Señor del Pacto al pasar sobre el agua del cubo, daba la impresión de repicar.

—Las balas de repuesto están envueltas en guata de algodón. Con las cuatro de la pistola, dispones de nueve. Quieran los dioses que te sirvan de provecho, y que yo no me encuentre maldecida en el claro por habértelas dado.

—Gracias... *¡gratidas*, sai! —Fue todo cuanto Tim logró decir. Deslizó la pistola en el morral.

La Viuda se puso las manos a ambos lados de la cabeza y prorrumpió una risotada amarga.

—Eres un necio, y yo también. En lugar de traerte la cuatro cañones de mi hermano, debería haber traído mi escoba y haberte pegado en la cabeza con ella. —Volvió a soltar aquella risa amarga y desesperada otra vez—. Aunque de nada habría servido con mi fuerza de anciana.

—¿Le llevaréis el mensaje a mi madre por la mañana? Porque iré un poquito más lejos esta vez. Voy a llegar hasta el final de la Ruta del Fustafarro.

—Ea, y muy posiblemente le romperá el corazón. —Se inclinó hacia él, el borde de su velo danzando ante sí—. ¿Se te ha ocurrido pensarlo? Veo en tu rostro que sí. ¿Por qué haces esto que sabes que desgarrará su alma cuando reciba la noticia?

Tim se ruborizó desde la barbilla hasta el nacimiento del pelo, pero se mantuvo firme. En aquel momento se parecía muchísimo a su difunto padre.

—Quiero salvarle la vista. El Señor del Pacto me dejó lo suficiente de su magia para mostrarme

lo que debo hacer.

—¡Magia negra! ¡Para respaldar sus mentiras! ¡Mentiras, Tim Ross!

—Eso decís vos. —Estiró ahora la mandíbula, y en ese gesto también se detectaba mucho de Jack Ross—. Pero no me mintió sobre la llave; funcionó. No mintió sobre la paliza; pasó. No mintió sobre la ceguera de mi madre; está ciega. Y en cuanto a mi padre... ya lo sabéis.

—Aja —asintió ella, hablando con un acento del país tan cerrado como Tim jamás le había oído—. Aja, y cad'una de sus verdades ha actuado en dos sentidos: pa herirte y pa ponerte el cebo en la trampa.

Tim no replicó en un primer momento, solo agachó la cabeza y se estudió la punta de sus rozados botines. La Viuda casi se había permitido albergar cierta esperanza cuando el muchacho volvió a levantar la cabeza, clavó su mirada en los ojos de ella y dijo:

—Ataré a Bitsy sendero arriba de la estacada Cosington-Marchly. No quiero dejarla en la toconera donde encontré a mi padre, porque hay una pukia en los árboles. Cuando vayáis a ver a Madre, ¿le pediréis a Sai Cosington que la traiga de vuelta a casa?

Una mujer más joven podría haber proseguido la discusión, quizá hasta hubiera suplicado, pero la Viuda no era esa clase de mujer.

—¿Algo más?

—Dos cosas.

—Habla.

—¿Le daréis a mi madre un beso de mi parte?

—Sí, y con gusto. ¿Cuál es la otra?

—¿Me echaréis una bendición?

Lo meditó un instante y negó con la cabeza.

—En cuanto a bendiciones, la cuatro cañones de mi hermano es lo máximo que puedo ofrecerte.

—Entonces tendrá que bastar. —Extendió una pierna y se llevó el puño a la frente en señal de saludo; dio media vuelta y descendió los escalones hasta donde la fiel mula estaba amarrada.

En una voz casi —pero no completamente— inaudible, la Viuda Smack dijo:

—En el nombre de Gan, yo os bendigo. Que ahora obre el ka.

La luna estaba baja cuando Tim desmontó de Bitsy y la ató a un arbusto al borde de la Ruta del Fustafarro. Se había llenado los bolsillos de avena antes de salir del granero, y ahora los esparció delante de ella, igual que había visto al Señor del Pacto hacer con su caballo la noche anterior.

—Estate tranquila, y sai Cosington vendrá a buscarte por la mañana —dijo Tim. Una imagen de Peter el Recto descubriendo muerta a Bitsy, con un agujero en el vientre abierto por uno de los depredadores del bosque (quizá el mismo que había sentido la noche pasada en su *pasear* por el Fustafarro) se encendió en su mente. Pero ¿qué más podría hacer? Bitsy era una bendita, pero no lo bastante inteligente para encontrar el camino a casa sola, no importaba cuántas veces hubiera transitado arriba y abajo por esa misma vereda—. Aguantarás bien —añadió él, acariciando su terso hocico... pero ¿sería así? Le asaltó la idea de que la Viuda tuviera razón en todo y esta fuera solo la primera prueba de ello, pero Tim la descartó.

«Él me contó la verdad sobre las demás cosas; seguro que también decía la verdad sobre esto.»

Para cuando hubo avanzado tres ruedas más por la Ruta del Fustafarro, ya comenzaba a creérselo.

Habéis de recordar que solo tenía once años.

No divisó fogata alguna esa noche. En vez del acogedor resplandor anaranjado de la madera ardiendo, Tim vislumbró una fría luz verde a medida que se aproximaba al final de la Ruta del Fustafarro. Fluctuaba y en ocasiones desaparecía, pero siempre retornaba, con fuerza suficiente para proyectar sombras que parecían arrastrarse en torno a sus pies como serpientes.

El sendero —difuso ahora, porque los únicos surcos eran los hechos por las carretas de Kells y Ross el Grande— viraba a la izquierda para bordear un fustafarro ancestral con un tronco mayor que la casa más grande de Arbolvilla. Cien pasos más allá de esta curva, el camino terminaba en un claro. Ahí estaba el travesaño, y ahí el letrero. Tim pudo leer cada palabra, pues encima, suspendida en el aire merced a las alas que batían con tal rapidez que eran prácticamente invisibles, estaba la *sighe*.

Se acercó, olvidado todo lo demás en la maravilla de esta exótica visión. La *sighe* no medía más de diez centímetros de altura. Estaba desnuda y era hermosa. Resultaba imposible decir si su cuerpo era tan verde como el resplandor que irradiaba, pues la luz que la rodeaba brillaba intensamente. No obstante, advirtió su sonrisa de bienvenida, y supo que ella le veía muy bien aun cuando sus ojos almendrados vueltos hacia arriba carecían de pupilas. Las alas ronroneaban con estacionaria suavidad.

Del Señor del Pacto no se percibía rastro alguno.

La *sighe* giró en un círculo jugueteón y luego se zambulló en las ramas de un arbusto. Tim sintió un hormigueo de alarma al imaginar aquellas alas diáfanas desgarradas por las espinas, pero emergió ilesa, elevándose en una espiral vertiginosa a una altura de quince metros o más —por encima de las primeras ramas de fustafarro— antes de lanzarse en picado directamente hacia él. Tim vio sus brazos torneados proyectados hacia atrás, lo que le confería el aspecto de una muchacha saltando a una alberca. Se agachó para esquivarla, y cuando sobrevoló su cabeza lo bastante cerca para agitarle el cabello, la oyó reír, un sonido como de campanas procedentes de algún lugar a gran distancia.

Se irguió con cautela y vio que regresaba, ahora dando volteretas una y otra vez en el aire. El corazón le latía frenético en el pecho. Pensó que nunca había visto una belleza comparable.

Voló por encima del travesaño, y a su luz de luciérnaga vislumbró un difuso sendero, cubierto en su mayor parte de vegetación, que se internaba en el Bosque Interminable. Ella levantó un brazo. La mano en su extremo, brillando en un fuego verde, le hizo señas. Encandilado por su preternatural belidad y la cordialidad de su sonrisa, Tim no vaciló, sino que de inmediato se agachó bajo el travesaño sin nunca una mirada a las dos últimas palabras en el letrero de su padre muerto: CUIDADO, VIAJERO.

La *sighe* permaneció suspendida hasta que el muchacho se acercó a una distancia casi suficiente para extender la mano y tocarla, luego se alejó batiendo las alas por el vestigio de sendero. Más adelante se detuvo de nuevo, cernida aún en el aire, sonriendo y atrayéndole mediante señas. El cabello se derramaba sobre sus hombros, a veces ocultándole los diminutos pechos, a veces revoloteando en la brisa de sus alas para dejarlos al descubierto.

La segunda vez que se aproximó, Tim la llamó... pero en susurros, con temor a que si la invocaba en voz alta, pudiera reventar sus diminutos tímpanos.

—¿Dónde está el Señor del Pacto?

Otro tintineo plateado de risas fue su respuesta. Rodó dos veces en el aire, las rodillas plegadas completamente contra los huecos de los hombros, y luego prosiguió su avance, haciendo pausas solo para mirar atrás y cerciorarse de que Tim la seguía antes de lanzarse adelante. Así fue que el hada condujo al cautivado muchacho a las entrañas cada vez más profundas del Bosque Interminable. Tim no se percató cuando el pobre vestigio de sendero desapareció y su rumbo le llevó entre excelsos árboles de fustafarro solo vistos por los ojos de unos pocos hombres, y en tiempos remotos. Tampoco se percató cuando el grave olor agridulce de los fustafarros cedió paso al mucho menos agradable aroma de agua estancada y vegetación en descomposición. Los árboles de fustafarro menguaron en número. Aumentarían más delante, leguas incontables de ellos, pero no aquí. Tim había llegado a orillas del gran pantano conocido como Fagonard.

La *sighe*, exhibiendo una vez más su sonrisa burlona, prosiguió el vuelo. Ahora su brillo se reflejaba en el agua turbia. Algo —no un pez— quebró la llanura de espuma, contempló a la intrusa aérea con un ojo glabro, y volvió a deslizarse bajo la superficie.

Tim no se percató. Fijaba la vista en la mata de yerba por encima de la cual ella aleteaba ahora. Sería una zancada larga, pero no se planteó la posibilidad de no seguir adelante. Ella esperaba. Midió el salto para pisar suelo firme, y aun así lo consiguió a duras penas; el resplandor verde era engañoso, hacía que las cosas parecieran más cercanas de lo que realmente estaban. Se tambaleó, los brazos en aspas de molino. La *sighe* empeoraba las cosas (involuntariamente, Tim estaba seguro; solo jugueteaba) trazando rápidos círculos en torno a su cabeza, cegándole con su aura y llenando sus oídos con los cascabeles de su risa.

El desenlace era incierto (y en ningún momento llegó a ver la cabeza escamosa que emergió a su espalda, ni los ojos protuberantes, ni las enormes mandíbulas llenas de dientes triangulares), pero Tim era joven y ágil. Recuperó el equilibrio y pronto estuvo en pie sobre la mata de yerba.

—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó a la resplandeciente elfa, suspendida en el aire más allá del montículo.

No estaba seguro, a pesar de su risa tintineante, de que pudiera hablar ni de si respondería en la Alta o la Baja Lengua. Pero ella contestó, y Tim creyó que era el nombre más hermoso que hubiera oído jamás, un complemento perfecto para su belleza etérea.

—¡Armaneeta! —exclamó ella, y entonces se alejó de nuevo, riendo y mirando coquetamente hacia atrás.

Él la siguió internándose más y más en el corazón de Fagonard. En ocasiones las matas de yerba estaban lo bastante cerca para que pudiera andar de una a la siguiente, pero a medida que progresaban en su avance, se encontraba con mayor frecuencia en la necesidad de saltar, y la distancia se acrecentaba más y más. Aun así, Tim no estaba asustado. Al contrario, deslumbrado y eufórico, se reía cada vez que se tambaleaba. No vio las formas en V que le seguían, surcando el agua negra con tanta fluidez como la aguja de una costurera atravesando una tela de seda; primero uno, luego tres, luego media docena. Le mordieron bichos chupadores y se los quitó de encima sin sentir su picadura, dejando salpicaduras de sangre en su piel. Tampoco vio las formas hundidas pero más o menos erguidas que seguían su paso desde una orilla, observándole fijamente con ojos que relucían en la oscuridad. Intentó alcanzar a Armaneeta varias veces, invocando:

—¡Ven a mí, no os haré daño!

Ella siempre se zafaba, en una ocasión volando entre sus dedos y haciéndole cosquillas con las alas.

Rodeó una mata que era más grande que las otras. No había yerbas creciendo en ella, y Tim conjeturó que se trataba en realidad de una roca, la primera que había visto en esa parte del mundo, donde las cosas parecían más líquidas que sólidas.

—¡Está demasiado lejos! —le gritó Tim a Armaneeta. Buscó alguna otra piedra en la que pisar, pero no había ninguna. Si quería alcanzar la siguiente mata de yerba, primero tendría que saltar a la roca. Y ella le hacía señas.

«Tal vez pueda conseguirlo —pensó—. Es seguro que ella cree que puedo; ¿por qué si no me hace señas?»

La mata donde se encontraba actualmente no disponía de espacio suficiente para retroceder y tomar carrerilla, de modo que Tim flexionó las rodillas y saltó hacia delante, poniendo cada onza de su fuerza en el empeño. Voló sobre el agua, se dio cuenta de que no iba a lograr alcanzar la roca —casi, pero no completamente— y estiró los brazos. Aterrizó sobre el pecho y la barbilla, esta última impactando con tanta violencia que un tropel de puntos brillantes se acumuló en sus ojos ya deslumbrados por el resplandor del hada. Tuvo un momento para comprender que no era una roca a lo que se asía —a menos que las rocas respirasen— y entonces oyó un gruñido inmenso y asqueroso debajo de él. Le siguió un violento chapoteo que salpicó la espalda y el cuello de Tim con agua caliente, infestada de bichos.

Trepó en la roca que no era una roca, consciente de que había perdido la lámpara de la Viuda, pero aún tenía el morral. De no habérselo atado firmemente a la muñeca, también lo habría perdido. El algodón estaba húmedo, pero no realmente empapado. No todavía, al menos.

De pronto, justo cuando presintió a la cosa que se le acercaba por la espalda, la «roca» empezó a levantarse. Estaba encima de la cabeza de alguna criatura que había estado reposando en el barro y el légamo. Ahora se había despertado completamente y no daba muestras de estar contenta. Soltó un rugido, y su boca vomitó fuego anaranjado y verde, que hizo crepitar las cañas que asomaban del agua más adelante.

«No tan grande como una casa, no, probablemente no, pero es un dragón, de acuerdo, y por todos los dioses, ¡estoy encima de su cabeza!»

La exhalación de la criatura iluminó intensamente esa región de Fagonard. Tim vio que los juncos se doblaban a uno y otro lado mientras las alimañas que le habían estado siguiendo huían del fuego del dragón a toda prisa. También advirtió otra mata de yerba. Era un poco mayor que aquellas con las que había jugado a la rayuela para llegar a su —peligrosa— posición actual.

No disponía de tiempo para preocuparse de ser devorado por un pez caníbal descomunal si se quedaba corto, o de ser convertido en un muchacho de carbón por el próximo aliento del dragón si conseguía realmente alcanzar la mata. Con un grito inarticulado, Tim saltó. Fue con diferencia su tranco más largo, casi demasiado largo. Tuvo que agarrarse a varios puñados de yerbajos de espiga para evitar caer al agua por el otro lado. Las hojas dentadas eran afiladas y le cortaron los dedos. Algunos manojos también estaban calientes y humeaban por la andanada del irritado dragón, pero Tim resistió. No quería pensar en lo que podría estar esperándole si caía fuera de aquella isla diminuta.

Tampoco era que su posición ahí fuese muy segura. Se puso de rodillas y miró hacia atrás en la dirección por la que había llegado. El dragón —una hembra, pues distinguió la cresta rosada en su cabeza— se irguió sobre las patas traseras. No tenía el tamaño de una casa, pero era más grande que Blackie, el potro del Señor del Pacto. Batió dos veces las alas, desplegadas en abanico, lo cual

envió gotas de agua en todas direcciones y originó una brisa que le despegó de la frente el pelo apelmazado de sudor. El sonido fue como el restallido de las sábanas de su madre en el tendedero cuando soplaba una brisa fuerte.

Ella le miraba con ojos de perla veteados de rojo. Cordones de saliva ardiente caían de sus fauces y siseaban cuando chocaban contra el agua. Tim pudo ver cómo se movían las branquias entre los pechos plateados cuando aspiró aire para alimentar el horno en su vientre. Tuvo tiempo para pensar lo extraño que era —y también un poco gracioso— que aquello sobre lo que su padrastro había mentido se convertiría ahora en verdad. Salvo que sería Tim el cocinado vivo.

«Los dioses deben de estar riéndose», pensó Tim. Y si no ellos, el Señor del Pacto probablemente sí.

Sin considerarlo racionalmente, Tim cayó de rodillas y extendió las manos hacia el dragón, el morral de algodón aún colgando de la muñeca derecha.

—¡Por favor, mi señora! —clamó—. ¡Por favor no me queméis, pues me llevaron por el mal camino! ¡Imploro vuestro perdón!

Durante unos instantes el dragón continuó observándole y sus branquias continuaron palpitando; la saliva inflamada seguía goteando y siseando. Entonces, lentamente —a Tim se le antojó centímetro a centímetro— empezó a sumergirse otra vez. Finalmente no quedó nada salvo la cúspide de su cabeza... y aquellos ojos horribles de mirada fija. Parecían encerrar la promesa de que no mostraría clemencia en caso de que decidiera interrumpir su reposo una segunda vez. Entonces desaparecieron también, y de nuevo todo cuanto vio Tim fue algo que podría haber sido una roca.

—¿Armaneeta? —Se volvió, buscando a su Lucerna verde, a sabiendas de que no la hallaría. El hada le había atraído al corazón de Fagonard, a un lugar sin más matas de yerba delante y con un dragón detrás. Su trabajo había concluido.

—Nada más que mentiras —susurró Tim.

La Viuda Smack había tenido razón desde el principio.

Se sentó en el morón, creyendo que lloraría, pero no le restaban lágrimas. Para Tim no suponía problema alguno. ¿De qué serviría llorar? Había sido ridiculizado, y ahí concluía todo. Se prometió a sí mismo que sería más listo la próxima vez... si *existía* una próxima vez. Sentado allí solo en la penumbra, con la luna celada arrojando un brillo ceniciento a través de la vegetación frondosa, eso no parecía probable. Las cosas sumergidas que antes huyeran estaban de vuelta. Evitaban el tocador acuoso del dragón, pero eso aún les procuraba abundante espacio para maniobrar, y no cabía la menor duda de que el único objeto de su interés era la isla diminuta donde Tim estaba sentado. Solo podía esperar que se tratara de peces de alguna especie incapaces de salir del agua sin perecer. Sabía, sin embargo, que las criaturas grandes que vivían en un agua de tal densidad y profundidad eran muy posiblemente capaces de respirar en el aire además de en el agua.

Observó cómo se movían en círculos y pensó: «Están reuniendo el valor para atacar».

Estaba mirando a la muerte y lo sabía, pero aún tenía once años, y a pesar de todo se sentía hambriento. Sacó el pan, vio que solo un extremo estaba húmedo, y le dio varios bocados. Después lo dejó a un lado y se puso a examinar la cuatro cañones en la medida que se lo permitía la arriesgada luz de la luna y el tenue brillo fosforescente del agua cenagosa. A la vista y al tacto parecía seca. También los cartuchos adicionales, y Tim creyó saber una manera de asegurar que permanecieran así. Abrió un agujero en la mitad seca del pan, embutió las balas de repuesto en su

interior, tapó el alijo, y dejó el pan junto al morral. Esperaba que la bolsa se secara, pero no sabía. El aire era muy húmedo, y...

Y aquí venían, dos de ellos, lanzados como flechas hacia el islote de Tim. Se puso en pie de un salto y gritó la primera cosa que se le pasó por la cabeza.

—¡Más os vale no hacerlo! ¡Más os vale, sabandijas! ¡Aquí hay un pistolero, un verdadero hijo de Gilead y el Eld, así que más os vale no hacerlo!

Dudaba si tales bestias con sus sesos de guisante tendrían la más leve idea de lo que les gritaba —o si les importaría—, pero el sonido de su voz los asustó, y se retiraron trasquilados.

«Cuídate de no despertar a la doncella de fuego de allá —pensó Tim—. Es propensa a levantarse y te achicharraría solo para acallar el ruido.»

Pero ¿qué otra opción tenía?

La siguiente vez que aquellos botes subacuáticos vivientes se lanzaron a la carga, el muchacho batió las palmas además de gritar. Habría aporreado un tronco hueco si hubiera tenido un tronco que aporrear, y que se fuera al abismo de Na'ar el dragón. Tim pensó que, en el peor de los casos, su muerte de fuego sería más piadosa que la que sufriría en las fauces de las cosas nadadoras. Ciertamente sería más rápida.

Se preguntó si el Señor del Pacto estaría en algún sitio cerca, observando y disfrutando. Tim decidió que era medio correcto. Observando, sí, pero el Señor del Pacto no se ensuciaría las botas en ese pantano apestoso. Estaba en algún sitio seco y agradable, observando el espectáculo en su vasija de plata, con Armaneeta dando vueltas cerca. Quizá incluso estuviera sentada en su hombro, con la barbilla apuntalada en sus diminutas manos.

Para cuando una sucia aurora comenzó a filtrarse por entre las ramas colgantes de los árboles (monstruosidades nudosas, engalanadas de musgo, de una clase que Tim nunca antes había visto), su mata de yerba estaba rodeada por dos docenas de figuras que nadaban en círculos. La más corta parecía medir unos tres metros de longitud, pero la mayoría eran más largas. Los gritos y las palmadas ya no las ahuyentaron. Venían a por él.

Por si eso no fuera ya bastante malo, la luz que ahora atravesaba el techo verde alcanzaba para ver que su muerte e ingesta tendría público. No había aún claridad suficiente para distinguir los rostros de los espectadores, y por esto Tim se alegró tristemente. Sus figuras encorvadas, semihumanas, ya eran malas de por sí. Permanecían de pie en la orilla más cercana, a setenta u ochenta metros de distancia. Pudo contar media docena, pero creía que había más. La sombría y nebulosa luz hacía difícil asegurarlo. De hombros redondeados, sus peludas cabezas eran como bultos protuberantes. Los andrajos que colgaban de sus cuerpos indistintos podrían haber sido retales de ropa o cintas de musgo como las que pendían de las ramas. Tim los imaginó como una pequeña tribu de hombres de fango que se habían alzado del suelo acuoso de la ciénaga solo para observar a las criaturas nadadoras primero acosar y luego cazar a su presa.

«¿Qué importa eso? Estoy acabado tanto si miran como si no.»

Uno de los reptiles se separó del grupo y se dirigió al montecillo de yerba, la cola azotando el agua, la prehistórica cabeza levantada, la mandíbula hendida en una sonrisa burlona que parecía más grande que el cuerpo entero de Tim. Golpeó por debajo del punto donde Tim permanecía parado, y con fuerza suficiente para hacer temblar el morón como si fuera gelatina. En la orilla, varios de los hombres de fango ulularon. Tim pensó que eran como espectadores en un partido de Puntos de una

tarde de sábado.

Tan exasperante idea ahuyentó su temor. Lo que se apresuró a ocupar el hueco que había dejado fue la furia. ¿Le cogerían las bestias acuáticas? No veía la manera de evitarlo. Aunque si la pistola de cuatro tiros que la Viuda le diera no se había mojado mucho, podría ser capaz de obligar a uno de ellos al menos a pagar su desayuno.

«Y si no dispara, le daré la vuelta y aporrearé a la bestia con la culata hasta que me arranque el brazo del hombro.»

La cosa se arrastraba ahora fuera del agua, las garras al final de las cortas patas delanteras arrancaban terrones de juncos y yerbajos y dejaba cuchilladas negras que rápidamente se llenaban de agua. Su cola —de un verde negruzco en la parte superior, blanca como el vientre de un hombre muerto por debajo— impulsaba a la criatura hacia delante y hacia arriba, abofeteando el agua y lanzando abanicos de fango en todas direcciones. Sobre el hocico, un avispero de ojos palpitaba y se hinchaba, palpitaba y se hinchaba. En ningún momento abandonaron la cara de Tim. Las largas fauces crujieron; los dientes rechinaron como piedras entrechocando entre sí.

En la orilla —a setenta metros o mil ruedas, no suponía diferencia alguna— los hombres de fango volvieron a gritar, aparentemente alentando al monstruo.

Tim abrió el morral de algodón. Su pulso se mantenía firme, los dedos con confianza, aunque la cosa se había izado hasta la mitad de su longitud en el islote y ahora solo un metro separaba las botas empapadas de Tim y aquellos dientes rechinantes.

Amartilló uno de los percutores como la Viuda le había enseñado, curvó el dedo alrededor del gatillo, e hincó una rodilla en tierra. Ahora estaba al mismo nivel que el horror que se aproximaba. Tim olía a carroña intensamente en su aliento y veía el abismo de su palpitante esófago rosado. Aun así, el muchacho esbozó una sonrisa. Sintió que le estiraba los labios, y se alegró. Era bueno sonreír cuando a uno le llegaba su hora, así de cierto. Solo lamentaba que no fuera el recaudador de la baronía quien se estuviera arrastrando por la orilla, con su traicionera familiar verde en el hombro.

—Veamos si te gusta esto, sabandija —murmuró Tim, y apretó el gatillo.

Se produjo una detonación tan enorme que Tim al principio creyó que le había estallado la pistola en la mano. Pero no fue el arma, sino el repelente avispero de ojos del reptil. Esparció una lluvia de icor rojo oscuro. La criatura profirió un rugido angustioso y retrocedió serpenteando sobre su cola. Las patas delanteras dieron zarpazos al aire. Cayó al agua, se revolvió y quedó boca arriba, mostrando el vientre. Una nube roja comenzó a crecer alrededor de su cabeza parcialmente sumergida. Su sonrisa ávida se había convertido en un rictus de muerte. En los árboles, pájaros bruscamente despertados batieron las alas y parlotearon y profirieron improperios.

Todavía envuelto en aquella frialdad (y aún sonriendo, aunque sin ser consciente de ello), Tim abrió la cuatro cañones y sacó el casquillo gastado. Humeaba y lo notó caliente al tacto. Agarró el trozo de pan, se metió en la boca la miga que le sirviera de tapón, y empujó con el pulgar una de las cargas de repuesto en la cámara vacía. Cerró la pistola con un chasquido y luego escupió el tapón de pan, que ahora poseía un gusto aceitoso.

—¡Vamos! —retó a los reptiles que nadaban ahora de acá para allá con maneras nerviosas (la joroba que señalaba la cabeza del dragón sumergido había desaparecido)—. ¡Venid a buscar un poco más!

Tampoco era una bravata. Tim descubrió que realmente quería que vinieran a por él. Nada —ni siquiera el hacha de su padre, la cual aún portaba en el cinturón— le había hecho experimentar jamás una sensación tan gloriosa como sentir el peso de la pistola acomodada en su mano izquierda.

De la orilla le llegó un sonido que Tim no pudo identificar al principio, no porque fuera

extraño, sino porque contradecía todas las cabalas que había hecho acerca de aquellos que observaban. Los hombres de fango aplaudían.

Cuando se volvió para mirarles de frente, aún empuñando la pistola humeante, los humanoides cayeron de rodillas, con el puño en la frente, y articularon la única palabra de la que parecían capaces. Aquella palabra era «hile», una de las pocas que se mantiene exactamente igual tanto en la Alta como en la Baja Lengua, aquella que los manni denominaban *fin-Gan*, o primera palabra; aquella que puso el mundo a girar.

«¿Es posible...?»

Tim Ross, hijo de Jack, paseó la mirada de los hombres de fango postrados en la orilla a la antiquísima (pero muy efectiva) arma que aún blandía.

«¿Es posible que crean...?»

Sí, era posible. Más que posible, de hecho.

La gente de Fagonard le creía un pistolero.

Por unos instantes se quedó tan anonadado que no pudo moverse. Los miró de hito en hito desde la mata de yerba donde había luchado por su vida (y donde aún podría perderla); ellos permanecieron postrados entre altos juncos verdes y cieno a setenta metros de distancia, las manos cerradas en puño tocando sus cabezas peludas, sosteniéndole la mirada.

Finalmente, cierta semblanza de razón empezó a reafirmarse, y Tim comprendió que debía aprovechar la creencia de esa gente mientras le fuera posible. Tanteó las historias que su madre y su padre le habían contado, y aquellas que la Viuda Smack leía de sus preciados libros a sus pupilos. Sin embargo, nada parecía encajar completamente en la situación, hasta que recordó un fragmento de una vieja historia que le oyera a Harry el Tablas, uno de los vejetes que trabajaban a tiempo parcial en el aserradero. Medio lelo era el Viejo Tablillas, siempre dispuesto a apuntarte con un dedo a modo de pistola y fingir que apretaba el gatillo, también propenso a balbucear galimatías en lo que afirmaba que era la Alta Lengua. Nada adoraba más que hablar sobre los hombres de Gilead que cargaban los grandes hierros y sobre las búsquedas que emprendían.

«Bueno, Harry, espero que el ka estuviera obrando cuando me puso a distancia de oído en el descanso de mediodía aquel día.»

—¡*Hile*, vasallos! —gritó a los hombres de fango de la orilla—. ¡Os veo muy bien! ¡Levantaos con amor y obediencia!

Durante un prolongado momento, nada sucedió. Entonces se levantaron, pero se quedaron quietos, mirándole con unos ojos intrínsecamente cansados desde el fondo de sus profundas cuencas. Sus mandíbulas caían casi hasta la altura del esternón en idénticas expresiones de asombro. Tim advirtió que algunos iban armados con arcos primitivos; otros llevaban garrotes atados con vides entretejidas en sus pechos hundidos. «¿Qué digo ahora?»

A veces, pensó Tim, lo único que servía era la verdad pura y simple.

—¡Sacadme de esta isla de mierda! —vociferó.

Al principio los hombres de fango únicamente le miraron boquiabiertos. Entonces se apiñaron y garlaron en una mezcla de gruñidos, chasquidos y perturbadores rugidos. Justo cuando Tim comenzaba a creer que su parlamento duraría para siempre, varios de los miembros de la tribu dieron

media vuelta y partieron a la carrera. Otro, el más alto, se volvió hacia Tim y extendió ambas manos. Eran realmente manos, pese a que constaban de demasiados dedos y las palmas estaban teñidas de verde debido a alguna sustancia musgosa. El gesto que hacían era claro y enfático: *Quédate ahí quieto*.

Tim asintió con la cabeza y se sentó en el terrón («como Lady-ita Magdalena en su alacena», pensó) y se puso a mordisquear el resto del pan. Mientras comía, vigilaba de reojo posibles estelas de criaturas nadadoras, y empuñaba la pistola de cuatro tiros en una mano. Moscas y otros insectos se posaban en su piel el tiempo suficiente para sorber su sudor antes de huir volando. Tim pensó que si no sucedía algo pronto, se vería obligado a saltar al agua solo para librarse de tan irritantes bichos, que eran demasiado rápidos para aplastarlos de un manotazo. Salvo que, ¿quién sabía qué otras cosas podrían estar escondidas en aquella opacidad, o arrastrándose por el fondo?

Cuando tragaba el último bocado de pan, un rítmico ruido seco comenzó a latir en la neblina mañanera que cubría el pantano y, a consecuencia, más pájaros espantados alzaron el vuelo. Algunos eran sorprendentemente grandes, de plumaje rosado y con patas largas y finas que utilizaban como remos en el agua mientras se esforzaban por abrirse camino en el aire. Emitían agudos ululatos que a oídos de Tim sonaban como risas de niños que hubieran perdido el juicio.

«Alguien está aporreando el tronco hueco como quise hacer yo no hace tanto.» El pensamiento le provocó una sonrisa cansada.

La palpitación se prolongó unos cinco minutos, y luego cesó. Las criaturas de la orilla fijaban su atención en el camino por el que viniera Tim, un Tim mucho más joven había sido aquel, riéndose tontamente y siguiendo a un hada maliciosa de nombre Armaneeta. Los hombres de fango se protegieron los ojos del sol, que ahora brillaba con fiereza entre el follaje colgante y evaporaba la niebla. Se perfilaba otro día de calor antinatural.

Tim oyó un chapoteo, y no pasó mucho tiempo antes de que un bote con aspecto extraño y disforme surgiera de entre la niebla deshilachada. Había sido construido apresuradamente con trozos de madera espigados de sabían los dioses dónde, y surcaba el agua a ras, arrastrando una maraña de musgo y yerbas acuáticas. Tenía un mástil, pero desprovisto de vela; en lo alto, actuando como centinela, estaba la cabeza de un verraco rodeada por una madeja cambiante de moscas. Cuatro de los moradores del pantano remaban con palas de una madera anaranjada que Tim no reconoció. Un quinto iba de pie en la proa, llevando un sombrero de copa negro adornado con una cinta roja que le colgaba sobre un hombro desnudo. Escudriñaba el frente, a veces señalaba a la izquierda, a veces a la derecha. Los remeros seguían sus indicaciones con la eficiencia de una larga práctica, sorteando así limpiamente las matas de yerba que habían conducido a Tim a su dificultad actual.

Cuando la barca se aproximó a la extensión negra de agua mansa donde había estado el dragón, el timonel se agachó un momento y a continuación se irguió con un gruñido de esfuerzo. En los brazos sostenía el cuerpo chorreante de un animal que hasta no hacía mucho, suponía Tim, había estado unido a la cabeza que decoraba el mástil. El timonel lo acunó, haciendo caso omiso a la sangre que le untaba el pecho peludo y los brazos, escudriñando el agua. Profirió un grito agudo, ululante, seguido de varios chasquidos rápidos. La tripulación desarmó los remos. El bote continuó un poco su avance hacia la mata de yerba donde Tim esperaba, pero el timonel no prestó atención; seguía escudriñando absorto el agua.

En un silencio más sobrecogedor que el chapoteo más ruidoso, una garra gigante emergió, con los dedos arqueados. Sai Timonel depositó el trozo sangriento del verraco en aquella palma demandante con el mismo cuidado con que una madre acuesta a su bebé dormido en la cuna. Los dedos se cerraron en torno a la carne y exprimieron gotas de sangre que tamborilearon en el agua.

Entonces, tan silenciosamente como había llegado, la garra desapareció, portando su tributo.

«Ahora ya sabes cómo apaciguar a un dragón», pensó Tim. Se le ocurrió que estaba acumulando una asombrosa reserva de historias, unas que mantendrían no solo al Viejo Tablillas sino al pueblo entero de Arbolvilla subyugados. Se preguntó si llegaría a vivir para contarlas.

La barca chocó contra la mata de yerba. Los remeros inclinaron la cabeza y se llevaron el puño a la frente. El timonel los imitó. Cuando le hizo señas desde el bote, indicándole que debería subir a bordo, largas hebras de verde y marrón se balancearon de un lado a otro de su brazo escuálido. Más de este crecimiento le colgaba de las mejillas y lacio pendía desde la barbilla. Incluso sus fosas nasales parecían taponadas con materia vegetal, de modo que se veía obligado a respirar por la boca.

«No, no son hombres de fango, para nada —pensó Tim al montar en el bote—. Son hombres planta. Mutantes que se han convertido en parte del pantano en el que viven.»

—Digo gracias —le expresó Tim al timonel, y se tocó la frente con el canto del puño.

—*¡Hile!* —replicó el timonel. Desplegó los labios en una sonrisa. Los pocos dientes así revelados eran verdes, pero no por ello la sonrisa perdió un ápice de su encanto.

—Hemos sido bien hallados —dijo Tim.

—*Hile* —repitió el timonel, y a continuación se unieron todos ellos, haciendo el pantano resonar: *¡Hile! ¡Hile! ¡Hile!*

Tierra adentro (si se podía llamar tierra al suelo que temblaba y rezumaba a cada paso), la tribu se congregó en torno al muchacho. Su olor era terroso y brutal. Tim conservaba la pistola en la mano, no porque tuviera la intención de dispararles o amenazarlos con ella, sino porque resultaba evidente que anhelaban verla. Si alguno hubiera alargado la mano para tocarla de verdad, la habría devuelto al morral, pero ninguno lo hizo. Ellos gruñían, gesticulaban, emitían aquellos agudos ululatos de ave, pero ninguno pronunciaba una palabra aparte de «*hile*» que Tim pudiera entender. Sin embargo, cuando Tim les hablaba, no le cabía duda de que era comprendido.

Contó al menos dieciséis, todos hombres y todo *muties*. Así como vida vegetal, la mayoría desarrollaba crecimientos fúngicos parecidos a los hongos apilados que Tim a veces encontraba en la fustafloza apilada en el aserradero. Además, estaban aquejados de furúnculos y llagas enconadas. Una certeza casi absoluta creció en Tim: puede que en algún sitio hubiera mujeres —pocas— pero no habría niños. Esta era una tribu agonizante. Pronto Fagonard se los llevaría igual que la hembra de dragón se había llevado el verraco del sacrificio. En el ínterin, no obstante, ellos le miraban de una manera que también reconoció de sus días en el aserradero. Era la manera en que él y el resto de los muchachos miraban al capataz cuando el último trabajo se concluía y el siguiente aún no había sido asignado.

La tribu de Fagonard le creía un pistolero —ridículo, era solamente un niño, pero ahí estaba— y, al menos por el momento, se someterían a sus órdenes. Bastante fácil para ellos, pero Tim nunca había sido jefe, ni había soñado con serlo. ¿Qué quería? Si les pidiera que le llevaran al extremo sur del pantano, lo harían; estaba seguro de ello. Desde allí creía poder encontrar el camino hasta la Ruta del Fustafarro, que a su vez le llevaría de vuelta a Arbolvilla.

De vuelta a casa.

Era lo más razonable, y Tim lo sabía. Pero cuando regresara, su madre seguiría ciega. Ni

siquiera la captura de Kells el Grande cambiaría esto. Él, Tim Ross, habría arriesgado mucho para no obtener ganancia. Peor incluso, el Señor del Pacto podría utilizar su vasija de plata para observar cómo se escabullía hacia el sur, derrotado. Se reiría. Probablemente con su miserable duende sentada en su hombro, riéndose a la par.

Mientras meditaba en ello, le vino a la memoria algo que la Viuda Smack solía decir en días más felices cuando era tan solo un colegial cuya mayor preocupación consistía en terminar sus tareas antes de que su padre regresara de los bosques: «La única pregunta estúpida, queridos míos, es aquella que no hacéis».

Hablando despacio (y sin muchas esperanzas), Tim dijo:

—Estoy en una búsqueda para localizar a Maerlyn, que es un gran mago. Me han dicho que tiene una casa en el Bosque Interminable, pero el hombre que así me contó era... —Era un malnacido. Era un mentiroso. Era un timador cruel que pasaba el tiempo embaucando a niños—. Era no muy de fiar —concluye—. ¿Habéis, vosotros de Fagonard, oído hablar alguna vez de este Maerlyn? Quizá lleve puesto un gorro alto del color del sol.

Esperaba recibir gestos de negación o incompreensión. En cambio, los miembros de la tribu se retiraron y formaron un apretado círculo que farfullaba. Esto duró al menos diez minutos, y en varias ocasiones la discusión se acaloró. Por fin regresaron hasta donde aguardaba Tim. Manos retorcidas de dedos demacrados por las llagas empujaron al antes timonel hacia delante. Tan ilustre personaje era ancho de espaldas y de constitución robusta. De no haber crecido en el anegado tazón de veneno que era Fagonard, se le podría haber considerado guapo. Sus ojos brillaban con inteligencia. En el pecho, encima del pezón derecho, una enorme llaga infectada se hinchaba y temblaba.

Levantó un dedo de una manera que Tim reconoció: era el gesto de la Viuda Smack que significaba *Atendedme*. Tim asintió y apuntó con los dos primeros dedos de la mano derecha —la que no empuñaba la pistola— a sus ojos, como les enseñara la Viuda.

El timonel —el mejor actor de la tribu, conjeturó Tim— le correspondió con un asentimiento de cabeza y luego palpó el aire bajo el desgredado crecimiento de barba y yerbas entremezcladas en su mentón.

Tim sintió una punzada de entusiasmo.

—¿Una barba? ¡Sí, tiene barba!

A continuación, Timonel palpó el aire encima de su cabeza, cerrando el puño al hacerlo. Así indicaba que no era simplemente un gorro alto, sino un gorro *cónico*.

—¡Ese es! —Tim verdaderamente se echó a reír.

Timonel sonrió, pero Tim creyó advertir un rastro de turbación. Varios de los otros farfullaron y gorjearon. Timonel les hizo callar con un gesto y luego retornó su atención al muchacho. Sin embargo, antes de que pudiera reanudar la pantomima, la llaga encima del pezón estalló en una rociada de pus y sangre. De ella salió arrastrándose una araña del tamaño de un huevo de petirrojo. Timonel la agarró, la aplastó y la tiró a un lado. Entonces, mientras Tim observaba con horrorizada fascinación, usó una mano para ensanchar y mantener abierta la herida. Cuando los bordes bostezaron como labios, metió la otra mano a modo de cuchara y extrajo una masa resbaladiza de huevos que palpitaban débilmente. Los lanzó a un lado de manera casual, librándose de ellos del modo en que un hombre podría deshacerse de un puñado de mocos que hubiera estornudado por la nariz en una mañana fría. Ninguno de los demás prestó una especial atención a esto. Estaban esperando a que se reanudara el espectáculo.

Atendida la llaga, Timonel dejóse caer sobre manos y rodillas y se abalanzó a un lado y a otro en una serie de acometidas predatorias, gruñendo al hacerlo. Se detuvo y alzó la vista hacia Tim, que

negó con la cabeza mientras batallaba con su estómago. Esta gente acababa de salvarle la vida, y calculó que sería muy descortés vomitar delante de ellos.

—No entiendo eso, sai. Digo perdón.

Timonel se encogió de hombros y se puso en pie. Las yerbas enmarañadas que le crecían en el pecho estaban ahora aljofaradas de sangre. De nuevo efectuó el gesto de la barba y el gorro cónico. De nuevo dejóse caer al suelo, gruñendo y embistiendo. Esta vez se le unieron todos los demás. Por un breve instante la tribu se convirtió en una manada de animales peligrosos, aunque sus risas y evidente jovialidad de alguna forma estropeaban la ilusión.

Tim sacudió la cabeza una vez más, sintiéndose un estúpido redomado.

Timonel no parecía contento; tenía cara de preocupación. Se quedó quieto durante un momento, con las manos en las caderas, pensando, y luego le hizo señas a un miembro de la tribu para que se adelantara. Este era alto, calvo y desdentado. Los dos garlaron largo y tendido. Entonces el hombre alto se marchó a la carrera, alcanzando una gran velocidad aunque tenía las piernas tan gravemente torcidas que se balanceaba de lado a lado como un esquife en un oleaje. Timonel llamó con señas a otros dos y les habló. También echaron a correr.

Timonel entonces dejóse caer de manos y rodillas y reanudó su imitación de un animal feroz. Cuando terminó, alzó la vista hacia Tim con una expresión que se acercaba a la súplica.

—¿Es un perro? —aventuró Tim.

A esto, los miembros restantes de la tribu correspondieron con carcajadas.

Timonel se levantó y le dio una palmadita a Tim en el hombro con una mano de seis dedos, como para decirle que no se lo tomara a pecho.

—Dime solo una cosa —pidió Tim—. Maerlyn... sai, ¿es real?

Timonel meditó la pregunta y finalmente lanzó los brazos al cielo en un exagerado gesto de *delah*. Era lenguaje corporal que cualquier aldeano de Arbolvilla habría reconocido: *¿Quién sabe?*

Los dos miembros de la tribu que se habían marchado juntos regresaron cargando con una cesta de cañas tejidas y un tirante de cáñamo para poder transportarla colgada del hombro. La depositaron a los pies de Timonel, se volvieron hacia Tim, le saludaron, y por último se retiraron sonrientes. Timonel se acuclilló e indicó con señas a Tim que hiciera lo mismo.

El muchacho supo lo que contenía la cesta antes de que Timonel la abriera. Percibió el olor de la carne recién cocinada y tuvo que enjugarse la boca con la manga para evitar babear. Los dos hombres (o quizá sus mujeres) habían metido el equivalente de Fagonard al almuerzo de un leñador. Rodajas de carne de cerdo se habían recubierto con círculos de alguna verdura naranja que parecía calabaza. Estaban envueltos en finas hojas verdes para hacer popkins sin pan. También había fresas y arándanos, frutas ya fuera de temporada en Arbolvilla.

—*¡Gratidas, sai!* —Tim se dio tres golpecitos en la garganta. Esto desató las risas de todos ellos, y le correspondieron con el mismo gesto.

El larguirucho regresó. De un hombro colgaba un pellejo de agua. En la mano llevaba una cartera del cuero más fino y suave que Tim hubiera visto jamás. La cartera entregósele a Timonel. El pellejo de agua tendiósele al muchacho.

Tim no fue consciente de lo sediento que estaba hasta que sintió el peso del odre y presionó los costados hinchados y flexibles. Tiró del tapón con los dientes, levantó el pellejo en el codo, como hacían los hombres de su pueblo, y bebió con avidez. Esperaba que tuviera un sabor salado (y tal vez

algún bicho) pero estaba fresca y dulce como la que fluía del manantial entre su casa y el granero.

Los miembros de la tribu rieron y aplaudieron. Tim vio una llaga en el hombro de Larguirucho preparándose a dar a luz, y sintió un tremendo alivio cuando Timonel le dio una palmadita en el hombro, instándole a que mirara algo.

Era la cartera. Una suerte de costura metálica la cruzaba por la mitad. Cuando Timonel tiró de una lengüeta acoplada a esta costura, la funda se abrió como por arte de magia.

Dentro había un disco de metal cepillado del tamaño de un plato pequeño. En la parte de arriba tenía algo escrito que Tim no pudo leer. Debajo había tres botones. Timonel pulsó uno de ellos, y una corta varilla surgió del plato con un sonido quejumbroso. Los miembros de la tribu, que se habían agrupado en un semicírculo impreciso, rieron y aplaudieron un poco más. Claramente lo estaban pasando de maravilla. Tim, apagada su sed y con los pies en tierra sólida (*o semisólida*, al menos), resolvió que él mismo estaba disfrutando mucho.

—¿Eso es de los Antiguos, sai?

Timonel asintió con la cabeza.

—De donde vengo, artilugios tales se creen peligrosos.

Al principio dio la impresión de que Timonel no comprendió sus palabras, y por las expresiones perplejas del resto de hombres planta, ellos tampoco. Entonces se rió e hizo un amplio gesto que lo abarcó todo: el bosque, el agua, la tierra rezumante que pisaban. Como queriendo decir que *todo* era peligroso.

«Y en este sitio —pensó Tim—, probablemente todo lo sea.»

Timonel le hincó un dedo en el pecho y luego le dirigió un encogimiento de hombros en señal de disculpa: *Lo siento, pero deberías prestar atención.*

—Bien —dijo Tim—. Estoy observando. —Y ahorquilló dos dedos apuntando hacia sus ojos, lo cual provocó que todos se rieran y se dieran codazos mutuamente, como si hubiera soltado algo especialmente gracioso.

Timonel pulsó un segundo botón. El disco emitió un pitido, el cual desató murmullos de apreciación entre los espectadores. Bajo los botones se encendió una luz roja. Timonel comenzó a girar en un lento círculo, alargando el dispositivo metálico como una ofrenda. Cuando llevaba completado tres cuartas partes del círculo, el dispositivo volvió a pitar y la luz roja se puso verde. Timonel señaló con un dedo cubierto de vegetación en la dirección que indicaba ahora el aparato. Según le constaba por la posición del sol en su mayor parte oculto, eso era el norte. Timonel esperó a ver si lo entendía. Tim creía que sí, pero existía un problema.

—Hay agua por ese camino. Sé nadar, pero... —Desnudó los dientes y lanzó un mordisco al aire, señalando hacia la mata de yerba donde casi había servido de desayuno a una de aquellas criaturas escamosas. Todos ellos se rieron a carcajadas, ninguno más fuerte que Timonel, quien verdaderamente tuvo que doblarse y agarrarse las rodillas musgosas para evitar caerse.

«Aja, sí, muy gracioso —pensó Tim—, pero casi me comieron vivo.»

Cuando su ataque hubo remitido y Timonel fue capaz de permanecer derecho otra vez, señaló el bote destartado.

—Ah, me había olvidado —dijo Tim.

Estaba pensando que sería un pistolero muy estúpido.

Tim embarcó ante la mirada de Timonel, y este ocupó su sitio de costumbre bajo el mástil donde

había estado la cabeza del verraco en descomposición. La tripulación ocupó sus puestos. Comida y agua fueron subidos a bordo; la pequeña cartera de piel con la brújula (si de eso se trataba) Tim habíala guardado en el morral de algodón de la Viuda. La pistola de cuatro cañones iba sujeta al cinturón en su cadera izquierda, donde contrarrestaba en rudo equilibrio el hacha en la derecha.

Hubo numerosos intercambios de «*hiles*», y entonces Larguirucho —que Tim pensaba que probablemente sería Cacique, aunque Timonel hubiera efectuado la mayor parte de la comunicación— se aproximó. Se quedó parado en la orilla y miró con solemnidad a Tim en el bote. Ahorquilló dos dedos apuntando hacia sus ojos: *Atiéndeme*.

—Te veo muy bien. —Y cierto era, aunque sentía crecer la pesadez gradualmente en sus párpados. No podía recordar cuándo había dormido por última vez. Sin duda, la noche anterior no.

Cacique sacudió la cabeza, volvió a repetir el gesto con los dedos en horquilla —esta vez poniendo mayor énfasis—, y en los recovecos de su mente (quizá incluso de su alma, esa diminuta esquirla brillante de ka), Tim creyó oír un susurro. Por vez primera se le ocurrió que acaso no fueran sus *palabras* lo que las yentes del pantano entendían.

—¿Vigilar?

Cacique asintió con la cabeza; los demás murmuraron en conformidad. No había ahora risas ni regocijo en sus rostros; tenían un aspecto apenado y extrañamente infantil.

—¿Vigilar el qué?

Cacique se puso a gatas y empezó a moverse en rápidos círculos. Esta vez, en lugar de gruñidos, profirió una serie de gañidos perrunos. De tanto en cuanto se paraba y erguía la cabeza en la dirección norte que había indicado el dispositivo, ensanchando sus fosas nasales encostradas de verde, como si olfateara el aire. Por fin se levantó y miró a Tim de manera inquisitiva.

—De acuerdo —dijo Tim. No sabía qué intentaba transmitirle Cacique, ni por qué todos ellos se mostraban ahora tan abatidos, pero lo recordaría. Y sabría qué trataba tan denodadamente de enseñarle si lo veía. Si lo veía, podría entenderlo.

—Sai, ¿oís mis pensamientos?

Cacique asintió. Todos ellos asintieron.

—Pues entonces ya sabréis que no soy un pistolero. No trataba sino de armarme de una chispa de valor.

Cacique sacudió la cabeza y sonrió, como si aquello careciera de importancia. Repitió el gesto *de Atiéndeme* y a continuación ciñó los brazos alrededor de su torso llagado y empezó a temblar de manera exagerada. Los demás, incluyendo los tripulantes sentados en el bote, lo imitaron. Al cabo de un rato, Cacique se desplomó en el suelo (que se aplastó bajo su peso). Los demás también lo imitaron. Tim contempló estupefacto los cuerpos desparramados. Por fin, Cacique se levantó. Sondeó los ojos de Tim. La mirada preguntaba si Tim comprendía, y Tim terriblemente temía que sí.

—¿Estás diciendo...?

Se descubrió incapaz de terminar, al menos en voz alta.

Era demasiado espantoso.

(«¿Estás diciendo que vais a morir todos?») Lentamente, mientras sondeaba con seriedad sus ojos

—pero igualmente sonriendo un poco—, Cacique asintió con la cabeza. Entonces Tim demostró concluyentemente que no era ningún pistolero. Rompió a llorar.

Timonel desatracoó con ayuda de una pértiga. Los remeros a babor hicieron virar el bote, y cuando estuvo en aguas abiertas, Timonel con un gesto de ambas manos ordenó que remaran. Tim se sentó en la popa y abrió la cesta de comida. Comió algo porque su vientre aún se sentía hambriento, pero solo un poco, pues el resto de su cuerpo estaba desgastado. Cuando se ofreció a hacer circular la cesta, los remeros sonrieron en agradecimiento, pero declinaron. El agua estaba en calma, arrullador era el ritmo estable de los remos, y pronto Tim cerró los ojos. Soñó que su madre le sacudía y decía que ya era de mañana, que si se le pegaban las sábanas llegaría tarde para ayudar a su pa a ensillar las mollis.

«Entonces, ¿está vivo?», preguntó Tim, y tan absurda fue la pregunta que Nell rió.

Fue despertado con una sacudida, eso al menos sí sucedió en realidad, pero no por su madre. Era Timonel quien se inclinaba sobre él cuando abrió los ojos, despidiendo un olor tan intenso a sudor y materia vegetal en descomposición que Tim se obligó a ahogar un estornudo. Ni era de mañana. Todo lo contrario: el sol había surcado el cielo y rojamente brillaba entre hileras de extraños árboles nudosos que brotaban directamente del agua. Aquellos árboles Tim no podría haberlos nombrado, pero reconoció a aquellos que crecían en la pendiente más allá del punto donde el bote de pantano había tocado tierra. Eran fustafierros, y auténticos gigantes. Montones hondos de flores naranja y oro crecían en la base de los troncos. Tim pensó que su madre se desmayaría ante su belleza, y entonces recordó que ya no sería capaz de verlos.

Habían alcanzado el confín de Fagonard. Más adelante comenzaba la verdadera hondura del bosque.

Timonel ayudó a Tim a pasar sobre el costado de la embarcación, y dos de los remeros le entregaron la cesta de comida y el pellejo de agua. Cuando su artilla estuvo a los pies de Tim (la tierra esta vez no rezumó ni tembló), Timonel le rogó mediante señas que abriera el morral de algodón de la Viuda. Cuando Tim lo hizo, Timonel emitió una suerte de pitido que originó risitas de apreciación entre su tripulación.

Tim sacó la cartera de piel que contenía el disco metálico y trató de devolvérsela. Timonel negó con la cabeza y apuntó con el dedo a Tim. El significado del gesto era bastante claro. Tim tiró de la lengüeta que desenlazaba la costura y sacó el dispositivo. Era sorprendentemente pesado para algo tan fino, y extraña e inquietamente liso.

«No debes dejarlo caer —se dijo—. Volveré por este camino y lo devolveré igual que devolvería cualquier plato o herramienta prestada allá en el pueblo. Es decir, tal como estaba cuando me lo dieron. Si lo hiciera, entonces los encontraré sanos y salvos.»

Ellos le observaban para ver si recordaba cómo se utilizaba. Tim pulsó el botón que extendía la varilla corta y después el que hacía sonar el pitido y encendía la luz roja. Esta vez no hubo risas ni ululatos; serio era el asunto ahora, quizá incluso cuestión de vida o muerte. Tim comenzó a girar despacio, y cuando estuvo de frente a una vereda que ascendía entre los árboles —lo que en otro tiempo podría haber sido un camino— la luz roja cambió a verde y sonó un segundo pitido.

—Sigue orientada al norte —dijo Tim—. Marca el camino incluso después de la puesta de sol, ¿verdad? ¿Y si los árboles son demasiado frondosos para ver la Vieja Estrella y la Vieja Madre?

Timonel respondió afirmativamente con la cabeza, le dio una palmadita en la espalda... y entonces se inclinó y besó a Tim pronta y dulcemente en la mejilla. El hombre planta retrocedió un paso, alarmado de su propia temeridad.

—Está bien —le tranquilizó Tim—. No pasa nada.

Timonel hincó una rodilla en el suelo. Los demás, una vez hubieron desembarcado, siguieron su ejemplo. Postrados, el puño en la frente, exclamaron: «¡Hile!».

Tim sintió que de nuevo acudían las lágrimas y las combatió.

—Levantaos, vasallos... —dijo— si eso es lo que creéis ser. Levantaos con mi amor y mi gratitud.

Así lo hicieron, y poco a poco, con dificultad, fueron reembarcando.

Tim alzó el disco metálico de la inscripción.

—¡Os lo traeré de vuelta! ¡Sin un desperfecto! ¡Lo prometo!

Despacio —pero aún sonriendo, y eso por alguna razón lo hacía más horrible—, Timonel sacudió la cabeza. Dirigió al muchacho una última mirada tierna y prolongada, después impelió la destartalada barca, abandonando tierra firme con destino a la inestable región del mundo que era su hogar. Tim se quedó mirando mientras viraba lenta y majestuosa hacia el sur. Cuando la tripulación levantó los goteantes remos a modo de saludo, él agitó la mano. Los observó alejarse hasta que la barca no fue más que una fluctuación fantasmal en el cinturón de fuego dejado por el sol poniente. Cálidas lágrimas manaron en torrente de sus ojos, y reprimió (a duras penas) el impulso de hacerles regresar.

Cuando el bote desapareció, se echó la artilla sobre su delgaducho cuerpo, enfiló la dirección que había marcado el dispositivo y se adentró en la espesura del bosque.

La oscuridad sobrevino. Al principio hubo luna, pero su brillo llegaba al suelo reducido a una trémula luz poco fiable... y luego incluso también eso desapareció. *Había* un camino, estaba seguro de ello, pero era fácil desviarse a un lado u otro. Las dos primeras veces que esto sucedió, logró evitar chocar contra un árbol, pero no la tercera. Iba pensando en Maerlyn, y en lo improbable que era que tal personaje existiese, cuando su pecho golpeó de lleno contra el tronco de un fustafarro. Consiguió retener el disco de plata, pero la cesta de comida cayó al suelo, desparramando su contenido.

«Ahora tendré que ponerme a gatas y andar a tientas, y a no ser que me quede aquí hasta la mañana, es muy probable que ni aun así vea algunos de...»

—¿Desea luz, viajero? —preguntó una voz femenina.

Tim se convencería más tarde de que soltó un grito de sorpresa (¿pues acaso no tendemos todos a moldear nuestros recuerdos para que reflejen lo mejor de nosotros mismos?), pero la verdad era más descarnada: chilló de puro terror, dejó caer el disco, se catapultó hacia arriba, y a punto estuvo de poner pies en polvorosa (carentes de importancia los árboles contra los que pudiera estamparse) cuando la parte de su ser encargada de la supervivencia intervino. Si corría, muy posiblemente nunca sería capaz de hallar la comida esparcida a la vera del camino. Ni el disco, que había prometido proteger y devolver intacto.

«Fue el disco el que habló.»

Una idea absurda, ni siquiera un hada de la talla de Armaneeta cabría dentro de aquel delgado platillo de metal... pero ¿había algo más absurdo que un muchacho solo en el Bosque Interminable, en pos de un mago que debería llevar muchos siglos muerto? ¿Que, aun vivo, era probable que se encontrara a miles de ruedas al norte de allí, en aquella región del mundo donde la nieve nunca se derretía?

Buscó la verde Lucerna y no la halló. Con el corazón todavía martilleándole en el pecho, Tim se puso de rodillas y tanteó alrededor, palpando un revoltijo de popkins de cerdo envueltos en hojas, descubriendo una cestita de bayas (la mayoría desparramadas por el suelo), descubriendo el cesto mismo... pero ni rastro del disco plateado.

En su desesperación, gritó:

—¿Dónde estáis, en el nombre de Nis?

—Aquí, viajero —dijo la voz femenina. Perfectamente serena. Proveniente de su izquierda. Se volvió en aquella dirección, aún en el suelo manos y rodillas.

—¿Dónde?

—Aquí, viajero.

—Seguid hablando, si hacéis el favor.

La voz obedeció solícita.

—Aquí, viajero. Aquí, viajero. Aquí, viajero.

Estiró el brazo hacia la voz; su mano se cerró sobre el preciado artefacto. Cuando lo volteó en su palma, vio la luz verde. Lo acunó contra el pecho, sudando. Pensó que nunca se había sentido tan aterrorizado, ni siquiera cuando se dio cuenta de que se encontraba sobre la cabeza de un dragón, ni tan aliviado.

—Aquí, viajero. Aquí, viajero. Aquí...

—Os tengo —dijo Tim, sintiéndose simultáneamente ridículo y todo lo contrario—. Ya podéis... esto... callar.

Silencio por parte del disco plateado. Así permaneció Tim durante quizá cinco minutos, escuchando los sonidos nocturnos del bosque —no tan amenazantes como aquellos del pantano, al menos por el momento— y recuperando el control de sí mismo. Finalmente, dijo:

—Sí, sai, desearía luz.

El disco originó el mismo ruido quejumbroso que producía cuando paría la varilla, y de repente una luz blanca, tan brillante que cegó temporalmente a Tim, comenzó a irradiar. Los árboles se materializaron de la nada a su alrededor, y alguna criatura, que sigilosamente debía de haberse acercado, retrocedió de un salto profiriendo una suerte de ladrido amedrentado que sonó como «*yauk*». Tim, ofuscados aún los ojos, no consiguió una buena atisbadura, pero creyó adivinar un pelaje suave y —tal vez— un garabato de cola.

Una segunda varilla había surgido del plato. En la punta, un pequeño abultamiento encapuchado producía aquella furiosa luz deslumbradora. Era como fósforo candente, mas a diferencia de este, no se consumía. Tim no tenía idea de cómo podían esconderse varillas y luces en un plato de metal tan delgado, y no le importaba. Una cosa sí le preocupaba.

—¿Cuánto durará esto, mi señora?

—Su pregunta es inespecífica, viajero. Reformule.

—¿Cuánto durará la luz?

—La energía de la batería está al ochenta y ocho por ciento. Su vida estimada es de setenta años, más menos dos.

«Setenta años —repitió Tim mentalmente—. Debería ser suficiente.»

Empezó a recoger y recomponer su artilla.

Con la intensa luz para guiarle, el camino por el que avanzaba se veía incluso más claro que a la

orilla del pantano, pero picaba constantemente hacia arriba, y alrededor de la medianoche (si *era* medianoche; no tenía manera de decirlo) Tim se encontraba agotado pese a su larga siesta en la barca. Persistía el calor opresivo y antinatural, lo cual no ayudaba. Tampoco lo hacía el peso de la cesta y el pellejo de agua. Al final se sentó, dejó el disco a un lado, abrió la cesta y mordisqueó uno de los popkins. Estaba delicioso. Consideró comer un segundo, mas se recordó que no sabía cuánto tendría que hacer durar esas raciones. Le cruzó asimismo por la cabeza que la brillante luz que irradiaba el disco podría ser detectada por cualquier cosa que anduviera casualmente por las inmediaciones, y algunas de esas cosas podrían no ser amistosas.

—¿Podríaís apagar la luz, señora?

Seguro no estaba de si ella respondería, pues había probado varias tácticas para entablar conversación en las últimas cuatro o cinco horas, que resultaron fallidas. Sin embargo, la luz se extinguió sumiéndole así en una total oscuridad. De pronto, Tim creyó presentir criaturas vivas en todo su alrededor: verracos, lobos arbóreos, vurtis, acaso una pukia o dos, y tuvo que reprimir el impulso de solicitar que se hiciera de nuevo la luz.

Daba la impresión de que aquellos fustaferreros sabían que estaban en la estación de la Tierra Llena, a pesar del calor antinatural, y habían espolvoreado profusas cantidades de restos de materia orgánica, principalmente sobre las flores que rodeaban sus bases, pero también más allá. Tim reunió el suficiente para prepararse una improvisada cama y se tumbó en ella.

«Me he vuelto jipao», pensó, empleando el grosero término de Arbolvilla reservado para aquellos que habían perdido la chaveta. Pero no se sentía jipao. Lo que sentía era plenitud y contento, aunque añorara a los «fagonarditas» y se preocupara de ellos.

—Voy a dormir —anunció—. ¿Me despertaréis si se acerca algo, sai?

Ella respondió, pero no de un modo que Tim entendiera:

—Directiva Diecinueve.

«Que viene después del dieciocho y antes del veinte», pensó Tim, y cerró los ojos. Enseguida empezó a adormecerse. Pensó en hacerle a la incorpórea voz femenina otra pregunta: «¿Hablasteis con la gente del pantano?». Pero, para entonces, el sueño ya le había vencido.

En la hendidura más profunda de la noche, la zona de Tim Ross del Bosque Interminable cobró vida con formas pequeñas que se movían sigilosas. Dentro del sofisticado dispositivo con el rótulo Módulo de Orientación Portátil North Central Positronics DARIA, NCP-1436345-AN, el fantasma en la máquina detectó la proximidad de estas criaturas, pero no presintiendo peligro alguno, guardó silencio. Tim no despertó.

Los *throcken*, seis en total, se congregaron alrededor del inerte muchacho en un impreciso semicírculo. Lo observaron por un rato con sus extraños ojos engastados en oro, pero entonces se volvieron hacia el norte y alzaron los hocicos al aire.

En los confines más septentrionales de Mundo Medio, donde las nieves nunca terminan y la Tierra Nueva nunca llega, un colosal embudo había empezado a formarse, girando en una masa de aire recientemente venida del sur que era cálido en exceso. Al comenzar a respirar cual pulmón, aspiró un moit de aire frígido desde abajo y, rotando cada vez a mayor velocidad, creó una bomba de energía retroalimentada. Pronto los bordes externos alcanzaron el Camino del Haz, que el Módulo de Orientación DARIA leía electrónicamente y que Tim Ross veía como un borroso sendero a través del bosque.

El Haz paladeó la tormenta, la encontró apetitosa, y la absorbió. La boreastada empezó a moverse hacia el sur, despacio al principio, más rápido después.

Tim despertó consciente del canto de las aves y se incorporó, restregándose los ojos. Por un momento no supo dónde estaba, pero la visión de la cesta y las saetas verdosas de luz solar que caían de las cumbres de los fustafierros pronto le ubicaron. Se levantó, y cuando se disponía a salir del camino para sus necesidades matutinas, se detuvo. Divisó varios montoncitos prietos de excrementos cerca del lugar donde había dormido, y se preguntó qué habría venido a investigar durante la noche.

«Algo más pequeño que lobos —pensó—. Que baste así.»

Se desabotonó los pantalones y se ocupó de sus asuntos. Cuando hubo terminado, se colgó de nuevo la cesta (un poco sorprendido de que sus visitantes no la hubieran saqueado), bebió del pellejo y recogió el disco de plata. Posó la vista sobre el tercer botón. La Viuda Smack habló dentro de su cabeza, instándole a no pulsarlo, a no meterse en camisa de once varas, pero Tim decidió que este era un consejo del que haría caso omiso. Si hubiera prestado atención a sus bienintencionadas advertencias, no se encontraría allí. Por supuesto, a lo mejor su madre conservaría la vista... pero Kells el Grande seguiría siendo su padrastro. Supuso que todo en la vida estaba plagado de conflictos similares.

Con la esperanza de que el maldito trasto no explotara, Tim pulsó el botón.

—¡Hola, viajero! —exclamó la voz femenina.

Tim empezó a devolver el saludo, pero ella prosiguió sin acusar recibo.

—Sea bienvenido a DARIA, un servicio de navegación de North Central Positronics. Se halla en el Haz del Gato, a veces conocido como el Haz del León o del Tigre. También es la Senda del Pájaro, conocida en diversas regiones como la Senda del Águila, la Senda del Halcón y la Senda del Buitre. ¡Todas las cosas sirven al Haz!

—Así se dice —convino Tim, tan estupefacto que apenas fue consciente de que estaba hablando—. Aunque nadie sabe lo que significa.

—Ha abandonado el Punto de Paso Nueve, en el Pantano Fagonard. No hay ningún Dogan en el Pantano Fagonard, pero hay una estación de recarga. Si usted necesita una estación de recarga, diga «sí» y calcularé el itinerario. Si usted no necesita una estación de recarga, diga «continuar».

—Continuar —dijo Tim—. Señora... Daria... Busco a Maerlyn...

Ella lo ignoró.

—El próximo Dogan según el curso actual está en el Bosque del Norte Kinnock, también conocido como la Aguilera del Norte. La estación de recarga del Dogan en el Bosque del Norte Kinnock está fuera de servicio. Las perturbaciones en el Haz sugieren la presencia de magia en esa ubicación. Hay probabilidades de que exista Vida Alterada en esa ubicación. Se recomienda un desvío. Si desea tomar un desvío, diga «desvío» y reprogramaré el itinerario con los cambios necesarios. Si desea visitar el Dogan en el Bosque del Norte Kinnock, también conocido como la Aguilera del Norte, diga «continuar».

Tim consideró las opciones. Si la cosa-Daria sugería un desvío, ese sitio Dogan seguramente era peligroso. Por otra parte, ¿no era exactamente magia lo que había venido a buscar? ¿Magia o un milagro? Y ya había estado encima de la cabeza de un dragón. ¿Cuan más peligroso podría ser el Dogan en el Bosque del Norte Kinnock?

«Puede que mucho», admitió para sí... pero tenía el hacha de su padre, tenía la moneda de la suerte de su padre y tenía una pistola. Una cuatro cañones que funcionaba y que ya había derramado sangre.

—Continuar —dijo.

—La distancia hasta el Dogan en el Bosque del Norte Kinnock es de ochenta kilómetros o cuarenta y cinco coma cuarenta y cinco ruedas. El terreno es moderado. Las condiciones meteorológicas...

Daria hizo una pausa. Se produjo un fuerte chasquido. Después:

—Directiva Diecinueve.

—¿Qué es la Directiva Diecinueve, Daria?

—Para anular la Directiva Diecinueve, diga su contraseña de acceso. Se le puede solicitar que la deleetree.

—No sé qué significa eso.

—¿Está seguro de que no desea que trace un desvío, viajero? Detecto una fuerte perturbación en el Haz, indicio de una magia intensa.

—¿Es magia blanca o negra? —Fue lo más cerca que llegó Tim a hacer una pregunta que la voz del disco probablemente no entendería: «¿Es Maerlyn o es el hombre que nos metió a madre y a mí en este apuro?».

Cuando transcurrieron diez segundos sin respuesta, Tim empezó a creer que no recibiría ninguna... o a lo sumo otra repetición de la Directiva Diecinueve, que en realidad equivalía a lo mismo. Pero obtuvo una respuesta, aunque de poco le sirvió.

—Ambas —dijo Daria.

El camino continuaba ascendiendo, y también el calor. Hacia mediodía Tim se encontraba demasiado agotado y hambriento para seguir. En varias ocasiones había tratado de entablar conversación con Daria, pero esta una vez más había permanecido en silencio. Pulsar el tercer botón no ayudó, aunque su función de navegación parecía intacta; cuando deliberadamente se desviaba a derecha o izquierda del distinguible sendero que se adentraba invariablemente en las entrañas del bosque (e invariablemente hacia arriba), la luz verde cambiaba a roja. Cuando volvía atrás, la verde reaparecía.

Comió de las provisiones de la cesta, y luego se acomodó para dormir una siesta. Cuando despertó, caía la tarde y se estaba un poco más fresco. Se echó a la espalda la cesta (ahora más ligera), al hombro el pellejo de agua, y siguió adelante. El atardecer fue breve; el crepúsculo, aún más. La noche contenía para él menos terrores, en parte porque ya había sobrevivido a una, pero principalmente porque, cuando solicitaba la luz, Daria se la proporcionaba. Y tras el calor del día, el frescor de la noche resultaba vigorizante.

Tim prosiguió durante un buen número de horas antes de empezar a notarse cansado. Juntaba un poco de humus que le sirviera de cama hasta el alba cuando Daria habló.

—Más adelante se ofrece la oportunidad de una escena pintoresca, viajero. Si desea aprovechar esta oportunidad pintoresca, diga «continuar». Si no desea verla, diga «no».

Tim depositaba en ese momento la cesta en el suelo. Intrigado, la recogió de nuevo.

—Continuar —dijo.

Brotó la luz resplandeciente del disco, pero cuando los ojos de Tim tuvieron ocasión de adaptarse, percibió una luz más adelante. Solo luz de luna, pero mucho más brillante que la filtrada entre las ramas sobre el sendero suspendidas.

—Use el sensor de navegación verde —comunicó Daria—. Avance con sigilo. La oportunidad pintoresca está aun kilómetro y medio, o cero coma ocho ruedas, al norte de la posición actual.

Dicho esto, se desconectó con un clic.

Tim avanzó con tanto sigilo como fue capaz, aunque se le antojó escandaloso. Al final, probablemente no supuso diferencia alguna. El camino se abrió en el primer gran claro al cual llegaba desde que se internara en el bosque, y los seres que lo ocupaban no le prestaron la menor atención.

Había seis bilibrambos sentados en un fustaferro caído, con los hocicos alzados a la luna creciente. Sus ojos brillaban como gemas. Los *throcken* apenas eran visibles en Arbolvilla en esos tiempos, y ver siquiera uno se consideraba sumamente venturoso. Tim nunca había tenido la ocasión. Varios de sus amigos afirmaban haberlos vislumbrado jugando en los prados, o en las arboledas de fustaflora, pero sospechaba que era una invención. Y ahora... ver media docena completa...

Los creía mucho más hermosos que a la traicionera Armaneeta, porque la única magia en ellos era la magia pura de los seres vivos. «Estas fueron las criaturas que me rodearon anoche, sé que fueron ellos.»

Se aproximó como en un sueño, a sabiendas de que probablemente los espantaría, pero impotente para permanecer donde estaba. Los brambos no se inmutaron. Estiró la mano hacia uno de los animalitos, ignorando la plañidera voz en su cabeza (parecía la voz de la Viuda) que le prevenía del sin duda inminente mordisco.

El brambo no le mordió, pero cuando sintió los dedos de Tim en el denso pelaje bajo el anaquel de su quijada, pareció salir del trance. Saltó del tronco. Los demás le imitaron. Se pusieron a corretear alrededor de sus pies y entre sus piernas, pellizcándose unos a otros y profiriendo agudos ladridos que hicieron reír a Tim.

Uno volvió la vista por encima del hombro... y dio la impresión de que respondía a sus risas.

Se alejaron en carrera hacia el centro del claro. Allí formaron un anillo mudadizo a la luz de la luna, sus sombras tenues danzando y entretejiéndose. Todos ellos de repente se detuvieron y se irguieron sobre sus patas traseras, extendidas las zarpas, pareciendo en todos los aspectos hombrécitos peludos. Bajo la fría sonrisa de la luna creciente, todos ellos miraban hacia el norte, a lo largo del Camino del Haz.

—¡Sois maravillosos! —exclamó Tim.

Se volvieron hacia a él, rota la concentración.

—¡Maviosos! —replicó uno de los brambos... y entonces el grupo se precipitó en estampida hacia los árboles. Sucedió tan deprisa que Tim casi podría creer que la escena completa había sido producto de su imaginación.

Casi.

Esa noche montó campamento en el claro, con la esperanza de que pudieran regresar. Y, mientras el sueño le mecía a la deriva, recordó algo que observara la Viuda Smack sobre el calor tan impropio de la estación.

«Probablemente no sea nada... a no ser que veas a sir Throcken bailando a la luz de las estrellas o mirando al norte con el hocico levantado.»

Acababa de ver no solo a un brambo sino a media docena haciendo ambas cosas.

Tim se sentó. La Viuda había explicado que aquello representaba una señal de algo... ¿qué? No lo recordaba exactamente, aunque tenía el nombre en la punta de la lengua...

—Boreastada —dijo por fin en voz alta—. Eso era.

—Boreastada —expresó Daria, lo cual le despertó sobresaltado, más alerta que nunca—. Una tormenta de gran potencia que se desplaza a velocidad elevada. Sus características incluyen caídas pronunciadas y repentinas de la temperatura acompañadas por fuertes vientos. Se ha sabido que son responsables de causar importante destrucción y pérdida de vidas en partes civilizadas del mundo. En regiones primitivas, tribus enteras han sido aniquiladas. Esta definición de «boreastada» ha sido un servicio proporcionado por North Central Positronics.

Tim volvió a tumbarse en su camastro de mantillo, los brazos cruzados detrás de la cabeza, alzada la vista al círculo de estrellas que el claro hacía visible. Un servicio de North Central Positronics, ¿era cierto? Bueno... tal vez. Se le ocurrió la idea de que podría haber sido en realidad un servicio proporcionado por Daria. Esta era una máquina maravillosa (aunque no estaba seguro de que una máquina fuera *todo* cuanto era), pero había cosas que no le permitían contarle. Sin embargo, se le ocurrió que ella podría estar *insinuando* algunas otras. ¿Le estaría manipulando, igual que hicieran el Señor del Pacto y Armaneeta? Tim tenía que admitir que existía esa posibilidad, pero no lo creía realmente. Pensó —quizá porque tan solo era un niño estúpido, dispuesto a creerse cualquier cosa— que tal vez no había tenido a nadie con quien hablar desde hacía mucho tiempo, y por ello habíale tomado simpatía. Algo sabía con certeza: si se avecinaba una tormenta tan terrible, haría bien en terminar aquel asunto cuanto antes y luego ponerse a cubierto. Pero ¿dónde hallaría refugio?

Sus cavilaciones se trasladaron a la tribu de Fagonard. No se encontraban ni una miaja a salvo... como bien sabían ellos, pues ¿acaso no habían imitado los movimientos de los brampos? Se había prometido que reconocería aquello que intentaban expresar cuando lo tuviera delante, y así era. Se avecinaba la tormenta, la boreastada. Ellos lo sabían, probablemente a través de los brampos, y aguardaban su muerte.

Con tales pensamientos en mente, Tim imaginó que tardaría mucho tiempo en conciliar el sueño, pero cinco minutos después estaba perdido para el mundo.

Soñó con bilibrampos bailando a la luz de la luna.

Comenzó a pensar en Daria como su compañera, aunque ella no hablaba mucho, y cuando lo hacía, Tim no siempre entendía por qué (o qué demonios de Na'ar decía). Una vez fue una serie de números. Una vez avisó que estaría «fuera de línea» mientras «buscaba el satélite» y sugirió que hiciera un alto. Tim siguió el consejo, y durante media hora el disco pareció completamente inerte, ninguna luz, ninguna voz. Justo cuando empezaba a pensar que realmente había muerto, la luz verde volvió a encenderse, reapareció la varilla, y Daria anunció:

—He restablecido el enlace con el satélite.

—Que lo disfrutes —replicó Tim.

En varias ocasiones se ofreció a calcular un desvío. A esto Tim continuó rehusando. Y una vez, rayando el final del segundo día después de abandonar Fagonard, recitó el fragmento de un poema:

*¡Ved el Águila de ojo fulgente,
en sus alas el cielo aprehende!
Y divisa la tierra y divisa al mar
hasta a un niño como yo es capaz de divisar.*

Aun cuando viviera cien años (lo cual, considerando su alocada misión actual, Tim dudaba que las cartas le deparasen tal destino), creyó que jamás olvidaría las cosas que presencié durante los

tres días que él y Daria transitaron siempre hacia arriba bajo el persistente calor. El sendero, antes borroso, se convirtió en un camino bien definido, que a lo largo de varias ruedas estuvo delimitado por muros de roca quebradiza. En una ocasión, por espacio de casi una hora, el corredor en el cielo por encima de aquel camino se pobló de miles de enormes aves rojas que volaban hacia el sur, como en migración.

«Pero seguramente deberán detenerse en el Bosque Interminable», pensó Tim, pues ningún ave semejante se había avistado jamás sobrevolando Arbolvilla. En cierto momento, cuatro ciervos azules de poco más de medio metro de altura cruzaron el camino por delante de él; no parecieron percatarse del muchacho estupefacto que se quedó paralizado contemplando a estos mutayes enanos. Y en otra ocasión llegaron a un campo lleno de setas amarillas gigantes que se alzaban a un metro veinte de altura, con sombreretes del tamaño de paraguas.

—¿Son buenas para comer, Daria? —preguntó Tim, pues ya empezaban a escasear las provisiones de la cesta—. ¿Lo sabéis?

—No, viajero —contestó Daria—. Son veneno. Si el polvo le rozara siquiera la piel, moriría a causa de las convulsiones. Aconsejo una extrema precaución.

Este fue un consejo que Tim siguió, incluso contuvo el aliento hasta que pasaron aquella fatal arboleda plagada de muerte traicionera y soleada.

Cerca del final del tercer día alcanzó el borde de una estrecha sima con trescientos metros o más de caída. No podía ver el fondo, pues en las profundidades discurría un banco de flores blancas. Eran tan tupidas que al principio las confundió con una nube que hubiera descendido a la tierra. El olor que flotaba hasta él era fabulosamente dulce. Un puente de roca salvaba esta garganta, al otro lado atravesando una cascada que resplandecía de rojo sangre con el reflejo del sol poniente.

—¿Se supone que he de cruzar por aquí? —preguntó Tim desmayadamente. Parecía no mucho más amplio que una viga de granero... y, en el centro, no mucho más grueso.

Ninguna respuesta por parte de Daria, pero el estacionario brillo de la luz verde era respuesta suficiente.

—Tal vez por la mañana —dijo Tim, consciente de que no dormiría pensando en ello, pero sin ningún deseo de arriesgarse en la proximidad de la noche. La idea de tener que negociar la última parte de aquella imponente calzada elevada en la oscuridad le aterraba.

—Le aconsejo que cruce ahora y continúe hasta el Dogan en el Bosque del Norte Kinnock a toda prisa —indicó Daria—. El desvío ya no es posible.

Mirando el peligroso puente de la garganta, Tim apenas necesitó que la voz del disco le avisara de que ningún desvío era ya posible. Pero aun así...

—¿Por qué no puedo esperar hasta mañana? Seguramente sería más seguro.

—Directiva Diecinueve. —Provino del plato un chasquido más fuerte que cualquiera que hubiera oído hasta entonces, y luego Daria añadió—: Pero te aconsejo celeridad, Tim.

Le había pedido varias veces que le llamara por su nombre más que por el apelativo de «viajero». Esta era la primera vez que lo hacía, y así le convenció. Abandonó la cesta de la tribu de Fagonard —no sin cierta pena— porque pensó que podría desequilibrarle. Se metió los dos últimos popkins dentro de la camisa, se echó el pellejo de agua a la espalda, e inspeccionó tanto la pistola como el hacha de su padre para cerciorarse de que estaban firmemente sujetas cada una en una cadera. Se aproximó a la calzada elevada de piedra, bajó la mirada a los bancos de flores blancas y observó las primeras sombras de la noche que empezaban a estancarse allí. Se imaginó dando un paso en falso de los que uno nunca puede rectificar; se vio girando los brazos en un esfuerzo infructuoso de mantener el equilibrio; sintió sus pies primero perdiendo contacto con la roca y luego

andando en el aire; oyó su grito al iniciarse la caída. Dispondría de unos momentos para lamentar toda la vida que podría haber vivido, y después...

—Daria —llamó con voz débil y lastimera—. ¿Es necesario?

Silencio, lo cual era respuesta suficiente. Tim dio un paso sobre el precipicio.

El sonido de sus tacones sobre la roca era muy fuerte. No quería mirar abajo, pero no tenía elección; si no se cuidaba de dónde ponía el pie, estaría de cierto condenado. El puente de roca era ancho como un sendero de pueblo al principio, pero para cuando alcanzó el centro —como temiera, aunque había albergado la esperanza de que se debiera simplemente a un truco de sus ojos— no poseía más anchura que la de sus botines. Intentó caminar con los brazos extendidos, pero una brisa que sopló desde la garganta le infló la camisa y le hizo sentir como una cometa a punto de despegar. Los bajó y prosiguió su cauteloso avance, talón contra punta, talón contra punta, balanceándose de lado a lado. Se convenció de que su corazón estaba dando sus últimos latidos frenéticos, su mente cavilando sus últimos pensamientos caprichosos.

«Madre nunca sabrá lo que me ha pasado.»

A mitad de camino, el puente alcanzaba su estrechez máxima, también el punto de menor grosor. Tim notó su fragilidad bajo los pies y oyó al viento tocando su diapasón a lo largo del erosionado arco inferior. Ahora, cada vez que daba un paso, tenía que sacar un *pie sobre el precipicio*.

«No te quedes paralizado», se dijo, pero sabía que si vacilaba, justamente sería ese el resultado. Entonces, por el rabillo del ojo, percibió un movimiento en la hendidura, y vaciló.

Tentáculos largos y correosos emergían de las flores. Eran de un color gris pizarra por encima y rosados como piel quemada por debajo. Se alzaron hacia él en un baile voluble, primero dos, luego cuatro, luego ocho, luego un bosque entero.

Daria volvió a hablar.

—Te aconsejo celeridad, Tim.

Se obligó a reanudar la marcha. Despacio al principio, pero más rápido a medida que los tentáculos continuaban acercándose. Seguramente no existiría bestia con una envergadura de trescientos metros, sin importar cuan monstruoso fuera el cuerpo oculto allá abajo entre las flores, pero cuando Tim vio que los tentáculos raleaban y se estiraban cada vez más arriba, apremió el paso. Y cuando el más largo de ellos alcanzó el arco inferior del puente y empezó a tantear su longitud, rompió a correr.

La cascada —que ya no era roja, sino de un apagado color naranja rosado— tronaba delante de él. Una rociada de agua fría salpicó su rostro caliente. Tim sintió que algo le magreaba la bota, buscando asidero, y se lanzó hacia la corriente en caída con un grito inarticulado. Hubo un momento de frío glacial, que revistió su cuerpo como un guante, y entonces se encontró al otro lado y de vuelta en tierra firme.

A través le siguió uno de los tentáculos. Se encabritó como una serpiente, goteando... y luego se retiró.

—¡Daria! ¿Estáis bien?

—Soy impermeable —contestó Daria con algo que se parecía sospechosamente a la petulancia.

Tim se repuso y miró en derredor. Se encontraba en el interior de una pequeña cueva en la roca. Escrito en una pared, con pintura que otrora podría haber sido roja pero que en el transcurso de los años (o tal vez siglos) se había descolorado hasta adquirir un apagado tono herrumbre, se leía una

JUAN 3:16
TEMED AL INFIERNO EN ESPERANZA DEL CIELO
HOMBRE JESÚS

Delante de él nacía una escalera corta de piedra bañada en la menguante luz del ocaso. A un lado se amontonaba un revoltijo de latas y desechos de maquinaria: muelles, cables, cristales rotos y trozos de un tablero verde cubierto con garabatos de metal. Flanqueando el otro lado había un esqueleto sonriente con algo parecido a una antiquísima cantimplora drapeada sobre su caja torácica.

«¡Hola, Tim! —parecía saludarle aquella sonrisa burlona—. ¡Bienvenido al otro lado del mundo! ¿Quieres un trago de polvo? ¡Me sobra a puñados!»

Tim subió los escalones, escurriéndose con rapidez al pasar junto a la reliquia. Sabía perfectamente bien que no cobraría vida ni trataría de apresarle la bota, como intentaran hacer los tentáculos de las flores; lo muerto, muerto estaba. Aun así, se sentía más seguro pasando a toda prisa.

Cuando emergió, vio que el camino se internaba una vez más en el bosque, pero no lo seguiría por mucho tiempo. No muy lejos, los imponentes árboles se retiraban y la larga, larga pendiente que había estado ascendiendo terminaba en un claro mucho más amplio que aquel donde danzaran los brambos. Allí, una torre enorme construida con vigas de metal se erguía hacia el cielo. En la punta parpadeaba una luz roja.

—Ya casi has alcanzado tu destino —informó Daria—. El Dogan en el Bosque del Norte Kinnock se halla a tres ruedas más adelante. —Otra vez se oyó aquel clic, más fuerte incluso que antes—. De verdad, debes apresurarte, Tim.

Mientras observaba inmóvil la torre de la luz parpadeante, sobrevino de nuevo la brisa que tanto le asustara en el puente de piedra, solo que esta vez su aliento era frío. Levantó la vista al cielo y vio que las nubes, antes moviéndose perezosamente hacia el sur, ahora desfilaban a la carrera.

—Es la boreastada, ¿verdad, Daria? Viene la boreastada.

Daria no contestó, pero Tim no necesitaba una respuesta.

Echó a correr.

Para cuando alcanzó el claro del Dogan, le faltaba aliento, y pese a la sensación de urgencia, solo tenía fuerzas para trotar. El viento seguía aumentando, oponiendo resistencia, y las ramas altas de los árboles de fustafarro habían empezado a susurrar. El aire todavía era caliente, pero Tim no creía que esta condición se prolongara. Necesitaba ponerse a cubierto y esperaba hacerlo en ese Dogan, fuera lo que fuese.

Sin embargo, cuando entró en el claro, apenas le dedicó una ojeada al edificio redondeado de techo metálico que formaba la base del esqueleto de torre con la luz parpadeante. Algo más había captado toda su atención y le robó el aliento.

«¿Estoy viendo eso? ¿De veras lo estoy viendo?»

—Dioses —musitó.

El camino, al cruzar el claro, estaba pavimentado con una suerte de material oscuro y liso, tan lustroso que reflejaba tanto los árboles bailando en el viento arreciante como las nubes teñidas por el ocaso que fluían en el cielo. Terminaba en un precipicio de roca. El mundo entero parecía terminar allí y reanudarse a cien ruedas o más de distancia. Entre medias se erigía una colosal sima de aire en

continua aceleración en el cual bailaban y se arremolinaban las hojas. Había también herrumbreros de carbonera. Se elevaban y retorcían indefensos en los torbellinos y las corrientes. Algunos estaban obviamente muertos, arrancadas las alas de sus cuerpos.

Tim apenas reparó en la gran sima ni en los pájaros agonizantes. A la izquierda del camino de metal, a unos tres metros del lugar donde el mundo se precipitaba en la nada, se ubicaba una jaula redonda construida con barrotes de acero. Volcado delante de ella había un abollado cubo de estaño que conocía demasiado bien.

En la jaula, paseando lentamente en círculos alrededor de un agujero en el centro, estaba encerrado un enorme tigre.

El animal vio al muchacho que le miraba de hito en hito boquiabierto y se acercó a los barrotes. Sus ojos eran grandes como pelotas de Puntos, pero de un verde brillante en lugar de azules. En su piel, rayas naranja oscuro se alternaban con otras del más intenso negro de la medianoche. Aguzó las orejas. Frunció el hocico, los largos dientes blancos al descubierto. Gruñó. Fue un sonido grave, como una prenda de seda siendo desgarrada lentamente por una costura. Podría haber sido un saludo... pero por algún motivo Tim lo dudaba.

Alrededor del pescuezo tenía un collar de plata. Dos objetos colgaban de él. Uno parecía un naipe. El otro era una llave con una extraña forma retorcida.

Tim no tenía ni idea de cuánto tiempo estuvo cautivado por aquellos fabulosos ojos esmeralda, ni de cuánto tiempo podría haber permanecido así, pero el peligro extremo de su situación se anunció en una serie de explosiones secas y breves.

—¿Qué es eso?

—Árboles al otro lado del Gran Cañón —explicó Daria—. El brusco cambio de temperatura está causando su implosión. Busca refugio, Tim.

La boreastada... ¿qué si no?

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar?

—Menos de una hora. —Se produjo otro fuerte clic—. Debería desconectarme.

—¡No!

—He violado la Directiva Diecinueve. Todo cuanto puedo alegar en mi defensa es que ha pasado largo tiempo desde que tuve a alguien a quien hablar.—*¡Clic!* Y luego, más preocupante, más ominoso: *¡Clonc!*

—¿Y qué pasa con el tigre? ¿Es el Guardián del Haz? —Tan pronto como expresó la idea, el terror invadió a Tim—. ¡No puedo dejar a un Guardián del Haz aquí para que muera en la boreastada!

—El Guardián del Haz en este extremo es Asían —explicó Daria—. Asían es un león, y si aún vive, se halla muy lejos de aquí, en la tierra de las nieves eternas. El tigre es... *¡Directiva Diecinueve!* —A continuación, un golpe metálico aún más fuerte al anular la directiva; a qué coste Tim lo desconocía—. Este tigre es la magia de la que hablaba. No importa. *¡Busca refugio!* Buena suerte, Tim. Has sido un amig...

No un *clic* esta vez, ni un *clonc*, sino un terrible *crac*. Una voluta de humo se elevó a la deriva desde el disco y la luz verde se apagó.

—¡Daria!

Nada.

—¡Daria, vuelve!

Pero Daria se había ido.

Los ruidos de artillería producidos por los árboles agonizantes aún se oían lejanos al otro lado de aquella nebulosa brecha en el mundo, pero no cabía duda de que se aproximaban. El viento seguía aumentando en intensidad, cada vez más frío. En lo alto, una hornada final de nubes hervía en su paso. Detrás, se abría una siniestra claridad violeta en la cual hacían su aparición las primeras estrellas. El susurro del viento en las ramas altas de los árboles circundantes se había elevado a un coro infeliz de suspiros. Era como si los fustafierros supieran que sus largas, largas vidas tocaban a su fin. Un leñador titánico estaba en camino, blandiendo un hacha de viento.

Tim dirigió otra mirada al tigre (que había reanudado su andar lento y majestuoso, como si Tim hubiera sido solo merecedor de una momentánea consideración), y luego corrió hacia el Dogan. Ventanucos redondos de verdadero cristal —muy grueso, a juzgar por su aspecto— recorrían su circunferencia a la altura de la cabeza de Tim. La puerta también era metálica. No tenía pomo ni pestillo, únicamente una ranura como una boca estrecha. Encima, en una placa de acero oxidándose, se leía:

NORTH CENTRAL POSITRONICS, LTD.

Bosque del Norte Kinnock

Cuadrante de Curva

PUESTO DE AVANZADA 9

Seguridad de nivel bajo

UTILICE SU LLAVE MAGNETICA

Estas palabras le resultaron difíciles de descifrar, porque eran una extraña mezcla de Alta y Baja Lengua. Lo que estaba garrapateado debajo, sin embargo, fue fácil: **Aquí están todos muertos.**

En la base de la puerta había una caja muy semejante a la que poseía la madre de Tim para guardar sus baratijas y recuerdos, solo que de metal en lugar de madera. Intentó abrirla, pero estaba candada. Grabadas en ella se veían letras que Tim no sabía leer. El ojo de la cerradura tenía una forma extravagante, similar a la letra



² No encontró ninguna llave. Trató de levantar la caja y no pudo. Quizá estuviera anclada al suelo, coronando una columna de piedra subterránea.

En ese instante, un herrumbrero muerto golpeó a Tim en un lado de la cara. Más cadáveres plumados pasaron volando, girando una y otra vez en el aire crecientemente vertiginoso. Varios chocaron contra el costado del Dogan y cayeron alrededor del muchacho.

Tim volvió a leer las últimas palabras de la placa de acero: UTILICE SU LLAVE MAGNÉTICA. Si tenía alguna duda acerca de lo que podría ser tal cosa, le bastaba con mirar la ranura justo debajo de la inscripción. Pensó que incluso sabía qué pinta tenía una «llave magnética», pues intuía que acababa de ver una, junto a otra más reconocible que podría encajar en la cerradura con forma de



en la caja metálica. Dos llaves —y la posible salvación— colgando del pescuezo de un tigre que probablemente lo engulliría en tres bocados. Y, puesto que en la jaula no había comida que Tim pudiera apreciar, seguramente en dos.

La situación apestaba cada vez más a broma pesada, aunque solo un hombre muy cruel la encontraría divertida. La clase de individuo que usaría a un hada malvada para atraer a un muchacho a un peligroso pantano, probablemente.

¿Qué hacer? ¿Había algo que pudiera hacer? A Tim le habría gustado preguntar a Daria, pero tenía un miedo atroz a que su amiga del plato —un hada buena para contrarrestar a la malvada *sighe* del Señor del Pacto— estuviera muerta, aniquilada por la Directiva Diecinueve.

Despacio, se aproximó a la jaula, habiendo ahora de inclinarse contra el viento. El tigre le vio y bordeó con paso felino el agujero en el centro para plantarse junto a la puerta de la jaula. Agachó la enorme cabeza y lo miró de hito en hito con ojos de esplendor titilante. El viento, rizando el grueso abrigo del animal, hizo ondear sus rayas, que simulaban intercambiar posiciones.

El cubo de estaño debería ya estar rodando lejos en el aire, pero no ocurría así. Como la caja de acero, parecía anclado en el sitio.

«El cubo que me dejó en casa, para que pudiera ver y creermé sus mentiras.»

Todo el asunto constituía una broma, a la postre, y bajo ese cubo hallaría el sentido de ella, aquella frase ingeniosa final —como «No puedo ser tenedor de heno con una cuchara» o «Así que la volqué y calenté el otro lado»— que supuestamente hacía que las yentes estallaran en carcajadas. Pero puesto que era el final, ¿por qué no? No le vendrían mal unas risas.

Tim agarró el cubo y lo levantó. Esperaba encontrar debajo la varita mágica del Señor del Pacto, pero no. El chiste mejoraba por momentos. Era otra llave, esta grande y con grabados ornamentales. Como la vasija vidente del Señor del Pacto y el collar del tigre, estaba hecha de plata. Había atada una nota a la anilla de la llave con un trozo de bramante.

Más allá de la garganta, los árboles se resquebrajaron y retumbaron. Ahora el polvo se elevaba de la sima en nubes gigantescas que eran azotadas en espiras como humo.

La nota del Señor del Pacto era breve:

¡Saludos, mi Bravo y Expeditivo Muchacho! Bienvenido al Bosque del Norte Kinnock, que en otro tiempo se conocía como el Portal de Mundo Exterior. Aquí te he dejado un fastidioso Tigre. ¡Tiene MUCHA hambre! Pero como quizá hayas adivinado, la Llave al REFUGIO cuelga de su Cuello. Como quizá también hayas adivinado, esta Llave abre la Jaula. (Úsala si te atreves! Con mis mejores deseos para tu Madre (cuyo Nuevo Marido la visitará PRONTO), se despide tu Fiel Servidor,

RF/MB

El hombre —si de un hombre se trataba— que escribió esa nota para Tim se dejaba impresionar por muy pocas cosas, pero podría haberle sorprendido la sonrisa en el rostro del muchacho cuando este se puso en pie con la llave en la mano y le pegó un puntapié al cubo de estaño. Salió volando en el viento que arreciaba ahora casi con la fuerza de un vendaval. Habiendo servido a su propósito, toda la magia habíase consumido.

Tim miró al tigre. El tigre miró a Tim. Daba la impresión de no ser en absoluto consciente de la tormenta que crecía en intensidad. Meneaba lentamente la cola de acá para allá.

—Se piensa él que prefiero morir de frío o que se me lleve el viento antes que enfrentarme a tus garras y dientes. Quizá no viera esto. —Tim se sacó la pistola del cinturón—. Dio buena cuenta de la

cosa-pez en el pantano, y estoy seguro de que también se encargará de ti, sai Tigre.

Tim quedó una vez más asombrado por lo bien que armonizaba con el arma. Su función era tan simple, tan clara. Todo cuanto ansiaba la pistola era disparar. Y cuando Tim la empuñaba, disparar era todo cuanto él ansiaba.

Pero.

—Oh, sí que la vio —dijo Tim, y su sonrisa se ensanchó. Apenas sintió las comisuras de la boca curvarse hacia arriba, porque la piel de la cara había empezado a entumecerse a causa del frío —. Aja, la vio muy bien. ¿Pensaba él que yo llegaría tan lejos? Tal vez no. ¿Pensaba él que si yo lo conseguía, sería capaz de pegarte un tiro para sobrevivir? ¿Por qué no? De hecho, él lo haría. Pero ¿por qué mandar a un niño? ¿Por qué, cuando ha ahorcado probablemente a mil hombres y ha rebanado un centenar de gargantas y ha expulsado a quién sabe cuántas pobres viudas como mi madre de sus tierras? ¿Puedes contestar a eso, sai Tigre?

El tigre se limitaba a observarle, gacha la cabeza, la cola meciéndose en un susurro de lado a lado.

Tim volvió a colocarse la cuatro cañones en el cinturón con una mano; con la otra, deslizó la llave de plata ornamentada en la cerradura de la puerta de la jaula.

—Sai Tigre, te propongo un trato. Déjame usar la llave de tu cuello para abrir el refugio de allá y los dos viviremos. Pero si me haces trizas, los dos moriremos. ¿No os consta? Dadme una señal si lo entendéis.

Ninguna señal le brindó el tigre. Solo observaba.

Tim no había esperado ninguna, en realidad, y quizá no la necesitara. Habría agua si quisiera Dios.

—Te quiero, madre —dijo, y giró la llave. Se produjo un ruido seco cuando los antiguos fiadores se movieron. Tim agarró la puerta y tiró. Los goznes profirieron un débil chirrido al abrirse. A continuación, Tim se apartó con las manos caídas a ambos lados.

Por un instante el tigre permaneció plantado en su sitio, como recelando. Entonces salió con paso felino de la jaula. Se contemplaron el uno al otro bajo un cielo púrpura que se oscurecía por momentos mientras el viento aullaba y el desfile de explosiones se acercaba. Se contemplaron el uno al otro como pistoleros. El tigre comenzó a avanzar. Tim retrocedió un paso, pero comprendió que si daba otro se quebrantaría su temple y pondría pies en polvorosa. Por tanto, se quedó donde estaba.

—Venid a mí. Soy Tim, hijo de Jack Ross el Grande.

En lugar de desgarrarle la garganta, el tigre se sentó y levantó la cabeza para exponer el collar y las llaves que de él colgaban.

Tim no vaciló. Más tarde podría permitirse el lujo de asombrarse, pero no ahora. El viento crecía en fuerza segundo a segundo, y si no actuaba rápido, sería levantado y arrojado a los árboles, donde probablemente quedaría empalado. El tigre pesaba más, pero correría la misma suerte.

La llave que parecía un naipe y la que parecía una



estaban soldadas al collar de plata, pero el cierre era sencillo. Tim apretó en las muescas y el collar se soltó. Tuvo un instante para registrar el hecho de que el tigre aún llevaba otro collar —este de piel rosada allí donde el pelaje había desaparecido por el roce— y luego se apresuró hacia la puerta metálica del Dogan.

Levantó la tarjeta magnética y la insertó. Nada ocurrió. La giró y probó en sentido contrario. Nada. Arreció el viento, una gélida mano muerta que lo empotró contra la puerta y le hizo sangrar la nariz. Se empujó hacia atrás, le dio la vuelta a la tarjeta y probó de nuevo. Aún nada. De repente, Tim recordó algo que dijera Daria (¿solo tres días antes?): «El Dogan en el Bosque del Norte Kinnock está fuera de servicio». Tim creyó saber ahora lo que esto significaba. La luz intermitente en la torre de vigas metálicas tal vez siguiera funcionando, pero ahí abajo la energía de chispa que había alimentado el lugar estaba apagada. Tim había desafiado al tigre, y la reacción del tigre había sido no devorarlo, pero el Dogan estaba cerrado a cal y canto. Iban a morir ahí fuera igualmente.

Era el final de la broma, y en algún sitio reía el hombre de negro.

Se volvió y encontró al tigre empujando con la nariz la caja metálica del grabado en la tapa. La bestia alzó la vista, y a continuación arrimó de nuevo el hocico.

—Muy bien —asintió Tim—. ¿Por qué no?

Se arrodilló lo bastante cerca de la cabeza gacha del tigre para sentir el cálido soplido de su aliento en la mejilla fría. Probó la llave con forma de



. Encajó en la cerradura a la perfección. Durante un instante tuvo el nítido recuerdo de usar la llave que le entregara el Señor del Pacto para abrir el baúl de Kells. Entonces giró la que sostenía ahora, oyó el clic y levantó la tapa. Esperando la salvación.

En lugar de eso, halló tres artículos que no le sugerían ninguna utilidad terrenal: una gran pluma blanca, un frasquito marrón y una servilleta de algodón lisa de la clase con las que se vestían las largas mesas tras el salón de reuniones de Arbolvilla antes del banquete anual de la Siega.

El viento superaba ya la fuerza de un vendaval; un alarido fantasmal se había originado al soplar a través de las vigas entrecruzadas de la torre de metal. La pluma se arremolinó fuera de la caja, pero antes de que pudiera salir volando, el tigre estiró el pescuezo y la apresó entre los dientes. Volviéndose hacia el muchacho, se la ofreció. Tim la cogió y se la introdujo en el cinturón al lado del hacha de su padre, sin pensar realmente en lo que hacía. Comenzó a ser arrastrado sobre manos y rodillas. Salir volando hacia los árboles y quedar ensartado en una rama no sería una manera agradable de morir, pero quizá fuera mejor —más rápida— que sentir cómo su vida se exprimía contra el Dogan mientras aquel viento letal reptaba sobre su piel y se introducía en sus órganos vitales y los congelaba.

El tigre gruñó; aquel sonido de lento rasgar de seda. Tim empezó a girar la cabeza e impactó violentamente contra el Dogan. Luchó por recobrar el aliento, pero el viento no cejaba en su empeño de arrebatárselo de la boca y la nariz.

Ahora el tigre le ofrecía la servilleta, y cuando finalmente Tim absorbió aire para sus pulmones (entumeciéndole la garganta a su paso), vio algo sorprendente. Sai Tigre sujetaba la servilleta por la esquina, y se había desplegado hasta cuatro veces su anterior tamaño. «Eso es imposible.»

Excepto que lo estaba viendo. A menos que sus ojos —ahora derramando a borbotones agua que se le congelaba en las mejillas— le engañaran, la servilleta en las fauces del tigre había crecido hasta alcanzar el tamaño de una toalla. Tim alargó la mano. El tigre continuó sujetándola hasta que vio la tela firmemente apretada en el puño entumecido de Tim, y luego la soltó. El vendaval aullaba a su alrededor, ahora con fuerza suficiente para obligar incluso a un tigre de doscientos setenta kilos a afianzarse sobre sus patas, pero la servilleta que ahora era una toalla pendía lánguidamente de la mano de Tim, como en una calma sepulcral.

Tim miró de hito en hito al tigre. Este le devolvió la mirada, aparentemente en total paz consigo mismo y con el mundo aullante que lo rodeaba. El muchacho se encontró pensando en el cubo de

estaño, el cual sirviera igual de bien para ver como la vasija de plata del Señor del Pacto.

«En las manos adecuadas, cualquier objeto puede ser mágico.»

Incluso acaso una humilde tela de algodón.

Aún seguía plegada, al menos con un doblez. Tim la extendió de nuevo, y la toalla se convirtió en un mantel. La sostuvo en alto, y aunque el vendaval arreciante continuaba bramando a ambos lados, el aire entre su cara y la tela colgante estaba en calma chicha.

Y caliente.

Tim cogió con ambas manos el mantel que fuera una servilleta, lo sacudió, y este volvió a abrirse una vez más. Ahora era una sábana, y reposaba plácidamente en el suelo aunque una tormenta de polvo, ramitas y herrumbreros muertos pasaban volando a uno y otro lado. El sonido de toda aquella artilla golpeando la pared curva del Dogan era como granizo. Tim empezó a meterse a gatas bajo la sábana, pero titubeó y escrutó los brillantes ojos verdes del tigre. Dirigió la mirada también a las gruesas púas de sus dientes, que el hocico no lograba cubrir por completo, antes de levantar la esquina de la tela mágica.

—Ven. Ponte aquí debajo. No hace viento ni frío.

«Pero eso ya lo sabías, ¿verdad, sai Tigre?»

El tigre se agazapó, extendió sus formidables garras y reptó sobre el vientre hasta quedar tapado por la sábana. Tim sintió que algo como un nido de alambres le cepillaba el brazo mientras el tigre se ponía cómodo: bigotes. Se estremeció. Entonces la bestia se tendió cuan largo era contra el costado del chico.

Era muy grande, y la mitad de su cuerpo aún sobresalía del fino cobertor blanco. Tim se incorporó a medias luchando contra el viento, que le zarandeó de la cabeza y los hombros cuando salió al aire libre, y volvió a sacudir la sábana. Desplegándose de nuevo con un susurro ondulante, esta vez adquirió el tamaño de la vela mayor de un catamarán. Ahora el dobladillo descansaba casi en la base de la jaula.

El mundo rugía y el aire bufaba, pero bajo la sábana, todo estaba en calma. Excepto, desde luego, el corazón palpitante de Tim. Cuando empezó a sosegar, sintió otro corazón latiendo lentamente contra su caja torácica. Y oyó un rumor bajo y áspero. El tigre ronroneaba.

—Estamos a salvo, ¿verdad que sí? —le preguntó Tim.

El tigre le miró durante un momento, luego cerró los ojos. Tim consideró que era respuesta suficiente.

Sobrevino la noche, y con ella, la furia plena de la boreastada. Más allá de la fuerte magia que al principio parecía ser no más que una humilde servilleta, el frío aumentó de prisa, propulsado por un viento que pronto sopló a más de cien ruedas por hora. En las ventanas del Dogan crecieron cataratas de hielo de entre dos y tres centímetros de grosor. Los árboles de fustafierro detrás de la construcción primero implosionaron, luego se derrumbaron, y finalmente salieron volando hacia el sur en una nube letal de ramas, astillas y troncos enteros. Al lado de Tim, su compañero de cama dormitaba, ajeno a todo. Se relajó su cuerpo, y al irse estirando a medida que su sueño se hacía más profundo, empujó a Tim hacia el borde de su cobertura. En un momento dado, se encontró realmente propinándole un codazo al tigre, del modo en que uno haría con cualquier amigo durmiente que estuviera intentando acaparar todas las mantas. El tigre emitió un gruñido peludo y flexionó las garras, pero se apartó una miaja.

—Gracias, sai —susurró Tim.

Una hora después de la puesta del sol —o quizá fuesen dos; Tim se veía ya privado del sentido del tiempo— un espantoso chirrido se unió al aullido del viento. El tigre abrió los ojos. Tim tiró con cautela del borde superior de la sábana y miró fuera. La torre sobre el Dogan había comenzado a doblarse. Observó, fascinado, que la torsión se volvía inclinación. Entonces, con una rapidez tal que apenas si se vio, la torre se desintegró. En un momento dado estaba allí; al siguiente era un conjunto de barrotes voladores y lanzas de acero que el viento impelía a un anchísimo corredor en lo que había sido, solo hasta ese mismo día, un bosque de fustaferros.

«Ahora va el Dogan», pensó Tim, pero no fue así.

El Dogan resistió, como hiciera durante mil años.

Fue una noche que jamás olvidó, pero tan fabulosamente extraña que nunca pudo describir... ni siquiera recordarla racionalmente, del modo en que recordamos los acontecimientos mundanos de nuestras vidas. La comprensión plena solo retornaba a él en sueños, y hasta el final de su vida soñó con la boreastada. Ni tampoco eran pesadillas. Eran sueños buenos. Eran sueños de seguridad.

Hacía calor bajo la sábana, y el bulto durmiente de su compañero daba aún más calor. En cierto momento se deslizó bajo su cobertor lo suficiente para atisbar miles de millones de estrellas esparcidas en la bóveda del cielo, más de las que hubiera visto jamás en su vida. Era como si la tormenta hubiera perforado agujeros diminutos en el mundo por encima del mundo y lo hubiera transformado en un tamiz. Brillando a su través se filtraba todo el misterio esplendoroso de la creación. Quizá tales cosas no estuvieran destinadas a ser vistas por ojos humanos, pero Tim estaba seguro de que le había sido concedida una dispensa especial para mirar, pues se encontraba bajo un manto de magia y yaciendo junto a una criatura que hasta los aldeanos más crédulos de Arbolvilla hubiesen tachado de mítica.

Sintió un temor reverencial al alzar la vista a aquellas estrellas, pero también un profundo y duradero deleite, tal como sentía cuando niño, al despertar en mitad de la noche, a salvo y abrigado bajo su colcha, adormilándose medio dentro medio fuera del sueño, escuchando al viento cantar su solitaria canción de otros lugares y otras vidas.

«El tiempo es un ojo de cerradura —pensó mientras contemplaba las estrellas—. Sí, eso creo. A veces nos agachamos y atisbamos a su través. Y el viento que entonces sentimos en la mejilla, el viento que sopla por la cerradura, es el aliento de todo el universo viviente.»

El viento rugía en el cielo vacío, el frío se recrudecía, pero Tim Ross yacía a salvo y abrigado, con un tigre durmiendo a su lado. En algún momento él mismo se escurrió en el letargo de un descanso que fue profundo y satisfactorio y no turbado por pesadillas. Se sintió muy pequeñito, como volando en el viento que soplaba por el ojo de la cerradura del tiempo. Yéndose lejos del borde del Gran Cañón, por encima del Bosque Interminable y Fagonard, sobre la Ruta del Fustaferro, más allá de Arbolvilla —solo un valiente nidito de luces desde su cabalgadura en el viento— y más lejos, más lejos, oh, muchísimo más lejos, a través de los confines de Mundo Medio hasta una enorme Torre de ébano que se erguía en el cielo. «¡Iré allí! ¡Iré algún día!»

Fue su último pensamiento antes de que el sueño lo raptara.

De mañana, el chillido estable del viento se había reducido a un zumbido. Tim tenía la vejiga

hinchada. Retiró la sábana, salió a rastras a un terreno que había sido barrido por entero hasta el hueso de roca subyacente, y rodeó a la carrera el Dogan, el aliento brotándole de la boca en estallidos de vaho blanco que al instante se dispersaban en el viento. El otro costado del Dogan se hallaba a sotavento del vendaval, pero era frío, frío. Su orina despedía vapor, y para cuando terminó, el charco en el suelo ya empezaba a helarse.

Regresó a todo correr, luchando contra el viento a cada paso y tiritando de arriba abajo. Para cuando reptó bajo la protección de la sábana mágica y su bendito calor, le castañeteaban los dientes. Se abrazó al cuerpo sumamente musculoso del tigre sin pensarlo siquiera, y experimentó un momento de terror cuando el felino abrió los ojos y la boca. Sacó una lengua tan larga como una alfombra de pasillo y del color de las rosas de la Tierra Nueva. Le lamió la cara y Tim volvió a estremecerse, no de miedo sino a causa de un recuerdo: su padre restregando su mejilla contra la de Tim a primera hora de la mañana, antes de que Ross el Grande llenara la palangana y se afeitara. Decía que nunca se dejaría crecer una barba como la de su compañero, decía que no le quedaría bien.

El tigre bajó la cabeza y empezó a olisquearle el cuello de la camisa. Tim se rió cuando sus bigotes le hicieron cosquillas. Entonces se acordó de los dos últimos popkins.

—Los compartiré contigo —ofreció el muchacho—, aunque sabemos que podrías comerte los dos si quisieras.

Le dio uno de los popkins al tigre. Desapareció de inmediato, pero la bestia se limitó a observar a Tim mientras el chico se trabajaba el otro. Lo devoró lo más rápido que pudo, por si acaso sai Tigre cambiaba de opinión. Entonces se echó la sábana sobre la cabeza y volvió a adormilarse.

Cuando despertó la segunda vez, calculó que sería mediodía. El viento había amainado todavía más, y cuando asomó la cabeza, el aire era una miaja más caliente. Aun así, presumía que el falso verano del que la Viuda Smack desconfiara con razón se había esfumado definitivamente. Igual que las últimas raciones de comida.

—¿Qué comisteis ahí dentro? —le preguntó Tim al tigre. Esta pregunta condujo de manera natural a otra—. ¿Y cuánto tiempo habéis estado enjaulado?

El tigre se levantó, recorrió una pequeña distancia hacia la jaula y se estiró: primero una pata trasera y luego la otra. Caminó más allá hacia el borde del Gran Cañón, donde hizo sus propias necesidades. Cuando hubo terminado, olfateó los barrotes de su prisión, luego se apartó de la jaula como si no presentara interés alguno y regresó al lugar desde el cual Tim le observaba incorporado sobre un codo.

Lo miró sombríamente —así le pareció a Tim— con sus ojos verdes; a continuación, bajó la cabeza y retiró con el hocico la sábana mágica que les había proporcionado cobijo de la boreastada. La caja metálica se encontraba debajo. Tim no recordaba haberla recogido, pero así debía de ser; si la hubiera dejado donde estaba, habría volado en el viento. Eso le hizo pensar en la pluma. Seguía bien sujeta al cinturón. La sacó y la examinó detenidamente, deslizando los dedos sobre su tupido espesor. Podría haber sido una pluma de halcón... siempre y cuando, claro, tuviera la mitad de su tamaño. O si hubiera visto alguna vez un halcón blanco, cosa que no había ocurrido.

—Esto provino de un águila, ¿verdad? —preguntó Tim—. Por la sangre de Gan, tengo razón, ¿no?

El tigre se mostró indiferente ante la pluma, a pesar de que la noche pasada se la había arrebatado con avidez a la arreciante tormenta. Agachó el hocico, largo y de pelambre amarillo, y

empujó la caja contra la cadera de Tim. A continuación miró al niño.

Este abrió la caja. El único objeto que quedaba dentro era el frasco marrón, que parecía contener alguna clase de medicina. Tim lo recogió e inmediatamente sintió un hormigueo en la yema de los dedos, muy similar al que experimentara con la varita mágica del Señor del Pacto cuando la movió sobre el cubo de estaño.

—¿Debo abrirlo? Pues cierto es que no podéis.

El tigre se sentó, firmemente clavados los ojos verdes en el frasquito. Daban la impresión de relucir desde dentro, como si su mismo cerebro ardiera en magia. Con cuidado, Tim desenroscó el tapón. Al sacarlo, vio un pequeño cuentagotas transparente adherido a él.

El tigre abrió la boca. El significado del gesto resultaba más que evidente, pero...

—¿Cuánto? —preguntó Tim—. No querría envenenaros por nada del mundo.

El tigre se limitó a permanecer sentado con la cabeza ligeramente ladeada y la boca abierta, simulando un polluelo que esperara a recibir un gusano.

Después de unos pocos ensayos —nunca antes había usado un cuentagotas, aunque había visto una versión más grande y tosca que Destry llamaba «chorra de toro»—, Tim logró introducir el fluido en el tubito. Sorbió casi todo el líquido del frasco, pues solo contenía un poquito. Lo sostuvo sobre la boca del tigre, desbocado el corazón. Intuía lo que iba a ocurrir, pues había oído muchas leyendas acerca de los hombrepieles, pero resultaba imposible asegurar que el tigre fuera un humano hechizado.

—Lo voy a verter gota a gota —informó al tigre—. Si quieres que pare antes de acabar, cierra la boca. Hazme una señal si lo entiendes.

Pero, como sucediera anteriormente, el tigre no dio señal alguna. Siguió sentado, esperando.

Una gota... dos... tres... el tubito ya medio vacío... cuatro... cin...

De repente la piel del tigre empezó a rizarse y formar bultos, como si hubiera criaturas atrapadas forcejeando por salir. El hocico se derritió para revelar una jaula de dientes y luego volvió a fundirse tan completamente que se selló sobre la boca. Entonces emitió un rugido ahogado, de dolor o de indignación, que hizo en apariencia temblar el claro.

Tim, aterrorizado, se escurrió sobre el trasero.

Los ojos verdes empezaron a saltársele de las órbitas, rebotando como acoplados a un resorte. El látigo de su cola se recogió hacia dentro de un tirón, reapareció, volvió a recogerse. El tigre se alejó tambaleándose, esta vez hacia el precipicio al borde del Gran Cañón.

—*¡Deteneos!* —gritó Tim—. *¡Os despeñaréis!*

El tigre caminó dando bandazos de embriaguez a lo largo del borde, una zarpa que lo rebasó desprendió lascas de las piedras. Se movió por detrás de la jaula que lo había retenido, las rayas emborronándose primero, destiñéndose después. La cabeza estaba cambiando de forma. Afloró una mata de color blanco, y por encima, en el lugar que ocupara el hocico, una veta de amarillo radiante. Tim pudo oír un ruido de molienda mientras los propios huesos se reorganizaban dentro del cuerpo.

En el lado más alejado de la jaula, el tigre volvió a rugir, pero a mitad de camino, el rugido se convirtió en un grito muy humano. La criatura, borrosa y cambiante, se alzó sobre las patas traseras, y donde hubiera zarpas, Tim distinguió ahora un par de botas negras antiquísimas. Las uñas mutaron en sigils de plata: lunas, cruces, espirales.

La veta amarilla en la coronilla del tigre continuó creciendo hasta formar el sombrero cónico que Tim viera en el cubo de estaño. Por debajo, correspondiéndose con el babero del tigre, la mata blanca se convirtió en una barba que centelleó bajo la luz fría y ventosa del sol. Resplandecía porque estaba sembrada de rubíes, esmeraldas, zafiros y diamantes.

Entonces el tigre se esfumó, y Maerlyn de Eld se manifestó ante el perplejo muchacho.

No sonreía, como hiciera en la visión de Tim..., aunque, por supuesto, nunca se trató de *su* visión. En absoluto. Era *el glammer* del Señor del Pacto, destinado a conducirlo a la destrucción. El verdadero Maerlyn miró a Tim con bondad, pero también con gravedad. El viento hacía revolotear su túnica de seda blanca alrededor de un cuerpo tan delgado que podría haber sido poco más que un esqueleto.

Tim se postró sobre una rodilla, agachó la cabeza y se llevó un puño tembloroso a la frente. Intentó decir «*Hile*, Maerlyn», pero su voz había desertado, y no logró articular más que un polvoriento graznido.

—Levantaos, Tim, hijo de Jack —ordenó el mago—. Pero antes, ponedle de nuevo el tapón al frasco. Quedan unas gotas, a mi entender, y las necesitaréis.

Tim alzó la cabeza y miró inquisitivamente a la alta figura de pie junto a la jaula que lo había retenido.

—Para vuesa madre —aclaró Maerlyn—. Para los ojos de vuesa madre.

—¿Decís verdad? —susurró Tim.

—Verdad como la Tortuga que sostiene el mundo. Habéis recorrido una considerable distancia, habéis hecho gala de gran valentía (y no poca estupidez, pero omitiremos ese detalle, dado que a menudo van de la mano, en los jóvenes especialmente) y me habéis liberado de una forma en la cual he halládome cautivo desde muchos, muchos años ha. Por ello habrás de ser recompensado. Ahora cerrad el frasco y poneos en pie.

—*Gratidas* —dijo Tim. Le temblaban las manos y tenía los ojos empañados en lágrimas, pero logró taponar el frasco sin derramar lo que quedaba—. Creía que erais un Guardián del Haz, cierto así era, pero Daria me sacó del error.

—¿Y quién es Daria?

—Una prisionera, como vos. Encerrada en una máquina pequeña que la gente de Fagonard me dio. Creo que está muerta.

—Lamento vuestra pérdida, hijo.

—Ella era mi amiga —dijo simplemente Tim.

Maerlyn asintió.

—Este mundo es un lugar triste, Tim Ross. En cuanto a mí, puesto que este es el Haz del León, fue su bromita darme la forma de un gran felino. Pero no la forma de Asían, pues esa es una magia que ni siquiera él puede hacer... aunque le gustaría, ea. O matar a Asían y a todos los demás Guardianes, para así disgregar los Haces.

—El Señor del Pacto —musitó Tim.

Maerlyn echó atrás la cabeza y se rió. El gorro cónico permaneció en su sitio, lo que Tim consideró mágico en sí mismo.

—Na, na, él no. Una pizca de magia y una vida longeva es todo de cuanto *él* es capaz. No, Tim, hay uno mucho mayor que aquel de la ancha capa, un demonio de la especie de los Grandes, que cuando apunta con su dedo desde donde aguarda su hora, el Capa Ancha acude corriendo. Pero enviaros aquí no fue mandato del Rey Rojo, y ese a quien llamáis Señor del Pacto pagará por su bufonada, estoy seguro. Es demasiado valioso para matarlo, pero ¿herirlo? ¿*Castigarlo*? Ea, así lo creo.

—¿Qué le hará ese Rey Rojo?

—Es mejor no saberlo, pero de una cosa podéis estar seguro: ningún habitante de Arbolvilla volverá a verlo jamás. Sus días como colector de impuestos han terminado finalmente.

—Y mi madre... ¿de verdad se curará de la vista?

—Ea, pues me habéis concedido un gran favor. Tampoco seré el último a quien serviréis en vuestra vida. —Señaló el cinturón de Tim—. Esa solo es la primera pistola que portaréis, y la más ligera.

Tim miró el arma de cuatro tiros, pero fue el hacha de su padre la que sacó del cinturón.

—Las pistolas no están hechas para los de mi clase, sai. No soy más que un niño de pueblo. Seré leñador, como mi padre. Arbolvilla es mi hogar, y allí me quedaré.

El viejo mago lo miró con perspicacia.

—Habláis así con el hacha en la mano, pero ¿diríais lo mismo si fuera la pistola? ¿Habría así vuestro *corazón*? No contestéis, pues advierto la verdad en vuestros ojos. El ka os llevará lejos de Arbolvilla.

—Pero a mí me gusta —musitó Tim.

—Aún moraréis allí una temporada, así que no os apuréis. Pero atendedme bien, y obedeced.

Apoyó las manos en las rodillas e inclinó su cuerpo largo y flacucho hacia Tim. Su barba coleteó en el viento agonizante, y las joyas incrustadas en ella chispearon como fuego. Su rostro era descarnado y adusto, como el del Señor del Pacto, pero iluminado por la solemnidad en lugar del malicioso humor, y por bondad más que crueldad.

—Cuando retornéis a vuestra cabaña, un viaje que será mucho más rápido que el que hicisteis para llegar hasta aquí, y mucho menos peligroso, iréis a vuestra madre y le pondréis en los ojos las últimas gotas del frasco. Después debéis entregarle el hacha de vuestro padre. ¿Me entendéis? Su moneda vos la llevaréis toda la vida, seréis enterrado con ella alrededor del cuello, *pero entregadle el hacha a vuesa madre*. Hacedlo presto.

—¿Por... por qué?

Maerlyn frunció la espesa maraña de sus cejas; las comisuras de su boca se arquearon hacia abajo; de repente, toda bondad se había ido, sustituida por una aterradora inflexibilidad.

—No os incumbe a vos preguntar, muchacho. Cuando el ka viene, viene como el viento, como la boreastada. ¿Obedeceréis?

—Sí —respondió Tim, asustado—. Se la entregaré como pedís.

—Bien.

El mago se volvió hacia la sábana bajo la cual habían dormido y levantó las manos hacia ella. El lado más cercano a la jaula se izó con un enérgico sonido de aleteo, se plegó, y de pronto quedó reducida a la mitad de tamaño que tuviera. Volvió a izarse y ahora adquirió el tamaño de un mantel. Tim pensó que las mujeres de Arbolvilla se alegrarían mucho si dispusieran de semejante magia a la hora de hacer las camas, y se preguntó si tal idea se consideraría una blasfemia.

—No, no, estoy seguro de que lleváis razón —comentó Maerlyn con aire distraído—. Pero saldría mal y desencadenaría una jarana. La magia está plagada de ardides, incluso para un anciano como yo.

—Sai... ¿es verdad que vivís hacia atrás en el tiempo?

Maerlyn alzó las manos en divertida irritación; las mangas de su túnica resbalaron y dejaron al descubierto brazos tan delgados y blancos como ramas de abedul.

—Todo el mundo así lo piensa, y aunque dijera lo contrario, aún seguirían pensándolo, ¿verdad? Vivo como vivo, Tim, y la verdad es, en estos tiempos estoy prácticamente retirado.

¿También habéis oído hablar de mi casa mágica en los bosques?

—¡Ea!

—Y si os contara que vivía en una cueva con nada más que una única mesa y un camastro en el suelo, y si vos transmitirais este hecho a otros, ¿os creerían?

Tim meditó un instante, y negó con la cabeza.

—No. No lo harían. Dudo que la gente se crea siquiera que os he conocido. Para nada.

—Ese es su problema. En cuanto al vuestro... ¿estáis listo para regresar?

—¿Puedo haceros una pregunta más?

El mago levantó un único dedo.

—*Solo* una. He pasado muchos largos años en aquella jaula de allá, que como veis no se ha movido ni un ápice del sitio, a pesar de lo fuerte que soplabla el viento, y estoy harto de cagar en ese agujero. Vivir con la austeridad de un monje podrá ser muy bonito, pero todo tiene un límite. Formulad vuestra pregunta.

—¿Cómo os atrapó el Rey Rojo?

—Él no puede atrapar a nadie, Tim; él mismo se encuentra atrapado, confinado en la cúspide de la Torre Oscura. Pero conserva sus poderes, y tiene sus emisarios. Aquel a quien conocisteis dista de ser el mayor de ellos. Un hombre vino a mi cueva. Fui engañado a creer que era un buhonero errante, pues su magia era fuerte. Una magia que le prestó el Rey Rojo, como seguro que os consta.

Tim aventuró otra pregunta.

—¿Magia más fuerte que la vuestra?

—Na, pero... —Maerlyn suspiró y alzó la vista al cielo de la mañana. Tim se quedó pasmado al comprender que el mago estaba avergonzado—. Estaba borracho.

—Oh —expresó Tim con un hilo de voz. No se le ocurría qué otra cosa decir.

—Basta de garla —decretó el mago—. Sentaos en el *dibbin*.

—¿El qué?

Maerlyn señaló lo que era a veces una servilleta, a veces una sábana, y ahora un mantel.

—Eso. Y no te preocupes por si lo mancháis con las botas. Lo han utilizado muchos viajeros más sucios que vos.

Precisamente lo que había preocupado a Tim, pero pisó en el mantel y se sentó.

—Ahora la pluma. Tomadla en las manos. Proviene de la cola de Garuda, el águila que custodia el Pórtico al otro extremo de este Haz. O así me contaron, aunque siendo yo pequeñito (sí, una vez fui pequeñito, Tim, hijo de Jack), también me contaron que a los bebés se los encontraba bajo las coles del huerto.

Tim apenas oyó lo último. Cogió la pluma que el tigre había salvado de perderse en el viento y la sostuvo.

Bajo su alto gorro amarillo, Maerlyn lo observó detenidamente.

—Cuando vos lleguéis a casa, ¿qué es lo primero que haréis?

—Echar las gotas en los ojos de madre.

—Bien. ¿Y lo segundo?

—Entregarle el hacha de mi padre.

—No lo olvidéis. —El anciano se inclinó hacia delante y besó la frente de Tim. Por un instante el mundo entero llameó tan gloriosamente en los ojos del muchacho como las estrellas en el punto

álgido de la boreastada. Por un instante estuvo todo *allí*.

—Sois un chico valiente con un corazón tenaz, como otros descubrirán y vendrán a llamarte. Ahora id, con mi gratitud, y volad a casa.

—¿Vo-vo... volar? ¿*Cómo*?

—¿Cómo hacéis para andar? Solo pensad en ello. Pensad en vuestro hogar. —Un millar de arrugas fluyeron de las comisuras de sus ojos cuando rompió en una sonrisa radiante—. Pues, como algún u otro famoso dijo una vez, no hay lugar como el hogar. ¡Visualizadlo! ¡Visualizadlo muy bien!

Así, Tim pensó en la cabaña donde había crecido, y en el cuarto donde toda su vida había caído dormido escuchando el viento en el exterior, que le contaba historias de otros lugares y otras vidas. Pensó en el granero donde Misty y Bitsy eran estabuladas, y esperaba que alguien las estuviera alimentando. Quizá Willem el Pajizo. Pensó en el estanque de donde había extraído tantos cubos de agua. Pensó, por encima de todo, en su madre: su cuerpo robusto de hombros anchos, su cabello castaño, sus ojos cuando habían rebosado de alegría en vez de preocupación e infortunio.

Pensó: «Cuánto te echo de menos, madre...», y acto seguido, el mantel despegó de la tierra rocosa y quedó suspendido sobre su sombra.

Tim soltó una exclamación ahogada. La tela se meció, luego viró. Ahora era más alto que el gorro de Maerlyn, y el mago tuvo que alzar la vista hacia él.

—¿Y si me caigo? —gritó Tim.

Maerlyn se rió.

—Tarde o temprano, todos lo hacemos. Por el momento, ¡aferraos con firmeza a la pluma! ¡El dibbin no os dejará caer, así que aferraos a la pluma y pensad en vuestro hogar!

Tim la asió con fuerza frente a sí y pensó en Arbolvilla: la calle mayor, la herrería y el salón de entierros entre esta y el cementerio, las granjas, el aserradero a la orilla del río, la cabaña de la Viuda, y —por encima de todo— su terruño y su casa. El dibbin se elevó más alto, flotando sobre el Dogan durante unos instantes (como decidiéndose), y luego puso rumbo sur siguiendo el rastro de la boreastada. Se movió despacio al principio, pero cuando su sombra se proyectó sobre las marañas de árboles caídos escarchados que hasta poco tiempo atrás habían sido un millón de acres de bosque virgen, comenzó a acelerar.

Un pensamiento terrible asaltó a Tim: ¿y si la boreastada hubiera pasado como un rodillo sobre Arbolvilla y hubiera congelado la aldea por completo y matado a todo el mundo, incluyendo a Nell Ross? Se volvió para lanzarle esta pregunta a Maerlyn, pero el mago ya había desaparecido. Tim le vio una vez más, aunque cuando así aconteció, Tim mismo era un anciano. Pero esa es una historia para otro día.

El dibbin se elevó hasta que el mundo por debajo se expandió como un mapa. La magia que había protegido de la tormenta a Tim y a su peludo compañero de cama aún persistía, y aunque podía oír el último aliento frío de la boreastada silbando a su alrededor, se mantenía perfectamente abrigado. Sentado iba en su transporte con las piernas cruzadas como un joven príncipe del Mohaine en un *elefaunte*, la Pluma de Garuda frente a sí. Se sentía realmente como Garuda, planeando sobre una gran extensión de tierra salvaje que parecía un vestido gigante de un verde tan oscuro que casi se confundía con el negro. Mas una cicatriz gris lo atravesaba, como si un cuchillo hubiera rajado el vestido para revelar unas sucias enaguas. La boreastada había arruinado todo cuanto tocó, aunque el bosque en su conjunto sufría muy pocos daños. La vereda de destrucción no tenía más de cuarenta

ruedas de ancho.

Sin embargo, cuarenta ruedas habían sido suficientes para causar estragos en Fagonard. Las negras aguas cenagosas habían formado cataratas blanco amarillentas de hielo. Los árboles grises y nudosos que crecieran fuera del agua habían sido todos arrollados. Las matas de hierba ya no eran verdes; ahora tenían el aspecto de marañas de cristal lechoso.

Encallada en un terrón y tendida de costado se encontraba la barca de la tribu. Tim pensó en Timonel y Cacique y todos los demás, y estalló en lágrimas amargas. De no ser por ellos, él yacería congelado en una mata de hierba ciento cincuenta metros más abajo. La gente del pantano le había dado de comer y le había obsequiado con Daria, su hada buena. No era justo, no era justo, no era justo. Su corazón de niño lloró así, y su corazón de niño murió un poquito. Pues así es como también funciona el mundo.

Antes de dejar atrás el pantano, avistó algo más que le hirió el corazón: un extenso remiendo ennegrecido donde la escarcha se había derretido. Fragmentos de hielo tiznados de hollín flotaban alrededor de un colosal cadáver acorazado, tendido sobre un costado igual que la barca varada. Era la dragona que le perdonó la vida. Tim pudo imaginar —ea, demasiado bien— cómo debió de combatir el frío con ráfagas de aliento abrasador, pero al final la boreastada la había devorado, como a todo lo demás en Fagonard, convertido ahora en un lugar de muerte congelada.

Sobrevolando la Ruta del Fustafarro, el dibbin comenzó a descender. Más y más bajo planeó, y finalmente aterrizó cuando alcanzó la toconera Cosington-Marchly. Pero antes de que el amplio abanico del mundo se perdiera, Tim había observado que la trayectoria de la boreastada, previamente recta hacia el sur, viraba en curva abierta hacia el oeste. Y el daño parecía menor, como si la tormenta estuviera ya disipándose al pasar por allí. Albergó la esperanza de que hubiere perdonado al pueblo.

Estudió el dibbin con aire pensativo y luego agitó las manos por encima.

—¡Dóblate! —ordenó (sintiéndose un poco estúpido). El dibbin no obedeció, pero al agacharse para efectuar él mismo el trabajo, la tela pegó una vuelta, luego dos, luego tres, haciéndose más pequeña cada vez... pero no más gruesa. En cuestión de segundos se transformó en una simple servilleta de algodón tirada en el camino. Nadie querría extenderla sobre el regazo durante la cena, sin embargo, pues tenía la huella de una bota justo en el centro.

Tim se la guardó en el bolsillo y echó a andar. Y, cuando alcanzó las arboledas de fustaflores (donde la mayor parte de los árboles seguían en pie), empezó a correr.

Rodeó el pueblo, pues no quería malgastar ni un minuto contestando preguntas. De todos modos, pocas personas le habrían dedicado tiempo. La boreastada había indultado en gran medida a Arbolvilla, pero vio a yente atendiendo el ganado, que habían conseguido sacar de los establos arrasados, y evaluando los daños en sus campos. El aserradero había caído al Río Árbol. Los pedazos flotaban corriente abajo, y nada quedaba salvo los cimientos de piedra.

Siguió el Arroyo Stape, como hiciera el día que halló la varita mágica del Señor del Pacto. Su manantial, que se había congelado, comenzaba ya a deshelarse, y aunque algunas ripias de fustaflores habían sido arrancadas del tejado de la cabaña, la estructura en sí se mantenía tan firme como siempre. Daba la impresión de que hubieran dejado a su madre sola, pues no vio carretas ni mulas

delante. Tim comprendía que la gente quisiera ocuparse de sus propios terruños con una tormenta como la boreastada avecinándose, pero aun así le enfureció. Abandonar a una mujer ciega y herida a los caprichos de una tormenta... no estaba bien. Y no era la manera en que las yentes de Arbolvilla se comportaban con sus vecinos.

«Alguien la pondría a salvo —se dijo—. Lo más probable es que la hayan llevado al Salón de Asambleas.»

Entonces oyó un rebuzno procedente del granero que no sonaba propio de ninguna de sus mulas. Tim se asomó dentro y sonrió. El burrito de la Viuda Smack, Rayo de Sol, estaba atado a un poste, mascando heno.

Tim metió la mano en el bolsillo y sintió un momento de pánico cuando no pudo encontrar el preciado frasco. Entonces lo descubrió oculto bajo el dibbin, y su corazón se calmó. Subió al porche (el crujido familiar del tercer escalón produciéndole la sensación de caminar en un sueño), y abrió la puerta con cuidado. La cabaña estaba templada, pues la Viuda había preparado un buen fuego en el hogar, consumido ahora a un grueso lecho de ceniza gris y rescoldos rojizos. La anciana dormía sentada en la butaca de su pa, dándole la espalda y de cara a la lumbre. Aunque estaba loco por ir con su madre, se detuvo el tiempo necesario para quitarse las botas. La Viuda había venido cuando nadie más lo hizo; había encendido un fuego para mantener caliente la cabaña; incluso ante la perspectiva de lo que parecía la ruina para el pueblo entero, ella no olvidó sus maneras de buen vecino. Tim no la habría despertado por nada.

Anduvo de puntillas hasta la puerta del dormitorio, que estaba abierta. Allí en la cama reposaba su madre, las manos estrechando la colcha, los ojos mirando ciegamente el techo.

—¿Madre? —susurró Tim.

Por un momento ella no se movió, y Tim sintió la fría saeta del miedo.

Pensó: «Llegó demasiado tarde. Yace ahí muerta». Entonces Nell se incorporó sobre los codos, la cascada de su pelo inundando la almohada tras ella, y miró en su dirección. Su rostro se mostraba loco de esperanza.

—¿Tim? ¿Eres tú, o estoy soñando?

—Está despierta, madre —dijo él.

Y corrió hacia ella.

Lo envolvió en un fuerte abrazo, y le cubrió el rostro con los sentidos besos que solo una madre puede brindar.

—¡Creí que habías muerto! ¡Oh, Tim! Y cuando vino la tormenta, estuve segura y me quise morir. ¿Dónde has estado? ¿Cómo has podido romperme así el corazón, niño malo? —Y seguidamente prosiguió con sus besos.

Tim se entregó a ellos, sonriendo y regocijándose con su familiar olor a limpio, pero entonces recordó lo que dijera Maerlyn.

«Cuando vos lleguéis a casa, ¿qué es lo primero que haréis?»

—¿Dónde has estado? ¡Dímelo!

—Se lo contaré todo, madre, pero primero tumbese de espaldas y abra bien los ojos. Todo lo que pueda.

—¿Por qué? —Sus manos seguían palpándole los ojos y la nariz y la boca, como para cerciorarse de que estaba realmente ahí. Los ojos que Tim esperaba curar miraron fijamente hacia

él... ya través de él. Habían empezado a contraer un aspecto lechoso—. ¿Por qué, Tim?

No quiso responder, por si la cura prometida no funcionaba. No creía que Maerlyn hubiera mentido —era el Señor del Pacto quien hacía de los engaños su afición—, pero podría haber errado.

«Oh, por favor, que no yerre.»

—No importa. He traído medicina, pero solo hay una poca, así que debe quedarse muy quieta.

—No lo entiendo.

En su oscuridad, Nell pensó que lo que le dijo a continuación podría haber provenido del padre muerto más que del hijo vivo.

—Ahora basta con saber que he viajado lejos y he arriesgado mucho por lo que aquí tengo. Ahora quédese quieta.

Hizo lo que le mandaba, levantando la mirada con sus ojos ciegos. Le temblaban los labios.

También a Tim le temblaban las manos. Les ordenó que se calmaran, y por un milagro, obedecieron. Respiró hondo, levantó el preciado frasco y desenroscó el tapón. El cuentagotas absorbió todo cuanto restaba, que era bastante poco. El líquido ni siquiera llenaba la mitad del tubo corto y fino. Se inclinó sobre Nell.

—¡Quieta, madre! Prométamelo, porque puede que queme.

—Todo lo quieta que pueda —musitó ella.

Una gota en el ojo izquierdo.

—¿Qué nota? —preguntó él—. ¿Quema?

—No —dijo ella—. Está frío como una bendición. Echa un poco en el otro, si a bien tienes.

Tim echó una gota en el ojo derecho, luego se recostó, mordiéndose el labio. ¿Se había reducido un poco su lechosidad, o se trataba solo de la manifestación de su deseo?

—¿Puede ver algo, madre?

—No, pero... —Se le cortó el aliento—. *¡Hay luz, Tim! ¡Hay luz!*

Empezó a incorporarse otra vez sobre los codos, pero Tim la obligó a tumbarse. Echó otra gota en cada ojo. Tendría que ser suficiente, pues el cuentagotas estaba vacío. Cosa buena, también, ya que cuando Nell chilló, Tim lo dejó caer al suelo.

—¿Madre? *¡Mamá!* ¿Qué pasa?

—*¡Veo tu cara!* —exclamó ella, y se puso las manos en las mejillas. Ahora sus ojos se estaban llenando de lágrimas, pero eso a Tim le hizo muy bien, porque ahora le miraban a él en lugar de a través de él. Y brillaban más de lo que hubieran brillado jamás—. ¡Oh, Tim, mi amor, *veo tu cara, la veo muy bien!*

Siguió a continuación un rato que no es menester contar; cosa buena, también, pues ciertos momentos de alegría sobrepasan cualquier descripción.

Debéis entregarle el hacha de vuestro padre.

Tim hurgó en su cinturón, desencajó el hacha, y la dejó en la cama al lado de su madre. Ella la miró —y la vio, un hecho aún prodigioso para ambos— y luego tocó el mango, pulido por los largos años y el prolongado uso. Alzó el rostro hacia él de manera inquisitiva.

Tim solo pudo sacudir la cabeza, sonriendo.

—El hombre que me proporcionó las gotas me dijo que se la diera. Es lo único que sé.

—¿Quién, Tim? ¿Qué hombre?

—Es una larga historia, y que iría mejor con algo de desayuno.

—¡Huevos! —exclamó ella, haciendo ademán de incorporarse—. ¡Una docena mínimo! ¡Y el lomo de cerdo que está en la despensa!

Todavía sonriendo, Tim la asió por los hombros y la obligó suavemente a recostarse de nuevo sobre la almohada.

—Yo puedo hacer unos huevos revueltos y freír la carne. Y le puedo traer aquí el desayuno. — Se le ocurrió una idea—. Sai Smack puede comer con nosotros. Es un milagro que no se haya despertado con tanto grito.

—Vino cuando el viento empezó a soplar, y se quedó levantada hasta el final de la tormenta alimentando la lumbre —explicó Nell—. Creíamos que la casa saldría volando, pero resistió. Debe de estar muy cansada. Despiértala, Tim, pero sé delicado.

Tim volvió a besarla en la mejilla y salió del cuarto. La Viuda dormía en la butaca del hombre muerto junto al fuego, apoyada la barbilla en el pecho, demasiado cansada para siquiera roncar. Tim la sacudió por el hombro con suavidad. Su cabeza se zangoloteó y rodó de lado a lado y finalmente retornó a su posición original.

Invadido por una horrorosa certeza, Tim anduvo al frente de la silla. Lo que vio le robó la fuerza de las piernas y se derrumbó de rodillas. Su velo había sido arrancado. La ruina de un rostro en otro tiempo hermoso colgaba laxa y muerta. Su único ojo miraba inexpresivamente a Tim. La pechera de su vestido negro estaba oxidada de sangre seca, pues le habían rajado la garganta de oreja a oreja.

Tomó aire para gritar, pero fue incapaz de soltarlo, pues unas manos fuertes se habían cerrado en torno a su cuello.

Bern Kells había entrado a hurtadillas en la salita principal desde el cuarto de los abrigos, donde había estado sentado en su baúl y tratando de recordar por qué había matado a la anciana. Creía que por el fuego. Habíase pasado él dos noches tiritando bajo una pila de heno en el granero de Rincón el Sordo, y esa vieja bruja, que había metido toda clase de enseñanzas inútiles en la cabeza de su hijastro, estuvo bien calentita todo el tiempo. No era justo.

Había observado al muchacho entrar en el cuarto de su madre. Había oído los gritos de alegría de Nell, como sendos clavos atravesándole los órganos vitales. Ella no tenía derecho a gritar por nada que no fuera dolor. Ella era la culpable de toda su miseria; le había hechizado con sus pechos turgentes, su cadera esbelta, su cabello largo y sus ojos risueños. Había creído que el dominio que ella ejercía sobre su mente se atenuaría con los años, pero no ocurrió así. Al final, sencillamente tuvo que tenerla. ¿Por qué sino habría asesinado a su mejor y más antiguo amigo?

Hete aquí que ahora venía el mocoso responsable de que fuera un hombre buscado. La perra era mala y el cachorro era peor. ¿Y qué llevaba en el cinturón? Por todos los dioses, ¿era una pistola? ¿De dónde habría sacado ese trasto?

Kells estranguló a Tim hasta que los forcejeos del muchacho comenzaron a debilitarse y quedó simplemente colgado de las fuertes manos del leñador, boqueando ruidos ásperos. Entonces arrancó la pistola del cinturón de Tim y la tiró a un lado.

—Una bala es algo demasiado bueno para un entrometido como tú —dijo Kells, que pegó los labios contra la oreja de Tim. Vagamente, como si toda sensación física ahondara en su cuerpo en retirada, Tim notó la barba de su padraastro cosquilleándole la piel—. Y lo mismo el cuchillo que usé para cortarle el pescuezo a esa perra enferma. Para ti el fuego, cachorro. Todavía quedan brasas más

que suficientes para freírte los ojos y cocerte la piel de...

Hubo un sonido bajo, carnoso, y de repente las manos que le asfixiaban desaparecieron. Tim se volvió, jadeando aire que ardía como fuego.

Kells, de pie junto a la butaca de Ross el Grande, miraba con incredulidad sobre la cabeza de Tim hacia la chimenea de piedra gris. La sangre tamborileó en la manga derecha de su camisa de leñador, la franela aún moteada de heno por sus noches de fugitivo en el granero de Rincón el Sordo. Encima de la oreja derecha, le había crecido en la cabeza el mango de un hacha. Nell Ross estaba plantada detrás de él, con la pechera del camisón salpicada de sangre.

Despacio, muy despacio, Kells el Grande se giró arrastrando los pies para enfrentarla. Tocó la hoja sepultada del hacha y extendió la mano hacia ella, la palma bañada en sangre.

—¡La sogla que nos enlaza la corto yo así, querido esposo! —le gritó Nell en la cara, y como si las palabras, más que el hacha, lo hubieran provocado, Bern Kells se desplomó muerto en suelo.

Tim se llevó las manos al rostro, como para tachar de la vista y la memoria lo que acababa de presenciar... aunque incluso entonces supo que le acompañaría el resto de su vida.

Nell le rodeó con los brazos y le condujo al porche. La mañana era radiante, la helada de los campos empezando a derretirse, una vaga neblina evaporándose en el aire.

—Tim, ¿te encuentras bien? —preguntó ella.

El chico respiró hondo. Aún notaba el aire cálido en la garganta, pero ya no le quemaba.

—Sí. ¿Y usted, madre?

—Me recuperaré —aseguró ella—. Nos recuperaremos. Hace una mañana espléndida, y estamos vivos para verla.

—Pero la Viuda... —Tim se echó a llorar.

Se sentaron en los escalones del porche y contemplaron el patio donde, no hacía mucho, el Covenante de la Baronía estuviera sentado a horcajadas en su alto caballo negro.

«Negro el caballo, negro el corazón», pensó Tim.

—Rezaremos por Ardelia Smack —manifestó Nell—, y todo Arbolvilla vendrá a su entierro. No diré que Kells le hizo un favor, pues el asesinato jamás es un favor para nadie, pero ella sufrió terriblemente los últimos tres años, y de todas formas no le quedaba mucho tiempo de vida. Creo que deberíamos ir al pueblo, y ver si el alguacil ya ha vuelto de Taveres. De camino puedes contármelo todo. ¿Me ayudarías a enganchar a Misty y Bitsy a la carreta?

—Sí, madre. Pero primero tengo que coger una cosa. Algo que ella me dio.

—De acuerdo. Procura no mirar lo que hay dentro, Tim.

Ni tampoco lo hizo. Pero recogió la pistola y se la encajó en el cinturón...

EL HOMBREPIELES (SEGUNDA PARTE)

—Ella le aconsejó que no mirara lo que había dentro (el cuerpo de su padrastro, ¿te consta?), y él respondió que no miraría. Ni tampoco lo hizo, pero recogió la pistola y se la encajó en el cinturón...

—La de cuatro cañones que le dio la mujer viuda —puntualizó Bill Streeter el Joven.

Estaba sentado contra la pared de la celda, bajo el mapa trazado con tiza de Debaria, con la barbilla en el pecho. Había hablado poco, y en verdad, creí que el chaval se había dormido y que me estaba relatando el cuento a mí mismo. Pero escuchó de principio a fin, por lo visto. Fuera, el viento arreciante del simún profirió un breve chillido y luego se normalizó a un gemido bajo y constante.

—Ea, Joven Bill. Recogió la pistola, se la encajó en el lado izquierdo del cinturón, y allí la portó los siguientes diez años de su vida. Después de eso cargó hierros grandes, revólveres de seis tiros. —Así concluía la historia, y la rematé igual que remataba mi madre todas las historias que me leía siendo yo un infante en mis aposentos de la torre. Me entristeció oír esas palabras saliendo de mi propia boca—. Y así aconteció, en los días de antaño, mucho tiempo antes de que el abuelo de tu abuelo naciera.

Fuera, la luz desfallecía. Pensé que, al fin y al cabo, no sería hasta el día siguiente cuando la delegación que había subido a las estribaciones de las montañas regresara con los salineros que supieran montar a caballo. Y en realidad, ¿importaba tanto? Pues un pensamiento incómodo me había asaltado mientras le narraba al Joven Bill la historia del Joven Tim. Si yo fuera el hombrepieles, y si el sheriff y un grupo de ayudantes (y eso sin mencionar a un joven pistolero llegado desde la misma Gilead) vinieran a preguntarme si sabía ensillar, montar y cabalgar, ¿lo admitiría? No lo juzgaba probable. Jamie y yo deberíamos haberlo visto de inmediato, pero por supuesto todavía éramos inexpertos en la manera de pensar de los hombres de ley.

—¿Sai?

—Sí, Bill.

—¿Llegó Tim a ser un verdadero pistolero? Sí, ¿verdad?

—Cuando tenía veintiún años, tres hombres que cargaban calibres pesados pasaron por Arbolvilla. Iban con destino a Tavares y esperaban organizar un pelotón, pero Tim fue el único que se unió a ellos. Le decían «el tirador siniestro», por la forma en que desenfundaba.

«Cabalgó con ellos, y se defendió bien, pues era intrépido y de puntería infalible. Le llamaron *tet-fa*, o amigo del tet. Mas llegó un día en que fue ka-tet, uno de los pocos, poquísimos pistoleros sin un linaje probado de Eld. Aunque, ¿quién sabe? ¿Acaso no se dice que Arthur tuvo muchos hijos de tres esposas, y un sinfín más nacidos en el lado oscuro de la cama?

—No sé lo que significa eso.

Le comprendía y simpatizaba con él; hasta dos días antes, yo no sabía a qué se referían con «porra larga».

—No importa. Fue conocido al principio como Ross el Zurdo, y tras una gran batalla a orillas del Lago Cawn, como Tim Corazón Tenaz. Su madre terminó sus días en Gilead siendo una gran dama, o eso decía mi madre. Pero todas estas cosas son...

—... un cuento para otro día —concluyó Bill—. Es lo que mi pa siempre dice cuando pido más. —Se le contrajo el rostro y le temblaron las comisuras de la boca cuando se acordó del barracón lleno de sangre y el cocinero que había muerto con su mandil sobre la cara—. Lo que *decía*.

Volví a pasarle el brazo sobre los hombros, una acción que resultó esta vez más natural. Ya

había decidido llevarle a Gilead con nosotros si Everlynne de Serenidad se negaba a acogerle... aunque pensaba que no le rechazaría. Era un buen chico.

Fuera, el viento gemía y aullaba. Agucé los oídos por si sonaba el tin-talán, pero permanecía en silencio. Las líneas debían de haberse venido abajo en algún sitio.

—Sai, ¿cuánto tiempo pasó enjaulado Maerlyn en forma de tigre?

—No lo sé, pero seguramente mucho.

—¿Qué *comía*?

Cuthbert se habría inventado algo en el acto, pero yo me quedé de piedra.

—Si cagaba en el agujero, tuvo que comer algo —razonó Bill, y con bastante atino—. Si uno no come, no puede cagar.

—No sé qué comió, Bill.

—Aunque tuviera forma de tigre, a lo mejor le quedaba magia suficiente para hacer su propia comida. Como salida de la nada.

—Sí, es lo más probable.

—¿Tim llegó alguna vez a la Torre? Porque sé que también se cuentan historias de eso, ¿verdad?

Antes de que pudiera responder, Strother —el ayudante del sheriff gordo con la cinta de serpiente de cascabel en el sombrero— entró en la cárcel. Cuando me vio sentado rodeando con el brazo al chico, me dirigió una sonrisita despectiva. Me planteé borrarla de la cara —no habría requerido mucho—, pero me olvidé de la idea cuando oí lo que tenía que decir.

—Se acercan jinetes. Serán como un moit, y también vienen carros, porque los oímos hasta con este puñetero viento del demonio. La gente está saliendo a la calle a mirar.

Me levanté y abandoné la celda.

—¿Puedo ir? —preguntó Bill.

—Es mejor que aguardes aquí un rato más —aconsejé, al tiempo que le encerraba—. No tardaré.

—¡Odio estar aquí, sai!

—Lo sé —dije yo—. Muy pronto todo habrá terminado.

Confiaba en no estar errado.

Cuando salí de la oficina del sheriff, el viento me hizo tambalear y la arena de álcali me punzó las mejillas. A pesar del arreciante vendaval, había espectadores ocupando las aceras entabladas de la calle mayor. Los hombres se subían las bandanas para cubrirse la boca y la nariz; las mujeres usaban sus pañoletas. Vi a una lady-sai que llevaba su cofia al revés, lo cual, pese a su extraño aspecto, probablemente era bastante útil contra el polvo.

A mi izquierda empezaron a surgir caballos de las nubes blanquecinas de álcali. El sheriff Peavy y Canfield del Jefferson iban a la vanguardia, bien calados los sombreros y alzados los pañuelos del cuello, de modo que solo sus ojos eran visibles. Detrás de ellos venían tres largas carretas de plataforma, abiertas al viento. Estaban pintadas de azul, pero la sal escarchaba los bordes y las cubiertas. En los costados las palabras CONSORCIO SALINERO DE DEBARIA estaban pintarrajeadas en amarillo. En cada cubierta iban sentados seis u ocho sujetos con pantalones de peto y la clase de sombreros de paja utilizados por jornaleros, que llamaban «cacharpas» (o algo similar, no recuerdo su nombre exacto). A un lado de esta caravana cabalgaban Jamie DeCurry, Kellin Frye y

el hijo de Kellin, Vikka. Al otro iban Snip y Ara del rancho Jefferson y un compadre corpulento con bigote de manillar color arena y un guardapolvo amarillo en consonancia. Resultó ser el hombre que ejercía de alguacil en la Debaria Chica... al menos cuando no estaba ocupado en las mesas de faro o Miradme.

Ninguno de los recién llegados parecía contento, pero los salineros los que menos. Era fácil mirarlos con recelo y aversión; tuve que recordarme que solo uno de ellos era un monstruo (suponiendo, claro estaba, que el hombrepieles no hubiera escapado a nuestra red). La mayoría de los otros probablemente venían por voluntad propia al haberse enterado de que con ello podían ayudar a poner fin al azote de la bestia.

Me planté en mitad de la calle y levanté las manos sobre la cabeza. El sheriff Peavy refrenó su montura delante de mí, pero le ignoré por el momento, dirigiendo en cambio mi atención a los mineros acurrucados en las carretas. Con una rápida cuenta calculé su número en veintiuno. Eran veinte sospechosos más de los que hubiera deseado, pero muchísimos menos de los que había temido.

Grité para hacerme oír por encima del viento.

—*¡Hombres, habéis venido a proporcionar ayuda, y en nombre de Gilead, digo gracias!*

Sus voces fueron más fáciles de oír, porque el viento soplaba hacia mí.

—Que le den a tu Gilead —rezongó uno.

—Mocoso fisgón —gruñó otro.

—Chúpame la minga en nombre de Gilead —añadió un tercero.

—Los meteré en vereda si así lo queréis —intervino el hombre del bigote de manillar—. Con una palabra basta, jovencito, pues soy el alguacil de esa cloaca de la que vienen, y eso los hace competencia mía. Will Wegg. —Se tocó la frente con un puño negligente.

—No en esta vida —repliqué, y volví a levantar la voz—. *¿A quién le gustaría tomar un trago?*

Sus refunfuños cesaron de golpe y porrazo, y prorrumpieron en vítores.

—*¿Pues entonces bajad y formad en fila!* —grité—. *¡De a dos, si hacéis el favor!* —Les sonreí con una mueca burlona—. *¡Y quien no quiera, que se vaya al infierno y se muera de sed!*

Provocó esto una carcajada entre la mayoría.

—Sai Deschain —dijo Wegg—, no es buena idea dar de beber a estos tipos.

Yo opinaba lo contrario. Con un gesto indiqué a Kellin Frye que se acercara y dejé caer dos nudillos de oro en su mano. Se le agrandaron los ojos.

—Serás el guía que conduzca a este rebaño —le expuse—. Esto debería bastar para pagar dos whiskys por barba, si son tragos cortos, y es todo cuanto quiero que beban. Llévate a Canfield contigo, y a aquel otro de allí. —Apunté a uno de los pokies—. ¿Eres Arn?

—Snip —corrigió el compadre—. Arn es el otro.

—Ea, bien. Snip, tú te pondrás en un extremo de la barra, Canfield en el otro. Frye, tú quédate detrás en la puerta y vigila sus espaldas.

—No llevaré a mi hijo al Busted Luck —declaró Kellin Frye—. Es un cubil de putas, así de cierto.

—No será necesario que entre. Soh Vikka se apostará en la parte de atrás con el otro pokie. —Señalé con el pulgar amartillado a Arn—. Lo único que debéis hacer es vigilar para que ningún salinero se escabulla por la puerta de atrás. Si eso sucede, lanzad un grito y largaos, porque probablemente será nuestro hombre. ¿Entendido?

—Aja —asintió Arn—. Vamos, chaval, en marcha. Si nos quitamos de este viento, a lo mejor

puedo fumarme un pitillo sin que se me apague.

—Todavía no —dije, y llamé con un gesto al chico.

—¡Oye, pistolero! —gritó uno de los mineros—. ¿Vas a sacarnos de este viento antes de que se haga de noche? ¡Que tengo sed, joder!

Los demás expresaron su aprobación. .

—Sujeta tu lengua —advertí—. Hazlo, y podrás remojarte el gaznate. Gasta saliva mientras estoy haciendo mi trabajo y te quedarás sentado en la carreta a lamer la sal.

Eso los acalló, y me dirigí a Vikka Frye.

—Estando en las Rocas de Sal, debías decirle una cosa a alguien. ¿Lo hiciste?

—Aja, yo... —Su padre le propinó un codazo con fuerza casi suficiente para derribarle. El muchacho recordó sus modales y volvió a empezar, esta vez con un puño en la frente—. Sí, sai, espero seáis complacido.

—¿Con quién hablaste?

—Puck DeLong. Es un chico que conozco del Día de Feria de la Siega. Es hijo de minero, pero nos amistamos y juntos hicimos la carrera a tres piernas. Su pa es el capataz del turno de noche. Bueno, eso es lo que dice Puck.

—¿Y qué le contaste?

—Que fuere Billy Streeter el que vio al hombrepieles en su forma humana. Le dije que Billy se escondió bajo un montón de arreos viejos, y que por eso se salvó. Puck sabía de quién hablaba, porque Billy también estuvo en la Siega. Fue Billy el que ganó la Carrera del Ganso. ¿Conocéis la Carrera del Ganso, sai pistolero?

—Sí —afirmé. Yo mismo la había corrido en más de un Día de Feria de la Siega, y de eso no hacía tanto tiempo.

Vikka Frye tragó saliva con fuerza, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—El pa de Billy aplaudió a reventar cuando Billy entró el primero —susurró.

—No me cabe duda. ¿Este Puck DeLong habrá echado a rodar la historia? ¿Tú qué opinas?

—No sé, ¿no? Pero yo sí lo hubiera hecho.

Pensé que era aceptable dadas las circunstancias, y le di una palmada en la espalda.

—Ya puedes irte. Y si alguien acepta el reto de la huida, pegad una voz. Y bien fuerte, para que se oiga por encima del viento.

Arn y el muchacho arrancaron a andar resueltos hacia el callejón que los llevaría detrás del Busted Luck. Los salineros no les prestaron atención; solo tenían ojos para las puertas batientes y pensamientos para el matarratas que les esperaba tras ellas.

—¡Hombres! —grité. Y cuando se giraron hacia mí—: ¡A mojarse el garguero!

Esto acarreó otra salva de aplausos, y emprendieron la marcha hacia el *saloon*. Pero andando, no corriendo, y en fila de a dos. Habían sido bien adiestrados. Imaginé que sus vidas como mineros no distaban mucho de la esclavitud, y debía yo agradecer al ka que me hubiera guiado por una senda diferente... aunque, echando la vista atrás, me pregunto cuánta diferencia puede mediar entre la esclavitud de la mina y la esclavitud de la pistola. Quizá solo haya una: yo siempre he tenido un cielo al que mirar, y por eso, a Gan, el Hombre Jesús y todos los demás dioses que puedan existir, digo gracias.

Hice señas a Jamie, al sheriff Peavy y al nuevo —Wegg— para que se dirigieran al otro lado de la

calle. Nos reunimos bajo el saledizo que protegía la oficina del sheriff. Strother y Pickens, los dos ayudantes mediocres que no valían para mucho, se agolparon en la puerta, mirando con ojos harto desorbitados.

—Vosotros dos, id dentro —les espeté.

—No aceptamos órdenes de ti —replicó Pickens, ahora que el jefe estaba de vuelta, tan arrogante como Mary Dame.

—Meteos dentro y cerrad la puerta —dijo Peavy—. ¿Todavía no vos habéis enterado de quién está al mando de este carnaval, majaderos?

Se retiraron, Pickens fulminándome con la mirada y Strother echando chispas por los ojos a Jamie. La puerta se cerró de un fuerte golpe que hizo retumbar el cristal. Por un momento los cuatro permanecimos inmóviles, observando las grandes nubes de polvo de álcali que rodaban por la calle mayor, algunas tan espesas que eclipsaban las carretas de sal. Sin embargo, había poco tiempo para la contemplación; pronto sería de noche, y entonces uno de los salineros de los que bebían ahora en el Busted Luck quizá dejara de ser un hombre.

—Creo que tenemos un problema —anuncié. Hablaba para todos ellos, pero era a Jamie a quien miraba—. Me parece que un tornapieles consciente de su ser difícilmente admitirá que es capaz de cabalgar.

—Ya lo había pensado —dijo Jamie, y ladeó la cabeza hacia el alguacil Wegg.

—Hemos cogido a todos los que saben montar a caballo —afirmó Wegg—. Tenedlo por seguro. ¿Acaso no los viera yo con mis propios ojos?

—Dudo que los haya visto a todos —contesté yo.

—Yo creo que sí —dijo Jamie—. Escúchale, Roland.

—Hay un ricachón allí en la Debaria Chica, de nombre Sam Shunt —explicó Wegg—. Los mineros lo llaman Shunt el Chulo, lo que no es de extrañar, pues a la mayoría los tiene cogidos por donde el pelo crece corto. No posee el Consorcio (eso lo controlan los peces gordos de Gilead), pero es dueño de casi todo lo demás: los bares, las putas, los esquideros...

Con la mirada interrogué al sheriff Peavy.

—Chozas en la Debaria Chica donde duermen algunos de los mineros —aclaró este—. Los esquideros no son gran cosa, pero al menos no están bajo tierra.

Volví a mirar a Wegg, que se prendía las solapas de su guardapolvo y parecía complacido consigo mismo.

—Sammy Shunt es dueño de la proveeduría, y esto significa que es dueño de los mineros. —Sonrió abiertamente. Cuando no le devolví la sonrisa, soltó las solapas y levantó las manos al cielo—. Así es como funciona el mundo, joven sai. Ninguno de nosotros lo ha inventado.

»Bueno, a lo que iba. Pues resulta que Sammy es un fanático de los juegos y los festejos... siempre que pueda sacar tajada de ellos, faltaría más. Cuatro veces al año organiza carreras para los mineros. Algunas son a pie, y algunas son de obstáculos, y tienen que saltar barricadas de madera o cruzar hondonadas llenas de barro. Es muy gracioso cuando se la pegan. Las putas siempre vienen a vellas, y eso las hace reír como bobas.

—Abrevia —gruñó Peavy—. Esos tipos no tardarán mucho en trincarse un par de tragos.

—También hay carreras de caballos —prosiguió Wegg—, aunque lo único que proporciona son jamelgos viejos, por si acaso alguno se rompe una pata y hay que pegalle un tiro.

—Si un minero se rompe una pierna, ¿también le pegan un tiro a él? —pregunté.

Wegg se rió y se dio palmadas en el muslo como si hubiera soltado un buen chiste. Cuthbert podría haberle explicado que yo nunca bromeo, pero por supuesto, Cuthbert no estaba allí. Y Jamie

raramente dice algo si no es necesario.

—¡Muy cicalado, joven pistolero! ¡Muy cicalado sois! Nanay, se les cura más o menos, si es que tienen cura; hay un par de putas que se ganan unas monedas extra trabajando como ammes al acabar las competiciones de Sammy Shunt. No les importa; al fin y al cabo, hacen un servicio de una forma u otra, ¿verdad?

»Hay que pagar una entrada, dende luego, que se descuenta de los salarios. Eso cubre los gastos de Sammy. Y para los mineros, el ganador de cualquiera que sea la competición (carrera de velocidad, de obstáculos, de jacos) queda perdonado de un año de deuda en el economato. Sammy les aplica a los demás unos *intreses* altos para no tener pérdidas. ¿Ve cómo funciona? Muy ladino, ¿no le parece?

—Ladino como el diablo —asentí.

—¡Aja! Así que cuando hay que poner a correr a esos jamelgos por el circuito que haya preparado, cualquier minero que *sepa* montar, *monta*. Es la mar de gracioso vellos botar arriba y abajo machacándose las pelotas, doy fe con mi sello. Y yo siempre estoy allí para mantener el orden. He visto todas las carreras de los últimos siete años, y conozco a todos los cavadores que hayan participado alguna vez. Como jinetes, aquellos muchachos de allá son los que hay. Había uno más, pero en la carrera que Sammy organizó en esta Tierra Nueva, ese topo en *cocreto* se cayó de su montura y se espachurró las entrañas. Vivió un día o dos, y luego la diñó. Así que me da que no es su hombrepieles, ¿verdad?

Dicho esto, Wegg rió a mandíbula batiente. Peavy le miraba con resignación, Jamie con una mezcla de desdén y asombro.

¿Creía yo a este hombre cuando aseguraba que habían acorralado a todos los salineros que sabían montar a caballo? Decidí que sí, siempre que me contestara a una pregunta afirmativamente.

—¿Apuesta usted en estas carreras de caballos, Wegg?

—Saqué un buen pellizco el año pasado —dijo con orgullo—. Claro que Shunt solo paga en vales, menudo tacaño está hecho, pero me basta para putas y whisky. Me gustan las putas jóvenes y el whisky añejo.

Peavy me dirigió una mirada sorteando a Wegg y se encogió de hombros, como diciendo: «Este es el alguacil que tienen allí arriba, así que no me culpéis».

Ni tampoco se me ocurriría.

—Wegg, vaya a la oficina y espérenos ahí. Sheriff Peavy, Jamie, venid conmigo.

Les expuse mi idea mientras cruzábamos la calle. No requirió mucho tiempo.

—Cuénteles lo que queremos —le indiqué a Peavy delante de las puertas batientes. Mantuve baja la voz porque la ciudad entera aún nos observaba, aunque los congregados en el exterior del *saloon* se habían apartado un poco, como si fuéramos portadores de algún mal contagioso—. A usted le conocen.

—No tanto como a Wegg —replicó él.

—¿Por qué pensáis que quería que se quedara al otro lado de la calle?

Graznó una risotada en respuesta y, empujando las puertas batientes, se abrió paso al interior de la taberna. Jamie y yo le seguimos.

Los clientes asiduos habían retrocedido a las mesas de juego y cedido la barra a los salineros. Snip y Canfield los flanqueaban; Kellin Frye se encontraba apostado con la espalda apoyada contra

los tablones de la pared y doblados los brazos sobre su chaleco de piel de oveja. El establecimiento contaba con un segundo piso (destinado a los fornicaderos, supuse) y la galería estaba colmada de mujeres ni mucho menos atractivas con la mirada puesta en los mineros.

—¡Hombres! —llamó Peavy—. ¡Daos la vuelta! ¡Vos quiero de cara a mí!

Obedecieron, y prontamente. ¿Qué era el sheriff para ellos sino otro capataz? Unos pocos aferraban los restos de sus whiskys, pero la mayoría ya se los habían terminado. Tenían ahora una cara más animada, enrojecidas las mejillas por el alcohol más que por el abrasivo viento que los había perseguido desde las colinas.

—Bien, esto es lo que hay —dijo Peavy—. Cada hijo de su madre va a sentarse en la barra y se va a quitar las botas para que podamos verlos los pies.

El mandato fue recibido con un refunfuño de descontento.

—Si quieren saber quién ha pasado tiempo en la Empalizada de Beelie, ¿por qué no lo preguntan directamente? —protestó un viejo de barba gris—. Yo estuve allí y no m'averigüenzo. Robé un pan pa'la parienta y los niños. Nes que sirviera pa' mucho; los dos bebés se murieron.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó uno más joven—. ¿Nos pegan un tiro los cañoneros? No estoy seguro de que m'importe. Por lo menos ya no más tendría que bajar al hoyo.

Acogió sus palabras un estruendo de aprobación. Alguien comentó algo que interpreté como «luz verde». Peavy me asió del brazo y me hizo pasar adelante.

—Fue este cañonero quien vos sacó un día de la mina y luego vos invitó a un trago. Y a menos que tú seas el hombre que buscamos, ¿de qué demonios tienes miedo?

El que contestó difícilmente me superaba en edad.

—Sai Sheriff, tenemos miedo *siempre*.

Era esta una verdad descarnada a la que no estaban acostumbrados, y el silencio se abatió sobre el Busted Luck. Fuera, el viento gemía. La arenisca golpeando las paredes de madera resonaba como granizo.

—Escuchadme, muchachos —dijo Peavy, adoptando ahora un tono de voz más bajo y respetuoso—. Estos pistoleros podrían desenfundar y obligaros a hacer lo que ha de hacerse, pero yo no quiero eso, y no es necesario llegar a tal extremo. Teniendo en cuenta lo sucedido en el rancho Jefferson, ya han muerto más de tres docenas de personas en Debaria. Del Jefferson, tres eran mujeres. —Hizo una pausa—. Nanay, digo mentiras. Una era una mujer, las otras dos unas chiquillas. Sé que lleváis una vida dura y no tenéis nada que ganar con vuestra colaboración, pero yo vos la pido, de toas formas. ¿Y por qué no? Solo hay uno de vosotros que tenga algo que esconder.

—Vale, qué cojones —dijo el anciano de barba gris.

De espaldas, apoyó las manos en la barra y se izó para sentarse en ella. Debía de ser el Anciano de la cuadrilla, pues todos los demás siguieron su ejemplo. Observé con atención cualquier signo de renuencia, pero a mis ojos nadie mostró ninguno. Una vez iniciado el proceso, se lo tomaron como una especie de broma. Pronto hubo veintiún salineros con mono sentados en la barra, y las botas llovieron al suelo aserrinado en una serie de golpes secos. Ay, por todos los dioses, aún hoy puedo oler el tufo que despedían sus pies.

—Uf, esto ya es demasiao pa'mí —dijo una de las putas, y cuando alcé la vista, nuestro público vaciaba la galería en una tormenta de plumas y un remolino de enaguas. El tabernero se unió a los clientes de las mesas de juego, pinzándose la nariz con dos dedos. Apuesto cualquier cosa a que en el Café de Racey no sirvieron muchos filetes a la hora de la cena; aquel olor era un asesino del apetito como jamás haya existido.

—Vos vais a subir los bajos de los pantalones —ordenó Peavy—. Quiero pisparos los tobillos.

Ahora que el asunto estaba en marcha, obedecieron sin chistar. Di un paso adelante.

—Si os señalo con el dedo —dije—, os bajáis de la barra y os pegáis de espalda a la pared. Podéis coger las botas, pero no os molestéis en ponéros las. Solo iréis al otro lado de la calle, y eso lo podéis hacer descalzos.

Recorrí la hilera de pies extendidos, la mayoría lastimosamente flacuchos, y todos, excepto aquellos pertenecientes a los mineros más jóvenes, tupidos de hinchadas venas amoratadas.

—Tú... tú... y tú...

En total diez de ellos estaban marcados con la argolla azul alrededor del tobillo que significaba una estancia en la Empalizada Beelie. Jamie avanzó hacia ellos sin dirigirse a nadie en concreto. No desenfundó, pero enganchó los pulgares en los cintos cruzados, con las palmas suficientemente cerca de las culatas de sus revólveres para dejar claras sus intenciones.

—Cantintero —llamé—. Sirve a los hombres restantes otro trago.

Los mineros sin tatuajes de preso lo recibieron con una ovación y comenzaron a calzarse de nuevo las botas.

—¿Y nosotros? —preguntó el anciano de la barba gris. La argolla tatuada en su tobillo se había desteñido a un azul fantasmal. Sus pies desnudos eran tan nudosos como el tocón de un árbol viejo. Cómo podía andar con ellos —y mucho menos *trabajar*— era algo que escapaba a mi comprensión.

—Nueve de vosotros os ganaréis una copa *doble* —dije, y eso borró la lobreguez de sus rostros—. El décimo se ganará otra cosa.

—Un tirón de la soga —dijo Canfield del Jefferson en voz baja—. Y después de lo que viera allá en el rancho, espero que baile mucho tiempo.

Dejamos a Snip y Canfield vigilando a los once salineros que se quedaron bebiendo en la taberna e hicimos desfilar a los otros diez hasta el otro lado de la calle. El viejo de la barba gris abría la marcha y caminaba con paso enérgico sobre los tocones de sus pies. La luz de aquel día se había drenado hasta adquirir un amarillo extraño que nunca antes había visto, y muy pronto caería la oscuridad. El viento soplaba y el polvo volaba. Me mantenía alerta por si uno de ellos hacía ademán de escapar —deseándolo realmente, aunque solo fuera por ahorrarle el trance al niño que esperaba en la cárcel—, pero ninguno lo intentó. Jamie se dejó caer a mi lado.

—Si él está aquí, confía en que el chico no le viera por encima de los tobillos. Pretende afrontarlo, Roland.

—Lo sé —reconocí—. Y puesto que el chico no vio nada más, probablemente conseguirá librarse.

—Y entonces, ¿qué?

—Encerrarlos a todos, supongo, y esperar a que uno de ellos cambie de piel.

—¿Y si no es algo que simplemente se apodera de él? ¿Y si puede impedir que ocurra?

—Entonces, no sé —admití.

Wegg había empezado una partida de Miradme con Pickens y Strother, de a penique la entrada y tres para ir. Asesté un puñetazo a la mesa y las cerillas que usaban como contadores se desparramaron.

—Wegg, usted acompañará a estos hombres a la cárcel con el sheriff, pero será dentro de unos minutos. Hay varias cosas más que atender.

—¿Quién está en la cárcel? —preguntó Wegg, mirando las cerillas esparcidas con cierto pesar. Deduje que había ido ganando—. El chico, supongo.

—El chico y el fin de este lamentable asunto —dije con más confianza de la que sentía.

Cogí al anciano de barba gris por el codo —con cuidado— y lo aparté a un lado.

—¿Cómo se llama usted, sai?

—Steg Luka. Pero ¿a usted qué le importa? ¿Se piensa que soy yo?

—No —dije, y era cierto. Por ninguna razón; solo un presentimiento—. Pero si usted sabe quién es, o incluso si lo sospecha, debería decírmelo. Hay un muchacho aterrado ahí dentro, encerrado en una celda por su propio bien. Vio algo que parecía un oso gigante matar a su padre, y le ahorraría más dolor si pudiera.

Lo meditó unos instantes y entonces fue él quien me asió del codo... con una mano fuerte como el hierro. Me llevó al rincón.

—No sé decillo, pistolero, puesto que todos hemos estao allá abajo, en el fondo de la nueva poza, y todos lo vimos.

—¿Ver qué?

—Una grieta en la sal y una luz de verde que brillaba a través suya. Brillante, luego oscura, brillante, luego oscura. Como el latido de un corazón. Y... te habla a la cara.

—No le entiendo.

—Ni yo mismo me entiendo. Lo único que sé es que lo hemos visto todos, y lo hemos sentido todos. Te habla a la cara y te dice que entres. Es gélida.

—¿La luz o la voz?

—Las dos. Es del Pueblo Antiguo, no tengo duda. Se lo contamos a Banderly, el que es capataz, y bajó él mismo. Lo vio en persona. Lo *sintió* en persona. Pero ¿iba a cerrar las pozas por eso? Los cojones. Tiene que responder ante sus propios jefes, y ellos saben que queda un moit de sal ahí abajo. Así que ordenó a una cuadrilla que la cerrara con rocas, y lo hicieron. Lo sé porque yo fui uno de ellos. Pero las rocas se quitan igual que se ponen. Y las han movido, lo juro. Estaban de una forma y ahora están de otra. Alguien entró allí, pistolero, y lo que quiera que haya en el otro lado... lo cambió.

—Pero no sabe quién fue.

Luka sacudió la cabeza.

—Lo único que puedo decir es que debió ser entre las doce y las seis de la mañana, porque es cuando todo está tranquilo.

—Vuelva con sus compañeros, y digo gracias. Pronto podrá ir a beber, y bienvenido sea. — Pero los días de bebedor de sai Luka habían acabado. Nunca lo sabemos, ¿verdad?

Se reunió con ellos y los estudié. Luka era el más viejo con diferencia. La mayoría de los otros eran de mediana edad, y un par todavía eran jóvenes. Estos se veían interesados y entusiasmados más que asustados, y lo pude entender; habían disfrutado de un par de tragos para animarse, y esto representaba un cambio en el duro trabajo de sus vidas rutinarias. Ninguno de ellos parecía sospechoso o culpable. Ninguno parecía nada más ni nada menos que lo que eran: salineros en un pueblo minero agonizante donde terminaban las vías del ferrocarril.

—Jamie —llamé—. Tengamos unas palabras.

Lo acompañé hasta la puerta y le hablé directamente al oído. Le encomendé un recado y le rogué que lo realizara a la mayor brevedad posible. Asintió con la cabeza y salió a la tarde tormentosa. O ya para entonces, quizá el ocaso.

—¿Adonde se va? —preguntó Wegg.

—No es de su incumbencia —dije, y me dirigí a los hombres con el tatuaje azul en el tobillo—. Formad una fila, si a bien tenéis. De más viejo a más joven.

—Yo es que ni sé la edad que tengo, ¿y entonces? —dijo un hombre que estaba encalveciendo y que llevaba un reloj de pulsera en una oxidada cadena remendada con cuerda. Algunos de los demás rieron y asintieron.

—Ordenaos lo mejor que podáis —les indiqué.

Yo no tenía interés alguno en sus edades, pero las porfías y argumentaciones se prolongaron cierto tiempo, que era el objetivo principal. Si el herrero había realizado su encargo, todo iría bien. En caso contrario, improvisaría. Un pistolero incapaz de hacerlo suele morir prematuramente.

Los mineros se desplazaron de un lado para otro arrastrando los pies como niños jugando a Cuando Pare la Música, intercambiando posiciones hasta que se ordenaron en una grosera aproximación de sus edades. La fila comenzaba en la puerta que daba a la cárcel y terminaba en la puerta de la calle. Luka era el primero; el señor Reloj de Pulsera estaba en el medio; el que aparentaba mi edad —el muchacho que había admitido que siempre tenían miedo— era el último.

—Sheriff, ¿podría anotar sus nombres? —pregunté—. Quiero hablar con el chico Streeter.

Billy se encontraba de pie junto a los barrotes de la celda para borrachos y alborotadores. Había oído nuestro parlamento y parecía asustado.

—¿Está aquí? —preguntó—. ¿El hombrepieles?

—Creo que sí —dije yo—, pero no hay forma de saberlo seguro.

—Sai, tengo susto.

—No te culpo. Pero la celda está candada y los barrotes son de buen acero. No podrá atraparte, Billy.

—No lo habéis visto cuando es un oso —murmuró Billy. Sus ojos eran enormes y brillantes, inmutables. He visto a hombres con los ojos así después de haber recibido un fuerte puñetazo en la mandíbula. Es la mirada que les sobreviene justo antes de que se les ablanden las rodillas. Fuera, el viento emitió un enrarecido chillido al deslizarse bajo el tejado de la prisión.

—Tim Corazón Tenaz también tenía miedo —le recordé—. Pero siguió adelante. Espero que tú hagas lo mismo.

—¿Estarás tú aquí?

—Sí. Y también mi camarada, Jamie.

Como si lo hubiera convocado, la puerta de la oficina se abrió y Jamie entró apresuradamente, sacudiéndose el polvo de álcali de su camisa. Su visión me llenó de alegría. El olor a pies sucios que lo acompañaba era mucho menos bienvenido.

—¿La tienes? —pregunté.

—Sí. Es muy bonita. Y aquí está la lista de nombres.

Me entregó ambas cosas.

—¿Estás listo, hijo? —preguntó Jamie a Billy.

—Supongo que sí —respondió Billy—. Voy a fingir que soy Tim Corazón Tenaz.

Jamie asintió con gravedad.

—Es una idea estupenda. Que te sea próspera.

Sopló una ráfaga de viento particularmente fuerte. Una vaharada de polvo amargo entró por la ventana enrejada de la celda para borrachos y alborotadores. De nuevo se oyó aquel chillido

escalofriante bajo los aleros. La luz se apagaba, se desteñía. Me cruzó por la mente la idea de que quizá fuera mejor —más seguro— encarcelar a los salineros que estaban a la espera y dejar esta parte para el día siguiente, pero nueve de ellos no habían hecho nada. Ni tampoco el chico. Mejor acabar cuanto antes. Si es que *podía* acabarse, claro.

—Escúchame, Billy —le dije—. Voy a hacerlos desfilar bien despacio. Es probable que no pase nada.

—V-vale —dijo con un hilo de voz.

—¿Necesitas un sorbo de agua antes? ¿O hacer pis?

—Estoy bien —aseguró él, pero no tenía aspecto de estar bien, desde luego; se le notaba aterrado—. ¿Sai? ¿Cuántos hay que tienen anillos azules en los tobillos?

—Todos —respondí.

—Entonces, ¿cómo...?

—Ellos no saben cuánto viste. Tú solo míralos según van pasando. Y quédate un poco más atrás, ¿quieres? —A una distancia fuera de su alcance, eso pensaba, pero preferí no expresarlo en voz alta.

—¿Qué debería decir yo?

—Nada, a no ser que veas algo que active algún recuerdo, claro. —Albergaba pocas esperanzas—. Tráelos, Jamie. El sheriff Peavy a la cabeza de la fila, y Wegg el último.

Asintió y salió. Billy alargó el brazo entre los barrotes. Por un segundo no supe qué quería, pero entonces lo comprendí. Le di un breve apretón en la mano.

—Ahora, apártate, Billy. Y recuerda el rostro de tu padre, que desde el claro te observa.

Obedeció. Eché un vistazo a la lista, revisando los nombres (probablemente mal escritos) que nada significaban para mí, con la mano en la culata de mi revólver derecho. El que ahora contenía una carga muy especial. De acuerdo a Vannay, solo existía un modo seguro de matar a un hombrepieles: con un objeto lancinante del metal sagrado. Pagué al herrero con oro, pero la bala que me había fabricado —la que se colocaría bajo el percutor cuando lo amartillara la primera vez— era de plata pura. Quizá funcionara.

En caso contrario, seguiría con plomo.

Se abrió la puerta y entró el sheriff Peavy. Empuñaba en la mano derecha una porra de fustafierro de unos sesenta centímetros de largo, en la muñeca enlazada la cuerda de cuero sin curtir. Venía golpeándose ligeramente la palma izquierda con el extremo negociador. Sus ojos encontraron al chaval pálido en la celda y sonrió.

—Eh, Billy, hijo de Bill —le saludó—. Estamos contigo, así que todo irá bien. No temas nada.

Billy esbozó un amago de sonrisa, pero daba la impresión de que temía mucho.

Entró a continuación Steg Luka, balanceándose de un lado a otro sobre aquellos tocones de pies suyos. Detrás de él venía un hombre casi igual de viejo, con un bigote blanco sarnoso, el sucio cabello gris cayéndole sobre los hombros, una siniestra expresión bizca en los ojos. Quizá simplemente fuera miope. La lista le identificaba como Bobby Frane.

—Andad despacio —indiqué—, y dejad que este muchacho os eche un buen vistazo.

Así lo hicieron. Según iban pasando, Bill Streeter dirigía a sus rostros sendas miradas cargadas de ansiedad.

—Güena noche tengas, muchacho —dijo Luka al pasar. Bobby Frane saludó tocándose un gorro

invisible. Uno de los más jóvenes (Jake Marsh, según la lista) sacó una lengua amarilla por el tabaco de hierba de bingo. Los demás se limitaron a desfilarse arrastrando los pies. Un par de ellos iban con la cabeza gacha hasta que Wegg les ladró que la levantaran y miraran al chaval a los ojos.

No hubo ningún reconocimiento incipiente en el rostro de Bill Streeter, solo una mezcla de miedo y perplejidad. Mi propio rostro era un lienzo en blanco, pero estaba perdiendo la esperanza. Después de todo, ¿por qué iba a quebrarse el hombrepieles? No tenía nada que perder jugando sus bazas hasta el final, y debía de saberlo.

Ya solo quedaban cuatro... luego dos... luego solo el chico que en el Busted Luck hablara del miedo que tenían. Noté un cambio en el rostro de Billy cuando este pasó, y por un momento pensé que teníamos algo, pero entonces me di cuenta de que no se trataba más que de un mero reconocimiento de un joven a otro.

Por último vino Wegg, que había guardado su porra y habíase ataviado con puños de bronce en cada mano. Le dirigió a Billy Streeter una ojeada no muy agradable.

—¿No ves ninguna mercancía que quieras comprar, jovenzuelo? Bueno, pues lo siento, pero no puedo decir que me sorprenden...

—¡Pistolero! —me llamó Billy—. ¡Sai Deschain!

—¿Sí, Billy? —Aparté a Wegg con los hombros y me planté delante de la celda.

Billy se tocó el labio superior con la lengua.

—Que pasen otra vez, si a bien tenéis, pero que ahora se suban los pantalones. No puedo ver las argollas.

—Billy, los tatuajes son todos iguales.

—No —discrepó el chico—. No lo son.

El viento había concedido una tregua, y el sheriff Peavy lo oyó.

—Daos media vuelta, amiguitos míos, y ahora desfiláis hacia el otro lado, solo que esta vez tirando arriba de los pantalones.

—¿No basta de una puñetera vez? —se quejó el hombre del viejo reloj de pulsera. La lista le identificaba como Ollie Ang—. Nos prometieron unos tragos. *Dobles*.

—¿Qué te pasa, cariñín? —preguntó Wegg—. ¿No tenéis que volver igual por ese camino? ¿Tu mamaíta te dejó caer de cabeza?

Todos protestaron, pero echaron a andar por el corredor de regreso a la oficina, esta vez del más joven al más viejo, y levantándose los bajos de los pantalones. Todos los tatuajes me parecían idénticos. Mi primera impresión fue que también debía de parecerse al chico, pero entonces noté que sus ojos se abrían desmesuradamente y retrocedía un paso de los barrotes. Sin embargo, nada dijo.

—Sheriff, reténgalos ahí un momento, ¿quiere? —le pedí.

Peavy se plantó delante de la puerta de la oficina. Me arrimé a la celda y hablé en voz baja.

—¿Billy? ¿Has visto algo?

—La marca —respondió él—. He visto la marca. Es el hombre de la argolla rota.

No lo entendí... pero entonces me sobrevino. Pensé en todas las veces que Cort me había dicho que era «del género tonto» de cejas para arriba. Llamaba a los otros cosas así y peores —por supuesto que sí, era su trabajo—, pero de pie en el corredor de aquella cárcel de Debaria con el simún soplando en el exterior, pensé que conmigo acertaba. Yo *era* del género tonto. Apenas unos minutos antes me encontraba pensando que si hubiera habido más que el recuerdo del tatuaje, lo habría captado de Billy cuando estuvo hipnotizado. Ahora, comprendí, lo *captaba* yo.

«¿Hay algomás?», le había preguntado, seguro de que no, solo esperando a sacarle del trance

que le afectaba de manera tan evidente. Y cuando había dicho «la marca blanca» —pero dubitativamente, como preguntándose a sí mismo—, el estúpido y lento Roland lo había pasado por alto.

Los salineros empezaban a inquietarse. Ollie Ang, el del viejo reloj de pulsera oxidado, estaba refunfuñando que habían hecho lo que se les pedía y que quería volver al Busted Luck para tomarse su trago y recuperar sus puñeteras botas.

—¿Quién es? —le pregunté a Billy.

Se inclinó hacia delante y me susurró al oído.

Asentí con la cabeza, luego me giré hacia el grupo de hombres al final del corredor. Jamie los observaba atentamente, las manos descansando en las culatas de sus revólveres. Los hombres debieron de advertir algo en mi cara, porque las quejas cesaron y me miraron fijamente. El único sonido era el del viento y el constante chapoteo arenoso del polvo contra el edificio.

En cuanto a lo que sucedió después, lo he meditado muy a menudo desde entonces, y no creo que pudiéramos haberlo impedido. Ignorábamos a qué velocidad se producía la transformación, ¿entendéis? Creo que ni Vannay lo sabía, o nos hubiera advertido. Incluso mi padre así lo declaró cuando terminé de presentar mi informe y aguardé de pie, con todos aquellos libros escrutándome con el ceño fruncido, a que emitiera su veredicto sobre mis acciones en Debaria, no como mi padre, sino como mi dinh.

Por un lado me sentía y me siento agradecido. Mi primer impulso fue decirle a Peavy que trajera al hombre que Billy había nombrado, pero entonces cambié de opinión. No porque Peavy hubiera ayudado a mi padre en una época pasada, sino porque la Debaria Chica y las casas de sal no eran responsabilidad suya.

—Wegg —llamé—. Ollie Ang, a mí, si hacéis el favor.

—¿Cuál de ellos?

—El hombre del reloj de pulsera.

—¡Eh, suéltame! —graznó Ollie Ang cuando el alguacil Wegg lo agarró. Era menudo para ser un minero, casi un ratón de biblioteca, pero sus brazos estaban enlosados de músculo y pude advertir más tejido fibroso levantando los hombros de su camisa de batista—. ¡Eh, que yo no he'cho nada, puñetas! ¡No es justo que me cojáis a mí solo porque aquí el chaval quiere lucirse!

—Cierra el pico —le espetó Wegg, y lo arrancó de un tirón del pequeño coágulo de mineros.

—Vuelve a arremangarte los pantalones —le ordené.

—¡Que te jodan, mocosito! ¡A ti y al caballo en que viniste!

—Arremángate o lo haré yo por ti.

Levantó sus manos y apretó los puños.

—¡Inténtalo! Vamos, inten...

Jamie se acercó por la espalda, desenfundó un revólver, lo lanzó levemente al aire, lo blandió agarrado por el cañón y lo descargó sobre la cabeza de Ang. Un golpe inteligentemente calculado: no noqueó al hombre, pero este dejó caer los puños, y Wegg lo sujetó por debajo de la axila cuando le flaquearon las rodillas. Le subí la pernera derecha de su peto, y ahí estaba: un tatuaje azul de la Empalizada Beelie que estaba atravesado —roto, para usar el término de Billy Streeter— por una gruesa cicatriz blanca que ascendía hasta la rodilla.

—Eso es lo que vi —resolló Billy—. Eso es lo que vi cuando estaba tumbao bajo el montón de arreos.

—Se lo está inventando —dijo Ang. Tenía una expresión aturdida y sus palabras sonaban amordazadas. Un fino riachuelo de sangre le fluía por el lado de la cara donde el golpe de Jamie le

había abierto la brecha en el cuero cabelludo.

Yo ya lo sabía. Billy mencionó la marca blanca mucho antes de posar los ojos sobre Ollie Ang en la cárcel. Abrí la boca, con intención de ordenarle a Wegg que lo metiera en una celda, pero fue entonces cuando el Anciano de la cuadrilla se abalanzó sobre él. En sus ojos relucía una expresión de tardía comprensión. Aunque eso no era todo. Estaba furioso.

Antes de que Jamie o Wegg o yo pudiéramos detenerlo, Steg Luka agarró a Ang por los hombros y lo empujó de espaldas contra los barrotes frente a la celda para borrachos y alborotadores.

—¡Debí habello sabido! —gritó—. ¡Debí habello sabido hace semanas, peazo de cabrón trolero! ¡Canalla asesino! —Le asió el brazo que llevaba el viejo reloj—. ¿Dónde encontrastes esto, si no en la grieta dande sale la luz verde? ¿Ande, eh, maldito cambiapielos? ¡Asesino hijue puta!

Luka escupió al rostro aturdido de Ang y luego volvió la cabeza hacia donde estábamos Jamie y yo, aún sosteniendo en alto el brazo del minero.

—¡Dijo que lo encontró en un agujero en el exterior de una de las pozas antiguas en las colinas! ¡Dijo que seguramente fuera de algún botín de la Banda del Cuervo, y nosotros nos lo creímos como tontos! ¡Si hasta fuimos a cavar en nuestros días libres!

Volvió a centrar su atención en el aturdido Ollie Ang. Aturdido era como nosotros lo veíamos, pero ¿quién sabe lo que ocurría detrás de aquellos ojos?

—Y tú riéndote de nosotros para tu puto capote, no tengo duda. Lo encontrastes en un agujero, sí, pero no fue en una de las pozas antiguas. ¡Te metiste en la grieta! ¡En la luz verde! ¡Fuiste tú! ¡Fuiste tú! ¡Fuiste...!

Ang se retorció de barbilla para arriba. No quiero decir que se le crispó el rostro; su cabeza entera se *deformó*. Fue como estar viendo un trapo siendo escurrido por unas manos invisibles. Sus ojos se izaron hasta que uno quedó casi encima del otro, y cambiaron del azul al negro azabache. Su piel palideció, primero a blanco, luego a verde. Se levantó como impulsada por puños bajo la superficie, y se agrietó en escamas. Se le desprendió la ropa del cuerpo, porque su cuerpo ya no era el de un hombre. Ni el de un oso, ni el de un lobo, ni el de un león. Para tales criaturas es posible que hubiéramos estado preparados. Incluso es posible que hubiéramos estado preparados para un quemán, como la bestia que atacó a la desafortunada Fortuna en Serenidad, si bien se hallaba más cerca de un quemán que de cualquier otra cosa.

En espacio de tres segundos, Ollie Ang se transformó en una serpiente del tamaño de un hombre. Una pukia.

Luka, todavía aferrándose a un brazo que se encogía hacia aquel grueso cuerpo verde, profirió un alarido que quedó sofocado cuando la serpiente —aún con una tonsura de cabello humano agitándose alrededor de la progresiva elongación de su cabeza— se embutió a sí misma en la boca del anciano. Se produjo un húmedo estallido cuando la mandíbula inferior de Luka se desgarró de las articulaciones y tendones que la unían a la superior. Vi que su cuello embarbado se hinchaba y se alisaba a medida que la cosa —aún cambiante, aún irguiéndose sobre los menguantes restos de unas piernas humanas— penetraba en su garganta como un taladro.

Los salineros en la cabecera del pasillo, entre alaridos y chillidos de terror, salieron en estampida. No les presté atención. Vi que Jamie envolvía los brazos alrededor del cuerpo creciente e hinchado de la serpiente en un infructuoso intento de sacarla de la garganta del agonizante Steg Luka, y vi la enorme cabeza reptiliana cuando se abrió paso rasgando la nuca del anciano, chasqueando su lengua roja, su piel escamosa pintada con cuentas sanguinolentas y trozos de carne.

Wegg le lanzó un puño revestido de nudillos de bronce. La serpiente lo esquivó con facilidad y seguidamente atacó, exponiendo enormes y aún crecientes colmillos: dos arriba, dos abajo, todos

goteando un líquido claro. Trabó el brazo de Wegg y este chilló.

—¡Quema! ¡Por el amor de los dioses, cómo QUEMA!

Luka, empalado por la cabeza, parecía danzar mientras la serpiente hundía sus colmillos en el alguacil que forcejeaba por su vida. Sangre y jirones de carne se esparcieron por doquier.

Jamie me miraba con los ojos desorbitados. Había desenfundado sus armas, pero ¿dónde disparar? La pukia se contorsionaba entre dos hombres agonizantes. La parte inferior de la criatura, ahora sin piernas, se liberó con una sacudida de las ropas amontonadas, se enroscó en torno a la cintura de Luka en una serie de gruesos anillos y oprimió su cuerpo. La parte superior se deslizó por el orificio cada vez más ancho en la base del cuello de Luka.

Di un paso adelante, apresé a Wegg por el cuello del chaleco y lo arrastré hacia atrás. El brazo mordido se había puesto negro e hinchado hasta dos veces su tamaño normal. Me miró con unos ojos que le sobresalían de las órbitas, y una llovizna de espuma blanquecina empezó a caer de sus labios.

En algún sitio, Billy Streeter gritaba.

Los colmillos se soltaron.

—Quema —dijo Wegg en voz baja, y ya no pudo decir nada más. Se le hinchó la garganta y la lengua salió disparada de la boca. Se desplomó, temblando en su mortal agonía. La serpiente me miró de hito en hito, su lengua bífida siseando adentro y afuera. Poseía ojos negros de reptil, pero estaban llenos de humano entendimiento. Levanté el revólver que contenía la carga especial. Solo tenía una bala de plata y la cabeza tejía erráticas eses de lado a lado, pero en ningún momento dudé de que pudiera ejecutar el disparo; es para lo que estaba hecho. Embistió, centelleantes los colmillos, y apreté el gatillo. El disparo fue certero, y la bala de plata entró limpiamente en aquel averno de boca. La cabeza estalló en un rocío de rojo que empezó a decolorarse antes incluso de alcanzar los barrotes y el suelo del pasillo. Había visto ese tipo de carne blanca y harinosa con anterioridad. Eran sesos. Sesos *humanos*.

De repente fue el rostro arruinado de Ollie Ang el que me escrutó desde el irregular agujero en el cogote de Luka, escrutándome sobre un tronco de serpiente. Hirsuto pelaje negro brotaba de entre las escamas de su cuerpo a medida que cualquiera que fuese la fuerza moribunda en su interior perdía todo control sobre las formas que adoptaba. En el instante previo al colapso, el ojo azul restante se tiñó de amarillo y se convirtió en un ojo de lobo. Entonces se vino abajo, llevándose al desventurado Steg Luka consigo. En el pasillo, el cuerpo agonizante del hombrepieles rielaba y ardía, temblaba y se transfiguraba. Oí el restallido de músculos y el crujir de huesos cambiantes. Un pie desnudo salió despedido, se transformó en una zarpa peluda, luego se convirtió de nuevo en un pie humano. Los restos de Ollie Ang se sacudían a lo largo y ancho; finalmente, poco a poco, quedaron inmóviles.

El chico seguía gritando.

—Ve al camastro de allá y tumbate —le aconsejé. Mi voz no sonaba del todo firme—. Cierra los ojos y convéncete de que ya se acabó, por ahora ya está.

—Os quiero —sollozó Billy mientras se dirigía al camastro. Sus mejillas estaban moteadas de sangre. Yo mismo había quedado empapado, pero esto él no lo vio. Ya tenía los ojos cerrados—. ¡Os quiero conmigo! ¡Por favor, sai, por favor!

—Vendré a ti tan pronto como pueda —prometí. Y lo cumplí.

Tres de nosotros pasamos la noche en la celda para borrachos y alborotadores acostados en varios camastros que habíamos juntado: Jamie a la izquierda, yo a la derecha, Bill Streeter el Joven en el

medio. El simún ya amainaba, y hasta tarde oímos en la calle mayor la algarabía de las yentes de Debaria celebrando la muerte del hombrepieles.

—¿Qué va a pasar conmigo, sai? —preguntó Bill justo antes de caer finalmente dormido.

—Cosas buenas —respondí, y confié en que Everlynne de Serenidad no me demostrara lo contrario.

—¿Está muerto? ¿Muerto de veras, sai Deschain?

—De veras.

Pero a ese respecto no tenía intención de correr riesgos. Después de medianoche, cuando el viento había remitido a una desnudada brisa y Bill Streeter reposaba en un extenuado sueño tan profundo que ni las pesadillas podrían alcanzarle, Jamie y yo nos reunimos con el sheriff Peavy en el terreno baldío detrás de la cárcel. Allí rociamos el cuerpo de Ollie Ang con parafina líquida. Antes de prenderle fuego, pregunté si alguno de ellos quería el reloj de pulsera como recuerdo. De algún modo no se había roto durante la pelea, y la ingeniosa manilla de los segundos seguía girando.

Jamie sacudió la cabeza.

—Yo no —dijo Peavy—, pues podría estar embrujado. Continúa, Roland, si me permitís llamaros así.

—Y sea bienvenido —dije. Raspé el sulfuro y lo dejé caer. Nos quedamos observando hasta que los restos del hombrepieles de Debaria no fueron más que huesos negros. El reloj de pulsera, una masa carbonizada, coronaba las cenizas.

A la mañana siguiente, Jamie y yo reunimos a una cuadrilla de hombres —más que voluntariosos ellos se mostraron— para enviarlos a la línea del ferrocarril. Una vez que estuvieron allí, fue cuestión de dos horas volver a enderezar a la vieja Bocinilla sobre el doble carril de acero. Travis, el trenero, dirigió la operación, y yo hice muchos amigos al comunicarles que había dispuesto que todos los integrantes de la cuadrilla disfrutaran en el cénit del día de una comida gratis en Racey's, y por la tarde, de bebida gratis en el Busted Luck.

Aquella noche en la ciudad estaba programada una celebración, en la cual Jamie y yo seríamos los invitados de honor. Era la clase de cosas de las que yo podría felizmente prescindir —ya estaba ansioso por llegar a casa, y por regla general la compañía no me entusiasma—, pero tales eventos a menudo forman parte del trabajo. Un aspecto bueno: habría mujeres, algunas sin duda bonitas. Esa parte no me molestaba, y sospecho que a Jamie tampoco. Tenía él mucho que aprender sobre mujeres, y Debaria era un lugar tan bueno como cualquier otro para comenzar sus estudios.

Los dos observamos a Bocinilla avanzar despacio entre bocanadas de humo hasta una glorieta donde virar en redondo y luego deshacer el camino de vuelta hacia nosotros, apuntando en la dirección correcta: hacia Gilead.

—¿Nos detendremos en Serenidad de camino a la ciudad? —preguntó Jamie—. ¿Para consultar si acogerán al muchacho?

—Sí. Y la priora dijo que tenía algo para mí.

—¿Sabes el qué?

Negué con la cabeza.

Everlynne, aquella montaña de mujer, cruzó el patio de Serenidad hacia nosotros con paso

arrollador, desplegados los brazos de par en par. Estuve casi tentado de salir corriendo; era como plantarse en el camino de uno de los colosales vagones que solían operar en los yacimientos de petróleo cerca de Kuna.

En lugar de atropellarnos, nos mecío en su voluminoso busto con un enorme abrazo doble. Su aroma era dulce: una mezcla de canela y tomillo y productos horneados. Besó a Jamie en la mejilla, gesto que le hizo sonrojar. Después me besó de lleno en los labios. Durante un momento quedamos envueltos por sus complicados y ondulantes ropajes, bajo la sombra de su toca alada de seda. Por fin se retiró, con el rostro radiante.

—¡Qué servicio habéis proporcionado a esta ciudad! ¡Y cómo decimos gracias!

Sonreí.

—Sai Everlynne, sois muy amable.

—¡No lo bastante! Compartiréis almuerzo con nosotras, ¿sí? Y vino de la vega, aunque solo un poco. Habréis de beber más esta noche, no me cabe duda. —Le dirigió a Jamie una picara mirada de reojo—. Pero os convendría tener cuidado cuando arranquen los brindis; demasiada bebida puede ocasionar que un hombre sea menos hombre más tarde, y emborronar recuerdos que podría querer conservar. —Hizo una pausa, luego esgrimió una amplia sonrisa de complicidad que extrañamente armonizaba con sus túnicas—. O... quizá no.

Jamie se ruborizó con más furia que nunca, pero nada dijo.

—Os vimos venir —añadió Everlynne—, y hay otra persona que desearía expresar su agradecimiento.

Se desplazó a un lado y ahí apareció la diminuta hermana de Serenidad llamada Fortuna. Aún se encontraba envuelta en vendajes, pero hoy se parecía menos a un espectro, y el costado de la cara que veíamos brillaba de alegría y alivio. Se adelantó con timidez.

—Ya duermo otra vez. Y con el tiempo, es posible que incluso sea capaz de dormir sin tener pesadillas.

Tiró de la falda de su túnica gris y —para mi profunda incomodidad— se postró ante nosotros.

—Hermana Fortuna, la que fuera Annie Clay, dice gracias. De cierto lo decimos todos, pero mi gratitud nace de lo más hondo de mi corazón.

La así suavemente por los hombros.

—Levanta, mujer devota. No has de arrodillarte ante nosotros.

Me miró con ojos brillantes y me besó en la mejilla con el lado de la boca que aún podía besar. Después huyó a través del patio hacia lo que supuse que sería su cocina. Olores maravillosos ya provenían de aquella parte de la *hacienda*.

Everlynne la observó marchar con una sonrisa tierna y luego se volvió hacia mí.

—Hay un chico... —empecé a decir.

Ella asintió con la cabeza.

—Bill Streeter. Conozco su nombre y su historia. No vamos a la ciudad, pero a veces la ciudad viene a nosotras. Los pajaritos nos gorjean las noticias al oído, si captáis lo que quiero decir.

—Lo capto muy bien —dije yo.

—Traedle mañana, después de que vuestras cabezas hayan recobrado su tamaño normal —propuso ella—. Nosotras somos una compañía de mujeres, pero acogeremos con gusto a un niño huérfano... al menos hasta que le crezca bigote para afeitarse, pues a esa edad, las mujeres turban a un chico, y quizá no sea beneficioso para él permanecer aquí. Entretanto, podemos instruirle en letras y números... siempre que sea lo bastante cicalado para aprender, claro. ¿Dirías que es un muchacho cicalado, Roland, hijo de Gabrielle?

Resultaba raro ser nombrado por ascendencia de madre más que de padre, pero también extrañamente agradable.

—Yo diría que es muy cicalado.

—Está bien, entonces. Y le encontraremos un lugar cuando llegue su hora de partir.

—Un terruño y una casa —dije yo. Everlynne se rió.

—Ea, exacto, como en el cuento de Tim Corazón Tenaz. Y ahora partiremos el pan juntos, ¿verdad? Y con vino de vega brindaremos por la proeza de los jóvenes.

Comimos, bebimos, y en conjunto fue un encuentro muy alegre. Cuando las hermanas comenzaron a limpiar las mesas de caballete, la priora Everlynne me llevó a sus aposentos privados, que consistían en un dormitorio y un espacioso estudio donde dormitaba un gato en una franja de sol sobre un enorme escritorio de roble abarrotado de papeles.

—Pocos hombres han estado aquí, Roland —dijo ella—. Uno fue un personaje que puede que conozcas. Su tez era muy blanca, y vestía con ropas negras. ¿Conoces al hombre de quien hablo?

—Marten Broadcloak —respondí. La buena comida en mi estómago se agrió de repente por el odio. Y por los celos, supongo, aunque no solo en nombre de mi padre, a quien Gabrielle de Arten había adornado con cuernos de cabrón—. ¿Llegó a verla?

—Lo demandó, pero me negué y lo eché de aquí. Al principio rehusó a irse, pero le enseñé mi cuchillo y le advertí de que había otras armas en Serenidad, ea, y mujeres que sabían usarlas. Una, le dije, era una pistola. Le recordé que estaba muy dentro de la *haci*, y le sugerí que, a menos que supiera volar, haría bien en poner cuidado. Antes de marcharse me maldijo, y maldijo a este lugar. —Titubeó, acarició al gato, y alzó la vista hacia mí—. Hubo un tiempo en que creí que tal vez el hombrepieles fuera obra suya.

—No lo creo —comenté.

—Ni yo, pero ninguno de nosotros podrá estar completamente seguro jamás, ¿verdad? —El gato trató de trepar al enorme campo de juegos que era el regazo de Everlynne, y ella lo espantó—. De una cosa sí estoy segura: de todos modos, habló con ella, aunque si fue a través de la ventana de su celda en la madrugada o solo en sus tormentosos sueños, nadie lo sabrá jamás. Ese secreto se lo llevó consigo al claro, pobre mujer.

A esto no contesté. Cuando uno está lleno de estupor y con el corazón roto, es generalmente mejor no decir nada, pues en tal estado cualquier palabra será una palabra desacertada.

—Tu señora madre dejó su retiro con nosotras poco después de echar a este Broadcloak. Dijo que tenía un deber que cumplir y mucho que expiar. Dijo que su hijo vendría aquí. Le pregunté cómo lo sabía y contestó: «Porque el ka es una rueda y gira sin parar». Dejó esto para ti.

Everlynne abrió uno de los muchos cajones de su escritorio y sacó un sobre. En el dorso se leía mi nombre, escrito por una mano que yo conocía bien. Solo mi padre la habría conocido mejor. En otro tiempo aquella mano había pasado las páginas de un libro antiguo mientras me leía «El viento por la cerradura». Sí, y muchos otros. Amaba todas las historias contenidas en las páginas que aquella mano pasaba, pero jamás tanto como amaba a la propia mano. Incluso más, amaba el sonido de la voz que las narraba mientras el viento soplaba en el exterior. Aquellos eran los días anteriores a perderse en un laberinto y caer en las malas artes que la condujeron bajo una pistola en otra mano. Mi pistola, mi mano.

Everlynne se levantó, alisándose el amplio delantal.

—Debo ir a ver cómo progresan las cosas en otras regiones de mi pequeño reino. Te digo ahora adiós, Roland, hijo de Gabrielle, pidiéndote únicamente que cierres la puerta al salir. Se candará sola.

—¿Me confías tus cosas? —pregunté.

Se rió, rodeó el escritorio y me dio otro beso.

—Pistolero, te confiaría mi vida —dijo ella, y se marchó. Era tan alta que tuvo que agachar la cabeza al franquear la puerta.

Permanecí sentado mirando la última misiva de Gabrielle Deschain durante largo rato. Mi corazón estaba lleno de odio y amor y pesar, todos esos sentimientos que me han atormentado desde entonces. Pensé en quemarla, sin leerla, pero al final rasgué el sobre. Dentro había una única hoja de papel. Las líneas eran desiguales, y la unta de paloma con la cual había sido escrita estaba emborronada en muchos sitios. Creo que la mujer que escribió aquellas líneas se esforzaba por aferrarse a los últimos jirones de cordura. No estoy seguro de si muchos habrían entendido sus palabras, pero yo lo hice. Estoy seguro de que mi padre también lo habría hecho, pero nunca se la mostré ni le hablé de ella.

*El banquete que comí estaba podrido
lo que yo creía un palacio era una mazmorra
cómo quema Roland*

Pensé en Wegg, agonizando por la mordedura de la serpiente.

*Si regreso y cuento lo que sé
lo que acerté a oír
Gilead aún podría salvarse unos años
tú podrías salvarte unos años
tu padre por poco que fuese el afecto que me
demostró jamás*

Las palabras «por poco que fuese el afecto que me demostró jamás» estaban tachadas con una serie de rayas gruesas, pero igualmente pude leerlas.

*él dice que no me atreva
él dice «Aguarda en Serenidad hasta que la
muerte te halle».
él dice «Si regresas la muerte te llevará
pronto».
él dice «Tu muerte destruirá lo único
en el mundo
a quien amas».
él dice «¿Morirías a manos de tu mocoso
para verle vacío de
toda bondad
toda compasión*

*toda capacidad de amar
habiéndose derramado como agua de un cucharón?
¿Por una Gilead que tan poco te cuidó
y que de todos modos perecerá?». Pero debo regresar. He implorado una respuesta
y meditado sobre ello
y la voz que siempre oigo pronuncia las mismas palabras:
ESTO ES LO QUE KA DEMANDA*

Había un poco más, palabras cuyo trazo repasé con el dedo una y otra vez durante los años errantes tras la funesta batalla de la Colina de Jericó y la caída de Gilead. Las repasé con el dedo hasta que el papel se desintegró y dejé que se lo llevara el viento, el viento que sopla por la cerradura del tiempo, si os consta. Al final, el viento se lo lleva todo, ¿verdad? ¿Y por qué no? ¿Por qué habría de ser distinto? Si la dulzura no se ausentara de nuestras vidas, no existiría dulzura alguna en absoluto.

Me quedé en el estudio de Everlynn hasta que recobré el control. Después guardé la última palabra de mi madre —su carta de muerte— en mi cartera y me marché, asegurándome de que la puerta quedara candada tras de mí. Encontré a Jamie y cabalgamos de vuelta a la ciudad. Aquella noche hubo luces y música y baile; muchas cosas buenas para comer y licor en abundancia para acompañarlas. Hubo mujeres, también, y esa noche Jamie el Callado dejó atrás su virginidad.

A la mañana siguiente...

PASA LA TORMENTA

UNO

—Aquella noche hubo luces y música y baile —dijo Roland—. Muchas cosas buenas para comer y licor en abundancia para acompañarlas.

—Ah, la priva —interrumpió Eddie, y lanzó un suspiro tragicómico—. La recuerdo muy bien.

Era la primera cosa que cualquiera de ellos decía en mucho rato, y eso rompió el hechizo que los había seducido durante aquella noche larga y ventosa. Se agitaron como hace la gente que despierta de un sueño profundo. Todos excepto Acho, que seguía tumbado boca arriba delante de la chimenea con sus cortas patas extendidas y la punta de la lengua colgando cómicamente de la comisura de la boca.

Roland hizo un gesto de asentimiento.

—Hubo mujeres, también, y esa noche Jamie el Callado dejó atrás su virginidad. A la mañana siguiente, subimos a bordo de la vieja Bocinilla y emprendimos el viaje de regreso a Gilead. Y así aconteció, en los días de antaño.

—Mucho antes de que el abuelo de mi abuelo naciera —concluyó Jake con voz baja.

—De eso no sé decir —repuso Roland con una leve sonrisa, y luego bebió un trago largo de agua. Tenía muy seca la garganta.

Por un momento cayó el silencio entre ellos. Entonces dijo Eddie:

—Gracias, Roland. Ha estado chulo.

El pistolero arqueó una ceja.

—Significa que ha sido increíble —aclaró Jake—. Y es verdad.

—Veo luz entre los tablones que pusimos en las ventanas —dijo Susannah—. Solo un poco, pero ahí está. Has hablado toda la noche, Roland. Al fin y al cabo, imagino que no eres un pistolero callado del estilo de Gary Cooper, ¿verdad?

—No sé quién es ese.

Ella le cogió la mano y le dio un apretón fuerte y breve.

—No importa, corazón.

—El viento ha amainado, pero todavía sopla con bastante fuerza —observó Jake.

—Alimentaremos el fuego, luego dormiremos —dijo el pistolero—. Esta tarde el tiempo estará más templado y podremos salir a reunir más leña. Y el día mañana...

—De vuelta a la carretera —concluyó Eddie.

—Como bien dices, Eddie.

Roland echó la última carga de combustible al fuego que se consumía, lo contempló mientras resurgía, después se tumbó y cerró los ojos. Segundos después, cayó dormido.

Eddie estrechó a Susannah entre sus brazos, luego miró por encima de su hombro a Jake, que estaba sentado con las piernas cruzadas y estudiando el fuego.

—Hora de planchar la oreja, vaquerito.

—No me llames así. Sabes que lo odio.

—Vale, *cowboy*.

Jake le enseñó el dedo medio. Eddie sonrió y cerró los ojos.

El muchacho se arrebujó en su manta. «Mi shaddie», pensó, y esbozó una sonrisa. De muros

afuera, el viento aún gemía, una voz incorpórea. Jake pensó: «Está al otro lado de la cerradura. Y más allá, ¿de dónde procede el viento? De toda la eternidad. Y de la Torre Oscura».

Pensó en el muchacho que Roland Deschain fuese hacía un número indefinido de años, yaciendo en un aposento circular en lo alto de una torre de piedra. Arropado en una cama cómoda y calentita y escuchando a su madre leerle viejos cuentos mientras el viento soplaba en la tierra oscura. Adormilándose, Jake vio el rostro de la mujer y lo encontró amable además de hermoso. Su propia madre nunca le leyó ningún cuento. En su terruño y su caso, ese había sido trabajo del ama de llaves.

Cerró los ojos y vio bilibrambos erguidos sobre las patas traseras, danzando a la luz de la luna. Durmió.

DOS

Cuando Roland despertó a primera hora de la tarde, el viento se había reducido a un susurro y entraba mucha más luz en la sala. Eddie y Jake seguían profundamente dormidos, pero Susannah se había despertado, impulsado a sí misma sobre la silla de ruedas y quitado los tablones que bloqueaba una de las ventanas. Ahora estaba sentada allí con la barbilla apuntalada en el puño, mirando hacia fuera. Roland se acercó y apoyó la mano en el hombro de ella. Susannah levantó el brazo y la acarició sin volver la cabeza.

—La tormenta ha pasado, corazón.

—Sí. Confiemos en no volver a ver otra igual.

—Y si lo hacemos, esperemos que haya cerca un refugio tan bueno como este. En cuanto al resto del pueblo de Gook... —Sacudió la cabeza.

Roland se inclinó ligeramente para mirar afuera. Lo que vio no le sorprendió, pero era lo que Eddie habría calificado de «Hipante». La calle mayor continuaba allí, pero llena de ramas y árboles despedazados. Los edificios que la flanquearan a ambos lados habían desaparecido. Solo el pétreo salón de reuniones permanecía en pie.

—Hemos tenido suerte, ¿verdad?

—«Suerte» es la palabra que aquellos pobres de corazón usan para ka, Susannah de Nueva York.

Ella lo meditó sin hablar. Las últimas brisas de la boreastada agonizante atravesaron el hueco donde había estado la ventana y agitó la ceñida toca de su cabello, como si una mano invisible lo estuviera acariciando. Después, se volvió hacia él.

—Ella dejó Serenidad y regresó a Gilead... tu señora madre.

—Sí.

—¿A pesar de que el hijo de puta le dijo que moriría a manos de su propio hijo?

—Dudo que él lo expresara de ese modo, pero... sí.

—No es de extrañar que ella estuviera medio loca cuando escribió esa carta.

Roland permaneció en silencio, contemplando por la ventana la destrucción que la tormenta había traído. Sin embargo, ellos habían encontrado refugio. Un buen refugio de la tormenta.

Ella estrechó la mano derecha del pistolero, la que solo constaba de tres dedos, entre las suyas propias.

—¿Qué decía al final? ¿Cuáles eran las palabras que repasaste una y otra vez hasta desgastar la carta? ¿Quieres contármelo?

El pistolero no contestó hasta pasado un buen rato. Lo hizo justo cuando ella se rindió, segura de que no hablaría. En su voz, casi indetectable, existía sin duda un temblor que Susannah nunca antes le había oído.

—Escribió en la Baja Lengua hasta la última línea. Ahí utilizó la Alta, cada carácter hermosamente dibujado: «Te perdono todo». Y: «¿Podrás tú perdonarme?».

Susannah sintió que una única lágrima, cálida y perfectamente humana, descendía por su mejilla.

—¿Y la perdonaste, Roland? ¿Pudiste?

Todavía mirando por la ventana, Roland de Gilead —hijo de Steven y Gabrielle, aquella que fuese de Arten— esbozó una sonrisa. Despuntó en su rostro como el primer rayo de sol al amanecer sobre un paisaje rocoso. Pronunció una única palabra antes de regresar a su artilla para prepararles un desayuno vespertino.

Esa palabra fue *sí*.

TRES

Pasaron una noche más en el salón de reuniones. Hubo camaradería y garla, pero ninguna historia. A la mañana siguiente reunieron su artilla y prosiguieron su marcha a lo largo del Camino del Haz, hacia Calla Bryn Sturgis, y las tierras fronterizas, y Tronido, y más allá, hacia la Torre Oscura. Estas son cosas que acontecieron hace mucho tiempo, en los días de antaño.

EPÍLOGO

En la Lengua Alta, el mensaje final de Gabrielle Deschain a su hijo se parece a esto:



Las dos palabras más hermosas en cualquier idioma son



Te perdono

— oOo —

¹ En inglés, «*gook*» se emplea para referirse de forma peyorativa a las personas nativas del sudeste asiático. También, en lenguaje coloquial, posee el significado de porquería o sustancia pegajosa. (*N. del T.*)

² Que en la Baja Lengua suena como una S.